HISTORIA DE LA ANTIGÜEDAD

POR

MÁXIMO DUNCKER

VERTIDA DEL ALEMÁN POR

D. F. GARCÍA AYUSO

SEGUNDA EDICIÓN

TOMO VII

Comprende desde la Era de las Olimpiadas hasta el levantamiento del pueblo contra la nobleza

MADRID
LIBRERÍA DE FRANCISCO IRAVEDRA
calle del Arenal, núm. 6

1896

I.

FEDON DE ARGOS.

Al comenzar la era de las olimpiadas habíanse desparramado las tribus helenas por un gran número de territorios situados fuera de la Península, y bien puede asegurarse que el imperio de los griegos abrazaba entonces todos los países, islas y territorios bañados por el Egeo, puesto que la Grecia entera, las islas todas del Archipiélago y las provincias marítimas de Anatolia, hasta el Helesponto, obedecian sus leyes. Los griegos expulsados de Tesalia y de Beocia, que fueron los primeros en abandonar el suelo de la pátria, se dirigieron casi en totalidad hácia el Norte para establecerse en la pequeña península del Athos, en la costa Noroeste del Asia menor, donde se hicieron dueños de Lemnos, Imbros y Samotracia. Los aqueos, expulsados del Peloponeso, se encaminaron primero hácia Lesbos para lanzarse enseguida sobre la costa de Troade y de Misia, que llegaron á dominar por completo, mientras que los jonios, despues de posesionarse de las Ciclades, sembraron de pueblos y ciudades la costa de Lidia. Los dorios, siguiendo un rumbo más meridional, fundaron colonias en Cos y Gnido que les sirvieron de punto de partida para sus

conquistas de la costa Cariana; posesionáronse después de Citerea y sucesivamente estendieron sus conquistas á Creta, Carpatos y Rodas, cerrando por el Sur el circuito de las posesiones griegas que comprendian ya toda la cuenca del Egeo.

Libres de los primeros cuidados que lleva consigo el establecimiento de una colonia, pensaron los griegos en aumentar sus riquezas, como habian ensanchado ya sus dominios, y muy luego se desarrolló en todo el Egeo un activo tráfico. Ya en las descripciones homericas se descubre claramente la habilidad suma de los antiguos helenos en la navegacion y el exacto conocimiento que tenian de aquellas aguas y de sus innumerables islas: pero en esta época figuran como consumados navegantes.

Los pelasgiotas y minyos, y todos los emigrados de Tesalia y de Beocia, pusieron á contribucion sus conocimientos en el arte arquitectónico, para levantar fuertes torreones, no sólo sobre los promontorios del continente, sino tambien en las diversas islas de que se posesionaron, y en todas partes los vemos apercibidos á la defensa contra las tribus tracias que moraban en Lemnos, Imbros, Samotracia y en la península de Calcidice ó contra las colonias fenicias que desde antiguo existian en casi todas las islas. En Lemnos habitaban los sintios, tribu de costumbres bárbaras, cuyo orígen tracio se halla bien claramente significado en el nombre Samotracia (1). De las fortalezas antes nombradas, vino á estos colonistas, especialmente á los que se habian establecido en la península de Athos, el nombre de habitantes de las torres, tyrsenos y tyrrenos (2) denominacion que no

(1) Iliada, I, 590. Tucid., II, 98.
(2) De *türsos* torre.

puede aplicarse á los de Creta ó de la costa de Asia por ser allí distinguidos estos torreones con el histórico nombre de Larissas. Por otra parte Tucidides observa expresamente que los tyrrenos de Calcidice y de Lemnos eran emigrados de orígen pelasgo, y Sofocles, segun hace notar Dionisio de Halicarnaso, atribuye idéntico linage á los pelasgos y tyrrenos (1).

El comercio del Egeo degeneró muy pronto en piratería y en tráfico de carne humana, que por mucho tiempo constituyen las dos ocupaciones favoritas de los colonizadores griegos. Diéronles ya de esto perniciosos ejemplos los más afamados héroes de la época homerica, puesto que, segun cuenta el autor de la Iliada, el invicto Aquiles hizo vender en Imbros, Lemnos y Samotracia á los hijos de la infortunada Hecuba (2). De los tyrrenos ó pelasgos de Lemnos se cuenta que en una ocasion arribaron á la costa de Atica montados en sus naves de cincuenta remos y se llevaron las mujeres atenienses del pueblo de Brauron, que en aquel momento estaban celebrando una fiesta á Diana, y embarcándolas consigo para Lemnos las tuvieron allí por concubinas (3).

De lo mismo dá testimonio el himno de Dioniso, donde se lee lo siguiente: «un hermoso jóven, cubierto con precioso manto de púrpura, contemplaba desde una empinada roca la vasta llanura del salado elemento, en ocasion en que pasaba por delante del peñasco una falucha equipada por tyrrenos, que la hacian deslizar velozmente sobre las aguas. Se hicieron señas unos á otros, saltan con rapidez en tierra, y cogiendo al desprevenido jóven, le arrastran á la nave

(1) Herod., I, 57. Tucid. IV, 109. Dion. de Halic. I, 25.
(2) Iliada, XXIV, 751.
(3) Herod. IV, 145. VI, 138.

con muestras de alegría, pues desde luego creyeron que era descendiente de los reyes hijos de Júpiter. El jefe de la nave dijo entonces: espero que vendrá con nosotros á Egipto ó á Chipre ó más allá, y que, por fin, nos dirá los nombres de sus amigos y de sus hermanos y nos dará á conocer su fortuna, pues un dios favorable le ha arrojado en nuestro camino» (1).

Sábese que los pelasgiotas tenian varios establecimientos en las playas de Anatolia. Perteneciente á una de estas colonias, habia en la costa cariana un castillo que se alzaba entre Myndo y Halicarnaso en la parte más elevada del promontorio de Termerion, y que servia á los tyrrenos para guardar allí á las víctimas de sus excursiones piráticas. El recuerdo de los duros tratamientos que sufrian en la mencionada torre los infelices presos se ha conservado en el dicho griego «desgracia termeriense,» como se decia tambien proverbialmente «cadenas tyrrenas» y á la manera que de la horrible matanza hecha por los inhumanos pelasgos de Lemnos en las mujeres atenienses y en sus hijos se originó el llamar por toda Grecia «maldades lemnias» á cualquiera maldad enorme (2).

Los jonios, eolios y dorios, cuyo poder marítimo fué creciendo de dia en dia, desde su establecimiento en las costas de Anatolia, pusieron término á estas demasías de los piratas tyrrenos, cuyas ciudades de Troade, Misia y Lidia tuvieron que someterse tambien á las colonias eólico-jónicas que buscaban su engrandecimiento en más legítimo tráfico. Muy luego

---

(1) Himno á Baco, v. 7 y siguientes. Apolod., III, 5, 3.

(2) Suidas hace mencion de las *terméria kaká*. Hesiquio menciona las *türrênoi desmói*, que unos refieren á los tyrrenos del Egeo y otros á los etruscos. Cp. Herod I. 57. Tucid. IV, 109.

los tyrrenos desaparecen de la escena, no sin que la asustadiza tradicion les hiciese protagonistas de la leyenda de Termero, horrible mónstruo que pereció á manos de Hércules (1).

Desde esta época solo se designa con el nombre de tyrrenos á los habitantes de un corto número de lugares de escasa importancia situados en la punta del Athos, de los cuales todavía se hace particular mencion hácia el año 400 antes de J. C. (2), mientras que por este mismo tiempo se daba el de pelasgos á á los habitantes de Lemnos y de Imbros y á los de varias poblaciones pequeñas de la Propontide, descendientes, en su mayor parte á lo ménos, de aquellos pelasgos que en castigo de sus insolencias fueron expelidos de Atica por los atenienses que antes les prestaron asilo (3).

Varios escritores griegos hacen durar el poder marítimo de los tyrrenos ó pelasgos un período de 85 años que, segun el cómputo cronológico de Eusebio, corresponde al siglo X antes de J. C. y coincide, por tanto, con los principales sucesos de la colonizacion helena (4). Herodoto y Tucidides niegan implícitamente la existencia de semejante poder marítimo, puesto que solo usan el nombre de tyrrenos para designar á los pelasgiotas que, huyendo de Tesalia, se refugiaron en Atica y, al ser mas tarde expelidos de este país, fueron á establecesse en Lemnos y en la punta del Athos. Pero el primero de dichos historiadores, supone que un grupo numeroso de lidios, al mando de su príncipe Tyrreno, emigraron á Etruria

(1) Plut. Thes. c. 11.
(2) Herod. I, 57.
(3) Herod. V, 26. VI, 137 y siguientes.
(4) Eus. Chron. I, 36. Syncelo, 181.

y fueron los progenitores de los etruscos ó sea de los tyrrenos de Italia. Esta leyenda, aceptada como verdadera por los jonios que colonizaron la costa de Lidia, no tiene quizás más fundamento que el que cabe en un juego de palabras de semejante sonido ya que, por otros testimonios, sabemos que los jonios admitian cierta relacion genealógica entre los vocablos tyrreno y Torrebo, hijo este de Attys ó entre el primero y Tyrra, nombre de una ciudad situada al Sur de Lidia (1). Otros escritores, como Helenico, suponen que no fueron lidios sino pelasgos procedentes de Tesalia los que pasaron á Italia para fundar en este país la Tyrrenia, de donde les vino á estos emigrados el nombre de tyrrenos. No encontramos más aceptable la opinion de algunos historiadores modernos que hacen descender á los etruscos de *tyrrenos pelasgiotas*.

***

Los jonios desarrollaban entre tanto en el Egeo un tráfico más legal y más pacífico, aunque no ménos activo, que el de los piratas tyrrenos. Por un lado la distancia que mediaba entre sus posesiones de Eubea y de Atica y sus colonias de Chios y Samos era tan corta que fácilmente se daban la mano; por otra los jonios que habian colonizado las islas Ciclades, situadas en el punto medio de esos dos extremos, servian de intermediarios en las relaciones de sus hermanos de uno y otro lado del Egeo. La religion dió muy luego un poderoso motivo para estrechar más los lazos entre los diversos grupos de este pueblo hermano.

---

(1) Nicol. de Damasco. Fragm. 22. Xanto de Lidia no admite semejante analogía, Dionis. I, 28.

En el centro de estas islas se alzaba la roca de Delos que los colonistas jonios habian consagrado á Apolo. Allí concurrian en primavera todas las faluchas y navecillas de las diversas islas, atestadas de gente que iban á ofrecer al rubio númen las primicias de los frutos que habian madurado bajo el influjo de los calores primaverales, y en otoño todos sus habitantes enviaban al mismo islote el diezmo de las cosechas (1). Vínoles el nombre de Ciclades ó islas situadas en círculo, porque ocupaban efectivamente esta posicion, teniendo en su centro la isla sagrada y en ella el santuario de Apolo.

A la fiesta de primavera que los moradores de estas islas celebraban en honor del dios adorado en Delos, «hogar comun de las Ciclades» como le llamaban *(histiê Kükladôn)*, concurrian tambien sus hermanos de Chalcis, Eretria y Atenas; de Chios, Samos, Mileto y Efeso (2). Todas estas ciudades se hacian representar en la solemnidad por comisiones encargadas de ofrecer al númen las víctimas que representaban su tributo de homenaje. Al amparo de la solemnidad religiosa no tardó en desarrollarse el comercio, favorecido además por la excelente posicion del islote que, ocupando como antes digimos el punto más céntrico del inmenso Archipiélago, llegó á ser el emporio de todo su comercio y mercado central para las transacciones que se efectuaban entre las dos riberas opuestas del Egeo.

La tradicion atribuia á Teseo, el caudillo más famoso de la raza jónica, la fundacion de este sacri-

---

(1) Dion. perieg. 527. Böckh, Memorias de la Acad. de Berlin (*Abhandlungen der B. A*) 1834. pág. 1-42. Callimach. in Del. 325.

(2) Platon, Fedro, 58. Plut. Nic. 3. Philochori Fragm. 158. Tucid. III, 104.

ficio y de la danza circular que los jóvenes bailaban en la mencionada fiesta de primavera, alrededor del altar erigido á Apolo: decíase que el héroe ateniense, á su regreso de Creta, habia desembarcado en el islote. Lo cierto es que Homero hace mencion de la sagrada isla de Delos y de la esbelta palmera que se alzaba no lejos del altar de Apolo. Sobre la posicion de la isla observa el mismo vate que el carro de Helios habia andado la mitad de su carrera cuando llegaba á la altura de Delos, y desde aquí empezaba su descenso en direccion á Occidente (1).

Pero en el tiempo que medió desde Homero hasta la época de la colonizacion, habian enriquecido los griegos su culto con nuevos ritos y prácticas que le comunicaban novedad y vida. Habíase entre tanto desarrollado no poco el concepto de la moralidad y los motivos éticos que les inducian á obrar eran más poderosos y mejor definidos que antes. Sus ideas y concepciones religiosas habian perdido la naturalidad y sencillez extrema que antes les distinguia para adoptar un carácter más serio y direccion más elevada; por eso vemos que el concepto de la divinidad no reviste la forma infantil que en los vates antiguos degrada la majestad de los inmortales, antes bien se presentan como verdaderos modelos de costumbres puras y prototipos de las perfecciones morales. El antiguo culto sufrió reformas equivalentes al desarrollo de las ideas religiosas, y considerándose insuficientes los sacrificios cruentos, la ofrenda que de una parte de las víctimas se hacia á los dioses, y el consumo de las restantes por los concurrentes á la piadosa ceremonia, se buscó más adecuado medio para expresar

(1) Odisea, VI, 162. XV, 403.

los sentimientos del corazon y elevar al trono de los poderes celestes las necesidades y las plegarias de los mortales. Para satisfacer este impulso volvióse á introducir en el culto la costumbre de cantar ó declamar himnos durante los sacrificios, y los cantos religiosos figuran desde esta época como un elemento esencial é importante del culto heleno.

Los solemnes sacrificios que con fondos comunes empezaron á celebrarse despues de iniciado el movimiento de emigracion, el de Anthela que los tesalios y sus vecinos del Sur ofrecian á Céres, el de Olimpia que dedicaban á Júpiter eleos y espartanos, el de Micala que reunia á las ciudades jónico-asiáticas y el que los dorios ofrecian en el promontorio de Triopion, promovieron especialmente este desarrollo: á las comisiones encargadas de presentar las víctimas y ofrendas con que los respectivos cantones contribuian al sacrificio, se agregaban tambien los cantores de oficio. Estos se esforzaban por desempeñar bien su cometido, no tanto por dar gusto á los que pagaban sus servicios, como por agradar á los dioses que, segun opinion corriente entre los griegos, escuchaban con especial complacencia las alabanzas que salian de la boca de los cantores sacros.

Esta última circunstancia no fué parte á impedir que el pueblo entero empezase muy luego á dirigir por sí mismo estas alabanzas á los dioses haciendo coro á los bardos; y como si por este medio pretendiese dar más fuerza á la plegaria, nombró auxiliares que ayudasen á estos intermediarios á elevar sus peticiones y sus loores al númen en cuyo honor se celebraba el sacrificio. Tal fué el orígen de los coros que se agregaron á los antiguos himnos de los cantores compuestos, por lo general, de invocaciones

breves y pæans, segun se hace notar en las poesías homericas con especial aplicacion al culto de Apolo. Muy luego se organizaron en todos los cantones de Grecia estos coros que acompañaban tambien á las comisiones, como los tocadores de la cítara, y todos rivalizaban por aumentar el explendor de las fiestas, ejecutando ordenados bailes y danzas alrededor del altar al compás de la música y de su propio canto. Asegúrase que el vate corintio Eumelo presentó al rey Fintas de Mesenia un *prosodion* compuesto por él para un coro de hombres que iba á tomar parte en la solemnidad de Delos; hecho que debió tener lugar por lo ménos 740 años antes de J. C. (1). En la epopeya homerica se hace tambien mencion de pequeños himnos que se cantaban á coro, y se dice que Apolo se aplacaba oyendo cantar de esta manera el pæan. El pueblo entonaba canciones especiales en la recoleccion, en la vendimia; epitalamios en las bodas y elegias ó lamentaciones en las exequias (2). Así cuando Aquiles dió muerte á Hector regresan los aqueos á sus naves cantando el himno de la victoria.

Terminado el sacrificio, las danzas, en honor del númen y los cantos religiosos, empezaban los juegos y torneos en que los contendientes trataban de ganar la palma de la ligereza, de la habilidad y de la fuerza, ejercicios que con el tiempo, llegaron á constituir uno de los principales atractivos de estas solemnidades.

Pocos años despues de la primera olimpiada acudian á la fiesta primaveral de Delos representantes y devotos de todas las villas y ciudades jónicas, llevando consigo sus mujeres é hijos hasta los de corta

---

(1) Pausan., IV, 4, 1. 33, 2.
(2) Odisea, XXIV, 60.

edad, que, como sus madres, se hallaban excluidos, no solamente del sacrificio de Olimpia, sino de casi todas las fiestas que se celebran en otros cantones griegos, fuera de aquellas que revestian carácter de familia ó en que únicamente tomaba parte un sólo pueblo (1). Las siguientes estrofas que en una de las fiestas de Delos cantó el bardo ciego de Chios, en otro lugar mencionado, darán idea de lo que eran estas solemnidades y los himnos con que se amenizaban. «O Febo; en ningun otro punto se alegra tu corazon tanto como en Delos, aunque son muchos los templos, bosques sombríos y altos collados en que se entonan tus loores y muchos tambien los rios á tu memoria consagrados. En Delos se reunen los jonios de largo ropage con sus tiernos hijos y sus nobles esposas. Para honrar tu nombre entonan alegres himnos y se entregan con placer al baile y al pujilato cuando llega el momento de la lucha. El que visitase este sitio cuando los jonios están allí reunidos, creeria, viendo su belleza, que se hallan exentos de la vejez y de la muerte y su corazon no podrá menos de alegrarse al contemplar aquellos hombres y sus mujeres de hermosa cintura, sus veloces naves y sus ricas posesiones. Entre tanto las vírgenes de Delos, las servidoras del númen que abarca dilatados espacios, alaban con sus cantos á Apolo, á Latona y á Diana, la de certeras flechas, y entonan el himno que cantaban los hombres y mujeres del pasado y despiertan la alegria en las generaciones humanas» (2).

De otro género, aunque no ménos curiosas, son las siguientes estrofas de un *prosodion* compuesto por Pindaro en honor del mismo númen venerado en De-

(1) Pausan., V, 6, 7.
(2) Himno á Apolo, 145 y siguientes.

los: «Alégrate ó roca inquebrantable de los dioses, carísimo santuario de los hijos de la refulgente Latona; hija del mar, inmóvil maravilla de la anchurosa tierra, que los mortales llaman Delos y los olimpios dioses nombran estrella que envia sus fulgores á los más apartados rincones del orbe sombrío. Antes era Delos azotada por las ondas y por el soplo de todos los vientos, pero cuando la hija de Koio (Latona) acosada por agudos dolores, puso en ella sus plantas, salieron del fondo de las aguas cuatro poderosas y rectas columnas que sostienen sobre sus capiteles la pesada roca. La diosa entonces pudo recrear su vista en el bendito hijo que dió al mundo» (1).

Hízose costumbre entre los griegos honrar al hijo de Latona como á númen que con sus brillantes rayos iluminaba el mar tenebroso y tranquilizaba sus ondas, cuya luz se reflejaba especialmente en los promontorios y riscos que se destacan por encima de las aguas, y que por esa razon se consideraban como particular asiento del rubio númen. Más tarde, y merced á las genealógicas relaciones imaginadas por los vates de la epopeya, la fiesta primaveral con que en Delos se honraba á Apolo, es decir, la solemnidad en que se saludaba la nueva luz nacida del seno de las nubes y de la oscuridad del invierno, se trasformó en fiesta conmemorativa del natalicio del dios luminoso, por lo cual se trasladó su cuna al islote arrancado por el mismo Poseidon del seno de las aguas.

Cuenta el ciego vate de Chios que Latona en cinta y sin hallar sobre la tierra un mísero albergue donde dar á luz al refulgente Apolo, despues de recorrer todos los países conocidos, desde Creta á Ate-

(1) Fragm. de Pindaro, 64 y 65. ed. de Bergk.

nas y el Athos en la costa de Tracia, y desde aquí á la Jonia asiática y á Licia, iba á perecer en el imperio de Neptuno, pues por temor al dios poderoso que en su seno llevaba, nadie osaba darla asilo, hasta que en el centro del Egeo halló un islote donde salió de su apurado trance. Más Pindaro supone que, movido á compasion el dios acuático, al ver la desgracia de Latona, fijó aquella isla que sirvió á la madre de asilo y despues fué consagrada al hijo.

***

El comercio del Egeo no se hallaba tan solo en manos de tyrrenos y jonios. Es verdad que casi todas las ciudades doricas estaban situadas en el interior, como Mesenia y Esparta, la última de las cuales ocupaba el centro de un profundo valle por todas partes rodeado de montañas; y que la comarca bañada por el bajo Eurotas, que comprendia toda la costa del golfo lacónico se hallaba todavía en poder de los antiguos habitantes del Peloponeso; pero Argos, á la sazon en poder de los dorios, era una poblacion esencialmente marítima, carácter que conservó desde su orígen, y por el mar entraron en ella, lo mismo que en Corinto, sus nuevos dueños. Los puertos de la costa oriental de Laconia ó sea Prasias, Zarex y Boeas, no lejos este último del cabo de Malea, fueron ocupados por los dorios é incorporados á la confederacion argiva; de uno de ellos salió la expedicion capitaneada por Temenos.

Los puertos de Prasias y Zarex, si hemos de creer la tradicion corriente, debieron su orígen al mencionado Temenos, pero los de Boeas atribuian la fundacion de su puerto al heraclida Boeos y de esta diver-

sidad de orígen nacieron sin duda ciertos pujos de independencia incompatibles con la unidad de la federacion argiva (1); tambien los caudillos de Corinto y de Epidauro pretendian descender de Hércules, sin duda por parecerles poco elevado el linage de Temenos. De la Epidauro del Norte salieron los fundadores de Epidauro Limera, establecimiento dórico situado en una bien abrigada playa de la costa lacónica, y cuyos cimientos echaron, segun se dice, los tripulantes de un barco que hizo allí escala en un viaje á la isla de Cos (2).

Entre las ciudades arrebatadas por los dorios á los egialeos del Nord-este, estaban los puertos de Sicion, Corinto, Epidauro y Trecena, de los cuales los tres últimos albergaban un gran número de entendidos marinos que desarrollaron un activo comercio, pues los conquistadores habian celebrado con los egialeos de estas ciudades convenios que aseguraban á todos iguales derechos y privilegios. De los puertos meridionales de la confederacion argiva salieron colonos que helenizaron la isla de Citerea y los de Epadauro llevaron á Egina la cultura y las costumbres griegas. Despues de la conquista de estas provincias marítimas por los dorios, continuó celebrándose el antiguo y solemne sacrificio que los marinos de toda la costa oriental de Hellada ofrecian á Neptuno en Kalauria, islote situado frente al puerto de Trecena, en el cual tomaban parte las ciudades de Orchomenes, Atenas, Epidauro, Herniona, Egina, Nauplia y Prasias (3).

(1) Pausan., III, 22, 23. Véase Curtius, Pelopon. II, 296.

(2) Pausan., III, 23, 6.

(3) Estrab., 374. Despues de la conquista de Nauplia por los argivos, hecho que debió tener lugar reinando en Esparta Nicandro, ó sea hácia el año 750, ocuparon su lugar los argivos en el gran sacrificio, y Esparta sustituyó más tarde á Prasias.

En los numerosos é importantes establecimientos fundados por los dorios de la costa del Peloponeso y por los argivos, tenemos una prueba palpable de la actividad que unos y otros desplegaban en la navegacion; en la costa cariana florecia Halicarnaso, fundada por emigrados trecenios; varias colonias de epidaurenses prosperaban en las islas de Cos, Calidna y Nicyro (1) y los dorios de la costa oriental de Laconia, despues de fundar á Gnido, se posesionaron de Cnoso y de Gortyn, villas cretenses de donde salieron los colonizadores de Rodas; aunque otros opinan que éstos salieron directamente de Grecia, ya sea que se les llame lacones, del nombre de la comarca, ó argivos por formar á la sazon parte de la confederacion argiva (2). De todas las colonias ninguna costó á los griegos tantos esfuerzos y sacrificios como las de Creta y Rodas, no tanto por la considerable distancia que les separaba de su país, como por la resistencia que opusieron los fenicios allí establecidos.

Aunque en todas estas empresas y expediciones marítimas recibieron los dorios auxilio de los egialeos de Epidauro y Trecena, no es por eso ménos cierto que su marina aventajaba á la de los jonios al comenzar la era de las olimpiadas. La colonizacion jónica abrazaba más extensos territorios, habia dado orígen á un número mayor de poblaciones y á ciudades más populosas, pero los dorios tuvieron la ventaja de someter á los fenicios, que á pesar de su incontestable poder marítimo, viéronse precisados á vivir como súbditos de los colonos griegos en Rodas, y á respetar los establecimientos dóricos de Creta erigidos á

(1) Herod. VII, 99.
(2) Herodoto I, 174. Estrab., 653.

la vista de importantes poblaciones fenicias. Este roce de los emigrados helenos con los hijos del pueblo más industrioso de aquel tiempo, fué en extremo favorable al desarrollo de la cultura entre los colonistas dorios y al progreso de las artes técnicas, de que antes apenas tenian nocion alguna los griegos, sirviendo además para enriquecer su religion con nuevos elementos. Tal vez en una de las mencionadas islas fué donde los fenicios enseñaron á los dorios el uso de la escritura, que allí se hallaba muy generalizado, como lo demuestran, entre otros testimonios, las inscripciones del templo de Lindos, consagrado á Athena, hecho que pudo tener lugar hácia la mitad del noveno siglo. Entonces fué sin duda cuando los dorios aprendieron de sus vecinos el uso de las monedas, pesas y medidas en la forma perfecta en que las empleaban los fenicios; no sin trasmitir, en parte al ménos, estos útiles conocimientos á su metrópoli, con la cual conservarian siempre activas y amistosas relaciones.

***

La tradicion de los griegos supone que al rey Temenos sucedió en el trono argivo, su hijo mayor Ceiso al que siguieron Alcemenes y Medon. Despues de este reinaron Thestio, Merops y Aristodamidas, quien dejó el mando á su hijo Fedon (1). Este príncipe, cuyo glorioso reinado abraza un período de 30 años (de 775 á 745 antes de J. C.), halló el patrimonio de Temenos dividido en muchas fracciones, segun expresion de Eforo. De esta noticia se desprende que los lazos que unian á los miembros de la

(1) Pausan., II, 19. Syncelo, 198.

confederacion á cuyo frente estaba Argos, se habian roto ó aflojado durante los dos siglos que mediaron entre su fundacion y el advenimiento de Fedon y que, por tanto, Fliunte, Sycion, Epidauro y Trecena habian adquirido una autonomía casi igual á la de Argos.

Fundaba esta ciudad sus pretensiones á la heguemonia de la confederacion en que de allí salieron los fundadores de las otras y en que allí concurrian los representantes de todas las ciudades federales, para celebrar el gran sacrificio que se ofrecia á Apolo en la Larissa de Argos y Fedon hizo valer estas razones, afirmando con la fuerza su vacilante supremacía. Reconociéronla, de grado ó por fuerza, todas las ciudades que antes formaban la confederacion y, reorganizada ésta sobre más sólida base, sometió á los corintios obligándoles á reconocer su soberanía, siquiera no pudiese lograr imponerles del todo el yugo de sus leyes (1). Para debilitar el poder de los corintios mandoles entregar para su ejército los jóvenes más robustos y aguerridos de la ciudad, en número de mil, con intencion de hacerlos perecer á la primera ocasion favorable. Pero uno de sus confidentes por nombre Abron, descubrió al jefe de los jóvenes guerreros los designios del monarca argivo y, gracias á este aviso, pudieron los corintios retornar salvos á sus hogares.

Habiendo florecido Fedon entre los años 775 á 745, le separa cinco generaciones, ó sea 150 años, de Temenos, caudillo de los dorios que hicieron la conquista de Argos, y esto viene á confirmar nuestra

(1) Dedúcese esto de un pasage de los Escolios á la Olimp. de Pind.; XII, 27, en que Didymo observa que Fedon fué el primero que midió á los corintios con su vara. Plut. amat. narr. c. 2.

hipótesis de que la emigracion de dicho pueblo en el Peloponeso no se remonta más allá del año 1000 antes de Jesucristo. En los mármoles de Paros (31), ocupa Fedon el onceno lugar despues de Hércules, de suerte que á Temenos corresponde en este cómputo el lugar quinto, siendo Hércules, Hilo, Cleodeo y Aristomaco sus predecesores. Eforo sostiene que Fedon fué el décimo soberano de Argos despues de Temenos (1) y Pausanias cuenta entre los argivos á Erató, que no figura en la lista de Teopompo, haciéndole contemporáneo de Nicandro rey de Esparta, que floreció pocos años antes de Fedon (2). Dice el mismo historiador que expulsó de Asina á los driopes, en castigo de haber favorecido una invasion del mencionado Nicandro en Argos, hecho que á lo ménos puede ponerse en tela de juicio ya que antes de las guerras de Mesenia no era tan desahogada la situacion de Esparta, que pudiera impunemente provocar el enojo de los argivos. Por lo que hace al rey Democratida, bajo cuyo reinado en Argos los lacedemonios hubieron de ceder á los nauplienses la villa de Methone, floreció sin duda despues de las guerras mesenicas, durante las cuales cayó dicha ciudad en poder de Esparta (3).

De este Fedon observa Horedoto que fué el ordenador de los pesos y medidas de los peloponesios y «le llama el hombre más violento é inicuo de todos los griegos, que habiendo quitado á los eleos la presidencia en los juegos olímpicos, se alzó con el cargo de

(1) Fragm. 15, ed. Müller.
(2) Paus. II, 36, 5.
(3) Pausan IV, 35, 2. Aun admitiendo que mediaron ocho generaciones ó sea 200 años entre Fedon y Temenos no se obtiene para este una fecha más elevada que la del año 1000 antes de nuestra era.

Agonoteta» ó presidente de aquel certámen (1); pero es evidente que el historiador halicarnasiense confundió á Fedon el jóven con el viejo ó primero de los monarcas argivos que llevó este nombre, y por su parte Pausanias trastorna el órden cronológico de los hechos cuando dice que un levantamiento democrático efectuado bajo el rey Medon habia mermado no poco el poder de los príncipes argivos, reducido desde entonces á una sombra de lo que antes era. Es verdad que la aristocracia debilitaba algun tanto la autoridad de estos monarcas, pero su principal enemigo era la completa disolucion que reinaba en todos los elementos del Estado y cuyos desastrosos efectos trató de conjurar Fedon (2).

Consagró este príncipe casi toda su vida á devolver á su ciudad de Argos el esplendor antiguo y la heguemonia sobre todo el Peloponeso que comprendia las comarcas conquistadas en otro tiempo por Hércules y aún sobre todos los estados que se formaron con las conquistas de los dorios, no sin presentar á sus enemigos como principal prueba de su derecho, el íntimo parentesco de los reyes argivos con el vencedor del leon y de la hidra, como descendientes que eran del hijo primogénito de Aristomaco. En este mismo parentesco fundaba sus pretensiones á presidir la gran fiesta de Olimpia, suponiendo que tan preciado honor correspondia á los reyes argivos, por ser estos los más próximos descendientes de Hércules, fundador de la primitiva solemnidad religiosa que dió orígen á la fiesta, y de ningun modo á los eleos que no habian hecho más que reanudar la interrumpida celebracion del sacrificio.

(1) Herod. VI, 127.

(2) Arist. republ. V, 10. Paus., II, 19, 2, V, 22.

Por su parte los pisates, en cuyas fronteras estaba situado el altar donde se inmolaban las víctimas, sostenian que á ellos exclusivamente correspondia la direccion del certámen, de la cual se habian apoderado los eleos sin más derecho que el de la fuerza y el de las armas con que les habian sometido á su yugo. Para vengar esta usurpacion se dice que los pisates llamaron á Fedon, quien, trasladándose á Olimpia, expulsó de allí á los eleos, ofreció en persona el sacrificio del año 748 y entregó por su mano el premio de los juegos, ganado por el mesenio Anticles (1).

Esta noticia es por extremo importante, pues confirma la exactitud de las fechas que antes asignamos al reinado de Fedon, 775-745, siendo de todo punto inaceptables la de 895 que dan los mármoles de Paros, y la de 670 á 640 que indica Herodoto. La primera concuerda tambien con la época de la fundacion de Siracusa por Argias, de quien se dice que profesaba entrañable cariño al nieto de Abron, el favorito de Fedon que descubrió á los corintios los sangrientos planes de su monarca (2).

El triunfo de Fedon sobre los eleos produjo tan efímeros resultados, que, mediante el auxilio de los espartanos, les vemos recuperar la presidencia y direccion de la fiesta en la siguiente Olimpiada del 744, cuyo puesto conservaron á pesar de las reclamaciones de los pisates. Sin embargo, debe atribuirse su fácil triunfo á la prematura muerte del caudillo argivo acaecida un año antes. Efectivamente, es cosa averiguada que el año 745 emprendió una expedicion á

(1) Paus. VII, 22. Como era natural los eleos, considerando ilegal esta adjudicacion del premio, se negaron á incluir en su lista de los vencedores al agraciado en los juegos del 748.

(2) Plut. narrat. amat. c. 2.

Corinto, si con ánimo de someter del todo esta ciudad ó con objeto de restablecer la monarquía, amenazada ó tal vez derribada por la aristocracia, y poner en el trono un príncipe vasallo del monarca argivo, no se sabe, pero lo que parece seguro, es que hallándose en aquella poblacion, sucumbió víctima del puñal asesino, dirigido secretamente por una faccion enemiga, y áun hay quien asegura por la traicion de sus propios amigos (1).

***

Las noticias y datos conservados por la tradicion helena acerca de los hechos de Fedon, con ser tan escasos, bastan para demostrar que ninguno de los príncipes que componen la larga série de monarcas argivos puede equipararse en natural capacidad y genio á este caudillo, que alcanzó un poder nunca conocido en Argos, antes ni despues de Fedon, pues su dominacion, directa ó indirecta, extendíase bajo el reinado de este príncipe, desde Egina y Trecena, en el Oeste, hasta la desembocadura del Alfeo en la costa opuesta del Peloponeso; por el Sur abrazaba la costa oriental de Laconia y llegaba hasta Citerea, y por el Norte se estendia hasta Corinto, que en parte obedecia al monarca de Argos. El triunfo obtenido en Olimpia, sobre eleos y espartanos, aunque de escasos resultados, es prueba tambien del poder que alcanzó la nacion argiva en esta época, aunque más claramente se demuestra su extraordinaria influencia por el

(1) Nicolas de Damasco, Fragm. 14, hace notar que Fedon, movido por la amistad que tenia á los corintios, pasó á poner órden en la ciudad, á la sazon desgarrada por intestinas discordias, y allí fué asesinado, *epizéseôs ek tôn hetáirôn guenoménês.*

hecho de haber sido este caudillo, segun atestiguan todos los escritores del tiempo, quien extendió en toda la Grecia el empleo de los pesos y medidas y acuñó las primeras monedas, siendo hecho notorio que «las monedas, pesos y medidas de Fedon» fueron sin dificultad aceptadas y legalmente reconocidas en casi todos los cantones griegos (1).

Estos pesos y medidas, cuyo uso legalizó Fedon, eran los mismos que los colonistas dorios de Creta y de Rodas habian aprendido en sus relaciones comerciales con los fenicios allí establecidos, y cuyo conocimiento trasmitieron ellos, á su vez, á la metrópoli, para que esta le difundiera por toda Grecia. Así vemos que el talento babilonio, equivalente á unas 92 libras de nuestro peso, fué la unidad adoptada por Fedon para su sistema de monedas y era tambien la base mucho antes introducida por sirios, fenicios y hebreos en sus respectivos sistemas monetarios. Siguiendo el ejemplo de estos pueblos dividió el príncipe argivo aquella medida en 60 partes que designó con el nombre semítico de *minas*, ó propiamente *mna* (2).

La mina equivale en peso, á poco más de 1½ libra y su valor, como moneda ascendia á unos 630 rs. Los fenicios dividian la mina en 50 Shekels, mientras que Fedon hizo de ellas 100 dracmas, de suerte que en su sistema monetario un talento valia 6.000 dracmas; usándose para los cambios, á lo ménos más tarde, piezas acuñadas de 2 y 4 dracmas (3). Fedon hizo

(1) Herod., VI, 127. Polux, X, 179. Plinio, Hist. nat., VII, 56. Plut. Apophtegm. lac. c. 3. Dicearco, citado por Ateneo, IV, 141. Böckh, Metrol. p. 82 y siguientes.

(2) Segun ha demostrado Böckh, Metrologia, p. 100 y siguientes la *mina* de Rodas tenia igual valor que la egineta y que el *stater* cretense usado en Lyctos, Gortyn, Gnosos y Cidonia.

(3) Böckh, Metrol, p. 81.

acuñar las primeras piezas de oro, segun su sistema, operacion que se efectuó en el sagrado recinto perteneciente al santuario de Juno, diosa tutelar de Argos, ó sea en la falda de la montaña sobre la cual estaba dicho templo y mandó colgar en este, como regalo ofrecido al númen, las piezas largas de hierro llamadas *obeliscos* que hasta entonces se habian usado para los cambios al menudeo (1).

Asegúrase que Fedon hizo acuñar las primeras monedas de plata de su sistema en Egina, distrito á la sazon incorporado á la confederacion argiva, noticia que tal vez no tenga otro fundamento que el de haberse cambiado en siglos posteriores la antigua denominacion «monedas de Fedon» por la de *monedas eginetas*. Es digno de consideracion, sin embargo, que despues de la decadencia de Argos, adquirió Egina tal importancia, que llegó á ser el emporio del comercio dórico y centro del tráfico marítimo que se hacia en la costa oriental, como lo era Corinto del de la Occidental (2). La cuestion de las monedas y pesas guarda estrecha relacion con la de medidas. Fedon estableció el *metrétes* como base de las de capacidad para líquidos y sólidos, el cual, siguiendo tambien en esto el ejemplo de los fenicios, dividió en 12 jóes y 144 cotélas; equivalia el metretes á 3 cuartos del medimno atico ó una y media anfora romana y, en peso, correspondia á uno y medio talentos ó sea 90 minas. Segun todas las apariencias, dió tambien Fedon los primeros pasos para fijar los tipos de las medidas longitudinales y agrarias, aunque los griegos atribuian esta gloria á

---

(1) Etimologicum magnum, v. *Eüboikón nómisma* y obeliscos. La parte de la montaña en que estaba situado el templo de Hera se llamaba Eubea.

(2) Eforo citado por Estrab. 376.

Hércules, que, segun se dice, midió con los piés el espacio que comprendia la pista de las carreras de Olimpia (1), por lo cual, sin duda, adoptaron los helenos el pié olímpico como tipo de las medidas longitudinales. La longitud del *Estadion* olímpico ascendia á 600 piés griegos, que hacen 570 de nuestra medida ó 625 piés romanos y se hallaba dividido en 6 *plethros* de 100 piés griegos cada uno ó 100 brazas de 6 piés griegos, de donde resulta que 8 estadios hacen algo más de una milla romana y 40 componen una milla geográfica. Es posible que, por disposicion del príncipe argivo, empezase á regir este tipo de las medidas longitudinales, en la solemnidad olímpica que, bajo su presidencia, tuvo lugar el año 748.

Sea de esto lo que quiera, los griegos se guiaron, para establecer el tipo de esta medida, por el sistema semítico: así vemos que la vara babilónica, norma de sus medidas longitudinales, era el equivalente del diámetro de un cubo de agua cuyo peso correspondiese al de un talento, y el pié olímpico se referia tambien á un cubo equivalente á 80 libras eginetas ó 40 minas de la misma clase: el diámetro de este cubo es la vara helena que resulta, por consiguiente, una octava parte más corta que la babilonica (2). Dos terceras partes de aquella vara componen el pié griego que guarda idéntica relacion con el pié de Babilonia.

---

(1) Böckh, Metrolog. p. 275 á 285.
(2) Böckh, Metrologia 209. 285.

II.

PRIMERA GUERRA DE MESENIA.

Argos, el principal estado del Peloponeso antes de la invasion dórica, metrópoli de una extensa confederacion despues de la conquista, bajo el mando de los temenidas, centro y emporio de un gran comercio marítimo, llegó al apogeo de su poder bajo el brillante reinado de Fedon; pero esta pletora de gloria y de poderio fué de corta duracion porque la muerte del ilustre caudillo marca el principio de su rápida decadencia. Paso á paso fué perdiendo Argos su influencia en el Peloponeso, no sin sufrir la mortificacion de verla caer en manos de otro estado rival aunque hermano, que jóven todavía y sin importancia, empezaba á desarrollarse en el centro de un estrecho valle, por todas partes rodeado de montañas. Pero este pobre estado, que en su primera edad tuvo una existencia precaria y arrastró una vida llena de peligros y luchas intestinas, y que hasta carecia de leyes, habia adquirido gran fuerza mediante la reforma de Licurgo, y gobernado por sus nuevas leyes robusteció de tal manera sus mermadas fuerzas, que su sábia organizacion suplia con ventaja la falta de territorio y de fuerzas exteriores.

Arquelao, de la familia agida, y Jarilao de la euripontida, que ocuparon simultáneamente el trono espartano mediante el pacto de familia celebrado por Licurgo, supieron sacar un gran partido de la organizacion dada al ejército por las nuevas leyes. Dirigieron primeramente sus armas contra los arcadios y, penetrando en sus montañas, tomaron la ciudad de Aegis, situada sobre una estribacion del Parnon, entre el Eurotas superior y Tegea, siendo toda la comarca fruto de su importante victoria. Sin duda se refiere á esta conquista un oráculo de que hace mencion Eusebio (1), relativo á los dos monarcas espartanos antes nombrados. Pero si ha de darse crédito á una tradicion muy abonada, la fortuna se cansó pronto de favorecer á estos príncipes, toda vez que en su segunda expedicion contra Tegea cae prisionero Jarilao (2).

Esta desgracia no detuvo el engrandecimiento de Esparta ni por ella se abatió su espíritu de conquista. Teleclo y Nicandro, sucesores de Arquelao y Jarilao, declaran la guerra á los aqueos y resuelven no deponer las armas sin haber realizado la conquista de Amiclae, satisfaciendo así una de las más codiciadas aspiraciones de los espartanos, que durante dos siglos habian hecho inútiles esfuerzos para destruir aquel rival que á las mismas puertas de su capital crecia y prosperaba. Los amiclenses opusieron una tenaz resistencia y los heróicos hechos de sus guerreros llenan de asombro á sus mismos enemigos; pero la fortuna favorece las armas de los espartanos quienes, reconociendo el valor de los vencidos,

---

(1) Pausan., III, 2, 5. Eus, praep. evangel. V, 32.
(2) Pausan., VIII, 5, 6, 48, 3, III, 7, 3.

contaban esta victoria entre sus más gloriosas hazañas y aseguraban que nunca habian realizado un hecho más digno de recuerdo. Por eso no satisfechos con levantar un monumento conmemorativo de su victoria sobre los amiclenses, perpetuaron su agradecimiento á Júpiter Tropeo, por haber decidido en su favor el pleito, erigiendo en su honor un templo no lejos de la puerta que por el Sur conducia al mercado de Esparta (1).

Segun era costumbre en aquellos rudos tiempos los habitantes de Amiclae fueron en parte expulsados de sus hogares y algunos de ellos se quedaron como perioicos entre los vencedores, quienes tuvieron buen cuidado de arrasar la ciudadela y las murallas de la ciudad; en cambio respetaron todos sus santuarios. Al tomar posesion de Esparta no solo conservaron los dorios los antiguos ritos de su culto y siguieron tributando adoracion en su nueva pátria á la Artemis Limnatis, sino que adoptaron el culto de varios númenes propios de la comarca, como el de Therapne, el de Helena y el de los dioscuros; de igual manera no solo conservaron los sacrificios que en la ciudad vencida se celebraban en honor de Apolo, cuyo santuario se hallaba situado al Oeste de la villa, sino que declararon fiesta nacional del pueblo espartano la más notable de sus solemnidades, ó sea las Jacintias, en cuya celebracion, tomaban por eso parte principal los amiclenses.

Sobre el orígen de esta solemnidad se cuenta, que

(1) Schol. Pindar. Isth. VII, 18. Pausan. III, 2, 6. III, 12, 7. 19. Curtius, Pelop. II, 232, describe la situacion del templo de Júpiter Tropeo. Dícese que Timomajo, egida tebano, acudió en socorro de los espartanos con un cuerpo de guerreros tebanos que prestaron á los primeros excelentes servicios. Böckh, Sobre la Pyth. de Pindaro, V, 74. Jenof. Helen. IV. 5, 11.

ejercitándose una vez Apolo en el tiro del disco, dió un tremendo é involuntario golpe con el instrumento á Jacinto, jóven de singular hermosura y le mató. En memoria de este suceso instituyéronse las fiestas *Jacintias*, en que á la vez se honraba á Apolo y á su desgraciado amigo; cuyos restos se guardaron en un sepulcro erigido en el mismo santuario de Amiclae.

Para los helenos era el Jacinto símbolo de la rapidez con que florecen y se marchitan las más hermosas flores; y el disco de Apolo representa el poder de los rayos del sol estival bajo cuya influencia se marchitan las bellas flores de primavera. Es una simbolica del decurso del año y de los efectos solares durante el mismo, cuyo conocimiento no llegó á los griegos sino mediante el comercio que desde la más remota antigüedad sostenian con los fenicios del golfo lacónico: debe considerarse, por tanto, como una importacion de Citerea en el valle del Eurotas.

En el primer dia de la fiesta, que coincidia con el sétimo del mes Hecatombeon, se tributaban públicos y tristes homenages á la muerte de Jacinto, pero en los dos siguientes se honraba, con demostraciones de alegria, cantos de júbilo, danzas en que tomaban parte jóvenes y doncellas con coronas en la cabeza y con un gran banquete, la resurreccion del venturoso amigo de Apolo y su admision entre los olímpicos inmortales. Algun tiempo despues se introdujo la costumbre de celebrar durante esta solemnidad una carrera de carruages en que solo tomaban parte las mujeres solteras de Esparta.

En el mismo santuario amiclense celebraban los espartanos las Karneas, que era la fiesta principal con que todos los dorios del Peloponeso honraban al hijo de Latona. Caia esta solemnidad en el Karneo,

correspondiente á nuestro Agosto, considerado por esta circunstancia como un mes sagrado durante el cual no se podia emprender guerra, ni romper hostilidades de ninguna clase. Segun parece, los dorios conmemoraban en esta fiesta las victorias de sus armas durante la invasion, y daban en ella gracias al profético númen por la proteccion y sábios consejos que les habia dispensado, especialmente en el campamento de Naupactos en que construyeron las barcas para realizar el paso del estrecho. Por eso se dió á esta solemnidad el carácter de una fiesta de campaña; erigíanse tiendas en los alrededores de la villa y todas las ceremonias y actos de la misma se anunciaban al pueblo por heraldo, de igual manera que en los campamentos (1).

Posteriormente se colocó sobre la tumba de Jacinto, en el templo de Amiclae, una estátua colosal de bronce que media treinta varas de altura y representaba á Apolo cubierta la cabeza con el yelmo, armado de lanza y arco, á la cual se añadieron más tarde piés y manos, aunque toda ella, como hace notar Pausanias, estaba ejecutada sin arte. Hácia el año 550, Bathikes de Magnesia, ciudad de las orillas del Meander, adornó con primorosos trabajos el trono sobre el que descansaba la estátua (2).

La conquista de Amiclae, acaecida hácia el año 760 ántes de J. C., es sin duda alguna el hecho más importante que registra la tradicion espartana desde la invasion del valle del Eurotas por los dorios hasta la indicada fecha. Esa conquista les abrió las

---

(1) Ateneo, IV, 19. Tucid., V, 54. Datos sobre el Apolo Karneo véanse, Teopompo, Fragm. 171.

(2) Müller, Dorios, II, 281. Pausan. III, 13. 19. 26. Ateneo, IV, 17.

puertas de la parte baja del valle cuya entrada les habian cerrado hasta entonces los animosos aqueos que habitaban la villa y su ciudadela. No pasó mucho tiempo sin que los espartanos recogiesen el fruto de tan importante victoria, porque, despues de la caida de Amiclae, los aqueos que ocupaban los pueblos del Sur, á lo ménos los de Faris, ciudad situada sobre el Eurotas más abajo de Amiclae y los de Geronthrae, en la vertiente occidental del Parnon, cobraron tal miedo, que no osaron oponer resistencia á los espartanos. Temiendo el ataque de estos, se adelantaron á proponerles un convenio en virtud del cual cedian su territorio á los vencedores si estos les permitian abandonar pacíficamente el país. En su consecuencia, las ciudades aqueas del Eurotas fueron ocupadas por espartanos que, de esta manera y sin gran esfuerzo se hicieron dueños de casi todo el valle del Eurotas (1). Muy luego completó su conquista Alcemenes, hijo de Teleclo, con la toma de Helos, ciudad situada en la desembocadura del mencionado rio, que no pudo resistir al violento empuge de los espartarnos, á pesar del auxilio que á sus habitantes prestaron los argivos, por el lado del mar. Esta nueva conquista les abria las puertas del comercio marítimo (2).

En pocos años habian doblado los espartanos la estension de su territorio, no sin destruir un enemigo que, posesionado de Amiclae era un constante peligro para la existencia del jóven Estado y un obstáculo á su desarrollo. Hallábanse, pues, en posesion de un territorio perfectamente resguardado por naturales defensas, toda vez que el valle del Eurotas estaba cerrado por el Taigetes al Este, el Parnon al

(1) Curtius, Pelopon., II, 249. Pausan., III, 2, 6. 22, 5.
(2) Pausan., III, 2, 7. 20, 6. Estrab., 363.

Oeste y el mar al Sur. La entrada en la fertil llanura de Esparta, en la profunda Lacedemonia, ofrecia, por consecuencia, dificultades poco ménos que insuperables para cualquier ejército enemigo si los espartanos guardaban el desfiladero de Pellane, abierto cerca del Eurotas, en direccion á la frontera occidental de Arcadia y el paso de Sellasia, cortado en el Parnon, hácia Tegea, no lejos de la frontera oriental de dicho país, toda vez, que por el lado del mar no eran fáciles las invasiones en aquellos tiempos y ménos siendo dueños de la llave, que era Helos.

Pero los espartanos, organizados como se hallaban por las leyes de Licurgo, no se durmieron sobre sus laureles, antes bien los brillantes resultados de su guerra con los aqueos, el conocimiento de las magníficas defensas naturales que protegian su país, á la sazon exclusiva propiedad suya por derecho de conquista, y la confianza que les inspiraba su actual organizacion militar y política á la que en gran parte debian su engrandecimiento, contribuyeron no poco á acrecentar su valor y á despertar en ellos más elevadas aspiraciones. Sin más objeto inmediato que el de satisfacer la impaciencia de sus guerreros, empezaron á hostilizar á sus vecinos que vivian del otro lado del Taigetes y de pequeñas escaramuzas, surgió una guerra encarnizada y larga. Formalizada ésta, concibieron los espartanos el plan de estender su territorio, pero seguramente no tuvieron por entonces intencion de aniquilar un estado que poseia excelentes condiciones de defensa.

⁂

Los dorios, que invadieron el valle del Pamiso, no lograron apoderarse sino de una parte de la co-

marca, como sucedió en un principio á los que invadieron el Eurotas. Establecidos estos conquistadores en la mitad superior de la llanura, los reyes del estado que desde entonces se llamó Mesenia fijaron su residencia en Steniclaros, villa fundada, segun se dice, por su progenitor Cresfonte.

Desde aquí estendieron luego sus conquistas, pero sin lograr arrebatar á los antiguos habitantes las tierras bañadas por las aguas del golfo lacónico, que comprendian toda la costa de Occidente. Sin duda para llegar á este resultado, Cresfonte ofreció á los habitantes de Pilos y de Rhion hacerles partícipes de los mismos derechos que gozaban los dorios si querian formar parte de su Estado (1); pero no debieron obtener éxito sus gestiones, toda vez que varios cronistas aseguran que Pilos y Methone, los dos puertos más notables de la costa de Occidente, no obedecian á los monarcas dorios de Steniclaros, y por tradiciones bien abonadas sabemos que Korone, puerto del golfo de Mesenia situado cerca de la desembocadura del Pamiso, se mantenia independiente hácia el año 732 antes de nuestra era, cerrando á los mesenios toda comunicacion con el mar, como lo hacia Helos, con relacion á Esparta. Pausanias observa expresamente que despues de la segunda guerra de Mesenia todos los habitantes de este país quedaron reducidos á la categoria de hilotas, á excepcion de los que ocupaban las ciudades marítimas (2).

Mesenia hallábase encerrada, como Laconia, en-

---

(1) Eforo, citado por Estrabon, 361.

(2) Pausan. III, 3. En la 12.ª olimpiada salió vencedor un indivíduo de Korome, llamado Oxythemis. Eus. chron. 1, p. 143. Grote ha demostrado que Korone y Koroneia son dos vocablos perfectamente distintos. Historia de Grecia, II, 443.

tre dos cadenas de montañas; el Taigetes al Este, y el Egaleon, la última de las cuales, formando diversos cerros, se extiende desde el extremo SO. de la meseta de Arcadia, hasta el cabo de Akritas, en la direccion opuesta. Pero el valle del Pamiso presentaba por su forma, como por su naturaleza física, muy otro aspecto que el valle del Eurotas. En lugar de la estrecha llanura que encontramos en las márgenes del Eurotas, vemos aquí, no lejos de las fuentes del Pamiso un precioso y extenso valle, casi circular, en el cual se halla situada la capital Stenyclaros. Los cerros que por este lado forman la frontera de Arcadia, dominan con su imponente altura las fuentes del Neda y del mencionado Pamiso para caer luego en suaves mesetas, casi escalonadas y perfectamente niveladas, en direccion á la llanura. Esta presenta señales evidentes de haber sido el lecho de un lago hoy naturalmente seco ó desaguado por artificiales procedimientos.

Resguardada de los vientos del Norte por los elevados cerros de Arcadia, abundantemente regada por innumerables torrentes y riachuelos que bajan de las inmediatas montañas y dotada de un clima apacible, reune este privilegiado valle todas las condiciones que concurren á dar al suelo, sobre todo si este es cenagoso, fertilidad y riqueza. Hácia el Sur únense las dos cadenas de montañas y cierran la llanura de Stenyclaros en términos que el rio se vé forzado á abrirse paso á través de una masa compacta de rocas y peñascos.

Pero del otro lado de esta garganta ábrese un nuevo valle, tan fertil como el primero, que se estiende hasta el mar. Más cálido que el primero por hallarse únicamente expuesto á los vientos meridio-

nales, pero refrescado por un sin número de arroyos, ofrece este valle inferior de Mesenia el aspecto de un jardin risueño, que por doquier ostenta la magnificencia y lozania de las vegetaciones meridionales; cuyos campos se hallan cercados por expléndidos sotos de Cactus y cuyos pueblos yacen escondidos entre plantios de olivos y moreras. Indudablemente ofrecen los dos valles de Mesenia los terrenos mas fertiles y más ricos del Peloponeso, y sus montañas brindan en todo tiempo con excelentes pastos. No es, pues, extraño, que Euripides al hablar de Mesenia diga que «es un país lleno de hermosos frutos, refrescado por mil arroyos, que ofrece nutritivo alimento á los rebaños de vacas y ovejas; en el que no se dejan sentir las tormentas del invierno ni los excesivos calores del verano» (1).

Primer soberano de Mesenia fué Cresfonte, de quien la tradiccion cuenta que, por favorecer á los antiguos moradores del país, atrajo sobre sí el odio de los dorios que, envalentonados por la victoria, reclamaban la sumision incondicionada de los vencidos, hasta que al fin le asesinaron, no sin expulsar del país á sus hijos (2). Pero uno de estos, por nombre Epyto, fué acojido y criado por Cypselo, rey de los arcadios y aliado de Cresfonte. Cuando Epyto estuvo en edad de reinar púsole su protector en el trono de su padre, auxiliándole en esta empresa Ceiso, rey de Argos, hijo de Temenos, y Euristenes y Procles, soberanos de Esparta. Pausanias es de parecer que los dorios asesinaron á todos los hijos de Cresfonte menos á Epyto que logró escapar; pero Isócrates haciéndose eco de tradiciones más antiguas, sostiene

(1) Estrab. p 366.
(2) Eforo, citado por Estrab., p. 361.

que expulsados del país se refugiaron todos en Esparta (1).

Sea de esto lo que quiera, Epyto supo ganar las simpatias de la nobleza dórica por medio de concesiones y privilegios y dejó la corona á su hijo Glauco, que no se apartó de las tradiciones de su padre. De sus sucesores Istmio, Dotadas, Sybotao y Fintas, solo se sabe que fomentaron la piedad de los helenos y enriquecieron el culto de sus dioses con nuevas prácticas y sacrificios, haciendo adoptar á los dorios ceremonias y ritos peculiares del culto de los aqueos. Sybotao introdujo la costumbre, despues seguida por todos los monarcas mesenios, de ofrecer sacrificios al rio Pamiso, por los bienes que al país reportaba con sus aguas, y Fintas fué el primero que envió á la solemnidad jónica de Delos un coro de hombres que en ella cantó un prosodion compuesto y ensayado por el vate y músico Eumelo (2).

Estas ocupaciones de los monarcas mesenios son indicio seguro de la profunda paz que en aquel pequeño Estado se gozaba, y seguramente las solemnidades religiosas no fueron los elementos que ménos contribuyeron á extinguir odios y apagar rencores entre las tribus invasoras y la poblacion antigua. De varios auténticos hechos se deduce que las relaciones entre los conquistadores dorios y los antiguos habitantes de Mesenia, eran más amistosas y de carácter mas dulce que las que unian en Esparta á vencedores y vencidos. Tal vez contribuyó á producir ese resultado la fertilidad del suelo mesenio que brindaba

---

(1) Paus. IV, 3, 5. Isócr. Archid. 120-122. Nicolas de Damasco, Fragm. 39, sostiene que los mesenios vivieron en constantes luchas interiores, hasta la destruccion de su reino por los espartanos.

(2) Pausan. IV, 3. 4.

á los conquistadores con goces y comodidades que en vano buscaban los de Laconia y por lo cual no tuvieron necesidad de acudir á la opresion y á la tiranía para obtener ventajas que el suelo expontáneamente ofrecia. Digno de atencion es, por lo ménos, que aún hoy, los labradores de los valles de Mesenia se distinguen por su laboriosidad y carácter apacible que contrasta con el genio brusco de los fornidos y levantiscos mainotas del Taigetes.

Pero no se crea que los mesenios carecian de fuerza física y de dotes militares. Sábese que en las diez primeras fiestas celebradas en Olimpia (de 776 á 736) ganaron siete mesenios el premio de la carrera, habiéndose adjudicado uno de los tres restantes á un habitante de Dyma, villa aquea y dos á corredores eleos.

***

El territorio de Mesenia estendiase, en el valle inferior del Pamiso, hasta más alla del Nedon; rio que, bajando de la falda occidental del Taigetes, desemboca, no lejos de Ferae, en el golfo mesenio, y comprendia los afluentes que dicho rio recibe por Oriente, en cuya direccion llegaba hasta la cima del mencionado Taigetes. En esta comarca, regada por el Nedon superior, habia un templo consagrado á Diana, en el cual se reunian de vez en cuando mesenios y espartanos á celebrar sacrificios á la diosa para renovar sus alianzas y recordar los lazos de parentesco que mútuamente les unian (1). Pero despues

(1) Ross, (viages por el Peleponeso, 1, 5-11) ha determinado la situacion de este santuario y descubierto antiguas mojoneras que marcaban, sin duda, los límites entre Mesenia y Laconia.

que Teleclo y Nicandro sometieron al yugo de Esparta los territorios aqueos del valle del Eurotas, empezaron los espartanos á hacer incursiones en estas comarcas fronterizas de Mesenia, sin duda con la intencion de establecerse en ellas y de llevar los límites de su reino hasta el Nedon (1). El mencionado rey espartano Teleclo, destruyó en una de estas excursiones la aldea mesenia de Nedon, situada sobre el rio de su nombre; pero algun tiempo despues, en ocasion en que se celebraba el sacrificio en el santuario de Artemis, fué asesinado este caudillo por los mesenios que asistian á la ceremonia religiosa. Los espartanos rindieron el debido homenage á la memoria del conquistador de Amiclae, erigiéndole en Esparta un santuario en el que se le tributaba el culto de los grandes héroes (2).

Alcemenes siguió la obra comenzada por su padre Teleclo y, despues de conquistar la importante villa de Helos, dirigió sus armas contra Mesenia. Sobre una de las mesetas por las que el Taigetes desciende, en direccion al Oeste, á la llanura de Stenyclaros, se alzaba la fortaleza de Amfea, asentada en escarpada roca, no lejos de la residencia de los monarcas mesenios. Alcemenes rompió las hostilidades por el ataque de esta fortaleza que tomó por sorpresa durante la oscuridad de la noche (3); los mesenios aseguran que á este hecho no precedió declaracion alguna de guerra; pero los espartanos ocuparon el fuerte despues de haber pasado á cuchillo á todos sus

(1) Llámase esta comarca Denthelea y es notable por los combates allí librados entre espartanos y mesenios, aún en la época de la dominacion romana.

(2) Estrab., 279. 257. 360. Pausan. IV, 4. 5. III, 15, 7.

(3) Curtius, Pelopon, II, p. 134.

moradores; con lo cual bien claramente dieron á entender que llevaban planes de conquista de antemano concertados, y no tan solo eran movidos por la sed del pillage.

La toma de Amfea puso en manos de los laconios una posicion fuerte dentro del territorio enemigo, desde la cual les era fácil en extremo saquear la comarca, destruir las cosechas siempre que lo juzgasen oportuno y robar los ganados: tambien los dorios de las primeras invasiones empezaron sus conquistas erigiendo el Temenion delante de Argos y el Solygeos á la vista de Corinto. Amfea era sin duda una adquisicion preciosa para los espartanos por su excelente posicion estratégica que dominaba toda la llanura de Stenyclaros. Pero la conquista de todo el país ofrecia, no obtante, grandes dificultades y la toma de dicha fortaleza fué tan solo el preludio de una guerra que duró veinte años.

Las causas de esta guerra no están bien definidas, toda vez que, segun hacen notar escritores griegos de épocas posteriores, ambas partes se acusaban mútuamente de haberla provocado. Los mesenios contaban que un grupo de espartanos imberbes, con Teleclo á la cabeza, asistieron en una ocasion al sacrificio celebrado en honor de Diana á orillas del Nedon, vestidos de mujeres y llevando espadas ocultas debajo de la ropa, con ánimo de asesinar á los nobles mesenios durante la fiesta y apoderarse luego del país; pero aquellos hicieron resistencia y lograron dar muerte á Teleclo y á sus jóvenes. Los espartanos por el contrario, aseguraban que la provocacion, partió de los mesenios, pues habiendo acudido á dicha solemnidad varias doncellas espartanas con ofrendas para la diosa, aquellos las violaron y dieron muerte

al rey Teleclo por que trató de oponerse á tan vergonzoso crímen (1).

Los espartanos llevaban más adelante sus pretensiones, toda vez que, segun hacen notar escritores griegos modernos, creian tener incuestionable derecho á la posesion de todo el territorio mesenio, porque en su sentir, les habia engañado Cresfonte al hacer el reparto de las tierras conquistadas, usando un artificio de que hicimos mencion oportuna (2). Aducian además, como prueba de su derecho, que los mesenios, al asesinar al heraclida Cresfonte y expulsar del país á sus hijos, habian prescrito sus derechos á la posesion del territorio que fué asignado al mencionado caudillo, y que Epyto los cedió á los espartanos que le prestaron asilo despues del asesinato de su padre y no le reinstalaron en el trono de Mesenia sino mediante la cesion de aquellos derechos (3).

No son estos los únicos pretextos ó causas en que fundan los espartanos la justicia que les asistia para romper hostilidades contra Mesenía. Parece que á la muerte de Fintas gobernaron simultáneamente este país sus hijos Antioco y Androcles (4). Durante su reinado pidieron los espartanos la extradicion ó entrega del mesenio Polyjares que mató á un espartano por haberle éste robado algunas vacas y aún se dice asesinado al hijo del Polyjares. Cuando se discutió la reclamacion de los espartanos en la asamblea de la nobleza mesenia, Androcles opinó en favor y Antioco

(1) Estrab., 257, 279. Pausan., IV, 4. Justino III, 4.

(2) Véase tomo VI. p. 31.

(3) Isócrates, Archidamo, 120 y 122.

(4) Estos dos reyes ocupan el octavo lugar en la lista de los monarcas mesenios á partir de Cresfonte, inclusive, mientras que sus rivales Alcemenes y Teopompo tienen el décimo en la série de reyes espartanos, á partir de Aristodemo que encabeza la lista.

en contra de la entrega, llegando á tal extremo el ardor de la discusion, que ocasionó la muerte de Androclo y de varios nobles que le apoyaban. (1) Poco tiempo despues, murió Antioco dejando la corona á su hijo Eufaes, bajo cuyo reinado tuvo lugar la toma de Amfea. En suma: los espartanos echaron en cara á los mesenios el asesinato de Teleclo y su negativa á entregarles á Polyjares y estos le acusaban de haber atacado injustamente la indefensa aldea de Nedon y favorecido los astutos planes de Teleclo.

Cinco años duraban ya las hostilidades sin que se hubiese librado una batalla formal; pero en el quinto, los espartanos conducidos por los reyes Polidoro, hijo de Alcemenes, y Teopompo, que lo era de Nicandro, alcanzaron una importante victoria. Los mesenios aseguran, es verdad, que aquella quedó indecisa, pero es lo cierto que, á consecuencia de este encuentro, viéronse precisados á abandonar no solo la capital, cuya situacion era poco apropósito para la defensa sino todas sus poblaciones, refugiándose en masa sus moradores en las escabrosas alturas del Ithome que separan las dos partes en que se halla dividido el valle de Mesenia. Esta montaña ofrecia un asilo seguro, toda vez que por Occidente comunicaba con el Egaleo por colinas completamente cubiertas de arbolado, mientras que en la direccion opuesta, desciende bruscamente corriendo á sus piés el Pamiso. El Eua que forma la punta meridional, arranca de la llanura con una inclinacion tan pronunciada que le hace poco ménos que inaccesible, de suerte que la subida á esta montaña ofrece únicamente alguna facilidad por la parte Norte que constituye el verda-

(1) Diod. Fragm. lib. VIII, 22, ed. de Wess.

dero Ithome y comunica con la llanura de Stenyclaros. Este cuartel estaba sembrado de encinas y tenia gran abundancia de manantiales.

Desde las cimas del Ithome se domina por el Norte, toda la llanura y parte de los cerros de Arcadia; por el Sur, se descubre desde sus alturas hasta el golfo mesenio y la desembocadura del Pamiso, en tanto que por Oriente cierran el paisaje los encumbrados riscos del Taigetes. La montaña, en general, no mide más de 2.500 piés de elevacion, pero hallándose completamente aislada, se destaca en todas direcciones como una gigantesca ciudadela puesta por la naturaleza para la defensa del valle mesénico, y se descubre desde las sierras de Arcadia, lo mismo que desde los barcos que surcan las aguas del mencionado golfo.

Sobre la extensa meseta que formaba la cima del Ithome se alzaba un santuario dedicado á Júpiter Ithomatas. Asegúrase que el rey Glauco renovó los sacrificios y las fiestas que en aquellos lugares se celebraban en honor de Júpiter antes de la invasion, no sin recomendar á los dorios que adorasen allí al númen como los antiguos moradores lo hicieron (1).

En las mesetas, cañadas y pequeños valles que rodeaban este santuario, buscaron refugio los mesenios dejando sus hogares á merced del enemigo. Edificaron allí nuevas viviendas, levantaron fortalezas en los sitios más accesibles de la montaña, y así concentradas sus fuerzas en limitado recinto y protegidas por las naturales defensas del terreno y la feliz situacion de aquella colosal ciudadela, pudieron oponer eficaz y prolongada resistencia á los espartanos.

Tan inciertas como los datos relativos al orígen de

(1) Pausan. IV, 3, 6.

esta guerra son las noticias que tenemos tocante á las vicisitudes y peripecias de la lucha, que se reducen á unas cuantas leyendas y composiciones poéticas. Supónese que un oráculo del númen délfico, anunció á los mesenios que los refugiados en Ithome se salvarian y alcanzarian victoria sobre sus enemigos si sacrificaban á los poderes infernales una vírgen de la familia de Epyto, elegida por la suerte. Echada esta entre todas las vírgenes descendientes del ilustre príncipe, señaló el fatídico destino á la hija de Lycisco. Pero el adivino mesenio Epebolo declaró que esta doncella no pertenecia á la régia estirpe de Epyto porque su madre, siendo estéril, la habia adoptado por hija y hecho aceptar á su esposo con engaños. (1).

Preséntase entónces Aristodemo, hombre tan distinguido por su régia alcurnia, como por las heróicas hazañas que habia llevado á cabo en la presente guerra contra los espartanos, quien voluntariamente ofrece á su hija para ser sacrificada, como víctima propiciatoria á los poderes subterráneos por la salvacion del país. El prometido de la jóven princesa escucha con espanto las palabras del que iba á ser su suegro, y se adelanta á defender á la vírgen, diciendo que Aristodemo le ha ofrecido solemnemente la mano de la jóven que, por tanto, ha perdido sus derechos paternos y que nadie sino él tiene poder y autoridad sobre la víctima. Al ver que ni se atienden sus pretensiones, ni sus palabras se escuchan, exclama poseido de rabia y de desesperacion, que la jóven ha dejado de ser vírgen y que en su seno lleva ya el fruto del matrimonio.

Aristodemo no puede contenerse al escuchar estas

(1) Pausan., IV, 9, 2. Diodor. Fragm. vaticana, p. 7 ed. Dindorf.

palabras, echa mano á la espada, degüella á su hija y abre su seno para demostrar que no se ha mancillado. La víctima está ofrecida. Pero el profeta Epebolo declara que es insuficiente porque el sacrificio de la hija de Aristodemo ha sido un asesinato más bien que un sacrificio ofrecido á los Dioses segun los ritos ordinarios. Sin embargo el rey Eufaes logró convencer al pueblo de que la voluntad de los inmortales se habia plenamente cumplido y entonces los mesenios continuaron con más confianza las operaciones de la guerra.

En el trascurso del año decimotércio de la misma sucumbió el rey Eufaes de resultas de las heridas que recibió en una gran batalla. Parece ser que ansioso de medir sus armas con Teopompo, monarca espartano, se adelantó á los suyos y se internó en las filas enemigas, donde recibió la muerte de los valientes. Los mesenios elijieron entonces por rey á Aristodemo en recompensa no tanto del magnánimo sacrificio de su hija como de sus heróicas hazañas.

Durante los cuatro años siguientes no se hace mencion de ningun hecho importante, prosiguiéndose por ambas partes las hostilidades con pequeñas escaramuzas y excursiones que hacian unos y otros en los campos enemigos, al objeto de destruir sus cosechas y robar sus ganados. Pero en el año décimo octavo los espartanos, deseando acabar de un golpe la lucha, lanzaron contra el fortificado recinto del Ithome todas sus fuerzas á las que, segun parece, se habian agregado tropas auxiliares de Corinto. Aristodemo, que tambien habia recibido algun refuerzo de los arcadios, tomó posiciones en las faldas del monte, y, despues de apostar algunos guerreros en las encrucijadas que daban á los caminos por donde su-

bia el enemigo, esperó el ataque y alcanzó una brillante victoria.

***

Los esfuerzos de Aristodemo y sus reales ó imaginarias hazañas no fueron suficientes á impedir la ruina de Mesenia. Consultado el oráculo délfico por los mesenios, respondió la Pitia que de los dos pueblos seria vencedor el que antes expusiera al rededor del altar de Júpiter Ithomatas diez veces diez trípodes. Habiendo llegado á noticia de los espartanos este oráculo, un indivíduo de su nacion llamado Oebalo se apresuró á construir cien pequeñas trípodes de barro y, metiéndolas en su morral de caza, subió en compañia de varios camaradas á la cumbre del Ithome, no sin ocultarsus designios bajo el pretexto de la caza, cuyos útiles llevaban todos consigo. Amparado por la oscuridad de la noche colocó ordenadamente las trípodes al rededor del altar y regresó al campamento espartano sin ser de nadie advertido.

De esta manera adelantáronse los espartanos á los mesenios y ganaron el pleito; porque desde aquel momento todos los pronósticos y augurios de las víctimas fueron desfavorables á los mesenios; los carneros golpeaban el altar con sus cuernos y los perros lanzaban durante la noche lastimeros ahullidos, á manera de lobos, yendo despnes á refugiarse en el campamento de los espartanos. El hogar de Aristodemo se cubrió de yerba y su hija se le apareció en sueños, le arrebató las armas y le cubrió con un sudario blanco. En esto reconoció el heróico padre que el sacrificio de aquel ser tan querido habia sido inútil, porque los dioses habian decretado la destruccion de Mesenia. El desgraciado no tuvo valor para ver tanto infortu-

nio y se quitó la vida sobre el sepulcro de su hija (1).

Sin perder tiempo los espartanos cercaron la montaña resueltos á someter, por hambre, á los mesenios. Estos hicieron un supremo esfuerzo para romper el cerco, pero no lograron otra cosa que dejar tendidos en el campo sus mejores soldados. Poco despues el hambre obligó á los que sobrevivieron á abandonar el campo para retirarse á las montañas que forman por aquel lado la frontera de Arcadia.

Así terminó hácia el año 710 la guerra de Mesenia, acerca de la cual escribia Tirteo, setenta años más tarde, estas palabras: «Por el valor de nuestro rey Teopompo, el amigo de los inmortales, hemos conquistado la espaciosa comarca de Mesenia, que tan excelentes condiciones reune para la agricultura y para el cultivo de arbolado. Por ella lucharon con valor nuestros abuelos armados de lanzas durante diez y nueve años consecutivos, en los cuales sufrieron penalidades sin cuento; pero en el año vigésimo abandonaron los mesenios sus feraces campiñas y huyeron de los elevados cerros del Ithome» (2).

Desde luego se descubre la falta de relacion y de enlace que hay en las tradiciones relativas á esta guerra, conservadas únicamente en diversos fragmentos poéticos de orígen muy posterior á los sucesos. La mayor parte de los poetas que ilustraron con sus cantos la lucha se inclinan en favor de los mesenios, lo cual no debe maravillarnos ya que los demás griegos no perdonaron nunca á los espartanos el crímen de haber borrado del mapa heleno el nombre de un estado independiente y libre, cuyas desgracias y heróica resistencia eran motivos más que suficientes

(1) Pausan, IV, 12-14. Plutarch, de superstitione c. 8.
(2) Fragm. 5. ed de Bergk.

para despertar en su favor el interés de toda Grecia. Por otra parte las relaciones poéticas de la guerra datan de una época en que ya se habia restablecido el estado mesenio, hecho que tuvo lugar más de tres siglos despues de su destruccion por Esparta y esto bastaria por sí solo para explicar la simpatia que por ellos sienten los autores de tales relaciones.

Segun el parecer de estos cronistas, no sucumbió Mesenia ante la superioridad de las armas espartanas, sino por virtud de los decretos ineludibles del cónclave celeste. Partiendo de tan extraña suposicion, no hallaron inconveniente en asegurar que los mesenios á seguida de una indecisa batalla, abandonan sus campos á merced del enemigo para refugiarse en las cumbres de Ithome y que, á continuacion de una brillante victoria ganada por su nuevo rey Aristodemo, se dejan sitiar por hambre y abandonan sus baluartes.

De todo esto se desprenden hechos históricos incontestables, como son: que los mesenios cedieron muy pronto á la superioridad del enemigo, al que abandonaron el valle para defenderse en la montaña del Ithome, que ofrecia no despreciables defensas naturales, y sobre la cual hoy mismo se descubren todovía restos de sus fortalezas en varios trozos de murallas ciclópicas (1); que desde este punto resistieron durante algunos años los ataques de los espartanos, no sin ser auxiliados en alguna ocasion por los arcadios del alto Alfeo sus antiguos amigos y aliados; y por último, que tras una lucha que duró veinte años consecutivos (2), una parte de los mesenios se some-

(1) Curtius, Pelopon. II, 147.

(2) Como claramente se dice en el citado pasaje de Tirteo y en Isócrates, Archidamo, p. 127.

tió al enemigo, otra se refugió en las montañas que por el Norte cierran el valle del mismo nombre y una tercera, al mando del caudillo Alcidamida, traspuso los mares buscando asilo entre los chalcidienses que habitaban la villa de Rhegion, en el Estrecho de Sicilia (1).

Todos los datos trasmitidos por los antiguos, relativamente á la época en que tuvo lugar la primera guerra de Mesenia, carecen de verdadero fundamento histórico, y han tenido orígen en la imaginacion ó en el capricho de los poetas (2). Las fechas que se asignan al comienzo de la lucha difieren en un siglo entero, hallándose comprendidas entre los años 800 y 700 antes de nuestra Era. Pero la que, en nuestro sentir, reune más condiciones de verdadera es la de Plutarco que supone tuvo lugar la destruccion del Estado mesenio 230 años ántes de la heróica muerte de Leonidas, de suerte que el comienzo de la guerra coincide con el 730, y con el 710 su conclusion (3).

En realidad no faltan datos seguros para fijar la fecha de este importante suceso. Segun tradiciones muy abonadas, los espartanos pidieron antes de la guerra la entrega del mesenio Polyjares; y habiendo sido este vencedor en la olimpiada cuarta, resulta que aquella no pudo estallar antes del año 764. Fueron caudillos de Esparta durante la lucha Alcemenes y Teopompo y este último, despues de haberla terminado con tanta fortuna para su país, esgrimió sus armas contra los argivos. Ahora bien; entre este caudillo y Ariston reinaron cuatro soberanos cuyos nom-

---

(1) Pausan., IV, 23, 3. Estrab., p. 257.

(2) Como lo ha demostrado Müller, *Introductio ad fragm. chronolog. p.* 137 seqq.

(3) Plut. Apophtegm. p. 12?.

bres son: Zeuxidamo, Anaxidamo, Archidamo y Agasicles, y siendo Ariston contemporáneo de Creso, no pudo subir al trono con anterioridad al año 560 antes de Jesucristo ya que, por otra parte, se sabe que su hijo Demarato empezó á reinar hácia el 510 (1).

Despréndese de estos datos que si, como sostienen la mayoría de los cronólogos helenos, empieza el reinado de Teopompo el año 786, los cinco príncipes que, con el vencedor de los mesenios, precedieron á Ariston, reinaron 226 años, ó sea más de 45 cada uno, lo cual no puede admitirse en tan larga série de reinados sucesivos. Por el contrario, si á cada uno le damos 30 años, como término medio, obtenemos el 710 para la subida de Teopompo al trono de Esparta, que es fecha más razonable y conforme á las tradiciones.

Por razones no ménos dignas de atencion suponen otros que Teopompo empuñó el cetro espartano el año 730, ya que entre este caudillo y Licurgo mediaron dos reinados, el de Jarilao y el de Nicandro; por tanto el vencedor de los mesenios y sus cuatro sucesores reinaron en Esparta hasta el 560, si á cada uno le atribuimos un reinado de 34 años.

La fundacion de Tarento, acaecida el año 708, es otra prueba y no despreciable de que la primera guerra de Mesenia tuvo lugar entre los 730 y 710 y eso mismo nos dá á entender el hecho de que á partir del 736 no aparezca ningun mesenio entre los vencedores de Olimpia, toda vez que no cabe suponer, que durante la lucha concurriesen los infelices sitiados del Ithome á la más solemne de las fiestas helenas.

(1) Pausan., III, 7, 5, Herod, I, 67.

En 728 se coronó el primer corintio que mereció la palma de la victoria.

*
* *

Los espartanos, sin pararse á considerar que el pueblo por ellos maltratado era hermano suyo y no enemigo ni extraño, como el aqueo que antes ocupaba el valle del bajo Eurotas, se pusieron en seguida á medir las tierras y hermosas llanuras conquistadas para distribuirlas entre las familias dorico-espartanas más necesitadas y dignas á la vez de merced tan señalada. El diezmo del botin menudo se consagró á Apolo en su templo de Amiclae, procediendo luego el reparto de las tierras y demás bienes inmuebles, no sin demoler al propio tiempo las fortificaciones del Ithome para quitar aquella piedra de escándalo á los indígenas que entre ellos habian permanecido (1).

Cuenta Plutarco que habiendo hecho presente ciertas personas al rey Polidoro, sócio de Teopompo en la direccion de la guerra y del Estado, la inconveniencia de hacer la guerra á sus hermanos los dorios de Mesenia, contestó el caudillo que «marchaba á la conquista del país aún no dividido (2). Asegúrase que, despues de la victoria, dividió Polidoro las tierras enemigas en tres mil lotes que sirvieron de patrimonio á otras tantas familias de caballeros espartanos. Y aunque nada se sabe de cierto respecto al número de lotes, es cosa averiguada que muchas familias espartanas se hicieron propietarias con los terrenos del país conquistado á los mesenios. Bien claramente lo dá á entender Aristóteles cuando observa que los espartanos que perdieron sus bienes en el

(1) Pausan., III, 18. IV, 14.
(2) Plut. apophtegm. lac. p. 231.

levantamiento de los mesenios, refiriéndose á la segunda guerra entre los dos pueblos hermanos, pidieron que se hiciese un nuevo repartimiento (1).

La sangre dorica que por sus venas corria no fué parte á procurar á los mesenios mejor suerte que la que sufrierou los aqueos vencidos tambien por los de Esparta, y todos cuantos permanecieron en el país, quedaron reducidos á la triste condicion de Hilotas, verdaderos siervos de la gleba condenados á trabajar los campos que antes eran suyos en beneficio de sus nuevos amos. Cuan triste era su estado lo dicen estas palabras de Tirteo: «Como pollinos tenian que llevar pesada carga y obligados por el ineludible cuanto triste destino, veíanse precisados á entregar á los conquistadores la mitad de todos los frutos de la tierra y á llevar duelo, juntamente con sus mujeres, por el amo difunto (2).» Segun hicimos notar antes, las ciudades de la costa permanecieron libres de la dominacion espartana.

Despues de la guerra guardábase en Esparta con religiosa veneracion la memoria de los caudillos que les habian llevado á la victoria. Sábese que el municipio de la capital, siguiendo antigua costumbre de sus mayores, compró á la viuda de Polidoro, por cierto número de cabezas de ganado ovino, la casa en que vivió este caudillo de la familia agida, situada en el mercado público, y á Teopompo se le consideró por mucho tiempo como un príncipe que en alto grado habia merecido el favor de los inmortales (3). Los hechos de su reinado son inequívoca prueba de la energia y acierto con que dirigieron los destinos de

(1) Arist. polit. V, 6. Plut. Lyc. c. 8.
(2) Tyrt. Fragm. 7.
(3) Pausan., III, 12, 3.

su pátria. En la prolongada lucha tan felizmente por ellos acabada, no todos sus vasallos se mostraron dispuestos y resignados á llevar la pesada carga que á cada uno correspondia. Habia en Esparta un numeroso partido que pedia la paz y que hizo á los reyes una resistencia en ocasiones tan peligrosa como la guerra con los mesenios. Tal vez estos conatos de rebeldia obligaron á Teopompo y Polidoro á añadir á la antigua retra de Licurgo, en la cual se mandaba dar al pueblo participacion en el poder y en las asambleas públicas, un suplemento, autorizado tambien por el oráculo délfico, que sonaba de este modo: «empero, si el pueblo sigue una opinion torcida, los gerontes y los reyes le apartaran de la extraviada senda (1).»

La nueva retra introducia una esencial modificacion en la ley fundamental del Estado, y era un ataque directo á la soberanía de la nobleza: el derecho de resolver en última y decisiva instancia los negocios, que antes residia en la asamblea de los nobles, pasaba en su consecuencia á los reyes y á la guerusia. Esta retra nos demuestra por sí sola el soberano poder que Teopompo y Polidoro, de acuerdo con la guerusia, ejercieron en Esparta, y la absoluta independencia con que resolvieron todos los asuntos que podemos llamar de Estado, á lo ménos durante la guerra. Seguramente esta autoridad casi dictatorial, de que se revistieron los reyes para compartirla con los gerontes, era necesaria para la feliz conclusion de la guerra. Pero una vez terminada ésta se abolió la retra con que los monarcas habian robustecido su autoridad, no obstante la sancion que recibió de la délfica Pitia.

(1) Plut. Lyc. c. 6. n seni sit gerenda respubl. c. 10.

Mucho más importante por sus consecuencias, aunque de escasa apariencia externa, fué otra innovacion que los mismos caudillos introdujeron, obligados tambien por las exigencias de la guerra. Era esta la primera vez que los espartanos esgrimian las armas fuera de su país despues de la conquista. Precisados los monarcas á permanecer durante largo tiempo fuera de la capital y de sus verdaderos dominios, por natural consecuencia de su cargo de jefes del ejército, tuvieron que nombrar representantes encargados del despacho de ciertos negocios cuya resolucion no permitia demora. Al efecto, siempre que salian á campaña delegaban su autoridad para dicho asunto, en cinco funcionarios llamados *eforos*, cada uno de los cuales representaba especialmente un distrito de la capital. En la época que venimos estudiando nombrábanse estos funcionarios tan solo cuando los monarcas salian á campaña, pero más tarde se erigieron en cargos permanentes que proveian los reyes todos los años, y su principal mision consistió siempre en inspeccionar el mercado, conservar allí el órden y dirimir las contiendas que se originasen acerca de lo mio y de lo tuyo.

Tenian los eforos una casa especial situada en la plaza pública, donde comian y celebraban sus sesiones, donde recibian á los que iban á presentar alguna queja y emitian sus inapelables fallos. Más tarde se encomendó á los eforos el encargo de conservar el sello del Estado, que llevaba grabada la imágen del rey Polidoro (1). A medida que su autoridad y sus prerogativas crecieron, se ensancharon tambien sus atribuciones y su influencia en la administracion in-

---

(1) Pausan. III, 11, 2. 8. Plut. Cleomen. 8. 10. Herod., I, 65.

terior de la ciudad, que se fué subdividiendo en conformidad con el aumento extraordinario de su poblacion y con la nueva organizacion creada por los eforos.

Como todas las instituciones de Esparta que tenian alguna importancia atribuíase tambien á Licurgo la creacion de los eforos, pero Plutarco dice expresamente que el primer eforo, llamado Elato, ejerció su cargo bajo el reinado de Teopompo y este hecho se halla confirmado por el sello del Estado, por el autorizado testimonio de Aristóteles, por los libros de las leyes y por el mismo natural desarrollo de los sucesos históricos en Esparta (1).

Preguntado en una ocasion Teopompo si no se avergonzaba de entregar á sus hijos un reino debilitado, cuando él le habia recibido fuerte, contestó, al decir de Aristóteles «que le habia dado carácter más duradero.» Esta respuesta, sin embargo, tiene todas las apariencias de apócrifa y no puede en modo alguno tomarse como argumento demostrativo de que el vencedor de los mesenios crease la institucion de los eforos con el principal objeto de amenguar la autoridad de los reyes, hipótesis absurda que contradicen tanto los hechos gloriosos del mencionado caudillo como la retra con que él y su sócio Polidoro pusieron cortapisa á las demasías de la nobleza, á lo ménos durante la guerra con Mesenia.

***

La conquista de este país fué principio y orígen de nuevos trastornos en Esparta. Por un lado la retra establecida por Teopompo y Polídoro, inútil despues

(1) Arist pol. V, 9, 1.

de terminada la guerra, dió márgen á disgustos y murmuraciones entre la nobleza, por otra el reparto de la presa suscitó más intestinas y, por tanto, más graves discordias entre los vencedores, quienes dieron á entender con esto que la ambicion tan solo fué para muchos el móvil de la guerra. Pero si algunos de los que en la lucha tomaron parte, mostraron desde luego su descontento por el reparto que de las tierras conquistadas se habia hecho, todos los que salieron á campaña se mostraron unánimes en condenar la actitud de los que no les habian ayudado en la empresa ó de aquellos que lo habian hecho de una manera incompleta siendo por esa razon condenados unos y otros á perder el título de nobleza. Por último, creose un tercer partido de descontentos con aquellos ciudadanos á quienes, por carecer de méritos suficientes ó por ser de linaje poco ilustre, se negó el título de nobles que pretendian. Dícese, con escaso fundamento, que los caudillos espartanos, á fin de llenar las bajas numerosas que la guerra habia hecho, dieron autorizacion á los jóvenes más robustos de la ciudad para tomar concubinas entre las hilotas y áun entre las doncellas doricas; y otros aseguran que los cobardes que permanecieron en la ciudad tuvieron maña para seducir á las mujeres de los que derramaban su sangre por la pátria. Lo que de estos hechos, reales ó imaginaríos, se desprende, es que, cierto número de espartanos quedó excluido de toda participacion en el territorio conquistado y que á otros les fué negado el título de nobleza ó sea el derecho de ciudadanía á que aspiraban, no sabemos si con razon ó sin ella.

Como quiera que sea los descontentos formaron un partido fuerte y numeroso que, conducido por Falanto, se propuso alcanzar por la fuerza lo que no

pudo obtener con razones. Los conjurados resolvieron llevar á cabo sus planes en la fiesta de las Jacintias, atacando de improviso á los favorecidos en el reparto, cuando más descuidados estuviesen celebrando la solemnidad de Apolo, en su santuario de Amiclae. En el momento más oportuno Falanto debia cubrirse la cabeza con el yelmo y á esta señal todos los conjurados se arrojarian sobre sus víctimas, cuya muerte les haria dueños absolutos de la ciudad y del gobierno. Descubrióse á tiempo la conjuracion, pero tan considerable debia ser el número de los rebeldes y tan incontrastable su fuerza, que se tuvo por más saludable al bien comun entrar en negociaciones con ellos que castigarlos.

En virtud del convenio celebrado con los rebeldes, se concedió á estos libertad para abandonar la capital y establecerse fuera del país; pero si no encontraban sitio á propósito para establecerse, quedaban en libertad de regresar á su pátria, en cuyo caso se les entregaria la quinta parte del país conquistado á los mesenios para que la repartiesen entre ellos. Siguiendo espartana costumbre, preguntó Falanto á la Pitia, qué camino debia seguir, y obtuvo la siguiente contestacion: «la fértil campiña de Tara y Satyrion te doy por morada, tú serás la ruina de los yapiges.» Oida esta respuesta, se encaminó Falanto á Italia y en la más cómoda bahía del anchuroso golfo que forma la costa meridional de la Península, fundó la villa de Tarento.

La emigracion de Falanto tuvo lugar el año 708, fecha de cuya autenticidad dan testimonio afamados cronistas de la antigüedad (1).

(1) Euseb. a. 1309. Olymp. XVIII, 1. Arist. pol. V, 6. Estrabon, 278 á 280, Justino III, 4, Diodoro, XV, 66. Diod. Fragm. vatic 12.

***

Los trastornos que tuvieron lugar en Esparta despues de la guerra con Mesenia, hicieron sin duda comprender á sus caudillos la necesidad de levantar el espíritu religioso á la sazon tan decaido, y de volver á la religion el prestigio que le dió Licurgo al fundar en ella sus leyes, base de la paz que durante muchos años disfrutó Esparta. La religion era sin duda el único elemento capaz de sostener la paz interior del Estado; el único medio de elevar el prestigio de la ley y despertar el sentimiento del amor pátrio, del bienestar comun, evitando de esta suerte que se repitiesen las discordias y luchas intestinas que antes pusieron el Estado en inminente peligro de ruina.

El culto de los helenos se habia desarrollado con el trascurso del tiempo, adquiriendo solemnidad y pompa y sus formas animadas y plásticas estaban en perfecta armonía con las formas claras y definidas de que se habia revestido la personalidad vaga de las divinidades épicas. Los dioses más que imágenes indefinidas eran, para los helenos de esta época, representantes genuinos y modelos de la moralidad en la

---

En todas las noticias relativas á estos sucesos se destacan los nombres de los epeunactes y parthenios, que tal vez dieron nacimiento á las diversas historias en que desempeñan más ó ménos importante papel. Müller sostiene (Los dorios II, 283) que los hijos habidos por los espartanos en mujeres que áun no se hallaban ligadas por los lazos matrimoniales, llevaban el nombre de *parthenios* y por no se sabe qué razones no se les habia suministrado lote alguno en el reparto. La sola existencia de los parthenios seria un argumento de fuerza contra la fecha que hemos asignado á la primera guerra de Mesenia, toda vez que hácia el 708 no podia haber parthenios que contasen más de 21 años y en Esparta no se entraba en el goce de los derechos de ciudadanía hasta los 30, pero esta resureccion de niños es una fábula que no llega siquiera á la categoría de leyenda.

vida humana. No tan solo adoraban los espartanos en Apolo al númen de la luz, sino más bien le veneraban como dios de la verdad, de la pureza del pensamiento y de las acciones representadas respectivamente por el corazon y por las manos; de la justicia en virtud de la cual castigaba implacable todos los crímenes con sus certeras flechas; mirábanle como dios del órden y de la recta medida, pues habia vencido y sometido las destructoras fuerzas de la naturaleza, representadas por la monstrusa serpiente Piton.

En Hércules, modelo de los héroes griegos, verdadero patriarca de su raza, que á pesar de su invencible fortaleza se sometió á un príncipe débil y se puso á su servicio, veian un vivo ejemplo de obediencia y modelo de disciplina á la vez que de heroismo; los dioscuros númenes protectores del Estado, ya hemos dicho que se veneraban entre los espartanos como tipos de la más inquebrantable fidelidad y del compañerismo militar.

Imbuidos en semejantes doctrinas los espartanos, ponian particular empeño en imitar estos modelos, seguros de que cumplian la voluntad de Apolo y de los héroes que les habian precedido, imitando las hazañas de los unos y copiando las virtudes del otro, de tal suerte, que en su vida resplandeciese la pureza y moderacion de costumbres, el órden y la obediencia al lado de las cualidades del perfecto guerrero.

Este nuevo concepto de la divinidad y del principio religioso tenia su más adecuada representacion en el culto, cuyos ritos y ceremonias mostraban de una manera sensible la grandeza y sublimidad de los dioses y, por consecuencia natural, despertaban en el pueblo, el amor, el respeto y la veneracion á los inmortales, y elevaban el corazon humano por encima

de las cosas de la tierra para postrarse ante el sublime trono de aquellos séres que le daban la medida de sus acciones y la norma de su vida. Para dirigir á tan elevado objeto la atencion impresionable del pueblo, restablecиéronse los himnos y coros que antiguamente hicieron parte del culto heleno, de que tenemos buena muestra en los himnos que cantaban los jonios de Delos al dirigirse en procesion al santuario de Apolo, y en las invocaciones y cantos sacros que sus coros entonaban al pié del altar sagrado.

No fué pequeña la influencia que en los sacrificios y ritos particulares de los diversos cantones ejercian los citaristas y coros que en representacion de los mismos concurrian á las solemnidades públicas y que, impulsados por la emulacion y el celo religioso, se esforzaban por aventajar á sus compañeros en tributar á cual más sentidas y fervorosas alabanzas al númen.

Los espartanos se dejaron tambien arrastrar por la corriente, y bien sea por el deseo de imitar las prácticas con que los jonios honraban en Delos al dios luminoso, ó seducidos por la belleza de los cantos que en loor del mismo númen se entonaban en los grandes sacrificios de Delfos, ó ya tambien porque comprendieran la necesidad de reformar su culto religioso, es lo cierto que el año 676 introdujeron el certámen de himnos y coros en las Karneas, que era la fiesta principal con que honraban á Apolo, desde la toma de Amiclae, en el templo que le estaba consagrado en esta ciudad. Terpandro, citarista eolico, natural de la isla de Lesbos, fué el afortunado que obtuvo la palma en este primer certámen poético-lírico (1).

(1) Ateneo, 635. Jul. African. citado en la crónica de Eusebio, 144.

Los himnos y coros de Terpandro, eran composiciones de singular mérito artístico que causaron profunda impresion en el espíritu de sus compatriotas.

Por un lado el tono solemne del cantor y las magníficas, al par que severas, imágenes con que salpicaba sus composiciones para despertar en el ánimo de los oyentes idea clara de los dioses; por otro la sonora y grave melodía con que acompañaba la recitacion de sus versos, no podian dejar de producir maravilloso efecto en el ánimo de los espartanos.

Si hemos de juzgar por los escasos restos que de sus himnos han llegado hasta nosotros el estilo del vate eolico era por extremo sencillo, pero á la vez sonoro y sério. Hé aquí el principio de una de sus composiciones: «Júpiter, orígen de todas las cosas, Júpiter que todo lo diriges, á tí te consagro el principio de estos himnos.» Pero fácilmente se echa de ver que Terpandro no tanto producia efecto en el ánimo del pueblo por la sublime elevacion de sus palabras, como por las novedades que introdujo en el canto, ya que puede asegurarse que fundó sobre nueva base el arte lírico heleno.

Los antiguos himnos y cantos heróicos no pasaron nunca de la categoría de recitados á los que de vez en cuando se añadian algunos acordes que se acompañaban con la cítara de cuatro cuerdas. Terpandro aprendió entre los lidios el manejo de un instrumento de cuerda, llamado *pektis* ó *magadis*, más completo y variado que la cítara de los griegos. Tomando por modelo dicho instrumento añadió á la cítara helena tres cuerdas más, hecho que el mismo vate recuerda con estas palabras: «hemos abandonado el canto de las cuatro cuerdas y de hoy más entonaremos nuevos

himnos al son de la cítara de siete cuerdas (1).» Tan notable reforma en el único instrumento verdaderamente musical que á la sazon se conocia en Grecia, permitió al poeta lírico desarrollar el canto sobre nueva y más ámplia base y dar á la poesía lírica más elevacion comunicándole un carácter más artístico.

De esta manera entró tambien el canto coral en en un nuevo estádio. Si hasta entonces se habia limitado á cortas invocaciones y breves himnos de alabanza, *pœans*, con las modificaciones hechas por Terpandro se podian componer largas canciones y variados coros, con sus correspondientes estrofas y estribillos. No debe, por tanto, maravillarnos que los espartanos considerasen al vate eolico, como fundador de su música nacional (2). Hallábase el vate lírico dotado de tan vigoroso génio músico, que por cuatro veces consecutivas, ó sea entre los años 676 y 644 antes de J. C., obtuvo la palma del vencedor en los certámenes musicales que se celebraban, cada ocho años, durante el gran sacrificio que se ofrecia á Apolo en Delfos (3).

El año 665, introdújose nueva reforma en la solemnidad de las Karneas, con la cual se refundió la fiesta de las gymnopedias ó de los niños desnudos. Tenia esta por principal y casi exclusivo objeto, hacer un reconocimiento general de la juventud masculina de Esparta, para lo cual todos los jóvenes varones debian presentarse en este dia desnudos en un sitio

---

(1) Fragm. 3, ed. de Bergk. Pausan., IX, 5. Ateneo 626, 635. Plutarco atribuye á los eforos el desacato de haber cortado una cuerda de la cítara de Terpandro; hecho que parece deducido de algun suceso posterior al poeta.

(2) Plut. de music. c. 9.

(3) Pausan., X, 7.

determinado y ejecutar, delante de los hombres de edad madura, toda suerte de ejercicios y evoluciones al objeto de mostrar la belleza, la fuerza y la agilidad de su cuerpo, ejecutando además danzas acompasadas y cantos corales en loor del rubio númen (1).

***

Las armas de los espartanos no estuvieron mucho tiempo ociosas: la paz era una carga insufrible para este pueblo formado en los campamentos. Sin darse más tiempo que el necesario para descansar de las fatigas de tan larga contienda, declararon la guerra á los arcadios y tras breve lucha conquistaron el distrito de Aegis y los de Sciros y Cariae situados al Este del primero, con lo cual estendieron sus dominios hasta Tegea, comarca habitada por el grupo más guerrero y más valeroso de todo el pueblo arcadio, que contuvo la triunfante marcha de los conquistadores.

Los scirenses vivieron desde entonces como perioicos de los espartanos, aunque con el privilegio de dar á su ejército un contingente de cierto número de hombres que formaban en el ala izquierda. A partir de esta época, cuando las tropas espartanas marchaban en direccion al Norte, celebraban el sacrificio que solian ofrecer al trasponer las fronteras cerca de Cariae, donde habia un santuario consagrado á Diana próximo al bosque de Scotita que, desde este punto se extendia hasta los límites de Tegea. Pruébanos esto además, que los espartanos habian adoptado ya á la

(1) Euseb. chron. a. 1351. Olymp. XXVIII, 4. Ateneo, 678, Lexic. rhet. 243. Herod. VI, 67.

sazon las fiestas de Artemis (1). Que la conquista de los mencionados distritos de Aegis, Sciros y Cariae corresponde á esta época se halla confirmado por el autorizado testimonio de Pausanias y de Alcman, así como tambien por la circunstancia de aparecer Cariae en la segunda guerra de Mesenia como poblacion espartana (2).

De mayor importancia fueron las conquistas que realizó Esparta en el territorio argivo, poco despues de la primera guerra con los mesenios. A lo ménos, parece seguro que los espartanos conquistaron por esta época á los argivos toda la region oriental del Parnon, así como los puertos de Boea, Epidáuro Limera, Zarex y Prasias situados en la costa del Mediodía, con la isla de Citerea que se levantaba no lejos del golfo lacónico (3). Inmediatamente enviaron colonos espartanos á esta isla cuya administracion fué encomendada á un funcionario delegado de Esparta que se llamaba «juez de Citerea.» Atendida la situacion de esta isla, no es extraño que Tucidides llame á sus moradores unas veces perioicos y otras dorios (4).

Asentada su autoridad en estas comarcas, dirigieron sus armas contra la provincia de Cynuria, que á

---

(1) Tucidid. V, 67. Jenof., helen., VI, 5, 25, VII, 28, 1 Hesych. *Skîros*. Phot. *Karüateia*.

(2) Paus. VIII, 39, 2. Alem. Fragm. 115.

(3) Pausanias (III, 7, 5) supone que el mismo Teopompo, en los últimos años de su reinado, combatió contra los argivos, cerca de Thyrea, lugar famoso por las diversas batallas que allí se dieron en el trascurso de estas guerras y en cuya circunstancia sin duda, se fijó Pausanias para hacerle tambien teatro de las hazañas del noble caudillo espartano. Por esta época no pudo extenderse la guerra más allá de la costa oriental de Laconia, aunque los cronistas la hacen coincidir con el año 718 y algunos fijan todavía fecha más elevada. Véase Clinton, Fastos helénicos, a. 718.

(4) Tucid. IV, 53. VII, 57.

la sazon formaba parte de los dominios argivos y comprendia una buena porcion de la costa oriental. Habian ya sometido casi toda la provincia, cuando el año 670, despues de trasponer el cerro de Parthenios, que se alza al Norte de Cynuria, y hallándose ya por consiguiente en el verdadero territorio de Argos, se trabó una gran batalla no lejos de Hysiae, en la cual fueron los espartanos completamente derrotados (1).

Esta victoria aseguró á los argivos la posesion de Cynuria que daban ya por perdida. Rechazados por este lado, trataron los espartanos de penetrar en Arcadia por el Norte de Mesenia, á fin de extender en esta direccion sus dominios, pero sufrieron un nuevo descalabro que les obligó á retirarse. Es verdad que en un principio lograron apoderarse por sorpresa de Figalia; pero auxiliados sus habitantes por los oresthasios reconquistaron de nuevo su ciudad, hácia el año 660 (2).

(1) Pausan., II, 24, 7.
(2) Pausan., VIII, 39. 2.

III.

SEGUNDA GUERRA DE MESENIA.

Para un estado nuevo, los sucesos en el capítulo anterior expuestos envolvian gravedad suma y podian ser preludio de gravísimos trastornos. La situacion de Esparta se presentaba efectivamente preñada de peligros, y un levantamiento general de los mesenios estuvo á punto de hacer estériles los esfuerzos de veinte años de lucha y derribar el edificio levantado sobre las ruinas de Mesenia.

En los cerros que, en forma semicircular, coronan la llanura de Stenyclaros por el Norte habíase refugiado numeroso núcleo de valerosos mesenios, que repartidos en diversos pueblos lograron mantenerse libres del yugo espartano. Capital ó lugar principal de esta comarca era Andania, ciudad situada al Norte de Amfeia, cerca de la frontera de Arcadia, por consiguiente, sobre la meseta que domina el valle de Stenyclaros. Las ruinas que aún se conservan de los muros de Andania son demostracion evidente de la importancia de sus fortificaciones, ya que en algunos puntos miden veinte piés de grueso nada ménos (1).

(1) Curtius pe'op. II 133.

Hácia el 645, ó sea 65 años despues de la rendicion del Ithome, se inició en esta ciudad un levantamiento general de los mesenios contra los espartanos. El sentimiento de libertad que no habian podido extinguir tantos años de vasallaje, la durísima opresion que sufrian todos los mesenios sometidos al yugo de Esparta eran más que suficientes motivos para moverles á encomendar una vez más su destino á la suerte de las armas.

Las tradiciones del país ponen á la cabeza del levantamiento á cierto Aristomenes, natural de Andania, hijo de Nicandro, y por consiguiente, oriundo de la familia de Epyto que antes habia reinado en Mesenia: este caudillo hizo un llamamiento general á la juventud mesenia con ánimo de romper las cadenas de la dominacion extranjera. La primera batalla quedó indecisa, pero Aristomenes se introdujo en Esparta durante la noche y, sin ser por nadie observado, colgó su escudo en el templo de Minerva en señal de haber alcanzado la victoria (1).

Al año siguiente se encontraron de nuevo los dos ejércitos, no lejos de Stenyclaros, en el lugar llamado la «comida del berraco» donde Hércules, despues de haber vencido á los hijos de Neleo, celebró con ellos un convenio que sancionó con el sacrificio de un berraco y cuyo recuerdo perpetuó colocando una gran piedra sobre el lugar del sacrificio (2). Trabada la pelea avanzó Aristomenes con 80 camarádas escogidos y decidió la victoria en favor de los mesenios. Los espartanos emprendieron la fuga siendo largo trecho perseguidos y Aristomenes regresó victorioso á An-

(1) Pausan. IV, 15.
(2) Pausan., IV, 27.

dania, donde las mujeres le recibieron entonando el himno de la victoria y sembrando de flores el camino por donde pasaba su ejército. «Hasta el centro de lo campiña de Stenyclaros,» decian en sus cantos, «hasta la cumbre de la montaña del Taigetes ha perseguido Aristomenes las espartanas huestes.» El mismo caudillo ofreció al Júpiter del Ithome una hecatonfonia, ó sea un sacrificio en accion de gracias por haber dado la muerte á cien enemigos y depositó su escudo, sobre el cual se veia un águila con las alas estendidas, en el santuario que Trofonio tenia en Lebadia de Beocia, donde asegura haberle visto el historiador Pausanias (1).

Abierto por todas partes el territorio espartano y sin defensas de ninguna clase, pudo Aristomenes estender sus correrías hasta las cercanías de la capital; en una de sus excursiones saqueó á Farae, situada en la vertiente oriental del Taigetes, y á unas cuantas horas de Esparta y en otra se llevó á las doncellas espartanas que estaban celebrando, con bailes y danzas, la fiesta de Artemis en Caryae, haciendo que fuesen respetadas y devueltas á sus familias mediante un fuerte rescate.

El tercer año de la guerra se encontraron los dos ejércitos en el sitio llamado «Gran hondonada.» Habíanse unido á los mesenios algunos arcadios procedentes del Alfeo superior, conducidos por el rey Aristocrates de Trapezus. Pero seducido por los espartanos, el cobarde príncipe huyó luego con su gente, al comenzar la pelea, no sin introducir el desórden entre los mesenios por medio de cuyas filas atravesó de intento. Aristomenes hizo prodigios de valor, pero

(1) Pausan., IV, 16 y 19. Pluth. sept, sap. conviv. p. 159.

todo fué en vano: sus más valientes guerreros quedaron tendidos en el campo de batalla, porque aprovechándose de la confusion que produjo la fuga del traidor aliado, los espartanos hicieron una horrible matanza en los enemigos. Cuando Aristomenes vió que no podia mantener el campo huyó con sus mermadas huestes á los montes de la frontera de Arcadia y se refugió en Eira. Este es uno de sus cerros más escarpados, que se alza al Oeste de Andania, cerca de la meseta que ocupan los figalios de la tribu arcadia.

Cercaron los espartanos el cerro, pero los mesenios fortificaron todos los sitios accesibles y los defendieron con invencible denuedo durante los once años que duró el terrible asedio, sin dejarse abatir por los calores del verano ni por los frios y hielos del invierno. Aristomenes logró burlar no pocas veces la vigilancia de los sitiadores y, bajando por cañadas y senderos, devastaba los campos que el enemigo les habia arrebatado y cultivaba como suyos, ejecutando otras muchas hazañas verdaderamente heróicas con trescientos guerreros escogidos. De esta manera llegó dos veces al Ithome, donde ofreció hecatonfonias en honor de Jove.

En una ocasion descendió de la montaña durante la noche, cayó sobre Amiclae al despuntar la aurora y saqueó la poblacion antes que los espartanos de la capital pudiesen acudir á su socorro.

Si grande era el arrojo de Aristomenes no era menor su serenidad y sangre fria en los peligros. En una de sus arriesgadas excursiones cayó prisionero. Pero observando que sus guardias se habian dormido al lado de la hoguera que habian encendido, se acercó al fuego arrastrándose, quemó las correas con que le

tenian aprisionado y escapó (1). Dos veces cayó así prisionero y otras tantas debió á su serenidad los medios de salvarse. Pero en un encuentro con el enemigo le alcanzó en la cabeza una piedra que le hizo caer al suelo sin sentido. Inmediatamente se arrojaron sobre él los espartanos y le condujeron preso con cincuenta de sus animosos compañeros. Caudillo y soldados fueron condenados sin distincion á ser precipitados al abismo de Cæadas, que era el suplicio que se aplicaba en Lacedemonia á todos los condenados á muerte. Todos los mesenios la hallaron efectivamente en tan terrible sima; únicamente Aristomenes quedó ileso.

Tres dias llevaba ya en el oscuro abismo esperando la muerte, cuando observó una zorra que se cebaba en los cadáveres de sus compañeros. Siguió los pasos del animal, cuando se retiraba, y notó que se metia en un agujero por el que penetraba un débil rayo de luz. Comprendió desde luego que no podria salir sin ensanchar el agujero, pero esto no desalentó al indomable caudillo: las manos le sirvieron de pico y muy luego vió la deseada luz del sol. Corrió inmediatamente al Eira donde los mesenios recibieron con indicible júbilo al héroe resucitado.

Entretanto continuaba el sitio del cerro. Habíase pasado á los mesenios un hilota espartano que habiendo logrado enamorar y seducir á la mujer de un guerrero, pasaba en su compañía las horas que el engañado esposo permanecia haciendo guardia en la muralla. Era el año onceno del cerco del Eira. Durante una noche de furiosa tormenta los guardias abandonaron sus puestos, creyendo con sobrado fun-

(1) Polyaen. II, 31, 3. Plin. XI, 70. Valerio Máximo, I, 8.

damento, que la tempestad guardaria la muralla mejor que ellos, no pudiendo sospechar que el enemigo se moviese de sus puestos en noche tan desapacible. El marido de la infiel esposa presentóse de improviso en su casa y el hilota se vió precisado á esconderse, no sin escuchar cómo el mesenio contaba á su mujer que la lluvia habia obligado á retirarse de la muralla á todos los que la guardaban.

Al oir esto el hilota salió de su escondite y, en la esperanza de alcanzar una buena recompensa, corrió á comunicar á los espartanos la noticia. Sin perder un momento se pusieron éstos en marcha y escalaron la muralla sin encontrar el menor obstáculo. Cuando el ladrido de los perros anunció á los sitiados que el enemigo se hallaba dentro de la ciudadela, todos, hombres y mujeres, se aprestaron á la defensa de aquel postrer refugio; pero ya era tarde. Durante tres dias con sus noches pelearon como desesperados al cabo de los cuales se agotaron sus fuerzas y Eira fué sometido en medio de los truenos y de la tormenta (1).

En el último extremo reunió Aristomenes los exíguos restos de su ejército, y colocando en el centro á las mujeres y los niños, inclinó la cabeza y bajó la lanza en señal de que pedia libertad para retirarse. Entonces los espartanos, formados en dos filas, dejaron libre paso á los restos del pueblo mesenio. Primero se refugiaron estos en Arcadia, para dirigirse luego á las costas del mar Jónico donde se embarcaron con rumbo á Italia. Aquí buscaron asilo en Reghion al lado de algunos compatriotas que se habian establecido en este punto despues de la primera guerra me-

---

(1) Segun expresion del poeta Bakis, citado por Pausanias. IV, 27.

sénica. De Aristomenes se dice que acabó sus dias en la isla de Rodas (1).

Tales son en breve resúmen las noticias que de este caudillo dá la Aristomeneida, poema compuesto por el vate Rhiano, que floreció en el siglo III antes de Jesucristo. Indudablemente hay en el fondo de este poema hechos históricos cuya realizacion atribuian los mesenios á un caudillo famoso á quien este pueblo veneraba, despues de su reorganizacion, como á principal héroe de toda la comarca.

En una y otra guerra se supone que los mesenios no tanto sucumben á la superioridad y valor de los espartanos como á los decretos del ineludible destino. En la primera guerra fueron vencedores los mesenios, pero sucumbieron en virtud de los inmutables decretos de los dioses; en la segunda, la cobarde conducta del arcadio Aristócrates y la traicion de un hilota prepararon de consuno la ruina de este desgraciado pueblo.

Al propio tiempo los dioses muéstranse tambien enojados contra Mesenia, porque, segun se dice, Aristomenes, despues de la victoria que obtuvo en la Cena del berraco provocó la cólera de los dioscuros, númenes tutelares de Esparta. Cuéntase á este propósito que habiendo acudido los hijos de Leda á socorrer á los fugitivos espartanos, Aristomenes, en el calor de la persecucion, no paró mientes en ellos y pasó de largo sin hacerles la menor reverencia.

El autor de la Aristomeneida ha acumulado en el protagonista de su poema los hechos más heróicos, las hazañas más atrevidas y la más delicada astucia; así no debe maravillarnos que Aristomenes dotado de

---

(1) Pausan., IV, 23. Véase pág. 50.

tan asombrosas cualidades, lograse romper tres veces las cadenas con que le aprisionaron sus enemigos y que otras tantas subiese al Ithome á ofrecer á Jove sacrificios en accion de gracias por haberle permitido dar muerte á cien enemigos. Pero lo que más principalmente hace concebir sospechas tocante al valor histórico de los hechos relatados en el poema, es que, unas tradiciones hacen aparecer á Aristomenes en la primera guerra, mientras que otras le suponen conduciendo las huestes mesenias en la segunda. Es verdad que esta circunstancia apenas puede presentarse como argumento contra la veracidad del autor de la Aristomeneida, quien hace figurar constantemente á su protagonista en la segunda guerra, pero á su lado están las mismas tradiciones mesenias, segun las cuales el mencionado caudillo dió muerte á Teopompo, rey de Esparta, en cuyo caso debió figurar en la primera guerra. La tradicion espartana confirma esta hipótesis aunque supone que Aristomenes no hizo más que herir á Teopompo (1).

Myron de Priene, que tambien floreció en el siglo III y escribió sobre la guerra de Mesenia, apoya estas tradiciones; y Diodoro es de parecer que floreció durante la primera guerra, aunque confiesa que casi iguales motivos hay para hacerle caudillo de la segunda. El mismo escritor, inspirándose sin duda en algun poema de la época, cuenta con gran copia de datos la historia de cierta lucha entre Aristomenes y Cleonnis que aspiraban al premio del valor (2). Pausanias, despues de hacer un extracto del poema de Rhiano, se contenta con decir que Aristomenes,

(1) Plut. Agis. c. 21. Clemen. Alexandr. Protrept. p. 36.
(2) Diodor. Fragm. lib. VIII. XV, 66,

«en su concepto, floreció durante la segunda guerra (1).»

***

Aun haciendo abstraccion de la personalidad de Aristomenes, se descubren importantes rasgos históricos en la tradicion relativa á la segunda guerra de Mesenia. Desde luego puede admitirse como cierto, que el movimiento insurreccional de los mesenios partió de Andania, ó sea de la frontera septentrional del país, y que en ese movimiento fueron auxiliados, y tal vez impulsados, por los arcadios. Efectivamente; los diversos ensayos hechos por los espartanos para extender sus dominios en direccion á los cantones de Figalia, Trapezus y Orestasion, tenian sin duda alguna sobreexcitados los ánimos de sus moradores, inclinándoles á favorecer cualquier levantamiento de los mesenios.

Por varios autorizados testimonios, se sabe que cierto número de arcadios lucharon en esta guerra al lado de los mesenios. Y hasta se asegura, que Aristócrates no era rey de Trapezus, ciudad del Alfeo, sino de Orchomenes, situada mucho más al Norte en la meseta interior de Arcadia, lo cual supondria una participacion más directa y considerable de los cantones arcadios en esta contienda. La misma tradicion añade que los habitantes de Orchomenes castigaron la villanía de su monarca quitando la vida á él y á todos los indivíduos de su familia, con excepcion de una hija que, segun parece, se hallaba ya casada con el tirano Procles de Epidauro (2).

---

(1) Pausan., IV, 6.

(2) Estrab. p. 362. Heraclid. Pont. ap. Diog. Laert. I, 94. Diod. XV, 66. Polib. IV, 33. Pausan., VIII, 5. Véase Schömann, *Antigüedades griegas*, I, p. 119.

Tambien los pisates que habitaban en la orilla septentrional del Alfeo, se unieron á los mesenios. Segun dijimos antes, este pueblo vivió algun tiempo bajo la dominacion de los etolios de Elis (1); pero cuando vieron que la proteccion de Fedon no les proprocuraba ninguna ventaja duradera, ni les libraba del yugo de los eleos, se aprestaron á sacudirle por su propio esfuerzo, y de tal suerte coronó el éxito sus aspiraciones, que en 660 se hallaban ya gobernados por caudillos propios (2). El año 644 el rey Pantaleon de Pisa, hijo de Omfalion, arrebató á los eleos la presidencia y direccion de la gran fiesta de Olimpia, y despues de vencer así á un aliado de los espartanos, se declaró abiertamente en favor de los mesenios. Al lado de estos pelearon además los aqueos que habitaban la costa occidental, los moradores de Pilos y de Methone, no tanto por inclinacion expontánea, como por temor de caer bajo el dominio de Esparta (3).

No hay duda alguna de que en los primeros años de la guerra, las fuerzas coligadas de los mesenios, arcadios, pisates y aqueos, pusieron en grave apuro á los espartanos, cuyas conquistas, hechas en la anterior contienda, cayeron en poder de los confederados. De esto se originó un nuevo peligro para Esparta, porque los que ahora perdieron sus propiedades, pedian que se hiciese un nuevo reparto y entorpecian las operaciones. Entre tanto, las correrías de los me-

(1) Véase tomo VI, p. 18 y 19.

(2) Estrabon (355) asegura que tuvo lugar este hecho despues de a Olimpiada 26, ó sea con posterioridad al año 676; pero los cronistas suponen que los pisates no se hicieron independientes de los cleos antes de la Olimpiada 30, ó del 660 antes de Jesucristo.

(3) Paus. IV, 18. VI, 22. Estrab, p. 362.

senios por el valle del Eurotas habian agotado los víveres en términos que se llegó á sentir su falta en la capital (1). Los espartanos carecian además de caudillos hábiles y animosos, como Teopompo y Polidoro, cuya influencia personal pudiese hacer frente á una situacion tan desesperada. Al frente del gobierno se hallaban á la sazon dos príncipes incapaces, y de tan escaso mérito, que la tradicion griega no ha creido siquiera del caso hacer mencion de los caudillos que en esta guera dirigieron las operaciones contra los mesenios.

Acosados por todas partes de enemigos, debilitados por internas divisiones y sin jefes hábiles en el arte de la guerra, reducidos al último extremo y temiendo que se desmoronase el edificio á tanta costa levantado, acudieron los espartanos á medios extremos. Cumplido el primer deber de apaciguar la cólera de los dioses, importábales sobremanera acallar la enemiga de los partidos y descontentos, levantar la opinion abatida por los descalabros sufridos é infundir valor y confianza á los guerreros. Acordáronse entonces del arte sublime de Terpandro que, treinta años antes, habia cantado durante la fiesta de las Karneas lindísimos himnos en loor de Apolo, y que desde entonces habia obtenido todos los años el premio del canto en las fiestas piticas. Creyóse, pues, que sus himnos tendrian tambien ahora la virtud de alcanzar el favor de Apolo.

Vemos en esto una prueba del poder que la música, especialmente el canto, y la poesia ejercian en el ánimo impresionable y ligero de los helenos. Puede asegurarse que en aquella época no se conocia otro

---

(1) **Aristot.** pol. V. 6. Pausan., IV, 18.

medio para instruir al pueblo, que las sentenciosas enseñanzas de los poetas cuyos versos, himnos ó loas, eran á la vez eficacísimo instrumento para mover la opinion pública y dirigirla á determinados fines, especialmente cuando se acompañaban las palabras con los acordes de la cítara.

Invitado por los espartanos, se trasladó Terpandro á Esparta, el año 644; y poco despues obedeció una invitacion análoga Tirteo, célebre cantor natural de Afidnas, en Atica; esperábase que el arte musical jónio-eolico, levantaria el decaido espíritu de los guerreros espartanos y los llevaria á la victoria (1).

Asegúrase que estos famosos bardos fueron llamados á Laconia por indicacion del oráculo délfico. Segun se dice, éste anunció á los espartanos que sus discordias interiores se apaciguarian tan pronto como la cítara de Terpandro se dejase oir en la capital; y con análogo objeto se les ordenó que «hiciesen venir al consejero de Atenas.» Tal vez los inspiradores del oráculo conocian la influencia del canto, y de la música religiosa especialmente, mucho mejor que los mismos espartanos y trataron de ayudarles de esta manera, toda vez que siempre se les manifestaron propicios; pero tambien pudo suceder que los oráculos se diesen en el indicado sentido por instigaciones de Esparta.

Terpandro era bien conocido en esta ciudad, y por lo que hace á Tirteo, le llamaron sin duda porque deseando poner la ciudad y el ejército bajo la proteccion de los dioscuros, nadie podia ser mejor intercesor y consejero en esta cuestion que un vate de Afidnas, donde se tributaba culto especial á los hijos de Leda;

(1) Mármoles de Paros, 34. Diod. Fragm. lib. VIII p. 37, ed. de Wess.

cantor famoso que habia dado lustre á sus fiestas con preciosos himnos, y que por tanto, debia gozar muy particularmente de sus favores.

Bajo este punto de vista habia alguna relacion entre la comarca del Eurotas y la de Afidnas: en una y otra se daba culto á los dioscuros, y la leyenda, para estrechar más y más esta relacion, suponia que «habiendo los Tindaridas invadido el Atica con la pretension de recobrar á Helena, obligaban á los pueblos á desamparar de miedo sus moradas. Pero entonces los deceleenses, irritados contra Teseo, autor de aquel inícuo rapto, dieron cuenta á los Tindaridas de todo el suceso, conduciéndolos hasta Afidnas, cuyos habitantes les abrieron las puertas (1).» El rey Afidnos señor de la ciudad mencionada, adoptó como hijos á los dioscuros, sin duda para desagraviarlos.

***

La sola presencia de Tirteo ejerció tan poderoso influjo en el ánimo de los espartanos, que en breve los consejos del poeta acallaron todos los rencores y apaciguaron las interiores discordias. Pero en lo que más sobresalia el cantor de los caballerescos dioscuros era en el recitado de himnos guerreros; pues, segun hizo notar el mismo Leonidas, el magnánimo caudillo de las Termópilas, poseia este bardo una uncion especialísima para encender el ánimo de la juventud guerrera. Por eso despues que logró restablecer la concordia entre los partidos, trató de entusiasmar á los espartanos con sus canciones bélicas y

(1) Herod. IX, 73. Plut. Thes. 31. 33. Que estas tradiciones eran corrientes en Esparta se desprende de lo que dicen Alcman. Fragm. 8 y Pausan., I, 41.

de animarlos al combate con su propio ejemplo (1).

En estos cánticos, llenos de númen poético, recordó á los espartanos «que los dioses habian puesto en sus manos el país en que habitaban y que hasta su constitucion tuvo por fundamento la inspiracion divina. Por lo tanto, ni debia temerse que su ciudad sucumbiera ni era justo modificar en ningun sentido una constitucion ordenada por los mismos dioses. En vez de abrigar tales pensamientos, debia recordar cada uno los hechos heróicos que sus antepasados realizaron en la primera guerra de Mesenia.»

«El mismo Cronion, observa Tirteo en otra de sus elegías, esposo de la incomparable Juno, entregó esta ciudad á los Heraclidas, con los cuales nos trasladamos nosotros á la anchurosa isla de Pelops, que cambiamos por la mísera Erineos, siempre azotada por el viento. Y los que dieron á Esparta sus leyes escucharon antes la voz de Febo, y trajeron de Piton el oráculo del númen y sus perfectas enseñanzas. Porque el monarca de dorada cabellera, que á todas partes alcanza con sus flechas disparadas con arco de plata, habló desde su santuario, á los que le consultaban, de la siguiente manera: «los reyes, por los dioses alabados, á quienes la muy digna ciudad de Esparta ha encomendado su custodia, reinarán con su consejo; seguiránles despues los venerables gerontes y tras ellos vendrán los hombres del pueblo que con rectitud dan á conocer el buen consejo. No se ha de hablar nada malo, ni se ha de cometer injusticia contra la ciudad, ni se la dará torcido consejo, y entonces su pueblo será fuerte y obtendrá victoria; pues así lo ha anunciado Febo (2).»

(1) Plut, Cleomen. c. 2. Estrab, p. 362. Philocori. Fragm, 55. Diodor. XV, 66. Lyc. c. Leocr. p. 162.
(2) Tirteo, Fragm. 2—4, ed. de Bergk.

El siguiente pasaje del mismo vate, demuestra hasta qué punto habia cundido entre los espartanos la desmoralizacion y el abatimiento, en los primeros años de la guerra. «Para el hombre valiente nada hay más bello que morir luchando por la pátria entre los guerreros que forman la vanguardia. Por el contrario, no hay hombre más despreciable que el que abandona su ciudad y sus feraces campos para mendigar en tierra extraña. Sin morada fija anda errante llevando consigo á la querida madre y al anciano padre, á los tiernos hijos y á la jóven esposa; pero á donde quiera que vaya es odiado aquel que se ve agobiado por la necesidad y la pobreza. Él mismo deshonra su familia y reniega de su vigoroso aspecto, pues por doquier le sigue el desprecio y la vergüenza. Por tanto, si el hombre vagabundo no goza de favor ni de respeto, si hasta de la compasion se ve privado, luchemos por esta hermosa tierra y por nuestros hijos, y demos por ella nuestra vida, si fuese necesario (1).»

En otro de los pocos fragmentos que de las elegias de este vate han llegado hasta nosotros, dice: «¡Arriba! Vosotros sois los descendientes del invencible Hércules, tened valor, pues Júpiter, aunque enojado, no ha vuelto aún la espalda. No os cause miedo el número de los enemigos ni huyais; que el guerrero oponga su escudo al contrario de vanguardia. Que mostrándose enemigo de su propia vida, salude á los negros destinos de la muerte cual si fuesen apacibles rayos del sol. Vosotros, ó jóvenes, sois bien entendidos en el arte aniquilador de Ares que se complace en hacer derramar lágrimas; conoceis, por experiencia, el tumulto del cruel combate; habeis sido del número de

(1) **Fragm. X, 1—14.**

los fugitivos y de los perseguidores, y sabeis hasta la saciedad lo que en tales casos acontece.»

«Los que permaneciendo unidos se arriesgan á sostener la pelea y á penetrar en el tumulto de las primeras filas enemigas, rara vez han caido, y en cambio han defendido al pueblo que les sigue; pero los tímidos pierden toda virtud, y no es siquiera posible enumerar los males que de ordinario sobrevienen á los que así dán muestras de cobardía. Pues la herida que recibe por la espalda el cobarde que huye de la pelea es una mancha vergonzosa, y vergonzoso es siempre morir de resultas de una lanzada que se recibe por la espalda. Así, pues, que nadie descomponga las apretadas filas; antes bien, todos se mantengan firmes aunque tengan que morderse los lábios. Con el ancho escudo cubrirá el guerrero los hombros, el pecho, los muslos y las piernas; con la mano derecha manejará la poderosa lanza y en son de amenaza hará ondear el penacho sobre la cabeza. Luchando aprenderá á ejecutar heróicos hechos.

El guerrero armado de escudo nunca debe retirarse fuera del alcance de las armas enemigas; siempre avanzando se dirigirá á su contrario, sin rodeos, y le matará con su larga lanza ó con la espada si las filas se han mezclado. Chocando pié contra pié, escudo contra escudo, yelmo contra yelmo, penacho contra penacho y pecho contra pecho, lucha el buen soldado con su contrario, llevando siempre en la mano la lanza ó el puño de la espada. Pero los que formais la infantería ligera, ocultaos acá y allá detras de los escudos, arrojad al enemigo grandes piedras y lanzad sobre él las azagayas, sin apartaros mucho de los que llevan pesadas armaduras (1).

(1) Fragm. 11.

»Así debeis pelear, vosotros ¡oh jóvenes! permaneciendo siempre unidos, sin esparcir el terror en las filas, ni huir vergonzosamente; antes bien debeis acrecentar el valor de vuestro pecho y despreciar la vida siempre que os halleis delante del enemigo; aún en la retirada no debeis dejar atrás á los ancianos cuyas piernas carecen de ligereza y de flexibilidad para la huida. Pues es vergonzoso para los jóvenes que un anciano caiga en las primeras filas y que el hombre encanecido y de blanca barba, rinda en el polvo su alma valerosa; el jóven guerrero que esto consienta hallará el castigo de su cobardía cuando se vea caido por tierra, nadando en su sangre y sin más vestido que sus manos para cubrir su vergüenza. La gloria del güerrero está en caer en las primeras filas y el que así lucha, mientras conserve la hermosa flor de la juventud, gozará toda su vida de la estimacion de los hombres y del amor de las mujeres (1).

»No merece las alabanzas del poeta, ni el respeto de los hombres aquel que en la guerra no se ha mostrado valiente y animoso, aunque posea ligereza en la carrera, ó habilidad en el pugilato, ó tenga la grandeza y fuerza de los Cíclopes ó sobrepuje al mismo Boreas tracio (2) en la velocidad de la carrera, ó sea su aspecto más agradable que el del mismo Tithono, ó posea más tesoros que Midas y Cinyras, ó sea un príncipe más poderoso que Pelops, hijo de Tántalo, ó maneje el habla con tanta dulzura como Adrasto ó posea todas las glorias imaginables que no sean las de la guerra; nada merece el que no se halle

---

(1) Fragm. X, 14.—30.

(3) Viento Norte procedente de Tracia.

dotado de valor para mirar cara á cara á la horrible muerte y para hacer frente á un enemigo.

»Esta es la más gloriosa virtud y el más preciado galardon que el jóven puede alcanzar entre los hombres. El soldado que siempre marcha al combate entre los primeros, que desprecia la vergonzosa fuga y se desprende generosamente de su vida animando con su ejemplo y sus palabras al que marcha á su lado, es el más precioso bien de la ciudad y del pueblo. Este es un hábil guerrero y no pocas veces un solo hombre de estas cualidades, lleno el corazon de un valor como de leon, ha hecho retroceder á las apretadas huestes enemigas y ha contenido el impetuoso oleage de la pelea.

»Si el buen guerrero pierde la estimada vida peleando en primera línea, con honra para la ciudad, para el pueblo y para su padre, atravesando no pocas veces el arma que le dá muerte su escudo y su coraza, le lloran sin distincion jóvenes y viejos; la ciudad entera lleva por él luto; todos honran su sepulcro y respetan á sus hijos, á los hijos de sus hijos y á su descendencia durante muchas generaciones, porque su nombre y su ilustre memoria nunca perecen. Aunque sepultado debajo de la tierra, el que en la ruda pelea dá la vida por la pátria y por sus hijos en aras del implacable Marte, su memoria es inmortal. Pero si escapa á los golpes de la destructora muerte y con su lanza conquista la gloriosa fama de la victoria, entonces todos, jóvenes y viejos le honran y despues de gozar acá inefables alegrías, desciende al reposo del Hades. En su vejez descuella entre todos sus conciudadanos y nadie intenta privarle de sus derechos ni disminuir su honra. Por el contrario, cuando él se acerca, los jóvenes, los de su misma edad y aún los

más ancianos se levantan de sus asientos. Trabaja de todo corazon para alcanzar tan elevada virtud y no cejes en la lucha (1).»

Tirteo no solo compuso elegías con objeto de aconsejar á los espartanos la corcordia y de infundirles valor y bélicos impulsos, sino tambien breves cánticos marciales que se entonaban durante las marchas y en el momento de atacar al enemigo, los cuales debieron ejercer poderoso influjo en el ánimo extraordinariamente impresionable de aquellas gentes. Más tarde se dió á estos himnos el nombre de cantos mesenios, en atencion á la época y circunstancias en que fueron compuestos (2).

De estos pequeños cánticos bélicos solo uno ha llegado hasta nosotros del tenor siguiente: «¡Arriba, vosotros, hijos de los animosos padres de esta varonil Esparta! Con la mano izquierda echad delante el escudo y herid valerosamente con la lanza: no os dé cuidado la vida; tal es el uso de Esparta! (3).»

Antiguos escritores aseguran que el poeta que tanto contribuyó á levantar el abatido espíritu de los espartanos, era maestro de escuela en Afidnas, cojo y contrahecho, y que los atenienses á fin de obedecer al oráculo sin prestar efectivo auxilio á Esparta, enviaron á sus rivales este hombre en son de burla. Pero semejante suposicion carece de fundamento y es, segun todas las apariencias, una idea inventada posteriormente para explicar la rivalidad que surgió más tarde entre los dos pueblos. Para ir á Esparta no necesitaba Tirteo obtener permiso de su gobierno, y de seguro no se le ocurrió pedirle: tampoco la aristocra-

(1) Fragm. 12 y 13.
(2) Müller, Los dorios, II, 335.
(3) Fragm. 15

cia de Atenas tenia, á la sazon, motivo alguno para mostrarse hostil á la de Esparta. Hay quien opina que la supuesta cojera de Tirteo no es más que una expresion simbólica con que se quiso designar la medida del verso elegiaco, el paso cortado del pentámetro en oposicion á la marcha uniforme y progresiva del hexámetro. Ménos fundamento tiene el calificativo de maestro de escuela, que únicamente podia aplicársele en el sentido de que el canto y la música eran en su época los únicos asuntos que se enseñaban á la juventud griega (1).

***

Muy luego echaron de ver los mesenios el cambio que habia sufrido el ejército espartano y el ardor bélico de que se hallaba animado. Antes que finalizase el tercer año de la guerra, se efectuó un cambio completo en la situacion de los beligerantes; la coalicion de los arcadios, pisates y mesenios se desbarató ante el empuje de las huestes espartanas entusiasmadas por Tirteo. Aunque los pisates sacudieron definitivamente el yugo de los eleos, no lograron sobreponerse á éstos, y así vemos que la fiesta Olímpica del año 640 se celebró de nuevo bajo la direccion de los eleos.

Segun digimos antes, viéronse precisados los mesenios á retirarse á Eira, último baluarte de su independencia. Ya en este momento su situacion era más desesperada que nunca lo fué en la primera guerra; puesto que entonces pudieron sostenerse hasta el último trance en el Ithome, ó sea en el cen-

(1) Pausan., IV, 15. Justino, III, 5.

tro del país, miéntras que ahora tuvieron que retirarse á la frontera de Arcadia. En este rincon del país mesenio se alza el mencionado cerro á una altura de más de cuatro mil piés, á considerable distancia del valle y separado de Arcadia tan solo por el Neda. Ceñido por dos arroyos que del Norte bajan á desembocar en este rio, con empinadas vertientes cubiertas de maleza y árboles hasta muy cerca de la cima, ofrecia esta montaña un asilo seguro cuyas naturales defensas tenian excelente apoyo en la proximidad de un pueblo aliado, particular enemigo de los espartanos, como era el de Figalia y su comarca. A este lugar se retiraron los mesenios con sus rebaños y haberes. Los pasos y desfiladeros de la montaña ofrecian fácil defensa y para mayor seguridad coronaron de muralla la cumbre; los restos de este muro que todavía se conservan, dán bien claramente á entender la premura con que fué levantado.

Desde luego se comprende que la toma de tan inmensa ciudadela no era empresa fácil ni obra de un momento, y no hallamos inconveniente alguno en admitir la tradicion, segun la cual, los mesenios del Eira resistieron once años consecutivos el asedio de los espartanos. Más difícil seria creer que estos tuviesen la constancia y el valor necesarios para tan larga contienda, si no viésemos en ello la obra del inspirado poeta de Afidnas. Merced á sus entusiastas predicaciones, sostuvieron con ardor la lucha hasta que el éxito más completo coronó sus esfuerzos. Los últimos restos del pueblo mesenio abandonaron el país, gracias á la generosa benevolencia de los vencedores y estos no solo volvieron á entrar en posesion de las conquistas hechas en la primera

guerra, sino que acrecentaron sus dominios con la anexion del montañoso distrito que entonces conservó su independencia, cuyos moradores, reducidos á un insignificante guarismo durante una segunda guerra de catorce años, abandonaron para siempre su amada pátria, hácia el año 630.

Los espartanos, como si temiesen perder ocasion tan favorable, extendieron entonces sus conquistas por toda la costa occidental de Mesenia. Pero aunque se contentaban con reducir á la categoría de perioicos á sus habitantes, la mayoría de éstos no aceptaron esta nueva situacion sino cediendo á la fuerza, y algunos, como los aqueos de Pylos y Methone, quisieron mejor unir su suerte á la de los mesenios con los cuales emigraron á Rhegion. De esta manera quedaron los espartanos en pacífica posesion de toda la parte meridional del Peloponeso, desde Prasias hasta la desembocadura del Neda.

***

Pausanias pone la segunda guerra de Mesenia entre los años 685 y 668. Por tanto, supone que duró diez y siete años, siquiera no cuente sino los sucesos de los tres primeros, admitiendo con Rhianos que el sitio ocupó once. Segun eso la guerra duró tan solo catorce y así lo dan á entender escritores y tradiciones de nota. Hay, es verdad, algunos que la atribuyen una duracion de veinte años, pero es, sin duda, por darla igual importancia que á la primera (1).

Por lo demás, el mismo historiador nombrado parece ignorar la época á que corresponden estos catorce años y hasta con franqueza confiesa que le son desconocidos los reyes que á la sazon gobernaban en

(1) Pausan. III, 3. IV, 18. 23.

Esparta y que, por tanto, debieron dirigir las operaciones de la guerra. Y puesto que en los diversos datos que sobre la cuestion tenemos, hay una diferencia de cien años nada ménos relativamente al comienzo de la sagunda guerra, no nos queda otro recurso que fijar este suceso por comparacion de unas fechas con otras.

Al decir Pausanias que, una vez terminada la guerra, Aristomenes quiso retirarse al lado del rey Ardys de Lidia ó de Fraortes de Media, claramente dá á entender que aquella tuvo lugar entre los años 681 á 633, época en que florecieron dichos monarcas. Cuando en otro lugar dice el mismo escritor que Diagoras, vencedor en la Olimpiada del año 464, era descendiente de Aristomenes del que solo le separaban tres generaciones, á saber: Damagetos, Dorieus y un segundo Damagetos, confiesa que la guerra no pudo terminar antes del año 600 (1). Sin embargo de estas noticias, no pueden deducirse sino datos aproximados y de referencia.

El mismo Pausanias dá á entender que el criterio en que funda sus juicios cronológícos, son las palabras de Tirteo: «los padres de nuestros padres han luchado al rededor del Ithome.» Y sin embargo, á renglon seguido fija en treinta y ocho años el espacio que medió entre la primera y la segunda guerra; tiempo á todas luces insuficiente, pues nosotros no podemos decir que los padres de nuestros padres proclamaron á Isabel II reina de España, aunque desde este suceso hasta la fecha han trascurrido cerca de 48 años y apenas puede hacerse afirmacion semejante de sucesos acaecidos á principios del siglo.

(1) Paus.. IV, 24. VI, 7.

Felizmente hay datos seguros por los cuales venimos en conocimiento de que entre una guerra y otra mediaron 65 años. Sábese que Pantaleon de Pisa, hijo de Omfalion, prestó auxilio á los mesenios y que arrebató á los eleos la agonothesia de la fiesta olímpica de 644. Este suceso no pudo realizarse sino en una época en que los espartanos, aliados de los eleos, se hallasen en decadencia ó sin fuerzas para defender á sus amigos, lo cual tuvo lugar precisamente en los primeros años de esta contienda. El hecho de aparecer los pisates dirigiendo la fiesta de 640, demuestra que los espartanos habian vuelto á recuperar su posicion y á sobreponerse al enemigo. Si además tenemos en cuenta que Terpandro fué llamado á Esparta hácia el año 644, habremos de convenir en que la segunda guerra mesénica tuvo lugar en el período de 645 á 630.

IV.

GOBIERNO ARISTOCRÁTICO DE CORINTO Y MEGARA.

Antes de la época de las emigraciones, habia ya en los diversos cantones helenos una clase poco numerosa que se distinguia del resto del pueblo por su riqueza, por sus nobles tradiciones y, de ordinario, por sus propios heróicos hechos; que en la guerra y en la paz, en el campo de batalla lo mismo que en las ciudades, formaba la córte del rey y le auxiliaba con sus armas y con su consejo. En las poesías homéricas aparecen los monarcas de los Estados greco-asiáticos revestidos de un poder bastante absoluto; pero ya limitado por la opinion pública, toda vez que no podian ejercer su autoridad sino ante sus nobles y en presencia del pueblo. El rey gobierna en virtud de cierto derecho divino, como descendiente de los antiguos héroes y gracias á la especial proteccion que dispensa Júpiter á los que llevan el cetro de los pueblos. Exígese por eso del monarca que sea el primero en virtud y valor heróico, en penetracion y en la fuerza de la oratoria; en suma, que todas sus acciones sean dignas de su elevado nacimiento.

En los Estados que se formaron como consecuencia de las emigraciones en la misma península griega, ocupan el lugar de la antigua nobleza los conquistadores que forman, como es natural, una clase privilegiada más numerosa que la que se origina de la sangre. Con el trascurso del tiempo estos nobles de nuevo cuño, ó sus sucesores, fueron relegando al olvido los lazos de disciplina que les unian al monarca, y áun llegaron á desconocer los derechos de los caudillos que, llevándoles á la victoria, les proporcionaron botin y riqueza, áun de aquellos que se hacian descender del más encumbrado entre los dioses ó del más famoso de los héroes. ¿Qué podia hacer un rey en un país donde la mayoría de la nobleza le era abiertamente contraria? ¿Cómo pretender de sus vasallos obediencia, si los príncipes del pueblo se la negaban? Falto de medios para obligar á los nobles á prestarle homenaje, no podia salir á campaña si aquellos se negaban á tomar las armas.

Hallándose en posesion de todos los territorios que tenian algun valor en el país; ejerciendo un dominio directo sobre la poblacion agrícola, que estaba además avasallada por el prestigio de los heróicos hechos de sus antepasados y por su propia habilidad en el manejo de las armas y de todos los ejercicios guerreros que, como hemos hecho notar antes, constituian la única ocupacion de su vida; estos nobles adoptaron muy luego una posicion pretenciosa, casi provocadora, con relacion al soberano y, alentados sin duda por el apoyo que les prestaria el pueblo, no se contentaron con ménos que con apropiarse toda la autoridad soberana y echar abajo el trono cuyo prestigio, basado únicamente en principios morales, era ya poco ménos que nulo. Hablando con propiedad,

este traslado del poder soberano y de los derechos de la corona, era cuestion de pura fórmula, puesto que de hecho ya se habia verificado el cambio.

En realidad de verdad, pocas y no muy valiosas razones tenian que oponer los príncipes á estas pretensiones de la nobleza. La conquista habia sido el orígen de todos los pequeños estados en que se hallaba dividida la Península, los cuales, á falta de enemigos externos que amenazasen su existencia, nunca pensaron en unirse bajo una sola bandera. Por tanto, monarquía y nacion, eran para los griegos conceptos por completo diferentes, y como la primera no habia dado un paso para alcanzar su unidad, la nacion fué siempre para los griegos un instituto independiente de la monarquía. Así vemos que la abolicion de ésta en un estado heleno en nada afectaba á la manera de ser de los otros, ni mucho ménos determinaba una nueva marcha en la vida de la nacion entera.

Era esto consecuencia natural de la misma constitucion de los estados griegos que, por su corta extension, podian regirse sin necesidad de establecer un gobierno central, fuerte y dotado de especiales atribuciones; y esto mismo hacia que no fuese tan fácil á los reyes obtener el apoyo de una comarca para sostener su autoridad en otra ó vencer una provincia con auxilios recibidos del vecino.

Tampoco disponian de cuantiosos bienes con que poder ganar la voluntad de los nobles y comprar el apoyo de una faccion de la clase privilegiada para vencer otra que le fuese contraria. Por otra parte, las funciones sacerdotales que desempeñaban los reyes ni les comunicaban el carácter de la inviolabilidad, ni les daban el privilegio de ser inamovibles, ni tampoco establecian una insuperable barrera entre ellos

y la nobleza; precisamente los jefes de las familias nobles desempeñaban tambien ciertas funciones sacerdotales que trasmitian á sus hijos. Tampoco habia en Grecia un estado sacerdotal de que hubieran podido valerse los reyes en sus contiendas contra la aristocracia.

Quedábales únicamente el apoyo de los hilotas y perioicos, ó sea de toda la poblacion sometida por los conquistadores; apoyo bien insignificante, por cierto, el que podia prestar un puñado de esclavos sin armas y sin costumbre de pelear. Por otra parte, en el acto mismo de utilizar este apoyo habrian destruido el principal fundamento de su estado y, al atentar contra los derechos de la conquista que les habia proporcionado el cetro, perderian seguramente el último resto del prestigio moral que todavía gozaban á los ojos de la altanera nobleza.

La clase privilegiada se presentó fuerte y perfectamente unida en la contienda con la monarquía, hecho que no debe maravillarnos en un pueblo que, como antes hemos visto, sentia inclinacion irresistible á la vida pública y daba carácter de comunidad á los actos más íntimos de la vida; así es, que la nobleza perseguia su objeto con perfecta unidad de miras y los intereses de la clase eran para cada indivíduo tan sagrados como los propios: la idea de individualismo desaparecia ante el concepto de la comunidad.

En el pueblo heleno se echa de ménos el arrogante y exclusivo individualismo que caracteriza la vida de los germanos. El noble griego no podia siquiera comprender que una familia de su clase prestase algun servicio á la pátria viviendo en medio de sus posesiones; á lo sumo, rodeada de sus colonos, pero con plena libertad para seguir sus gustos é inclinaciones.

La nobleza helena no tanto buscaba su libertad en su completo aislamiento de la plebe, como en la influencia que podia ejercer sobre la misma viviendo á su lado y haciéndola testigo de todos sus actos.

La aristocracia se presentó, pues, como un cuerpo uniforme, de costumbres tan nobles como su sangre, como una masa compacta de hombres adiestrados en el manejo de las armas, cuyos ataques, por consiguiente, no podian en modo alguno resistir los reyes con los escasos medios de defensa que tenian. La perfecta solidaridad de intereses que habia entre los nobles helenos, les hacia comprender que, con la abolicion de la monarquía, no sufria perjuicio la unidad del pequeño estado ni se menoscababa su fuerza.

Segun vimos anteriormente, Aristóteles explicaba el orígen de la monarquía, suponiendo que en los primitivos tiempos los pueblos habian premiado servicios especialísimos prestados á la comunidad por indivíduos afortunados, elevándolos á la dignidad de reyes ó jefes supremos de dicha comunidad y; de esta suerte, habian ejercido aquellos su autoridad sobre súbditos que libremente habian delegado en ellos sus poderes, dentro de límites definidos. Pero habiéndose multiplicado, con el trascurso del tiempo, el número de personas que por servicios análogos y sus especiales dotes se habian hecho acreedores á un premio semejante, éstas no quisieron sufrir por más tiempo la autoridad del soberano y la sustituyeron con el dominio de todos ellos, ejercido de comun acuerdo sobre el pueblo (1).

Uno de los Estados en que primero empezó á vacilar la monarquía fué Esparta, donde la lucha de las

(1) Aristot pol. III, 10,

dos familias reales dejó mal parada la autoridad soberana, ya que, segun vimos antes, Licurgo limitó los derechos de los reyes, y obligó á los príncipes que aceptaron el pacto de familia, á someterse al consejo de representantes de la aristocracia y á escuchar el parecer de la Asamblea general de los nobles en todas las cuestiones de importancia. No cabe desconocer que en Esparta, estas restricciones con que se limitó el poder de los reyes, fueron precisamente las que salvaron la monarquía, sirviendo de garantia para la conservacion de este sistema. Pues como observa Aristóteles, «la restriccion de la autoridad de los reyes sirve, por necesaria consecuencia, para darla mayor fuerza y más larga duracion; ya que los monarcas, cuando se hallan sometidos á las leyes, muéstranse ménos despóticos y, observando una conducta más semejante á la de sus vasallos, estos no ven en ellos un motivo de envidia; por tanto, resulta que la limitacion del poder soberano en vez de disminuir el prestigio del monarca le realza, y en cierta manera le robustece (1).»

Por este medio supo mantener Esparta, sin cambios esenciales, su manera de vida y los principios fundamentales de su derecho, conservando la antiquísima institucion á la que iba inseparablemente unido el recuerdo de la fundacion del Estado y de todos los grandes acontecimientos de su historia. Pero hay que reconocer que Esparta constituye una excepcion entre todos los cantones y ciudades de Grecia que solo tiene parecido en los molosos del Epiro, los cuales mantuvieron igualmente la monarquía con ciertas restricciones fijadas por la Constitucion (2).

(1) Aristot. pol. V, 9, 1.
(2) Aristot. pol. V. Plut. Pyrrh. 5.

En capítulos anteriores hemos dado á conocer el cambio efectuado en Tesalia, cuya monarquía fué sustituida por el gobierno de los nobles. Y aunque más tarde la familia aleuada, que pertenecia á esta clase, obtuvo por causas de que allí hicimos mencion, un poder casi soberano, y se estableció un gobierno en todo semejante al de la monarquía, la verdadera soberanía residia en el cuerpo de la nobleza. Igual cambio se verificó en las ciudades de Beocia hácia la mitad del octavo siglo, y abstraccion hecha de Esparta, el reinado de Fedon el argivo es el último de alguna importancia que nos ofrece la historia de la monarquía helena. Porque si bien es cierto que por algun tiempo conservaron todavía Argos y otros cantones griegos el nombre y la dignidad de reinos, en todos habia perdido la monarquía su fuerza y su antiguo prestigio. La nobleza creyó oportuno conservar el nombre de reino, despues de privar de su autoridad al monarca, á fin de no verse precisada á cambiar tambien las relaciones del Estado para con los dioses. Por eso vemos al frente de algunos cantones un príncipe que llevaba el nombre de rey aunque sin la autoridad de tal, cuyo cargo era unas veces hereditario y otras electivo, y que tenia el deber de ofrecer á los dioses los sacrificios que desde la más remota antigüedad ofrecian los monarcas. Fácilmente se comprende que los griegos, inspirados por el sentimiento esencialmente religioso que les caracteriza, no se atreviesen á introducir radicales reformas en los ritos con que presentaban á los dioses sus ofrendas y sacrificios.

***

Despues del establecimiento de los dorios en Co-

rinto y como consecuencia, sin duda, de la reforma que en su gobierno introdujeron, vemos que el pueblo de esta comarca se dividia en ocho *filas*, tres de las cuales, que eran las más importantes, llevaban los nombres de *hyleos*, *dymanos* y *pamfylos*. Comprendian estas tres agrupaciones todas las familias doricas de la comarca, ó sea la conquistadora nobleza, pero la circunstancia de hallarse el resto del pueblo dividido en análogas agrupaciones, nos dá claramente á entender que, si estas filas gozaban de especiales privilegios, no existia, sin embargo, entre vencedores y vencidos la brusca separacion que habia en Esparta entre dorios y aqueos.

Al decir de Suidas esta division del pueblo corintio en filas, procedia de Aletes, y, puesto que en Corcyra figuran tambien los hyleos, debemos admitir como verdadera la existencia de las tres privilegiadas agrupaciones en Corinto. En Argos habia cuatro filas: de hyleos, pamfylos, Dymanos y la de los hyrnathios que se componia de aqueos y ocupaba una posicion inferior á las tres primeras, aunque no tan penosa como la de los orneates, nombre que, segun parece, se daba á los habitantes de Ornea y de otros pueblos de la provincia de Argos, reducidos por los conquistadores á la categoria de perioicos. En Sicion, al lado de las tres filas de nobles dorios, vivian los egialeos que formaban una tribu especial.

Los soberanos de Corinto no se hacian descender de Hilo, sino de Antioco, que era tambien hijo de Hércules. A Aletes, fundador de la dinastía corintiana, sucedieron en el mando Ixion, Agelao y Prymnis que, como su progenitor, llevan el nombre de reyes de Corinto. Pero hácia la mitad del noveno siglo pasó el cetro á Baquidas, que se hacia tambien

descender de Hércules y del que fueron sucesores Eudemo, Aristomedes y Telestes (1).

Los corintios no celebraban las Carneas ó sea la fiesta principal de los dorios del Peloponeso. A propósito de esta solemnidad, debemos recordar una tradicion, segun la cual, Hippotes, padre de Aletes, fundador de la monarquía dorica de Corinto, dió muerte al adivino Carnus, en el campamento de Naupactos. Este adivino es sin duda una personificacion del Apolo Carneo ó profético y con la mencionada leyenda se quiso significar la falta de las Carneas en Corinto ó su supresion por el supuesto matador de Carnus.

Próximamente cien años despues que Baquidas subió al trono de Corinto, fué asesinado el rey Telestes, hijo de Aristomedes, y á su muerte, la nobleza abolió la monarquía, sustituyendo el cargo de monarca por un *pritanis* que llevaba la direccion de los negocios públicos y era elegido todos los años. Pero segun advertimos antes, á fin de no introducir modificacion alguna en las relaciones del Estado para con los dioses, se dejó á los antiguos reyes en posesion de uno de sus más preciados derechos. Contentóse, pues, la nobleza con haber derribado la monarquía para ejercer por sí misma la verdadera soberanía, pero dejando á los Baquiadas la exclusiva prerogativa de poder ser elevados á la dignidad de pritanidas,

(1) Pausan. II, 4, 4. Diodor. Fragm. lib. VII. Agelao aparece dos veces en esta lista de reyes y Automenes, que reinó un año, es el primer pritaneo. De Agemon y Alejandro se dice que reinaron cuarenta y un años en lugar de Telestes, hijo de Aristomedes, al que además se atribuye un reinado de doce. Por este medio se logró poner en la lista cinco Aletidas y otros tantos Baquiadas, cuyos reinados abrazan un período de 327 años, que no se llena sino merced á los ordinarios subterfugios de los cronógrafos.

siquiera tuviese ménos valor ese privilegio por corresponder á más de 200 indivíduos que á la sazon componian la familia de Baquidas.

De esta suerte quedaba reducida la dignidad de monarca á la categoría de un empleado de eleccion anual, sobre el cual pesaba la obligacion de dar cuenta de su administracion á la asamblea de la nobleza que de hecho ejercia la autoridad soberana.

El año 745 antes de Jesucristo, aparece el primer pritanis de la familia de Baquidas al frente del gobierno de Corinto. Así se desprende claramente de varios pasages de antiguos escritores, como Pausanias, y lo confirman los hechos análogos que nos ofrece la historia de la constitucion ateniense y la de otras tribus helenas. Diodoro supone que los mismos Baquiadas nombraban de su seno un presidente ó *pritanis*, lo cual es absurdo, pues equivaldria á suponer que solo se habia verificado un cambio de nombre en el gobierno (1).

Al decir de Aristóteles, el gobierno de Periandro y de Cipselo abraza un período de 70 años y puesto que el primero murió hácia el 585, el mando de su antecesor, Cipselo, debió empezar hácia el 655, de suerte que la pritania de los Baquiadas, que, segun el mismo Aristóteles asegura, comprende unos 90 años, tuvo principio el 745. No hay tampoco verdadera contradiccion entre estos datos y el aserto de Estrabon cuando dice que esta oligarquía de los Baquiadas duró casi 200 años, ya que el ilustre geógrafo incluye en ese gobierno los reinados de Baquidas, Eudemo, Aristomedes y Telestes, que por lo ménos abrazarán un período de 110 años (2).

(1) Plut. Pyrrh. 5. Diod. Fragm. lib. VII.
(2) Diogen Laert. I, 95. Aristot. de republ. V, 9. Estrab. p. 378.

Sin duda alguna las tentativas de Fedon para someter á su dominacion la comarca de Corinto, allanaron á la nobleza el camino para llevar á cabo la abolicion de la monarquía. A la muerte del caudillo argivo, acaecida, segun vimos antes, en el momento en que más segura creia la realizacion de sus planes sobre esta ciudad, levantáronse los nobles, apoderáronse del mando y los Baquiadas se sometieron al nuevo órden establecido por los magnates, á lo que parece sin resistencia. Admitieron desde luego la pritanía, satisfechos de conservar así una posicion elevada, de mantener, con respecto á la nobleza, cierto carácter dinástico y un prestigio que trataron de robustecer por todos los medios posibles, pues se sabe que nunca en sus matrimonios contraian alianza sino entre ellos mismos (1).

Tan amistosas eran las relaciones de los Baquiadas con la nobleza, que nunca trataron de restablecer la antigua monarquía, antes por el contrario, asimilaron en términos sus intereses con los de la aristocracia, que ésta no halló inconveniente en conservar al nuevo sistema de gobierno el nombre de la antigua régia familia. Por eso vemos que el régimen oligárquico de Corinto echó muy hondas raíces y sirvió de modelo á los nobles que realizaron cambios análogos en otras comarcas. Apenas habian trascurrido veinte años desde la institucion de la pritanía de los Baquiadas, cuando el corintio Filolao, derribada ya la monarquía de Beocia, dió á los tebanos una Constitucion basada en principios esencialmente aristocráticos (2).

---

(1) Herod., V, 92.
(2) Aristot. Rep. II, 9, 6-8.

***

Desde la invasion de los dorios en el Peloponeso, gozaba Corinto fama bien merecida de ciudad marítima y de ser importante centro de la industria. La situacion de la ciudad, que ocupaba una altura en el estrecho istmo de su nombre, y el escaso territorio que comprendia su comarca, impulsaron desde luego á sus habitantes á buscar en la navegacion lo que la tierra no podia darles, y de la pesca que primeramente les suministró alimento nacieron muy pronto verdaderas expediciones marítimas. Los egialeos, antiguos moradores de la comarca, de raza jónica, continuaron viviendo entre los conquistadores dorios, bajo condiciones relativamente favorables que les permitian ejercer, aunque tal vez en menor escala que antes, las industrias que sin duda aprendieron de colonos ó mercaderes fenicios, como la navegacion, el arte de tejer, de teñir, de fundicion y de forja. En un principio y cuando ya los jonios de Eubea y los dorios de Epidauro y de Argos monopolizaban casi por completo el comercio del Egeo, los corintios limitaban sus correrías al estrecho y largo seno que bañaba su reducida comarca, en el cual nada tenian que temer sus naves. Pero despues de la caida de la monarquía empezaron á estender sus viajes marítimos en direccion á Occidente y á ensanchar sus relaciones comerciales.

Ya en la época en que el padre de Hesiodo atravesó en su nave el mar, desde Cumas hasta el golfo de Eubea, ó sea hácia el año 800 antes de Jesucristo, habian cruzado los navegantes cumenses toda la parte S. O. del Egeo, puesto que dando vuelta al promontorio de Malea llegaron por esta época á las regiones occidentales que entonces se llamaban desconocidas.

Más allá de Trinaquia desembarcaron en la isla de Aenaria, hoy Ischia, situada frente á la costa de los opiceos, y al ver que el comercio con las tribus de los ausones que ocupaban la costa, les brindaba con notables beneficios, establecieron una colonia en aquel punto. Algun tiempo despues creyéronse ya suficientemente fuertes y seguros para fijarse en el continente, en un lugar próximo á la mencionada isla y allí, sobre una empinada colina roquiza que forma la extremidad del monte Gauro, levantaron una villa á la que dieron el nombre de su pátria. Resulta, pues, que Cumas era en Occidente la más antigua colonia de los griegos, ya que su orígen, segun todas las probabilidades, es con mucho anterior al de la colonia de Teocles. Sin embargo, á juzgar por el horizonte geográfico que abrazan las poesías homéricas, bien puede asegurarse que no se remonta más allá del año 850 (1).

Los cumenses creian que habian llegado nada ménos que al fin del mundo y que se hallaban en el sitio que fué teatro de las más famosas aventuras y navegaciones de Ulises. En su sentir era la comarca escogida para su residencia el país de los cimerios, situado, segun los poemas de Homero, en los confines occidentales del globo terráqueo y no lejos de la entrada de los infiernos. El carácter volcánico de toda la costa, el Vesubio que lanzaba, al Sur de Cumas, densas nubes de humo y de rojiza lava y las anchas grietas que atestiguaban la presencia de cráteres apagados, confirmábanles en tan extraña creencia.

En un cráter casi lleno de agua, que habia al Sur

(1) Estrabon opina que Cumas era una colonia fundada en comun por los cumenses y los chalcidios. Estr. p. 243. Veleyo, I, 4. Scymn. Ch. v. 235.

de la ciudad, reconocieron los cumenses el lago aquerusio. En el lago Aornos, situado al Norte y rodeado á la sazon de impenetrable bosque y empinadas rocas, se les figuró ver nada ménos que la laguna Estigia y la bajada á los infiernos; lugar tremendo por donde el animoso Ulises descendió al abismo y por cuyos alrededores revoloteaban las sombras de los muertos.

El promontorio de Miseno ó los islotes que se alzaban en las cercanías, fueron en otro tiempo residencia de las sirenas, y más al Norte, en el cabo de Tarracina, estaba enterrado Elpenor, compañero infortunado del monarca itaciense. La isla de Circe no era otra que el cabo de Circeo *(Circeii);* y en realidad las lagunas ó pantanos que, por la parte de tierra rodean este saliente cabo, daban lugar á creer que lo que entonces era promontorio fué en otro tiempo isla (1).

Las dos Cumas, la antigua y la moderna, mantuvieron siempre estrechas y amistosas relaciones; así vemos que los oráculos emitidos por las profetisas del Ida se consideraban como propiedad de ambas poblaciones; y entre las rocas próximas al lago de Aornos se veia una gruta donde moraba la Sibila que pronunciaba estos oráculos.

***

Muchos años trascurrieron antes que los griegos se atreviesen á imitar el ejemplo dado por los cumenses. Pero al cabo de algun tiempo un barco de Chalcis, conducido por Teocles, zozobró en la costa oriental de Sicilia. La exhuberante vegetacion de aquella co-

---

(1) Estrab. p. 23, 26 y 243. Plinio, hist. nat. III. 5.

marca, sus frutas y plantas meridionales y los numerosos rebaños de vacas, terneras, cabras y ovejas que pastaban en sus praderas, dejaron encantados á Teocles y á sus compañeros que, desde luego, resolvieron establecer allí una colonia. En 738, antes de nuestra era, volvió á Sicilia con un grupo de Chalcidios y emigrados de la isla de Naxos y desembarcó en la costa N.E. de aquella tierra de promision.

Los siciliotas que vivian desparramados por la isla en pequeñas tribus y se dedicaban exclusivamente al pastoreo, no se hallaban en disposicion de oponer séria resistencia á los extranjeros. Estos subieron á la cima del monte Tauros, que introduce su punta como una lanza en el seno de las aguas, y despues de erigir un altar á Apolo, guia y protector de los caminantes, que les habia conducido á tan venturosa comarca, echó los cimientos de la ciudad de Naxos, (Naxas), que más tarde se trasladó á la falda de la montaña.

A los piés de la misma se extendia una preciosa llanura, regada por el Acesines que baja del Etna con la mision de esparcir por el valle fertilidad y riqueza, lo cual hace en tal abundancia, que allí se ven reunidos los más variados frutos y las plantas más diversas; el cactus y el aloe alternan con los grandes naranjos y limoneros; y con estos se mezclan el almendro, la higuera y la morera, dejando en otros puntos ancho espacio á preciosos plantíos de olivos.

Las aguas de la bahía eran tan claras, que su trasparencia permitia distinguir los vivos movimientos de los peces, y en la direccion opuesta alzábanse suaves colinas cubiertas de arbolado, en unos puntos y en otros tapizado el suelo con riquísima alfombra de yerba. Poco á poco va creciendo la masa de estas

alturas hasta confundirse con el Etna sobre cuyos bosques se levanta, como corona, una inmensa copa de negruzcas piedras. Algo más arriba descuella un manto de nieve y encima de ésta se destaca la cumbre, unas veces oculta entre las nubes, otras despidiendo densas columnas de humo y torrentes de abrasadora lava.

Nunca se borró de la memoria de los griegos el panorama que les ofreció el Tauros cuando por vez primera pisaron aquel felicísimo suelo, ni tampoco olvidaron nunca que aquella montaña fué el primer pedazo de tierra que poseyeron en la hermosa isla. Tan grato les era este recuerdo, que las diputaciones y y peregrinos que salian de las ciudades griegas de Sicilia para tomar parte en las solemnidades y sacrificios que en la Metrópoli se ofrecian á los dioses de la pátria, no emprendian el viaje sin haber antes ofrecido un sacrificio al Apolo *Arjeguetes* sobre la cima del Tauros (1).

La isla descubierta por los griegos en los mares de Occidente excitó la codicia de los corintios, que desde luego resolvieron arriesgarse á visitar sus encantadoras playas.

Cuenta la tradicion, que Abron, el privado de Fedon que advirtió á los corintios del peligro que corrian, sirviendo al caudillo argivo, se refugió en Corinto por temor á la venganza del monarca cuyo secreto habia vendido. Su hijo Meliso tuvo en esta ciudad un precioso niño, llamado Acteon, al que Arquias, hijo de Euagetos, hombre poderosísimo y el más rico de la familia de los Baquiadas, cobró tan extremado cariño, que resolvió robar al niño de la

(1) Tucid VI, 3. Diod. XIV, 59-88. Estrab. p. 267.

casa paterna, con auxilio de sus numeros partidarios. Invadieron de noche la casa, y aunque Meliso y sus criados defendieron al hijo, no pudieron evitar que pereciese, no se sabe cómo, en la refriega. Entonces el padre cogió el cadáver y le presentó en el mercado de la ciudad pidiendo que se castigase tan horrendo crímen. Pero nadie se atrevió á poner la mano en el poderoso Arquias por satisfacer á Meliso, que no era más que un colono extranjero, privado del eficaz auxilio de su padre, ya difunto.

Desesperado Meliso, ideó un medio extraño para imponer miedo á los corintios. Mientras se celebraba el solemne sacrificio con que desde antiguo se honraba á Neptuno en su santuario del istmo, subióse al tejado del templo, prorrumpió en imprecaciones contra los Baquiadas y, despues de pedir á grandes voces que cayese sobre ellos la cólera de los inmortales, se arrojó desde una elevada roca al mar.

El oráculo délfico declaró enseguida á los corintios, que no se aplacaria la cólera del dios de las aguas hasta que vengasén la muerte del inocente Acteon (1). Advertido Arquias del oráculo, resolvió abandonar su pátria, y como preguntáse en Delfos á donde debia dirigirse, le contestó la pitia: «una isla por nombre Ortygia, se alza en el mar del Poniente, por encima de Trinaquia, hácia el punto donde el Alfeo, levantando espumas, corre á mezclarse con la fuente de Arethusa (2).»

(1) En los mármoles de Paros figura Arquias como décimo caudillo despues de Temenos. Véase Diod. Fragm. lib. VIII. Escolios á Apol. de Rod. IV, 1.212. 1.216. Ateneo, p. 167.

(2) Entre los griegos corria muy válida la creencia de que el númen fluvial Alfeo persiguió á la ninfa Arethusa desde Elis, hasta que, cruzando los mares, la dió alcance en Ortygia. Pind. Pyth. II,

Segun todas las apariencias, con esta órden, no se propusieron otra cosa los sacerdotes de Delfos, que fomentar la naciente colonizacion de Sicilia. Entre los compañeros de Arquias se hace particular mencion de Eumelo, famoso poeta, oriundo de la nobleza dorica, que reunió en un un gran poema épico todas las leyendas de Corinto, y de uno de los sacerdotes adivinos de Olimpia, de la familia de los yamidas. Los expedicionarios desembarcaron el año 735 en Ortygia, isla diminuta de la costa S.E. de Sicilia, que apenas abraza media milla de circunferencia. Los siciliotas fueron sin dificultad expulsados de la isla, dejando á los colonistas en pacífica posesion del terreno. La fuente de Arethusa, situada en la parte meridional, les suministraba agua excelente en abundancia. Tempestades no tenian que temer, puesto que el islote se alzaba en una bahía perfectamente abrigada, y estando separado de la costa siciliana por un canal estrecho, ofrecia todo género de comodidades para establecer una colonia.

No tardaron los colonos griegos en estender sus conquistas por la costa inmediata que les brindaba con riquezas y regalos sin cuento: desparramáronse muy luego por la gran isla, no sin obligar á los siciliotas á servirles como esclavos, á cultivar para ellos las tierras de que se habian incautado y á guardar sus rebaños (1).

Los sucesores de Arquias y de sus compañeros se repartieron el terreno y formaron la nobleza del nue-

7 y Estr., p. 270. Sin duda dió orígen á esta leyenda un chorro de agua dulce que brota del mar en las inmediaciones de Ortygia y no lejos del sitio donde, en esta isla, se halla la fuente de Arethusa.

(1) Clemens Alex. strom. I, p. 298. Böckh, á la Olimp. de Pindaro, 6. Pausan. II, 1. Euseb. Chron. Olimp. 9. Tanto Eumelo como Filolao llevan el título especial de Baquiadas, aunque se comprende bajo este calificativo toda la aristocracia de Corinto.

vo Estado, distinguiéndose con el nombre de *gamores* ó propietarios de tierras. Ellos echaron los cimientos de Siracusa, hermosa ciudad que despues se estendió por la meseta que se alza al lado del valle y pantanos de Anapos del otro lado del canal, estando unida á la isla por un dique. Pero en Ortygia estaban los dos puertos de la villa, uno al Norte y otro al Sur del mencionado dique, así como los astilleros, los templos más antiguos y, en general, los edificios y dependencias más importantes. Rodeabanle fortificaciones especiales que hacian de ella una verdadera ciudadela de Siracusa, y en tan felices condiciones no es extraño que los colonos de Corinto estendieran su dominacion sobre todas las tribus indígenas de la comarca y las obligasen á pagarles tributos (1).

***

La fundacion de Siracusa, efectuada en el primer período de las guerras entre espartanos y mesenios, abria ancho campo á las relaciones comerciales de los corintios en Occidente. Aun en la segunda mitad del siglo V antes de nuestra era hacian los griegos el viaje á Sicilia remontando con sus navecillas el mar Adriático á lo largo de la costa de Acarnania y del Epiro, hasta la isla de Corcyra, desde la cual cruzaban el Adriático de N. E. á S. O. hasta el promontorio *Japygium*, para desde aquí seguir el rumbo marcado por la costa de Italia. La travesía directa desde el Epiro á Sicilia era demasiado larga para que pudiera llevarse á cabo cómodamente sin hacer escala en alguno de los puntos intermedios. Jersicrates, originario tambien de la familia de los Baquiadas, proporcio-

(1) Tucid. VI, 88.

nó á los griegos una excelente estacion, cuando el año 710, es decir, el mismo en que los espartanos dieron cima á la primera guerra con los mesenios, ocupó con un ejército relativamente numeroso, la isla de Corcyra, despues de expulsar de ella á los liburneos. Hay sin embargo, quien sostiene que la colonizacion de Corcyra y la de Siracusa fueron simultáneas y que Jersicrates salió de Grecia al propio tiempo que Arquias quedándose en la mencionada isla, cuando éste siguió su camino á Italia. Plutarco asegura que dicho Jersicrates tuvo que arrojar de Corcyra á los eretrienses que antes se habian establecido en ella (1).

Si de estos hechos no tenemos completa certeza, es perfectamente seguro que los corintios creyeron hallarse en la famosa isla de los feacios, tan celebrada en los poemas homéricos, y que al frente del nuevo Estado, organizado segun el modelo de la metrópoli, establecieron un pritanis (2).

En el centro de la costa oriental, sobre una punta muy saliente, fundaron la ciudad de Corcyra, en la cual erigieron un templo á los dioscuros, patrones y protectores de los navegantes y dedicaron á la memoria del rey Alcinoo un sagrado bosque, no lejos de dicho santuario, para tributarle allí los honores de los grandes héroes.

Tenia la ciudad dos puertos, uno á cada lado de la punta en que se hallaba situada, y dióse á una de ellas el nombre de Hyleo, en memoria del hijo de Hércules, tantas veces mencionado en nuestra histo-

---

(1) Timaei. Fragm. 53. Clinton., Fastos helen. a. 706. Plut. quaest. graecæ , 293.

(2) Müller, de Corcyr. rep. p. 31. 45 seqq.

ria. Dentro de la poblacion ó en sus cercanías descubrióse, más tarde, la cueva en que Jason sostuvo amorosos coloquios con Medea, y que los fundadores de Corcyra no podian ménos de guardar como preciosa reliquia, siquiera en atencion á que el caudillo de los argonautas fué el modelo de aventureros y navegantes y reinó por algun tiempo en Corinto. Tambien Juno, poderosa protectora y guia de la expedicion argonauta, tuvo su templo en la playa de Corcyra.

Era el suelo de la isla fértil en extremo y daba principalmente vino y aceite, que los colonos griegos llevaban á la próxima costa del Epiro para cambiarlos por ganados, lana y pieles, que poseian en gran abundancia los epirotas, thesprotas, jaones y molosos. Llevabánles además los corcyrenses diversos productos de la industria corintiana, que ejercian en su nueva pátria, como vasijas de barro pintadas, hermosos tapices, telas estampadas ó teñidas y objetos de metal fundido ó forjado, particularmente armas (1).

Tambien los colonos de Siracusa, aunque su principal ocupacion era la agricultura, hacian gran comercio en estos mismos productos con las tribus siciliotas, circunstancia que no poco debió contribuir al extraordinario desarrollo de la colonia. Así vemos que setenta años despues de la fundacion de Siracusa se hallaban en disposicion de levantar dos nuevas ciudades: *Akrae* sobre los montes que se alzan en las inmediaciones de la metrópoli y *Enna*, situada casi en el centro de la isla, sobre la meseta que ocupa todo el interior, no lejos de la orilla izquierda del

---

(1) Aristot. de mirab. ausc. c. 104. Hesiquio, *Kerküraioi amforeis.* Ateneo, I, 49. Pollux, Onomasticon, I, 149. Ael. var. hist. III, 24.

Himera superior. La fundacion de estas ciudades tuvo lugar hácia el año 665 (1).

***

Que los corintios realizaron notables adelantos en la navegacion, lo demuestran las importantes mejoras que introdujeron en la construccion de sus naves. De la lectura de los poemas homéricos se desprende que en el siglo IX poseian ya los griegos anchos buques propios para el trasporte de mercancías, los cuales eran movidos por veinte remeros y otros muchos mayores impulsados por ciento y á veces por ciento veinte remadores. Construíanse además otros largos y estrechos que cincuenta remeros hacian mover con facilidad suma, y se empleaban particularmente para viajes rápidos, expediciones piráticas y ataques de sorpresa ó para la guerra.

Muy luego ocurrió á los marinos griegos la idea de que podria aumentarse, de un modo extraordinario, el andar de estas naves siempre que se doblase el número de remadores sin modificar su longitud ó su anchura. Era esto último imprescindible condicion de la bondad del buque, pues si se aumentaba su longitud hacíase más difícil su direccion y ménos sólida su estructura, tanto para resistir los embates de las olas, como los ataques de barcos enemigos; si se aumentaba su anchura se hacia crecer, al par que su peso, la resistencia al rompimiento de las olas. Sin duda alguna estas consideraciones hicieron nacer entre los corintios la idea de construir naves de tres pisos, en cada uno de los cuales pudieran colocarse cincuenta remadores. De esta suerte se triplicaba la velo-

(1) Tucid. VI, 5. Estéban de Biz. *Enna*. Estrab. p. 273.

cidad del buque sin modificar los dos factores que podian influir en su solidez y marcha, poniéndole, además, en excelentes condiciones para vencer en el combate naves de mayores dimensiones (1). Los primeros barcos de esta clase se construyeron en Corinto al terminar el siglo VIII.

Sobre las antiguas naves, cuyos remadores se hallaban al descubierto, y expuestos, por consiguiente, á los golpes del enemigo, tenian éstas la incontestable ventaja de que dos filas de aquellos, á lo ménos, estaban cubiertas por los costados del buque, y quizás algunas veces las tres.

El año 704, un corintio, por nombre Ameinocles, guiándose por los modelos que habia visto en su pátria, construyó para los samiotas varias naves de tres bancos de remos. Y aunque todavia se usaron en Grecia las antiguas de cincuenta remeros durante más de dos siglos, nunca aparecian en batalla frente á las nuevas de tres bancos (2). Desde la época de Ameinocles trascurren sobre cuatro siglos sin que hiciera progreso alguno la industria naviera de los griegos ni se mejorase la forma ó construccion de sus naves. Durante tan largo período no se introdujo en éstas más modificacion que la de cubrir todos los costados del buque, en vez de los dos que se cubrian antes y la de añadir seis remadores más á los 150 que tuvieron en un principio (3).

Inútil es advertir que un barco de esta naturaleza, con sus remeros, pilotos y marinos de diversos servicios, exigia una tripulacion de 200 hombres. Y sin

(1) Tucid. I, 13.

(2) En la batalla de Salamina pelearon todavia naves de cincuenta remos.

(3) Tucid. I, 13.

embargo no era su volúmen tan considerable que no pudieran ser fácilmente arrastrados á la arena y botados de nuevo al agua por los mismos que los tripulaban. El casco estaba construido de tablas de pino toscamente unidas, y para travesaños, costillas de la nave y demás elementos de gran resistencia, se usaba el plátano (1).

Las naves de tres bancos solian tener de 80 á 90 piés de longitud, 20 de anchura y una altura de 15 piés, tomada desde la quilla á la cubierta. Los remadores del banco superior manejaban remos mucho más largos que los de las otras dos filas, por lo cual era tambien su trabajo más pesado. Cada série llevaba un nombre especial: los de la superior se llamaban *thranitas*, los del medio *zeuguitas* y *thalamitas* los del banco inferior. Desde luego se comprende que cada fila usaba remos de longitud diferente, midiendo unos 15 piés los de la superior y 10 los de la inferíor ocupada por los *thalamitas*. Los remos encajaban en una abertura del costado y estaban, además, sujetos á la cabilla por medio de un lazo (2). Estas aberturas, semejantes á las troneras de los buques modernos, tenian el diámetro suficiente para dar salida á la cabeza de un hombre.

Los espacios de la nave estaban medidos con severa exactitud; y á la verdad, no es excesiva là longitud que hemos indicado para un barco que llevaba enfilados de veinticinco á veintisiete remeros en cada

(1) Platon, Leyes, 705.

(2) La longitud de los remos está calculada por los κῶπαι περινέω de los astilleros aticos, hácia el año 350 antes de Jesucristo; estos tenian de nueve á nueve y media varas de longitud. Böckh, documentos sobre marinería, p. 113. (*Urkunden über das Seewesen*). Tucidides, II, 93.

banco. Y por lo que á la altura respecta, suponiendo que el banco interior estuviese tan sólo á 2 piés sobre el nivel del agua y que entre cada série de bancos mediasen otros 3 piés, resultan 8 á 10 piés sobre dicho nivel, que suponen por lo ménos 5 de fondo. El ancho de la nave debia ser igual por lo ménos á la longitud de los remos, á fin de que éstos pudieran introducirse fácilmente dentro del casco; por tanto debia mediar entre ambos costados un espacio de 15 piés próximamente. De la descripcion que hace Herodoto del puente de barcas que mandó construir Jerjes sobre el Bósforo, se desprende que los barcos de guerra, de cincuenta remos, tenian á la sazon un ancho de 15 piés, por término medio, de suerte, que los de tres bancos no podian medir ménos de 18 á 20 piés de anchura.

A pesar de estas dimensiones no habia espacio suficiente á bordo para que pudiese vivir allí cómodamente una tripulacion numerosa. Por tanto no debe maravillarnos que los marinos griegos saltasen á tierra siempre que podian, para guisar, hacer sus comidas y aún para dormir; en general, solo permanecian á bordo el tiempo indispensable para desempeñar sus respectivos servicios, á no verse precisados á ello por viajes largos, hechos en alta mar.

Pronto se ofreció á los corintios ocasion de hacer uso de sus nuevos barcos de guerra en una contienda que ellos mismos suscitaron contra sus propios hermanos, los colonizadores de Corcyra. Parece ser que el rápido crecimiento de esta colonia despertó la envidia de los corintios, que se trasformó en ódio cuando vieron que los corcyrenses monopolizaban todo el comercio de las costas del Epiro y de Acarnania que antes se hallaba casi por completo en manos de ne-

gociantes de Corinto. La favorable situacion de la isla hacia inevitable ese monopolio.

Como consecuencia de este antagonismo estalló entre los dos pueblos hermanos la guerra. Hácia el 664, ó sea 40 años despues de la fundacion de Corcyra, se dió la primera batalla naval de que tenia noticia Tucidides, entre corintios y corcyrenses (1). No tenemos más detalles acerca de los sucesos de esta guerra, pero sabemos que los corintios, lograron someter á sus rivales hácia la mitad del noveno siglo y que en este estado de vasallage vivieron durante mas de 70 años.

Con sus conquistas de Mesenia, de algunos pequeños territorios de Arcadia y de la costa oriental de Laconia, debilitaron los espartanos el poder de Argos sobre el continente y redujeron sus dominios en el Peloponeso: Corinto le arrebató ahora el cetro de primera potencia marítima de Grecia. La ciudad que Fedon anexionó á la corporacion argiva, en la cual hizo un papel secundario, adquirió en esta época tal importancia, que su marina dejó muy atrás á la de Argos.

Corinto era sin duda la poblacion helena que más partido podia sacar de la fundacion de colonias griegas en Occidente. No es de extrañar por tanto, que en poco tiempo llegara á ser el emporio del comercio que se hacia entre Occidente y Oriente y que no tuviese rival en una época en que los más osados marinos temian doblar el cabo de Malea. Así vemos, que los navegantes que trasportaban las mercancías de las regiones orientales, las desembarcaban por lo general en Cencrea, dejando á los corintios el cuidado

---

(1) Tucid, I, 13.

de trasladarlas en sus naves á Sicilia y puertos de la baja Italia. Para facilitar este tráfico construyeron una vía que enlazaba el golfo Saronico con el de Corinto por el punto mas estrecho del istmo, partiendo de las cercanías del antiquísimo santuario consagrado á Neptuno, en el centro de los juncales de la playa que da al golfo Saronico, á orillas del bosquecillo dedicado á la memoria del mismo númen. Por esta vía se arrastraban las naves para trasladarlas desde el Egeo al golfo de Corinto.

La industria de esta ciudad adquirió tambien extraordinario desarrollo, siendo los corintios, como observa Herodoto, únicos entre todos los griegos que tenian en estima á los que profesaban algun arte mecánico y á sus hijos (1). Con la industria y con su floreciente comercio, se desarrolló la riqueza de la poblacion y de esta surgieron muy luego el lujo y la molicie. Claro testimonio de esto daban las mil hierodulas que servian á la Afrodita en el santuario que tenia la voluptuosa diosa sobre la cima de Acrocorinto, donde vivian entregadas á la prostitucion más vergonzosa. Todavía hacia el año 500 era muy considerable el número de estas extrañas sacerdotisas y de aquí creen algunos que venía el conocido adagio: *no á todos es dado ir á Corinto* con que se querian significar los peligros que rodeaban á la virtud en la opulenta villa.

Los nobles corintios, particularmente bajo la pritanía de los Baquiadas, no fueron los últimos en promover el tráfico y explotarlo en provecho suyo. Para dejar expedito el camino á su desarrollo, adoptaron la costumbre de fundar nuevas colonias y en-

(1) Herodoto, II, 167.

viar á ellas á todos cuantos se mostraban descontentos con su gobierno ó trataban de mermar su prestigio.

***

Durante las emigraciones, los dorios, argivos y corintios arrebataron á los jonios toda la parte del Istmo que se estendia al Norte de Corinto, con cuyo motivo incautáronse tambien del territorio megarense hasta entonces perteneciente á los aticos. Parece ser que los corintios tomaron posesion de la capital, dado que desde esta época aparece *Megara* como una poblaciou corintia, lo cual se desprende igualmente del natural desarrollo de los sucesos en esta época. Sin embargo, asegúrase que al empezar la era olimpiada se habia ya declarado Megara independiente de Corinto y se regía por instituciones monárquicas (1). La forma de gobierno se modificó pronto y en igual sentido que en Corinto, pues se dice que habiendo sido asesinado el rey Hyperion, hijo de Agamemnon, la nobleza megarense se apoderó definitivamente del mando, aunque sin cambiar por eso el nombre del Estado ni privar á los reyes de todos sus privilegios (2).

El cambio de gobierno verificado en Corinto y la proclamacion de la pritanía bajo los Baquiadas, puso de nuevo en peligro la independencia de Megara. Como consecuencia de la lucha que sin duda se en-

---

(1) Pausan., I, 39, 4. Pindar. Nem. VII, 155.

(2) Desde entonces la dignidad régia quedó reducida al desempeño de las funciones sacerdotales; se hizo electiva y más tarde solo duraba un año, por lo cual á partir del siglo IV, suelen contarse los años por la série de reyes de Megara, de la misma manera que se hacia en Calcedonia. Böckh, Corpus inscript. núms. 1052, 1057 y 3794.

cendió con este motivo, perdieron los megarenses parte de su territorio, no sin que inmediatamente volviesen á conquistarlo, gracias á la acertada direccion de su caudillo Orsippo. Este mismo Orsippo obtuvo el premio de la carrera en la decimaquinta olimpiada, año 720, que fué la primera en que los corredores se presentaron en el estadio completamente desnudos. En un monumento que más tarde se erigió á Orsippo se leia la inscripcion siguiente: «Los megarenses erigieron este monumento, para que se vea á larga distancia, en honor de Orsippo, hombre valeroso en las batallas, segun las instrucciones recibidas del oráculo delfico. Cuando los enemigos se habian apoderado de gran parte del territorio, restauró él los limites de la pátria. Entre todos los griegos fué el primero que obtuvo el premio de la carrera, luchando desnudo, pues antes los corredores llevaban el cuerpo sujeto con ceñidores (1).»

Aun despues de restablecidos los antiguos límites quedaban los megarenses reducidos á un pequeño territorio cubierto de rocas y montañas, cuya escasa estension de ocho millas cuadradas y poca fertilidad le hacian insuficiente para sostener un pueblo numeroso. Pero bañábanle dos mares por opuestos lados, con los nombres de golfo Saronico y golfo de Corinto, y esta circunstancia hizo caer á los megarenses en la cuenta de que, imitando el ejemplo de sus rivales de Corinto, podian dar colocacion en tierra extraña á todos los que no pudiesen vivir en la propia. Los dos puertos que tenian en los golfos mencionados: Megara en el Saronico y Pagae en el de Corinto,

---

(1) La cuestion de límites dió lugar á frecuentes rompimientos entre corintios y megarenses. Véase Tucid, I, 103. Diodor. II, 79.

facilitaban sobre manera la ejecucion de estos planes (1).

Diez años despues de la fundacion de Siracusa, ó sea hacia el 725, despacharon los megarenses la primera partida de colonistas con direccion á Sicilia. Pronto y sin tropiezo de ninguna clase encontraron aquí terreno para establecer la primera colonia.

Cuéntase que Hyblon, caudillo de una tribu de siciliotas, en cuanto tuvo noticia de su arribo, les invitó á establecerse en su territorio que estaba comprendido entre Naxos y Siracusa. Aceptada la invitacion diéronse prisa á fundar una ciudad, para lo cual escogieron una punta que se destacaba de la costa al Norte de Siracusa, rodeada de magníficos bosques de encinas, plátanos y nogales en que abundaba la miel y los rebaños de ganados. En recuerdo de la madre pátria y del generoso príncipe siciliota que les acogió en sus dominios, diéronla el nombre de *Megara Hybla* (2).

Más notables fueron las colonias que Megara fundó en las regiones orientales. Los emigrados que salieron en esta direccion traspusieron los límites del Egea y cruzando el Helesponto y la Propontide navegaron hacia el Bosforo, á cuya entrada tomaron tierra en la costa asiática y, por el 675, echaron los cimientos de la famosa Calcedonia, segun observa Herodoto, 17 años antes que los bizantinos fundasen la de Bizancio en la costa de enfrente (3).

Pocos años despues se dirigia á estas comarcas una segunda colonia de megarenses que, en 660,

---

(1) Böckh, Corps. inscript núm. 1050. Pausan. I, 44. 1.
(2) Tucid, VI, 3.4.
(3) Hieronym. a. 1342. Olymp. XXVI, 2. Herod, IV, 144. Tucid, IV, 75. Estrab. p. 320.

edificaron la ciudad de *Selymbria* en la costa de Tracia ó sea en la orilla septentrional de la Propontide. Cuando algun tiempo despues se disponian á enviar la tercera colonia á aquellos parages, hubo de indicarles el oráculo délfico que edificasen la nueva ciudad enfrente de los ciegos. Examinado el terreno, comprendieron que el oráculo llamaba ciegos á los calcedonios porque no habian escogido para la suya el terreno situado enfrente de Calcedonia, que ofrecia un puerto magnífico y pesca mucho más abundante: en su consecuencia los megarenses echaron los cimientos de la ciudad de Bizancio, en el lugar indicado, sobre dos colinas que se levantan frente á la bahía del cuerno de oro, hecho que, segun los más autorizados testimonios, tuvo lugar hácia el año 655 (1).

Inútil es advertir que los megarenses llevaron á su nueva patria los nombres y las tradiciones de la metrópoli. A un pequeño promontorio que se alzaba no léjos del cuerno de oro le bautizaron con el nombre de Corinto; en otro punto se destacaban unas rocas que desde entonces llevaron el de *rocas de Saron* y en la misma playa erigieron un altar al héroe Saron, de quien se supone recibió nombre el golfo Saronico (2). Los megarenses de Bizancio sostenian tambien que en las cercanías de esta ciudad estaba la pradera donde pastó Io, cuando huia de la persecucion de Juno, convertida en vaca, que era, como es notorio, la figura bajo la cual adoraban al númen lunar los fenicios y egipcios, de quienes pasó la tradicion á los griegos. No solo se detuvo en las cer-

(1) Estrab., 319. 320. Clinton, Fastos helen. a. 657. Tacito, Anales, XIV, 63. Estéban de Bizancio v. *Bütsántion*, expone otro oráculo distinto.

(2) Müller, Dorios, I p. 121.

canías de Bizancio la fugitiva diosa, sino que luego atravesó el golfo.

La favorable situacion de la ciudad y la incomparable belleza de sus alrededores, contribuyeron principalmente al rápido crecimiento de la colonia, que en 628 recibió ya un considerable refuerzo de emigrados de la metrópoli conducidos por Zeuxippo (1).

Los tracios que habitaban la comarca, pertenecientes á la tribu de los *bitinios*, fueron sometidos al yugo de los griegos y reducidos á la condicion de siervos, cuya situacion, segun parece, era análoga á la de los hilotas espartanos, aunque por su número ó por otras causas pusieron no pocas veces á la ciudad en grave apuro y ocasionaron más de un disgusto á sus señores.

El mismo año de 628 salió tambien un grupo de emigrados para Megara-Hybla, con cuyo refuerzo los colonos de esta ciudad pudieron fundar un nuevo establecimiento en la parte occidental de la isla, que hasta entonces habian dominado por completo los fenicios. Escogieron para su nueva ciudad una colina inmediata al rio Selinunte, así nombrado del *Selinum palustre*, especie de ápio, que crecia abundantísimo en sus riberas, en cuyas inmediaciones habia tambien bosques hermosos de palmeras, y la bautizaron con el nombre del mismo rio. Situada, pues, la nueva colonia entre los establecimientos fenicios de Minoa y Motyæ, á pocos pasos del mar, reunia las más favorables condiciones para adquirir un rápido desarrollo (2).

(1) Ateneo, VI, 271. Polibio, IV, 39.
(2) Virgilio, Eneida, III, 705. Tucid. VI, 4.

De esta manera el diminuto estado de Megara llegó á hacerse dueño de extensos territorios en apartadas y hermosas regiones y á adquirir una importancia con que nunca pudo soñar antes. Su colonia de Selinunte era la más apartada que tenian los griegos en Sicilia, distante de Cartago dos dias de camino; en Oriente, por medio de sus establecimientos de Calcedonia y Bizancio dominaba el Bosforo, que entonces, como en todo tiempo, era la llave del Mar Negro. Con el poder colonial de Megara creció su marina en términos, que al finar el siglo VII, pudo hacer frente á los aticos, pueblo mucho más numeroso que el de Megara y dueño de un país cinco veces más extenso que éste, al que no obstante conquistaron la isla de Salamina, no sin apresar gran número de triereos atenienses, cuyos espolones colgaron en el templo de Júpiter, en Megara, como trofeos de su victoria (1).

***

Con un suelo pródigo en los delicados frutos del Mediodia, en trigo, vino, aceite y miel; rica en rebaños de los animales más estimados por el hombre, como vacas, ovejas y cabras, ofrecia Sicilia beneficio seguro al labrador que cultivaba sus campos, lo mismo que al comerciante que acudia á sus playas para cambiar el exceso de dichos productos por objetos de la industria griega; los colonos encontraron en ella comodidades y goces con que seguramente no soñaron en su pátria. No debe, por tanto, maravillarnos, que otras tribus helenas imitasen el ejemplo de los chalcidios, corintios y megarenses y que la colonizacion de Occidente adquiriese tan rápido incremento.

(1) Pausan., I, 4, 4. 5.

Los primeros que siguieron el nuevo camino trazado por dichas tribus al desenvolvimiento de la vida y civilizacion helenas, fueron los aqueos, que, arrojados por los dorios de sus antiguos hogares de Argos y Micena, habitaban á la sazon la escabrosa y roquiza costa que se extiende al Oeste de Sicyon.

El año 720 salió, con rumbo á Sicilia, un grupo de emigrados aqueos, bajo la direccion de un caudillo natural de Helice, pero habiendo hecho escala en un lugar del golfo tarentino, próximo á la desembocadura del Crathis, les agradó tanto aquel sitio, que no creyeron necesario seguir adelante, ya que el país les ofrecia cuanto apetecer podian, y en mayor abundancia de lo que habian soñado; cerca del mar veíanse feracísimos valles; un poco más allá suaves montañas con praderas siempre verdes, sombreadas por árboles de diversas clases en que pastaban rebaños numerosísimos de vacas y ovejas, ó cubiertos en otros puntos de viñedo. Resueltos á permanecer en tan delicioso parage echaron los cimientos de Sybaris (1). El ejemplo de los aqueos halló muy pronto imitadores, puesto que diez años más tarde se presentó en la comarca un segundo grupo de la misma tribu, procedente de Aega y conducido por Myscelo, que fundó la villa de Crotona sobre el Aesaro, no lejos del promontorio lacinio, que se alza al Sur de la desembocadura del Crathis (2).

Entre los locrenses que habitaban la costa septentrional del golfo de Corinto, se suscitaron tambien luchas intestinas que obligaron á una parte de la tribu á buscar nueva morada del otro lado de los mares.

---

(1) Estrab., p. 262. Sobre la fecha de su fundacion véase Clinton Fastos, a. 710.

(2) Dionisio halicarn. II, 59.

Causa principal de este rompimiento fué la nobleza, que, al apoderarse del mando, pretendió establecer una separacion tan injusta como odiosa entre sus indivíduos y los descendientes de familias plebeyas. Decretóse al efecto que el número de familias aristócratas no pudiese pasar de 100 y se prohibió en absoluto la celebracion de matrimonios entre plebeyos y nobles. Claro está que éstos únicamente podian tomar parte en la gobernacion del pueblo.

Pero algunas mujeres aristócratas se unieron en matrimonio con plebeyos, y como los descendientes de tales enlaces y otros muchos hijos del pueblo no quisieran someterse á tan duras condiciones, resolvieron embarcarse, como lo hicieron, tomando la direccion que pocos años antes siguieron los aqueos. Desembarcaron el año 700 al Sur del golfo de Scylace, y en la parte septentrional del cabo de Zefyrion edificaron una ciudad que bautizaron con el nombre de Locroe, para perpetuar así el de sus fundadores (1)

Segun hicimos notar antes, al terminar la primera guerra de Mesenia, emigró á estos parages un grupo de espartanos conducidos por Falanto, los cuales se establecieron en la costa oriental del Golfo, en la desembocadura del Galeso. Sin duda estos emigrados se propusieron desde un principio hacer del comercio la principal ocupacion de su vida, por lo cual edificaron sus viviendas á la orilla del mar y aunque el sitio no reunia condiciones mas favorables que otros escogidos por los emigrados helenos que siguieron sus huellas, Tarentó fué por mucho tiempo el único verdadero puerto del golfo de su nombre. Por el contrario Sybaris, Crotona y Locroe no te-

(1) **Estrab. p. 259. Clinton, Fastos, a. 673.**

nian condiciones de puertos marítimos por hallarse separados del mar por extensas lagunas; dedúcese de esta circunstancia, que sus fundadores habian puesto sus ojos mas que en el mar, en la preciosa campiña que por el lado opuesto se extendia.

***

Los colonos griegos de Lemnos, de Samotracia, Thera, Creta y Rodas habian tenido que luchar con fenicios desde muy antiguo establecidos en estos parages; los colonizadores de la costa asiática, tuvieron que conquistar palmo á palmo el terreno defendido por tribus guerreras y mas civilizadas que los griegos. Por tanto, los helenos se hallaban aquí en condiciones por extremo desventajosas. Al contrario los griegos que arribaron á las costas de Sicilia y del golfo tarentino, tenian que habérselas con los siciliotas y yapyges, tribus compuestas casi en totalidad de pastores que apenas poseian las nociones más elementales de la humana cultura y que por tanto no se hallaban en condiciones de poner obstáculos de ninguna clase á los extranjeros. Los griegos poseian aquí una superioridad incontestable sobre las tribus indígenas, á las cuales sirvieron de maestros en las artes helenas, derramando entre ellas los primeros gérmenes de la cultura con la misma lanza que usaron para imponerles sus leyes. Bajo tan favorables condiciones y hallándose en medio de terrenos fértiles y productivos, las colonias griegas de Occidente no podian menos de adquirir extraordinario y rápido desarrollo.

No obstante, unos y otros tuvieron que luchar con serias dificultades para establecer en las colonias un órden más ó menos perfecto. Casi todos los colo-

nizadores griegos habian sido expulsados de su patria por medios violentos y las diversas colonias se componian de indivíduos oriundos de tribus diferentes con usos muy distintos y tradiciones opuestas, que era preciso armonizar con las particulares instituciones del establecimiento. Hasta el lazo de la religion y de la piedad que les unia en su antigua pátria se habia roto.

La antigua monarquía que tan pujante se manifestó en los primeros tiempos del pueblo heleno, habia desaparecido y las colonias de Occidente, no teniendo delante sino enemigos débiles y casi inofensivos que hacian innecesaria la concentracion de la autoridad y de la fuerza no pensaron en restablecerla. Las mayores dificultades para regularizar la marcha del gobierno colonial se presentaron en los establecimientos fundados por individuos procedentes de diversas tribus, originarios de distintas comarcas y pertenecientes á estados rivales, que habiendo sido expulsados de la patria por opuestos motivos, llevaban á la colonia aspiraciones ó fines contrarios y cuando menos estaban resueltos á no aceptar imposiciones ni admitir principios contra los cuales se habian revelado en la metrópoli.

Tal era muy particularmente la situacion de la colonia locrense, de la cual se asegura que, habiéndose unido á los emigrados gente depravada y refractaria al órden, se vió no pocas veces envuelta en interiores discordias que pusieron en peligro su desarrollo. Movido sin duda á compasion el númen delfico, mandó á los locrenses que hiciesen leyes para su gobierno, en consecuencia de lo cual eligieron por legislador á cierto Zaleuco, hombre de noble alcurnia, aunque Aristóteles opina que era un esclavo dedica-

do á guardar rebaños (1), tal vez por haberles asegurado aquel, que se le habia aparecido en sueños Minerva, manifestándole las cosas que serian saludables y convenientes al bienestar de la colonia, y no atreverse este á desobedecer las insinuaciones de la diosa á que particularmente rendia culto.—Aceptó Zaleuco el encargo y dió á los locrenses muchas y sábias leyes. Segun parece, el primer código escrito que tuvieron los helenos fué el que Zaleuco redactó para sus compatriotas hacia el año 660 antes de la era cristiana (2).

Pocas son las noticias que de estas leyes tenemos. Sábese, no obstante, que contenian principalmente disposiciones relativas á la conservacion de la paz y castigos con que se penaban los actos que tendian á romperla, los cuales, segun la tradicion, eran por extremo duros y numerosos. De las mismas noticias tradicionales podemos deducir el carácter moral de este código. El legislador puso especial empeño en recomendar la sencillez de las antiguas costumbres helenas, á fin de contrarestar la molicie y el lujo que se desarrollaban como natural consecuencia de la riqueza extraordinaria del país ocupado por la colonia locrense, cuya exuberante abundancia contrastaba con la pobreza de las montañas que antes habitaban.

Con este propósito hubo de prohibir á los hombres el uso de *vestidos milesios* y de anillos de oro, y, segun se dice, tenia pena de muerte el que bebia vino puro. Prohibió igualmente á las mujeres el uso de toda clase de adornos, y dispuso que saliesen á la

(1) Diod. XII, 20 Arist. Schol. Pind. Olimp. XI, 17.

(2) Las monedas locrenses llevan grabada la cabeza de Minerva. Véase Livio, XXIX, 18. Estrab. p. 397. Polib. XII, 5.

calle acompañadas de una sola esclava y vestidas de blanco (1).

Dictó severas medidas para evitar los ódios y rencillas entre los ciudadanos, y recomendó muy particularmente á los magistrados que desempeñasen sus cargos sin orgullo ni arrogancia y dictasen sus fallos sin parcialidad, en favor ó en contra de los clientes. Se ha hecho notar además que Zaleuco dictó reglas especiales, á las que los jueces debian ajustar sus decisiones, determinó con exactitud las penas para cada categoría de delitos, estableció varios principios para decidir los pleitos relativos á la propiedad, y fijó los derechos que se originan de la celebracion de contratos y convenios (2).

Por lo que respecta al régimen de la colonia, sábese únicamente que el gobierno de la ciudad estaba encomendado á un consejo supremo compuesto de mil indivíduos, con atribuciones jurídicas, presidido por el «ordenador de la ciudad;» que habia funcionarios especiales encargados de velar por el cumplimiento de las leyes, de vigilar las costumbres, de ejercer la censura y la policía y que las leyes de Zaleuco prohibian enajenar la herencia paterna, á no ser en casos extremos (3).

Con objeto de imprimir á sus leyes un sello de duracion indeleble y de evitar cambios en el repartimiento de las tierras, ordenó que todo el que pidiese ante el consejo ó ante el ordenador de la ciudad la abolicion de una de sus leyes, lo hiciese llevando al cuello un lazo. Si la mayoría no se declaraba en favor de su proposicion, debia ser ahorcado el propo-

(1) Suidas, v. *Záleukos.*
(2) Estrab. p. 398. Polib. XII, 16. Diod. XII, 21.
(3) Aelian var. hist. II, 37. Arist. pol. II, 4.4.

nente con· el lazo que llevaba. Y se cuenta que este precepto se cumplió realmente y que á él se debió, en gran parte, la duracion larga que alcanzaron las leyes de Zaleuco y la felicidad que con ellas gozaron los colonos locrenses (1).

Parece seguro que Zaleuco creó una nueva aristocracia compuesta de las familias que poseian más bienes inmuebles, no sin otorgar á los descendientes de las cien familias privilegiadas de la metrópoli, ciertos derechos análogos, aunque inferiores, á los que gozaba la nobleza nueva (2). Esto nos da á entender que Zaleuco no concedió la plenitud de los derechos civiles sino á los que poseian un patrimonio heredado de sus mayores, pero los plebeyos ejercian tambien el importante derecho de nombrar una parte del magno consejo de los mil entre los mayores propietarios de su clase.

***

Mucho más floreciente era el estado de las opulentas ciudades aqueas, Crotona y Sybaris, cuyos feracísimos campos daban con entera verdad ciento por uno, en todos los productos necesarios para la vida. Sin esfuerzos de ninguna clase multiplicaron los aqueos su riqueza en aquella tierra de promision y la poblacion creció en términos que muy luego viéronse precisados á ocupar extensas porciones de la costa (3). Al frente del gobierno de estas ciudades estaba la aristocracia de los colonos más antiguos que eran tambien los mayores propietarios, puesto

(1) Estrab. p. 397.
(2) Polib. XII, 5.
(3) Varro, de re rústica, I, 44. Diodoro, XII, 9.

que habiendo ellos hecho los primeros repartos de tierras, reservaron para sí las mejores fincas; y por otra parte el considerable número de esclavos que poseian les permitia vivir en la ciudad, dejando á sus siervos el cultivo de las tierras y la guarda de numerosos rebaños, mientras que los pequeños propietarios veíanse precisados á cultivar por sí mismos sus haciendas y, por tanto, á vivir en ellas.

El poder de los aqueos sybaritas creció en términos que en el siglo VI ejercian dominio sobre cuatro tribus indígenas repartidas en 25 pueblos que directamente dependian de Sybaris (1). Por esta época los crotonenses y sybaritas, habian ya extendido su dominacion del otro lado de la cordillera que corta el país de Norte á Sur, en cuya falda opuesta fundaron varias colonias que les hicieron dueños de una y otra costa. En vista de esto no debe maravillarnos que, cuando los locrenses solo podian presentar en batalla 10.000 guerreros, los crotonenses podian armar 100.000 hombres y 300.000 los sybaritas (2). En las grandes solemnidades se presentaban en Sybaris sobre 5.000 ginetes para dar explendor y realce á la fiesta.

Pero los dueños de tan colosales riquezas no supieron emplearlas para fomentar el desarrollo del comercio y de los conocimientos útiles; antes por el contrario, vemos que los grandes propietarios de Crotona y de Sybaris no tenian más ocupacion que los banquetes y todo género de sensuales placeres, en medio de los cuales se enervaban por completo las fuerzas de su espíritu. En Siracusa y Tarento los goces que á sus habitantes proporcionaba la exhuberante rique-

(1) Herod. VI, 21. Scym. ch. v. 244. Estrab. p. 251. 263.
(2) Justino, III, 20. Estrab. p. 261.

za de un suelo feracísimo y casi vírgen, hallaban cierto contrapeso en los esfuerzos que exige el comercio y en el movimiento casi incesante de un activo tráfico marítimo; los tarentinos particularmente supieron imitar á maravilla las virtudes eminentemente prácticas de los dos consumados marinos que llenaron aquellos parages con la fama de sus aventuras; Ulises y Diomedes, á los cuales tributaban, por esa razon, el culto reservado á los grandes héroes.

Crotona era celebrada entre los griegos únicamente por la fuerza de sus atletas y la habilidad de sus médicos, que eran tenidos por los más excelentes de toda la Grecia, despues de los cuales se daba el segundo lugar á los de Cirene; pero de Sybaris tan solo se hace mencion para ponderar la considerable extension de su territorio y la vida voluptuosa, afeminada y de regalo que se daban sus habitantes (1).

(1) Herod. III, 131.

V.

LOS JONIOS EN EUBEA.

Los dorios de Argos primero, y los de Corinto y Megara más tarde, fueron los que impulsaron á la raza jonica á extender sus colonias y su comercio por toda la cuenca del Egeo y por el mar de Sicilia. La marina de los jonios que permanecieron en su pátria, tenia su centro de operaciones en las ciudades de Eubea. Hallábase esta isla cortada por elevadas montañas, sumamente escabrosas en algunos puntos del interior, y su suelo, que producia pastos excelentes, de donde la vino el nombre, no se prestaba para ninguno de los cultivos que requieren el trabajo del arado.

No se veia en todo el país más que una llanura de extension considerable regada por el Lelanto y particularmente notable por sus viñedos y olivares, que se extendia por la costa de Occidente, en el punto más próximo á la frontera marítima de Beocia. Este hermoso valle del Lelanto, con razon apellidado jardin de Eubea, pertenecia por mitad á Chalcis (Calcis) y Eretria, que daban nombre á los dos más importantes cantones de los seis ó siete en que toda la isla se ha-

llaba dividida (1); la primera situada en el borde septentrional del valle, sobre una altura próxima á la costa y rodeada de sombríos bosques; la segunda, situada en su extremo meridional tenia ménos importancia que Chalcis (2).

Jalkodon, ó el diente de bronce, es el más antiguo caudillo de Chalcis que conoce la leyenda, cuyo nombre tiene evidente analogía con el de la ciudad (3). Su hijo Elefenor fué uno de los caudillos que lucharon contra Ilion y entre los sucesores de este príncipe se cuenta el rey Anfidamao, en cuyos juegos fúnebres ganó Hesiodo el premio de la trípode por sus himnos (4).

La tradicion ateniense sostiene que Eubea estuvo por algun tiempo incorporada al Atica formando, con Marathon, el patrimonio del Likos y que, por esa razon, sin duda, los jonios de dicha isla, particularmente los abantos, habian tomado parte en la fundacion de las ciudades jonicas del Asia, ya que, segun vimos antes los abantos, al mando de Anficles, colonizaron la isla de Chios (Quio). Tambien es digno de particular mencion el monumento levantado á Jalkodon en Atenas, cerca de la puerta Pirea.

Lo que podemos llamar historia política de Eubea presenta numerosos puntos de contacto con la de otros cantones griegos. Dueñas las familias acomodadas de extensos territorios en que sostenian numerosísimos rebaños, ningun cuidado turbaba su vida ni

(1) Scylax, c. 58. Los nombres de los otros cantones son: Karystos, Histiæa, Styra, Orobiæ y Dystos.

(2) Dicearch. Fragm. 56.

(3) Iliada, IV, 464. Soph. Philoct. 589. Apolod. III. 10.9. Pausan. VI, 21. 7. VIII, 15. 3.

(4) Véase tomo VI, p. (236).

les distraia de los ejercicios militares á que por completo consagraban aquella. Sin emigraciones ni conquistas formóse tambien aquí un cuerpo de nobles, relativamente numeroso, que no solamente logró derribar la antigua monarquía y apoderarse del mando, sino mantener en completa sumision al pueblo, demasiado abstraido entonces en las faenas de la agricultura, de la pesca ó del tráfico, para pensar siquiera en sacudir ese yugo. Parece ser que, hácia la mitad del siglo VIII se encargó del gobierno de Chalcis un consejo supremo, compuesto de indivíduos de más de 50 años elegidos por la nobleza. Los nobles de Chalcis distinguíanse con el nombre de *Hipobotas*, que equivale al de caballeros ó criadores de caballos, porque en sus extensas posesiones criaban gran número de esos animales para la guerra (1).

Era esta industria tan importante en Eubea, que Eretria, con ser ménos poderosa que Chalcis, podia presentar de 6 á 700 ginetes bien armados y equipados.

En un país de las condiciones de Eubea no era fácil satisfacer todas las necesidades de la poblacion, si ésta llegaba á tomar algun incremento. Y como en el órden natural de las cosas, el aumento de la poblacion es inevitable, el aristocrático gobierno de Eubea trató de remediar los inconvenientes que de aquí podian originarse, especialmente de evitar todo conato de rebelion contra su autoridad, alejando del país á los necesitados y descontentos de las clases populares, con promesas de que hallarian en otras comarcas riquezas, comodidades y honores que no podia ofrecerles la pátria.

---

(1) Herod V. 77. Aristót. pol. IV, 3, 2. Heraclides Pont. c. 31.

Brindábales con facilidades para desarrollar este movimiento de emigracion el activo comercio que ya sostenian con pueblos extraños, en cuyas costas les interesaba sobre manera tener establecimientos y estaciones mercantiles. Por otra parte, habia en las montañas inmediatas á Chalcis minas de hierro y cobre que hacia mucho tiempo se explotaban y de las cuales precisamente vino á la ciudad su nombre. Estos depósitos mineros dieron orígen á una considerable industria, cuyos productos, particularmente espadas y vasijas, eran muy apreciados en toda la Grecia (1) y para los cuales convenia buscar mercados de salida. La navegacion era una de las más antiguas ocupaciones de los naturales, entre los cuales habia muchos que vivian exclusivamente del producto de la pesca, que abundaba sobremanera en el golfo, y Chalcis poseía un magnífico puerto, en cuyas cercanías estaba el mercado público (2).

Los chalcidios no podian ignorar los resultados que el comercio con las tribus y colonias del Egeo habia dado á los dorios, puesto que á lo ménos habrian visto el explendor con que celebraban la solemnidad primaveral de Delos y el lujo que desplegaban en tan concurrida fiesta. Tampoco les contenia el temor de los combates con tribus aguerridas, ni los peligros que rodean á todo el que pretende establecer colonias en extranjera tierra, porque los chalcidios formaban un pueblo aguerrido y animoso.

Un chalcidio fué el que abrió á los helenos el camino á los mares de Occidente y condujo los primeros colonos griegos á la isla de Sicilia; y aunque esto

(1) Estrab. p. 446. Alcaei Fragm. 7. Böckh, Administracion (*Staatshaushalt*), II, p. 169.

(2) Dicaearch. Fragm. 59.

más vino de fortuito accidente que de un plan premeditado, el resultado fué el mismo, porque ocho años despues que Theocles fundó la villa de Naxos, acudieron allí nuevos emigrados que á seguida multiplicaron en toda la costa siciliana las colonias griegas. El mismo caudillo fundó la ciudad de Catana al pié del Etna, «de la gran columna que sostiene el firmamento, como dice Pindaro, del que alimenta la nieve, del que lanza torrentes de humo rojizo á las fuentes de Vulcano, y con sus llamas arroja las piedras en medio del mar embrabecido (1),» en un lugar rodeado de bosques y de viñedos, y más al Sur, no lejos de Siracusa, echó los cimientos de Leontinoe, arrojando de aquellos parajes á los siciliotas (2).

Muy luego se levantan en Sicilia y en la costa meridional de Italia, nuevas colonias de chalcidios. En el estrecho que separa la isla del continente, famoso por la abundancia de pesca que daba, no lejos del escollo de Caribdis, abordó Cratemenes con un grupo de chalcidios y naturales de otras comarcas de Eubea, en un sitio ocupado ya por varios colonos de la Cumas italica, á los cuales se unió para fundar ó dar mayor ensanche á la ciudad de Zancle. Enfrente de ésta, sobre la costa de Italia, edificaron los chalcidios la villa de Rhegion, al pié del escarpado promontorio que se alza á la entrada septentrional del estrecho, en el que moraba la temible Scylla, y Rhegion se llamaba tambien el brazo de mar que la separaba de Zancle (3). Sábese por los autores abajo citados, que Rhegion subsistia ya al terminar la primera guerra de Mesenia, de suerte que su fundacion tuvo lugar

(1) Pindaro, Pyth. I, 40.
(2) Tucid. VI, 3. Pausan. IV, 23. 7. Heracl. Pont. c. 25.
(3) Diodoro, XIII, 62. Tucid. VI, 5. Scymn. ch. v. 288.

entre los años 730 y 710, ya que en este último se refugiaron en ella los mesenios que al mando de Alcidamas abandonaron su pátria, despues de la rendicion del Ithome.

Las ciudades de Leontinoe, Catana, Naxos, Zancle y Rhegion, hicieron á los chalcidios dueños absolutos de toda la parte Nordeste de Sicilia. Más tarde, imitando el ejemplo de los dorios siracusanos que, hacia el año 665, fundaron en el interior la ciudad de Enna, empezaron á correrse en la misma direccion y á ensanchar sus dominios. Dieron el primer paso los de Zancle, que en 650 fundaron á Himera en la costa Norte sobre la desembocadura del rio de este nombre y á muy corta distancia de la colonia fenicia de Soloeis. Veinte años despues chocaron tambien en la costa meridional las colonias griegas con las fenicias, que hasta entonces habian dominado por completo la parte occidental de la isla, cuando los megarenses fundaron la ciudad de Selinunte.

De esta manera cayó en poder de los griegos la mejor parte de Sicilia, país rico en rebaños de ovejas, que, al decir de Pindaro, «el señor del Olimpo regaló á Proserpina, para que sus comarcas, feraces y cargadas de frutos, fuesen tambien adornadas con ciudades de vistosos y elevados techos (1).» Las ciudades de los griegos estaban situadas en los valles de la costa, «á los cuales ni llegan las veloces nubes empujadas por las tormentas del invierno, como impetuosos é implacables ejércitos, ni el torbellino arranca lo que encuentra á su paso para amontonarlo en los remansos del mar (2).» Los griegos que

(1) Pindaro, olimp. I, 20. Nem. I.
(2) Pind. Pyth. VI, 10.

debian conocer á maravilla las condiciones de la isla, dejaron á los indígenas en pacífica posesion de las comarcas interiores de la misma, en que aún hoy dia se oye con demasiada frecuencia el zumbido del trueno y el fragor de las tempestades, á excepcion de algun pequeño territorio, como el de Enna, colonia de Siracusa, y de las comarcas inmediatas á sus posesiones en que los naturales vivian ó como súbditos de los griegos ó mediante el pago de tributos.

***

Causas análogas á las que obligaron á la colonia locrense del promontorio de Zefyrion á redactar leyes y ordenanzas, hasta entonces desconocidas á los griegos, para que sirviesen á los jueces de norma en sus sentencias y decisiones, pusieron á los chalcidios sicilianos en la precision de adoptar igual medida. No habiendo en estas colonias ancianos capaces de administrar justicia conforme á las antiguas tradiciones helenas, como se hacia en la metrópoli, fué necesario establecer reglas y ordenanzas para la conservacion del órden y el mantenimiento de la paz en las sociedades nuevamente creadas, así como para proteger la propiedad y las personas.

Poco tiempo despues que Zaleuco promulgó sus leyes en Locroe, Jarondas dotó á Catana, su pátria, de un código escrito, que se cree redactado hacia el año 640. Aunque los nombres de estos dos legisladores aparecen siempre juntos en las citas de antiguos escritores, se advierte expresamente que Zaleuco fué el primero que redactó un código escrito entre los griegos; por tanto no cabe duda de que Jarondas promulgó despues sus leyes (1).

(1) Arist. pol. II, 9.8.

Jarondas se propuso redactar un código en el genuino sentido de la palabra y en sus leyes se descubren á primera vista tendencias morales que abrillantan el valor de tan antiguo documento. Hé aquí algunas de sus principales disposiciones.

El estado debe perseguir y castigar á los que frecuentan malas compañías *(kakomilía)*. Los convictos de falsos testimonios eran conducidos por la ciudad, llevando en la cabeza una corona de tamarisco, para significar que habian obtenido el premio de la maldad ó del vicio. El que abandonaba su puesto en la batalla, era vestido de mujer y expuesto en el mercado á la pública vergüenza durante tres dias consecutivos. El que, habiendo tenido hijos de su primer matrimonio, se casaba por segunda vez, no podia desempeñar ningun empleo público, porque, á juicio del legislador, el que exponia á sus hijos á los malos tratamientos de una madrastra, no podia ser buen consejero en los negocios públicos. La administracion de los bienes de menores corria á cargo de los parientes paternos, mientras que los hijos huérfanos se entregaban para su educacion, durante la menor edad, á los maternos.

Al pariente más próximo se imponia la obligacion de casarse con la huérfana ó de dotarla con quinientas dracmas, si era pobre. Jarondas dió varias disposiciones encaminadas á regularizar la educacion de la juventud por y á costa del Estado. Imponiase tambien á este la obligacion de castigar á los hijos que maltratasen á sus padres. Parece ser que este legislador fué el primero que dictó una ley ordenando que en las asambleas públicas nadie permaneciese armado, á lo ménos durante las discusiones (1).

(1) Diodor. XII, 19. Tucid. I, 6.

El código penal de Jarondas, segun todas las apariencias, estaba fundado en la ley de represalias ó del talion; pero al fijar las penas pecuniarias tuvo en cuenta la fortuna del delincuente; así vemos que en algunos casos, establece fuertes multas á los ricos mientras que á los pobres no podian imponerse estos castigos sino en su más mínimo grado (1).

Aristóteles hace notar que Jarondas aventajó á los legisladores que le sucedieron por la penetracion con que estableció las distinciones de cada caso y por el detalle de sus disposiciones; pero se observa falta de originalidad en sus preceptos, salvo en los que se refieren á las deposiciones de testigos falsos, pues, segun parece fué el primero que autorizó la protesta contra dichos testigos *(episkepsis)* acto que llegó á ser uno de los más importantes recursos jurídicos en el procedimiento legal griego (2).

Asegúrase que Jarondas, enseñó con el ejemplo, la más extricta observancia de sus leyes. Cuéntase á este propósito que hallándose en sus posesiones para precaverse de los ladrones, salió al campo con la espada á la cintura. Cuando regresaba á la ciudad oyó desde lejos gran ruido y gritería que procedia del mercado donde estaba reunido el consejo. Dirigióse allá y como se le echase en cara que él mismo quebrantaba sus leyes presentándose armado, respondió que no habia sido esta su intencion y en prueba de ello clavó la espada en el suelo y se arrojó sobre ella.

Todas las demás ciudades que los chalcidios tenian en Sicilia é Italia, Leontinoe, Naxos, Zancle y

---

(1) Aristót. pol. IV, 10, 6. Diod. XII, 12 y siguientes.
(2) Arist. pol. II, 9, 8.

Rhegion, adoptaron el Código de Jarondas, que, mas tarde, se introdujo en otras colonias fundadas por diversas tribus de la raza jonica (1).

A pesar del rápido desarrollo de sus establecimientos en los mares de Occidente, los chalcidios no perdieron de vista las islas y costas del Egeo. Estendieron tambien sus colonias por estos parages, particularmente por la costa de Tracia, al Norte del archipiélago. Si en Sicilia tuvieron que habérselas los emigrados con pueblos débiles y naturalmente pacíficos, en Oriente chocaron con tribus no muy numerosas pero salvajes, aguerridas y ávidas de sangre enemiga, como eran las de los tracios. Los primeros colonos que salieron de Chalcis á estos parages, abandonaron la metrópoli casi al mismo tiempo que los que salieron para Sicilia; ó sea hácia el año 720 antes de Jesucristo. (2) Tomaron tierra en la gran península que, en tres proyecciones bien marcadas, forma el continente al Este del rio Axios, sobre la cual se hallaban desparramadas las tribus tracias de los crestones, bisaltes y edones y en la que tambien encontraron los torreones y aldeas habitadas por los emigrados que tres siglos antes fueron arrojados por los tesalios de los valles del Peneo (3).

Estableciéronse primeramente los chalcidios en la lengua central, de las tres que hemos dicho forman la península, conocida con el nombre de Sitonia, y en ella fundaron las ciudades de Mecyberna, Sermyle, Sarte y Torone. La lengua oriental mide seis millas de longitud por una próximamente de anchura. La

(1) Tucidides sostiene que se hallaban en vigor en Himera las leyes de los chalcidios. Tucid. VI, 5. Diod. XII, 9. Heracl. Pont. c. 25.

(2) Tucid. VII, 29. 30 Plut. amat. narrat. p. 760.

(3) Herod. I, 57. Tucid. IV, 109.

corta longitudinalmente una cordillera, de pequeña altura en su orígen, pero que se vá elevando más y más hasta el promontorio de Athos, que forma una gigantesca muralla de 6.500 pies sobre el nivel de las aguas. Estrabon hace notar que desde la cima de este promontorio se divisa el sol tres horas antes que desde su base (1). El movimiento de las olas que chocan contra esta gigantesca roca es violentísimo y verdaderamente espantoso, en la mayoría de los casos, el ruido de los vientos que se estrellan contra la muralla. Esta revolucion y contínua lucha de los formidables elementos, hizo nacer en los marinos griegos invencible aversion á cruzar el promontorio de Athos. para ellos aún más temible que el de Malea, temor bien fundado que en parte han heredado los más expertos marinos de nuestros dias, ya que algun viajero asegura haberle sido imposible obtener á ningun precio un bote para costearle (2). En la lengua oriental, que termina con el Athos, se hallaban casi todos los torreones y pequeños lugares de los tyrrenos pelasgos, como Thysos, Cleone, Acrothos, Olofyxos y Dion, á pesar de lo cual los chalcidios alcanzaron muy luego absoluto predominio en ella.

***

Los moradores de Eretria no quisieron ser menos que los chalcidios sus vecinos y se dispusieron á fundar colonias que les ayudasen á desarrollar el comercio de la metrópoli. Extendíase el territorio de Eretria desde el valle del Lelanto, por toda la parte oc–

---

(1) Tucid. IV, 110. Estrab. p. 338.

(2) Leake, viajes en el Norte de Grecia. (Travels in northern Greece), III, p. 145.

cidental de la isla, hasta más allá de Taminas. Pero no contentos con poseer la region occidental y aleccionados además por los de Chalcis, que habian estendido su dominio á la costa de Occidente, traspusieron tambien los de Eretria la montaña para fundar establecimientos en la ribera opuesta. Estrabon habla de una columna que habia en el santuario de Diana en Amaryntho, pequeña poblacion situada al sur de Eretria y dependiente de esta, con una inscripcion en la cual se decia que antiguamente los eretrienses habian celebrado solemnes procesiones al mencionado templo de Diana, de que formaban parte tres mil hoplitas, seiscientos ginetes y sesenta carros de combate. (1).

Los emigrados eretrienses buscaron nueva patria en la lengua occidental de Tracia, que llevaba el nombre de Pallene, donde levantaron las ciudades de Neapolis, Aege, Therambo y Sane. Entre tanto los chalcidios habian sometido y colonizado las pequeñas islas de Sciatos, Peparethos é Icos, situadas al N. E. de Eubea; como los de Eretria sometieron las de Andros, Tenos y Ceos, situadas á corta distancia de la costa meridional de la misma Eubea (2).

Mas que las empresas coloniales de chalcidios y eretrienses, en los mares de Oriente y de Occidente, evidencia la extraordinaria importancia que tuvieron estos dos pueblos en la segunda mitad del siglo VIII y primera del VII, la circunstancia de estar grabado el nombre de sus respectivas ciudades en los pesos y monedas que usaban todas las ciudades jonicas por aquel tiempo. Lo que en esta cuestion hizo Fedon con los estados doricos, á quienes

(1) Herod. VI, 101. Scylax, c. 58. Estrab. 448.
(2) Tucid. IV, 120 á 123. Scymn. Ch. v. 585. Estrab. 447.

diò monedas, pesos y medidas, hiciéronlo Chalcis y Eretria con las ciudades jonicas.

Estableciose tambien como base del nuevo sistema el talento, pero el de Eubea era algo más pequeño que el argivo, toda vez que solo comprendia cinco sextos del talento de Fedon. Así es que mientras este representaba noventa y dos libras de nuestro peso, el de Eubea solo alcanzaba unas ochenta y siete; y teniendo la mina argiva algo más de libra y media, la de Eubea solo daba cinco cuarterones. En cuanto á la moneda, el talento de plata argivo equivalía á 37.500 rs. y el de Eubea á 31.200 solamente; la mina de plata tenia respectivamente un valor de 625 y 520 reales. La dracma de Fedon valia próximamente seis reales y la de Eubea una peseta y veinte céntimos.

No se crea que los eubenses inventaron este nuevo sistema de pesos y medidas. Antes bien debe suponerse que aprendieron las bases fundamentales del mismo por el comercio con las ciudades jonicas de Anatolia, de la misma manera que los dorios de Argos aprendieron las bases del suyo por el comercio con las ciudades doricas de Creta y Rodas. Y así como los dorios tomaron el talento como tipo fundamental de su sistema, porque así le usaban los fenicios de las mencionadas islas, de igual manera los jonios de las colonias asiáticas tomaron el suyo de los lidios.

Los pueblos del Asia Menor sirviéronse del sistema babilonio para establecer sus pesos y medidas, de la misma manera que los fenicios. Pero los lidios, pueblo tan industrioso y comercial que, segun hace notar Herodoto fueron los primeros que acuñaron para el uso público la moneda de oro y plata, reduje-

ron, á lo que parece, el talento babilonio, modificacion que adoptaron primero los jonios de Asia y los de Eubea más tarde (1). No es extraño que siendo los habitantes de Chalcis y Eretria los que primero dieron á conocer estos pesos y monedas en la península griega y los que más contribuyeron á su propagacion por ella, diesen tambien el nombre al nuevo sistema.

***

Nobles guerreros dirigian á la sazon los negocios públicos en las dos ciudades que hemos mencionado. El mismo camino habian seguido ambas en su crecimiento y desarrollo desde la conquista del valle central que por mitad poseian y de las inmediatas islas y costas que entre sí repartieron, hasta la fundacion de sus colonias en las tres penínsulas de Tracia. A medida que sus dominios crecian, despertábase en ellas rivalidad por los progresos que cada una hacia, pues ambas aspiraban nada ménos que á monopolizar el comercio del Egeo.

A la primera rivalidad sucedió la envidia que muy luego halló combustible para encender la tea de la discordia entre las dos ciudades hermanas. Causa primera y principal de estas luchas fué, sin embargo, el valle del Lelanto que ambas deseaban poseer por completo. Un hecho que habla muy alto en favor de las costumbres humanitarias de estas tribus jonicas, es el de haber convenido mútuamente no usar en sus combates armas arrojadizas, debiendo emplear únicamente armas de mano, tanto para la defensa como

(1) Herod. I, 94.

para el ataque (1). En virtud de este convenio introdújose una modificacion esencial en el antiguo sistema aqueo de combate, cuya arma principal era la lanza arrojadiza, conservada tambien entre las tribus tesalias, acarnanias y etolias; por el mismo se comprometian á no presentar en batalla guerreros de ligera armadura, que durante las guerras mesenias hicieron un papel importantísimo en el ejército espartano. El resultado de este convenio fué que los nobles de uno y otro bando habian de resolver la contienda por sí solos; puesto que únicamente hoplitas y caballeros de pesada y costosa armadura podian presentarse en el campo de batalla.

A esto, sin duda, se refiere Arquiloco de Paros cuando dice, hablando de la fratricida lucha entre chalcidios y eretrienses: «allí no se tienden muchos arcos, ni se lanzan en gran número las piedras con la honda cuando Ares enciende la pelea en el campo de batalla. Las espadas son las que desempeñan el lastimoso trabajo. Los demonios de esta lucha de espadas son los señores de Eubea, célebres por su habilidad en el manejo de las armas» (2).

El punto culminante de la fraticida lucha entre Chalcis y Eretria, coincide con la época en que Tirteo fué llamado á Esparta para enardecer el ánimo abatido de los espartanos y en que éstos sitiaron á los mesenios en Eira, ó sea entre 640 y 630.

La guerra no quedó mucho tiempo reducida á las dos ciudades hermanas. Los chalcidios recibieron refuerzos de sus colonias de Tracia y de la nobleza

---

(1) Estrab., p. 448, refiriéndose á una inscripcion del templo de Amaryntho.

(2) Fragm. 4, ed. de Bergk.

tesalia; hasta de Samos les llegaron luego socorros: á su vez Eretria recibió tambien auxilios de los milesios, que á la sazon poseian la más poderosa marina que surcaba las aguas del Egeo (1). En un principio la caballería eretriense hubo de llevar notable ventaja á la de Chalcis; pero los tesalios que, como sabemos, eran excelentes ginetes, inclinaron la balanza en favor de los últimos. Jefe de la caballería tesalia era Cleomajo de Farsalia. Presentóse en el campo á la cabeza de sus mejores ginetes, y con tal furia acometió los escuadrones eretrienses que sembró entre ellos el miedo y el desórden, no sin trasmitir este á las filas de hoplitas enemigos. Fruto de su valor fué una brillante victoria que los chalcidios ganaron á costa de la vida de Cleomajo. Agradecidos éstos á favor tan señalado, erigiéronle un mausoleo en la plaza pública, sobre el cual se alzaba una esbelta columna (2).

Tucidides hace notar que esta fué la primera guerra en que tomaron parte numerosas masas de helenos, toda vez que las anteriores se habian reducido á luchas aisladas de un Estado con otro vecino. El resultado de la contienda fué la total sumision de los eretrienses, que se vieron precisados á entregar á sus rivales la parte que poseian del valle de Lelanto (3). Aunque este podia sostener desahogadamente cuatro mil granjas agrícolas, los hipobatas tuvieron por más conveniente conservarle íntegro en su poder y hacerle cultivar por esclavos.

(1) Herod. V, 99.
(2) Plut, amat. narrat. p. 760.
(3) Tucid. I, 15, Cuando los atenienses sometieron á los chalcidios, tenian estos en su poder todo el valle arriba mencionado.

Tambien las colonias eretrienses de las tres penínsulas de Tracia, tuvieron que someterse á los establecimientos de sus felices rivales. Contábanse á la sazon en aquellos parages treinta y dos ciudades griegas, en su mayor parte de orígen chalcidio, de donde vino á toda la península el nombre de Chalcidice (1).

De lo dicho se desprende la extraordinaria importancia que tenia el valle en que estaban situadas Chalcis y Eretria; pues no cabe dudar que antes y despues de su conquista por los atenienses, efectuada mucho tiempo despues, era capaz de sostener cuatro mil *clêrujïas* ó colonias agrícolas, para las cuales seguramente no echarian mano los conquistadores de los terrenos inmediatos, que eran de mediana calidad (2). Pero la victoria costó á los chalcidios tan cara, que no se sabe quiénes salieron perdiendo en la pelea. Lo cierto es, que en el siglo VI habia decaido notablemente el esplendor de las dos rivales, siquiera conservase Eretria restos de su bienestar y de su importancia, y Chalcis diese á conocer todavía sus aficiones guerreras y sus adelantos industriales que la ayudaban á sostener activo comercio.

Como sucede siempre que se trata de fijar fechas en este período de la historia de Grecia, reina casi completa incertidumbre respecto á la época en que ocurrió la guerra entre Chalcis y Eretria. Que hubo diferentes luchas entre las dos ciudades rivales, es evidente; y natural parece suponer que alguna estalló ya cuando en la primera regía el sistema monár-

(1) Tucid. IV, 103. Demosth. philipp. III, p. 115.

(2) Los labradores aticos no utilizaron los pastos porque no los necesitaban; pero además se acotaron, dentro del país chalcidio, terrenos para el Estado y para los santuarios. Aelian. var. hist. VI, 1.

quico. Pero los hechos que acabamos de exponer se refieren á la última y más importante de sus contiendas que no llegaron á dirimir sino mediante el auxilio de poderosos aliados. La noticia que da Plutarco relativamente al socorro que los chalcidios recibieron de sus colonias de Tracia, es segura prueba de que la guerra no estalló antes del año 720.

Tucidides (I, 15) pone esta lucha entre los sucesos del tiempo antiguo, con lo cual da claramente á entender que ocurrió antes que se levantasen los tiranos en el imperio heleno, ya que estos, en concepto del historiador ateniense, no pertenecen á la época antigua que debe considerarse terminada hácia el año 630 antes de Jesucristo. Por otra parte desde el 632 tuvieron los milesios asuntos demasiado difíciles dentro de casa para pensar en dar socorro á sus amigos; primero la invasion de los treres y á seguida una guerra de once años con los lidios, en la cual sufrieron sensibles derrotas. Tampoco cabe suponer que Mileto prestase auxilio á los aristócratas de Eretria en un tiempo en que se hallaba al frente de su gobierno el tirano Trasibulo, que empezó á reinar hacia el 630.

Para el caso presente no debe darse importancia alguna á la observacion que hace Herodoto, al decir que Eretria estaba floreciente en tiempo de Cleistenes (Clistenes) de Sicion, porque, además de ser una indicacion hecha de paso, refiérese al estado de la ciudad en aquella época, comparado con el que tenia en tiempo del historiador halicarnasiense; por tanto no hace más que confirmar lo que hemos dicho anteriormente (1).

(1) Herod. VI, 127.

VI.

LAS CICLADAS.

Cerca de la punta meridional de Eubea empieza la série de las islas Cicladas, cuyas montañas, en su mayor parte roquizas, se destacan perfectamente en medio del azul profundo que las rodea. Por encima de todas descuella el cerro de Naxos, desde cuya cima, que alcanza una altitud de tres mil piés sobre el nivel del agua, se descubren las costas europea y asiática.

Naxos era no solamente la mayor, sino tambien la más fertil de las Cicladas, entre todas las cuales fué famosa por su produccion de cereales, vino y aceites. Ya en tiempo de Hesiodo habia llegado al continente la fama de los vinos de Naxos, puesto que celebra su excelencia en los *Trabajos y dias*.

Poco tenian que envidiar á Naxos las otras islas del pequeño archipiélago, ya que si sus costas eran, en general, escabrosas y roquizas, detrás de aquel árido cerro veíanse hermosos olivares, viñedos y plantíos de higueras, cipreses y laureles; y aún en los sitios ménos favorecidos por la naturaleza, la in-

dustria de los jonios sabia sacar á la tierra frutos suficientes para cubrir sus necesidades. No pocas veces la cima de las montañas veíase coronada de viñedos, y, por medio de terraplenes artificiales, convertidas sus laderas en campos de cultivo.

Donde no habia fuentes naturales se recogia en cisternas el agua de lluvia y desde allí se repartia á los sitios necesitados, unas veces por encima otras á través de las rocas. Así se comprende como en muchos parages escabrosos en que apenas pueden vivir hoy pequeños hatos de carneros y cabras se sostenian entonces villas y ciudades importantes (1). Y no debe causar esto maravilla, pues, aparte de la industria y laboriosidad de los jonios, abundaban entonces los minerales en algunas de sus islas; en Ceos, Citnos y Serifo, se daba el hierro; en Sifno habia en explotacion minas de oro y plata tan abundantes, que del diezmo del producto que de ellas se obtenia, llevaron sus moradores á Delfos un tesoro que no cedia á ninguno de los más ricos que en aquel templo se depositaron, y Paros era ya en el siglo VI famosa por la pureza y blancura de sus mármoles (2).

Los jonios que colonizaron estas islas conservaron en ellas no pocos de los ritos del culto fenicio-cariano que hallaron allí establecido. Así vemos que los de Naxos adoraban á Ariadna, bajo su doble y opuesto carácter de númen protector de la virginidad, enemigo de los placeres que con el amor se relacionan, y de diosa protectora de la fecundidad, patrona de los nacimientos; en este último concepto, conme-

(1) Curtius, Naxos, p. 14.
(2) Herod. III, 57. Fiedler. Viajes (*Reisen*), II, 88, 118, 562.

moraban la celebracion de sus bodas con Dioniso, dispensador de las frutas, al que tributaba Naxos especial veneracion.

En Paros florecia el culto de Ceres que los jonios habian traido allí de Atica, pero el ídolo favorito de todas las islas era Apolo, que con sus luminosos rayos hacia destacar sus riscos de entre el azul oscuro de los mares. La pedregosa Serifos le adoraba bajo la especial denominacion de Perseo-Apolo, como los argivos; sin duda por eso la tradicion supuso que, al trasformarse el númen en héroe, tuvo que emigrar de Argos á Serifos. Sifno le tributaba adoracion no menos ferviente, pues que, segun hicimos notar antes, le ofrecia el diezmo del producto de sus minas, de suerte que en el siglo VI su tesoro era el mas rico de los que se guardaban en Delfos.

Cuando en el siglo V se agotaron las minas de esta isla, explicaban los griegos el fenómeno diciendo que, enojado Apolo por haberle negado una vez los sifnios el diezmo, hizo que el mar penetrara en sus minas y las cegara por completo. Pero hacia el año 520 aun estaban abiertas, pues de otra suerte no se comprende cómo pudieran pagar por este tiempo una contribucion de cien talentos que les impusieron los samios, despues de obtener sobre ellos una brillante victoria (1).

La fiesta de Delos adquirió nuevo esplendor á medida que se estendia la raza jonica por las islas del Archipiélago y más allá. A ella concurrian diputaciones y devotos de todas las colonias que este pueblo habia desparramado por la mayor parte de las

(1) Herod. III, 57. Pausan., X, 11, 2.

costas á la sazon conocidas, desde Sicilia hasta el mar Negro: del estrecho siciliano lo mismo que de las orillas del Danubio, de Himera y de Trapezunte llegaban al islote buques cargados con ricos presentes que remitian las respectivas ciudades que se hacian representar en las fiestas; otros llevaban peregrinos y devotos y no pocos conducian traficantes atraidos por el negocio y la especulacion.

***

El cultivo de la tierra, la explotacion de las minas y el comercio, fueron los tres elementos que, explotados con el cuidado y laboriosidad que caracterizan á la raza jonica, elevaron las islas Cicladas á un grado de prosperidad y poder nunca conocido. Su poblacion llegó á crecer en términos que se pensó en aclararla estableciendo nuevas colonias.

Dió ejemplo á las otras islas la de Naxos, como la más poderosa de todas en el tiempo de que venimos hablando ó durante el siglo VI, pues además de poder presentar en campaña 8.000 infantes, tenía una armada de muchas galeras, fuerzas poco inferiores á las que podian presentar á la sazon Esparta y Atenas (1). De esta isla salió, pues, la primera colonia de las Cicladas, que encaminándose á Sicilia fundó en 738 una ciudad, con el nombre de su pátria, cerca de la falda septentrional del Etna.

Pero la colonizacion de las Cicladas siguió la misma direccion que la de Eretria y se fijó particularmente en Tracia. Los andrios fundaron en la costa N. E. de Chalcidice á Nagidos, no lejos de la

(1) Herod. V, 30.

desembocadura del Strymon; más al Sur á Stagira y en la garganta de la península del Athos se estableció la colonia de Acantho, cuyo orígen, como el de Stagira, se remonta al año 654 (1). Por esta fecha existia ya en aquellos parages una importante colonia procedente de Paros, la cual merece párrafo aparte.

***

En la segunda mitad del siglo VIII vivia en Paros el poeta Arquiloco, hijo de Telesicles, descendiente de una familia muy respetada en el país, pero de escasa fortuna (2). Era Arquiloco cantor sagrado principalmente, dotado de extraordinario númen poético, y compuso muchos himnos en loor de los dioses de Paros, Ceres y Dioniso. En una de estas loas dice de sí mismo: «Ensalzo la fiesta de la santa Céres y de Core; sé entonar la hermosa cancion del poderoso Baco, el ditirambo, cuando las chispas del vino regocijan los sentidos (3).» En otro lugar compara el vino de Naxos con el Néctar que beben los dioses.

Locamente enamorado de Neobule, hija de Lycambes, dice en una de sus composiciones: «Me hallo

(1) Clinton, fastos helénicos, a. 654.

(2) Las noticias que da Aeliano (var. hist. X, 13) sobre la vida de este vate, están sacadas de sus poemas, en los cuales se hallan tambien datos acerca de su fortuna. Herodoto (I, 12) le hace contemporáneo de Gyges, rey lidio, que floreció entre 719 y 683 y no faltan otros datos para establecer la época en que vino al mundo. Varios escritores le hacen aparecer en la olimpiada XXIII ó por los años 688. Cyrill. adv. Jul. p. 12; Eusebio en el 665 antes de Jesucristo y otros en 662. Puesto que formó parte de la colonia que salió de Paros á las costas de Tracia, debió nacer hacia el 730 y pudo muy bien haber vivido hasta el 660, aunque se supone fué asesinado antes.

(3) Fragm. 119. 79, Bergk.

dominado, amigo mio, por la pasion que desata las ligaduras del cuerpo; consumido por la ansiedad, estoy como sin alma, porque los más agudos dolores penetran hasta los huesos de mi cuerpo (1). Tan intenso es el amor que se ha enseñoreado de mi corazon, que la luz de mis ojos se turba y huyen de mi pecho el valor y el buen sentido. ¡Si lograse tan solo la dicha de tocar la mano de Neobule! Ella que tiene el gracioso talle del mirto, la imcomparable lozanía de la rosa y cuyo copioso cabello da sombra á su espalda y á su cuello (2).»

En un principio prometió Lycambes á Arquiloco la mano de su hija, pero cambió de parecer más tarde. Entonces el poeta juró vengarse del mudable padre. Aprovechando la desenfrenada alegría con que celebraban los griegos la recoleccion y la vendimia para honrar á sus respectivos númenes tutelares, Céres y Baco, compuso unos yambos llenos de violentas burlas y punzantcs sarcasmos contra Lycambes y su familia, para la cual no tuvo miramiento de ninguna clase. En uno de sus versos dice:

«Conozco medios eficaces para causar al que me ha hecho mal, daños mucho mayores. La zorra está dotada de gran sabiduría; el erizo no sabe otra cosa que encogerse y pinchar.» «¡Oh Júpiter, padre Júpiter, tú dominas en el cielo; tú ves tambien los hechos de los hombres, lo mismo de los criminales que de los justos; tambien buscas la soberbia de las bestias y las haces justicia. Padre Lycambes, ¿cómo quieres que lo diga; quién ha hinchado tu corazon?

---

(1) **Fragm. 150, 85, 84.**
(2) **Fragm. 101, 73, 28.**

Me habias hecho un juramento solemne y me habias dado la sal y la comida (1). Entre los hombres corre una historia de cómo se juraron alianza la zorra y el águila (2).»

Con este motivo cuenta Arquiloco á Lycambes la citada fábula. El águila comió en una ocasion los hijuelos de una zorra; ésta no podia remontarse en los aires para vengar el ultraje, pero pidió á los dioses que hiciesen caer sobre el águila el merecido castigo. Cuando en otra ocasion el águila bajó á robar carne del altar sagrado, se llevó entre ella unas chispas de fuego que abrasaron el nido y los hijuelos que en él habia;—«lo propio ha de sucederte.»

Como quiera que sea, el implacable vate logró convertir á Lycambes en objeto de irrision para todos los habitantes de la isla. Y para agobiarle más le suelta en uno de sus yambos este grosero insulto: «Ahora, Lycambes, eres con verdad el ludibrio de los ciudadanos (3).»

Las sátiras punzantes y apasionadas, las burlas groseras y emponzoñados insultos del vate pario, de que son incompleta muestra los pocos fragmentos que de sus obras nos quedan, hubieron de impulsar á Lycambes y á su hija á una resolucion desesperada, pues la tradicion unánime cuenta que ambos se ahorcaron (4).

No fué la familia de Lycambes la única en que se cebó la terrible sátira de Arquiloco. En varios frag-

---

(1) Señal de que era bien recibido en la casa.

(2) Fragm. 67, 117, 87, 94, 86.

(3) Fragm. 92.

(4) Fragm. 34. En los fragm. 135 á 137, lleva el desprecio y la burla á su último extremo.

mentos describe con viveza de colores los vicios de algunos de sus contemporáneos. Hé aquí una muestra: «Como la higuera que crece sobre la roca alimenta un gran número de grajos, así Pasifila agasaja con amabilidad á todos sus huéspedes.» A otra la dice: «Ha desaparecido el sonrosado de tu piel, y sin embargo continúas untándola con perfumes y cosméticos, aunque eres una mujer vieja.» En otro fragmento se lee: «Canta á Glauco, tú que llevas adornada la cabeza con cuernos de pelo.» Búrlase de uno diciéndole: «no tienes hiel en el hígado,» y á otro que come siempre á costa agena, le ridiculiza con estas palabras: «Sin ser invitado acudiste al convite y te regalaste opíparameute con vino y manjares que otros habian pagado, cual si fueses su amigo; el vientre te ha privado del corazon y del sentido y te ha hecho perder la vergüenza (1).»



La falta de bienes de fortuna movió al padre de Arquiloco á buscar en la emigracion mejor suerte; y habiendo comunicado á varios amigos su pensamiento, halló á muchos dispuestos á abandonar con él la isla. Quiso antes conocer la voluntad del númen delfico, y el oráculo contestó á su pregunta: «Anuncia á los parios que te he mandado ir á la isla de Eeria y fundar allí una populosa ciudad.» Los intérpretes del oráculo manifestaron luego que bajo este nombre habíase querido significar la isla de Thasos, á la que por sus numerosos bosques, cuadraba bien la denominacion de *sombría* (2).

(1) Fragm. 18, 98, 30, 59, 130, 103.—Ateneo, I, 7.
(2) Aelian. var. hist. X, 13. Euseb. praep. evangel., VII, p. 256.

Hacia el año 708 dióse á la vela Telesicles con su hijo y cuantos quisieron acompañarle, en busca de aquel soñado paraiso, cuyos tesoros habian ya, en parte, explotado los fenicios cinco siglos antes. Pero Arquiloco sufrió un gran desencanto y manifestó su desagrado con unos versos en que decia: «Como el dorso de un asno se halla esta coronada de salvajes forestas; no hay en ella una pradera tan hermosa, tan apacible y tan agradable como la que riegan las corrientes del Siris.» Sin duda Arquiloco habia tenido ocasion de admirar y saborear las bellezas del golfo tarentino, cuya exhuberante vegetacion echaba de menos en Thasos.

Por otra parte los colonistas viéronse precisados á sostener combates con los indígenas tracios llamados saíos, ya sea en la misma isla ó en la costa tracin de enfrente, donde habia minas de oro mucho más ricas que en Thasos. Sea como quiera, Arquiloco lo da á entender bien claramente cuando dice: «Auquea conozco el gracioso don de las musas, soy á la vez servidor del soberano Enyalios,» es decir, de Ares (1). «En la lanza se amasa el pan que como; en la lanza se me da el vino ismario, pues le bebo apoyado á la lanza (2).»

El rio Ismaro, que desemboca en el mar al Este de Thasos, atravesaba, al decir de Homero, el país de los cicones. En sus orillas se daba á la sazon excelente vino tinto, celebrado en los poemas homericos como uno de los vinos más fuertes y mejores que entonces se conocian (3).

(1) Fragm. 1.
(2) Fragm. 3.
(3) Odisea, IX, 40, 205.

Dirigiéndose al escanciador, exclama el vate pario: «Arriba, haz correr el vaso por los bancos de la nave ligera; quita la tapa del grueso jarro y vierte el rojizo vino hasta las heces; pues no podemos hacer en ayunas esta guardia.» En otro fragmento enumera las condiciones que debe tener su jefe: «No me gusta un caudillo de alta estatura y andar vacilante; con cabello desarreglado y barba larga: prefiero tener por jefe un hombre de baja estatura, con las piernas arqueadas, de andar firme y de valor inquebrantable.» Hé aquí la sátira con que describe el éxito de un combate en que él mismo tomó parte: «Hubo siete muertos, que fueron pisoteados, y nosotros éramos mil asesinos.» En otra pelea con los saíos tuvo que arrojar el escudo para huir con más libertad, sobre cuyo incidente dice estas palabras que revelan el poco pesar que le causó aquella pérdida: «Un saío se vanagloria de poseer mi intachable escudo, que involuntariamente dejé en medio de la maleza. Pero yo supe librar mi persona de las garras de la muerte. Por tanto, que guarde enhorabuena ese escudo, pues seguramente yo he de procurarme otro que no será peor (1).»

De todo esto, lo que con seguridad se deduce, es que los colonos de Thasos tuvieron que sufrir no pocas contrariedades. Arquiloco no perdió por eso su habitual sangre fria, como lo demuestra en estas palabras: «Profundos cuidados nos arrancan suspiros, Pericles; no hay en la ciudad uno solo de sus moradores que se acuerde de la alegría, pues las olas del mar rugiente han tragado á nuestros mejores hom-

(1) Fragm. 6, 60, 61.

bres y nuestro pecho está hinchado de pena. Pero, querido mio, los dioses han creado un remedio para todos los males incurables; la constancia. Hoy ha caido esto sobre nosotros y lloramos el sangriento golpe; pronto caerá sobre otros. Por eso debeis llevarlo con paciencia y arrojar léjos de vosotros ese duelo femenino (1).» «Todo debe dejarse en mano de los dioses, que unas veces levantan á los hombres que yacen sobre la negra tierra, otras hacen caer de cabeza á los que caminan sobre ella más firmes y rectos. En general sobrevienen grandes males sin que nadie los prevea ni los busque. Ni con lágrimas se cura mi desgracia, ni el mal se empeora si me entrego á los placeres y á las diversiones (2).»

Pero llegó un dia en que la firmeza abandonó tambien al poeta, y ya no pudo ver con indiferencia las terribles calamidades que sufrian los colonos y los males que de fuera les amenazaban, y en parte cayeron sobre la ciudad. Parece ser que su implacable sátira le habia creado un enemigo de cada habitante de Thasos, pues lo mismo ridiculizaba en sus yambos al amigo que al contrario. Hé aquí por qué unas veces le vemos infundirse á sí mismo valor, otras reconoce su imprudencia y promete enmendarse. Agitado por estos encontrados sentimientos, exclama: «corazon, corazon mio, vive tranquilo. Para defenderte presenta el pecho á los enemigos; acércate sin rodeos y no temas las asechanzas de los contrarios. No des á conocer demasiado la alegría que te causa la victoria, ni cuando eres vencido te quedes á llorar en casa tu infortunio: no te alegres demasiado en la dicha, ni te

(1) Fragm 9.
(2) Fragm. 58, 13. Aelian. var. hist. X, 13.

dejes abatir por el infortunio; ten presente siempre la corriente que predomina en las acciones de los hombres.» Confiesa en otro lugar que «los yambos y toda clase de bromas han perdido el encanto que para él tenian antes; porque llora las desgracias de Thasos.» «La piedra de Tantalo está pendiente sobre Thasos y en ella se han reunido las penas de la Grecia entera.» Por eso merece que se la llame «ciudad tres veces desgraciada.» «No ambiciono los tesoros de Gyges, ni me mueve la ambicion de la gloria, ni aspiro á que mis obras rivalicen con las obras de los inmortales, ni deseo alcanzar el poder supremo, todo esto se halla muy lejos de mi corazon (1).»

Considerando tal vez desesperada la situacion de Thasos, ó por causas que ignoramos, Arquiloco regresó á Paros, donde, al poco tiempo, le alcanzó la muerte, pereciendo á manos del naxio Calondas, en un encuentro acaecido cntre parios y naxios. Cuando el asesino se presentó en Delfos, á consultar el oráculo, rechazóle la Pitia con estas palabras: «tu has asesinado al servidor de las musas; sal del templo (2).»

La fama de Arquiloco se extendió muy pronto por toda la Grecia y pasó á la posteridad. La poesía griega habia ido ensanchando su campo de accion paulatinamente. Ocupada antes exclusivamente en cantar las alabanzas de los dioses y de los grandes héroes, Hesiodo la empleó ya con fines puramente didáctidos, á fin de inculcar á sus contemporáneos los deberes del hombre honrado y demostrarles las ventajas y excelencias de la agricultura; vino despues

(1) Fragm. 68, 21, 19, 55, 54, 128, 24.
(2) Suidas, *Arjílojos*.

Calino el efesio que, en más elevado tono y con más vigoroso númen poético, compuso elegías para excitar el ánimo de sus compatriotas y despertar su valor amortiguado, logrando entusiasmarles y hacerles arrostrar con gusto la muerte en defensa de la patria. Pero Arquiloco, que manejó el estro poético con una valentía que rayaba en el delirio, ocupó su génio en asuntos de carácter más doméstico y se dedicó á cantar las luchas y desgracias de su pueblo unas veces y á describir ó ridiculizar las costumbres de sus conciudadanos otras. Arquiloco fué el inventor de los versos yambicos, de donde vino el decir, á guisa de proverbio, á todo el que cultivaba el género satírico: «estas despojando á Arquiloco.» Con razon cuentan los griegos al hijo de Telesicles entre sus más distinguidos vates y sus más profundos génios, comparándole á Homero por la originalidad de su númen poético; los escasos fragmentos que de sus obras ha perdonado la voracidad de los siglos, revelan indudablemente un génio fecundísimo que manejaba con asombrosa facilidad las más variadas formas de la poesía y que no tuvo rival en el vigor de la espresion, en la agudeza de la sátira y en el ardor apasionado con que atacaba ó defendia, semejando su númen al terrible huracan que destroza la corpulenta encina con la misma facilidad que la débil caña.

Por fin lograron sobreponerse los thasios á las desgracias que lamentaba Arquiloco en sus versos. En el siglo VI antes de Jesucristo, se hallaba la colonia en estado floreciente y sus riquezas aumentaban sin cesar con el producto de las minas que explotaban tanto en la isla como en la costa de Tracia. Con el trascurso del tiempo levantaron en ésta varias po-

blaciones, entre las que descuellan Galepsos, Oesime y Stryme, lo cual no pudieron realizar sin herir la susceptibilidad de los chienses que antes habian fundado la colonia de Maronia en las márgenes del Ismaro. Por medio de aquellos puertos dieron notable impulso al tráfico que sostenian con las tribus indígenas y explotaron con grandísimo provecho los vinos que allí se criaban y las maderas que utilizaban para la construccion de sus naves (1). Segun hace notar Herodoto «percibian los tasios grandes entradas de dinero, así del continente Tracio, como de sus minas, pues las de oro que poseian en Scaptesila, lugar de tierra firme, les redituaban, por lo comun, 80 talentos y las de la misma isla de Thasos, les producian una suma tan considerable que el total de las rentas públicas de los thasios percibidas ya de tierra firme ya de las minas, subia cada año á 200 talentos, y esto sin tener ninguna contribucion impuesta sobre los frutos de la tierra; y el año que los negocios les iban muy bien, llegaba la suma de sus entradas á componer 300 talentos (2),» es decir de seis á nueve millones de reales.

***

Varias poblaciones de la costa laconica dieron el principal contingente para colonizar las dos islas más meridionales de las Cicladas, que eran Melos y Thera. En esta última predominaban los minyos que la invasion dórica arrojó de Yolcos y Orchomenes.

---

(1) Scymn. ch 675-677. Hesych. *Strümé*.

(2) Herod. VI, 46. V, 23. VII, 108. 118. Tucid. IV, 107. Böckh, Administracion, I, 423.

Estos emigrados, al abandonar su patria, buscaron asilo en Atica primero y en diversos puntos de la costa del Peloponeso más tarde, dirigiéndose unos á Trifilia en la costa occidental de Laconia, otros á las inmediaciones del promontorio de Tenaron y algunos á la costa oriental.

Los que se refugiaron en Laconia abandonaron al poco tiempro su provisional asilo para establecerse definitivamente en Thera. Supónese que en esta expedicion les acompañaron algunos dorios, hecho que no puede admitirse sin trastornar la cronología, ya que estos no entraron en posesion del golfo laconico hasta despues del año 800.

Los emigrados helenos, entablaron amistosas relaciones con los fenicios que habitaban parte de la isla y que muy pronto estuvieron en notable minoría con relacion á los nuevos colonos. Los reyes que se alzaron con el gobierno de la colonia, se hacian descendientes de cierto Theras, caudillo que condujo la expedicion desde Laconia y dio nombre á la isla. Sostenian además los sucesores de Theras que este descendia de Edipo, uno de los más famosos vástagos de la familia de Polinices. Del mismo pretendian descender los aegidas espartanos y Herodoto se hace eco de esta opinion cuando asegura, que habiendo ejercido Theras la tutoría de los mellizos de Aristodemo, al salir de Laconia con los emigrados minyos, dejó á su hijo Olycos en Esparta, el cual, por su hijo Egeo, fué fundador de la familia egida. Por el contrario, Pindaro es de sentir que los egidas son originarios de Tebas y vinieron á Laconia para auxiliar á los espartanos en la toma de Amiclae.

Ningun suceso digno de mencion hubo de ocurrir

en la colonia, hasta que reinando en la isla, Grinos, hijo de Aesanio, descendiente de Theras, se suscitaron discordias entre los colonos, ó como aseguran otros escritores, ocurrió una gran sequía, que obligó á una gran parte de los habitantes á buscar asilo en otras comarcas. Herodoto cuenta que durante esta sequía, Batto, hijo de Polymnestos y descendiente del famoso argonauta Eufemo, partió de Thera á Delfos á consultar el oráculo sobre el defecto de su lengua, pues era de voz trabada y balbuciente, y que á su consulta respondió así la Pitia:

Te trajo, ¡oh Bato! aquí tu voz trabada;
á poblar en la Libia, madre de reses,
Apolo manda que de jefe vayas (1).»

Este singular mandato no es tan absurdo como á primera vista parece. Hacia el año 670 el rey egipcio Psammetico I abrió los puertos de su reino á los extranjeros, particularmente á los griegos. El provechoso tráfico que con este motivo se estableció entre egipcios y helenos, pudo muy bien despertar en los sacerdotes delficos la creencia de que la costa de Libia, vecina del Egipto, ofreceria excelentes condiciones para fundar allí una colonia. Las tribus libias que á la sazon habitaban la costa recomendada por el oráculo, sostenian un tráfico bastante activo con los negociantes egipcios que penetraban hasta los inmediatos oasis, donde daban á los indígenas útiles caseros y agrícolas á cambio de ganados y dátiles; por tanto parece natural que aceptasen mejor este cambio en plazas comerciales griegas establecidas en su

(1) Herod. IV, 155, version del P. Pou.

propia costa, á donde llevarian sus dátiles que recogian en gran abundancia (1).

Asustóse Batto y despues todos los therenses al oir el oráculo delfico y conocer la difícil empresa que el númen les encomendaba, pues les eran de todo punto desconocidos aquellos parages, nunca visitados antes por los griegos. Despues de prolongadas indagaciones hallaron en Creta un hombre llamado Itano que habia hecho la navegacion á Libia y se ofreció á servirles en calidad de piloto. Entonces resolvieron los thereos enviar allá á Batto con dos galeras de 50 remos, llevando el encargo de buscar un sitio á propósito para establecer una colonia. No tardó en llevar á su patria noticia de haber hallado cerca de la costa libia una isla y tomado posesion de ella. Con esta nueva, determinaron los thereos que se enviase allá una colonia; que en los siete distritos de que se componia Thera, uno de dos hermanos de cada familia, entrase en cántaro para ella y que Batto fuese allí por su conductor y soberano. Así despacharon á Platea, que era el nombre de la isla, dos pentecónteros cargados de colonos (2).

Despues de haberla habitado algun tiempo, y sin duda viendo que sus negocios no prosperaban en la medida apetecida, trasladaron la colonia á un sitio del continente Libio llamado Aziris, situado enfrente de Platea, rodeado de hermosísimas colinas y bañado por un rio. Algunos años despues los mismos libios les condujeron hácia Poniente á una region la más bella del universo, segun expresion de Herodoto, y

---

(1) Herod. IV, 172.
(2) Herod. IV, 153.

allí fundaron la ciudad de Cirene, hácia el año 630.

***

Para establecer la fecha de la fundacion de Cirene, pueden servir de base los datos del historiador halicarnasiense. Segun Herodoto el condutor de la colonia reinó 40 años sobre Cirene y 16 su hijo Arcesilao I. Pero en tiempo del tercer rey llamado Batto el Feliz, gran número de griegos navegaron á Libia para incorporarse á la colonia de los cireneos que les convidaban con la reparticion de terrenos, lo cual dió motivo á que sus vecinos pidiesen auxilio á los egipcios, cuyo rey Hofra juntó un numeroso ejército y le hizo marchar á Cirene. A pesar del bajo concepto en que tenian á los soldados helenos, éstos vencieron y derrotaron por completo á sus enemigos, cuya desgracia fué la causa de que los egipcios se rebelasen contra Hofra, que perdió la corona hacia el año 570. Puesto que los colonos griegos estuvieron cerca de siete años en Aziris, la fundacion de Cirene debió tener lugar entre el 640 al 630, hecho atestiguado por los cronógrafos Eusebio, Gerónimo y Sincelo, que dan para este suceso los años 631, 630 y 627 respectivamente (1).

La meseta que comprende la costa septentrional africana, al Oeste de la Gran Sirte, termina por el lado del mar en elevados bancales. Sobre el punto más alto de esta meseta, como á dos millas de la playa, pero visible desde el mar, estaba la colonia helena, á 2.000 piés sobre dicha playa, ocupando los alrededores de una gran fuente cuyo nombre, Cira,

(1) Herod. IV, 157. Schol. Pind. Pyth. IX.

cambiaron los griegos por el de Apolo, en recuerdo de la parte principal que el númen tuvo en la fundacion de Cirene. En frente de la ciudad formaba el mar una abrigada bahía que los colonos convirtieron en puerto, dándole tambien el nombre del dios luminoso (1).

De las colinas que en todas direcciones rodeaban la ciudad, descienden innumerables arroyuelos que, con las abundosas lluvias que allí caen durante el invierno, hacen brotar de su cálido suelo esa vegetacion lujuriosa que constituye el carácter de casi todas las comarcas africanas en que no falta el agua. Al decir de Pindaro, los thereos habian escogido para su colonia «un país feracísimo y rico en ganados.»

Lo mismo da á entender Herodoto cuando dice que «la region Cirenaica logra todos los años tres estaciones muy dignas de admiracion, pues viene primero la cosecha de los frutos vecinos á la marina, que piden ser antes que los demás segados y vendimiados; acabados de recoger estos, están ya sazonados y á punto de cogerse los de las campiñas ó colinas que caen en medio del país, y al concluir esta segunda cosecha, los frutos de la tierra más alta piden ya ser cogidos; de suerte, que al acabarse de comer ó de beber la primera cosecha del año, entonces cabalmente es cuando se recoge la última, con lo cual se ve que los cireneos siegan durante ocho meses (2).» En la meseta que se estiende al Sur de la ciudad, veíanse ricas praderas de pastos que llegaban hasta el borde mismo del gran desierto. Crecia en ellas particular-

(1) Estrab., p. 837.
(2) Herod. IV, 199.

mente el *Silfion*, de que hacian extraordinario aprecio los cireneos; planta que los griegos en general tenian por el mejor alimento de las bestias y cuyo jugo, además, encerraba virtudes altamente saludables al hombre (1).

Isócrates considera excelente la situacion de Cirene «por hallarse situada en medio de un pueblo cuyos indivíduos podian, con facilidad, ser reducidos á la servidumbre y á gran distancia de otros que pudieran someterla á su yugo (2).» Los nasamones, gentes que cubrian su cuerpo con pieles de cabra, y se alimentaban de carne y de leche, eran los libios más inmediatos á la colonia. Ni por su número, que era escaso, ni por su género de vida, podian ofrecer peligro alguno estos nómadas al desarrollo de la ciudad helena. Pasaban el invierno en las praderas próximas al desierto, y se trasladaban con sus rebaños á la costa cuando empezaba á faltar allí el agua. Siguiendo la costumbre de todos los colonizadores griegos, los cireneos sometieron á las tribus que vivian en más inmediato contacto con ellos, haciendo de sus indivíduos hilotas ó perioicos tributarios. En seguida trataron de entablar relaciones comerciales con las tribus libres, á las que vendian útiles, armas, pescados y granos á cambio de sus dátiles y de los magníficos caballos que criaban los nómadas, á quienes por esa razon llama Pindaro «amantes de los corceles (3).» Estos vigorosos al par que ligeros animales, ganaron no pocas veces á los príncipes y nobles cirenaicos el

---

(1) Suidas *Báttu silfion*. Schol. Aristoph. Plut. 925.
(2) Isócratis Philipp. init.
(3) Pind. Pyth. IX, 217.

premio de las carreras de Olimpia y de los juegos píticos.

Que estos nómadas no carecian de valor y de instintos guerreros, demuéstralo bien claramente la constitucion misma que los colonos dieron á su pequeño estado; pues sin duda alguna fué la necesidad de mantenerse en guardia contra sus ataques lo que les movió á delegar en su caudillo Batto la autoridad soberana con privilegio de trasmitirla á sus descendientes, los cuales, con breves interrupciones, la ejercieron más ó ménos restringida durante ocho generaciones.

A Batto I, que, segun dijimos antes, reinó desde 630 á 590, sucedió su hijo Arcesilao, cuyo reinado comprende 16 años, y á éste sucedió, en 575, Batto II. Para aumentar el número de colonos que hasta entonces se habia limitado á los fundadores, ofreció éste un lote de tierra á todo griego que, dentro de un plazo dado, se trasladase á Cirene, llamamiento que secundaron los sacerdotes del santuario délfico, haciendo proferir á la Pitia el siguiente oráculo:

Quien al reparto de la fértil Libia
tarde acuda, no poco ha de pesarle (1).

Publicado este oráculo en todas las grandes solemnidades ó romerías que se celebraban en la metrópoli, acudieron muchísimos griegos al llamamiento de Batto. Gracias á este considerable refuerzo pudieron rechazar á los egipcios que atacaron la colonia en 570, segun antes hemos indicado. Entre tanto los cartagineses, vecinos de los griegos por el lado de Occidente, como lo eran los egipcios por el de Oriente, miraban con ojos envidiosos el crecimiento de la co-

(1) Herod. IV, 159; version del P. Pou.

lonia, y si no lograron destruirla como deseaban, hicieron á lo ménos enérgicos y eficaces esfuerzos para impedir que los dominios helenos se estendiesen por la mitad oriental de la Gran Sirte (1).

***

Los descendientes de los primeros colonos, formaban en este, como en todos los establecimientos coloniales de los griegos, la nobleza de la ciudad, cuyos indivíduos únicamente gozaban de todos los derechos civiles, siquiera no limitasen, como en otros puntos, la celebracion de matrimonios á indivíduos de la misma clase. Muchos nobles cireneos tomaron mujeres libias; permitiéndolas observar algunas, á lo ménos, de sus prácticas nacionales, pues se dice que se abstenian de comer carne de vaca por respeto á la diosa Isis de Egipto y que, á su vez, los griegos tomaron de las mujeres libias el trage y vestido con que cubrian las estátuas de Minerva (2). Los colonos que obedecieron la invitacion de Batto II y todos cuantos posteriormente se agregaron á la colonia, quedaron para siempre excluidos de la direccion de la cosa pública, como asímismo de toda participacion en los tributos que pagaban los perioicos á la colonia.

El mencionado Batto tuvo por hijo á Arcesilao quien le sucedió en el mando; pero desde el principio reinó entre él y sus hermanos la discordia hasta el punto de separarse éstos y de partir con muchos de sus amigos á otra comarca de Libia, donde, en 550, fundaron la ciudad de Barca, á unas veinte millas al Oeste de Cirene. Tal vez instigados por los descontentos rebeláronse los libios contra los cireneos. Salió

(1) Sallust. Jugurtha, 79.
(2) Herod. IV, 186-189. Pind. Pyth. IX, 126 y siguientes.

entonces Arcesilao contra los amotinados, pero estos eran tan superiores en número que en la refriega quedaron muertos 7.000 hoplitas cireneos. El infortunado rey sobrevivió poco tiempo á esta desgracia (1).

Entró á reinar su hijo Batto III, pues, segun parece, todos los reyes de Cirene llevaban alternativamente los dos nombres que hemos mencionado. Entonces por razon del destrozo padecido en la guerra, destinaron los cireneos unos diputados á Delfos para saber del oráculo cómo podrian poner su ciudad en mejor estado. Mandóles aquel que buscasen en Mantinea un reformador, para cuyo cargo fueles designado cierto Demonactes, el hombre de mayor crédito que habia en la ciudad. Hacia el año 545 pasó el nuevo legislador á Cirene, é informándose puntualmente de su situacion, hizo en ella dos innovaciones esenciales: la primera, fué distribuir en tres grupos ó tribus á sus vecinos, comprendiendo en el más privilegiado á los colonos fundadores y á todos los de orígen thereo; en el segundo, á los peloponesios con los cretenses, y en el tercero, á todos los emigrados de otros cantones griegos. Cada una de estas tribus tenia igual participacion en el Gobierno del Estado é idénticos derechos, exceptuando el que se referia á los servicios que los perioicos prestaban á la nobleza antigua confirmado por Demonactes. La segunda importante reforma fué pasar los privilegios que habian disfrutado los reyes al cuerpo de la república, dejándoles únicamente la presidencia, honorífica más bien que efectiva, del gobierno; la prerogativa del sacerdocio y la inspeccion de los templos (2).

(1) Nicol. Damasc. Fragm. 52.

(2) Herod. IV, 161.

VII.

LOS JONIOS EN ASIA.

Mileto y Efeso, Colofon y Smyrna seguian figurando á la cabeza de las ciudades que los jonios levantaron en Asia. Mientras fueron gobernadas por los príncipes descendientes de Neleo, Efeso y Colofon ensancharon sus dominios á costa de los carianos y lidios y aumentaron su riqueza en productos animales y vegetales. Pero el espíritu de aventuras, que naturalmente surgió de los combates que sin cesar sostenian con los indígenas, les hizo buscar más dilatados horizontes, y al lado de la agricultura se desarrolló en estas ciudades un activo comercio marítimo.

En la córte de sus príncipes florecia la poesía y se cultivaban los cantos épicos á imitacion de los grandiosos poemas homericos que allí se habian desarrollado y su tráfico con los lidios les hizo aprender el uso de las monedas, pesos y medidas que despues enseñaron á sus hermanos de Eubea. En su intermina-

ble lucha con los ginetes lidios, aprendieron los colofonios, mucho antes que los nobles tesalios, beocios y eubeos, el arte de pelear á caballo; los milesios, por el contrario, cultivaron la navegacion con mayor entusiasmo y mejor provecho que las demás tribus de su raza.

Hacia la mitad del siglo VIII, un suceso inesperado vino á turbar la ordenada marcha de estas colonias, poniéndolas en grave peligro. Procedentes de la márgen septentrional del Ponto, cayeron sobre el Asia Menor los cimmerios, conducidos por Ilino y Scolopito. Vencieron á los frigios cuyo rey Midas se suicidó, por no sobrevivir á su desgracia; tomaron á Sardes, capital de los lidios y se presentaron poco ménos que de improviso en la costa de Occidente. Por este tiempo habia terminado Antino sus poemas complementarios de la Iliada: los *Etiopes* y *El saqueo de Troya*. Al presentarse los cimmerios, vivia en Efeso Calino, primer vate heleno que compuso versos elegiacos, el cual con una fuerza de inspiracion que le es peculiar pedia á Júpiter «misericordia para los efesios;» suplicábale que «se acordase de los hermosos muslos de toro que se habian allí quemado en honor suyo,» y escitaba á sus conciudadanos á salir al encuentro de los enemigos que «ejecutaban actos de violencia,» y arrostrar una muerte gloriosa en defensa de la patria amenazada.

Un siglo antes que apareciese Tirteo decia Calino á los efesios: «¿hasta cuándo vais á estaros sentados; cuándo volverá á vosotros, oh jóvenes, el vigor y la fuerza? ¡No os causa vergüenza que vuestros vecinos os vean así ociosos, como si viviéseis en medio de la paz, y sin embargo la guerra se ha estendido por todo

el orbe!» (1). «Grande y glorioso es para el hombre luchar con los enemigos en defensa de la patria, de los hijos y de una esposa jóven. La muerte vendrá cuando las Moeras corten el hilo de la vida. Marcha, pues, sin rodeos, con la lanza en alto y el escudo contra el animoso corazon, tan pronto como se oiga el confuso clamoreo de la batalla. ¡El que sucumbe, arroja todavia su lanza en la agonía de la muerte! Nadie puede escapar al implacable destino, ni aún aquel que desciende de padres inmortales, pues el que se salva en la guerra y se libra del crugido de las lanzas, sufre en su propia casa los horrores de la muerte. Pero este pierde el cariño del pueblo y nadie llora su fin; por el contrario, todos, grandes y pequeños, lloran la muerte del primero cuando cae; el pueblo entero llora la muerte del hombre valeroso, al que en vida honraban todos, como á un semidios; pues aquel que ejecuta solo las acciones de muchos, se destaca siempre como elevada torre por encima de sus semejantes.»

Las excitaciones de Calino deben sin duda referirse á la guerra con los cimmerios, pues por este tiempo no hubo otra que pusiera en tan grave apuro á los efesios, ni de la cual pudiera decirse que se habia estendido por el orbe entero. Todos los resortes de que echa mano el poeta; sus excitaciones á despreciar la muerte, contra la preocupacion reinante entre los griegos; el recuerdo de las mujeres y de los hijos, ponen de manifiesto la existencia de un peligro como el que se originó de la invasion de los trereos ó cimmerios.

---

(1) **Fragm. 1 y 3, en Bergk.**

Los colonos de Magnesia, sobre el Meander, por ser sin duda los que á mayor distancia se hallaban de la costa, sufrieron una gran derrota, en un ataque contra los trereos, de la cual se conservó por mucho tiempo triste recuerdo entre los griegos. De las confusas noticias que acerca de este suceso han llegado á nosotros, se desprende que por esta época sufrió Magnesia un terrible descalabro, al que se refiere Arquiloco cuando dice: «lloro la desgracia de los thasios, no la de los magnesios» (1). Plinio cuenta que el rey Candaules, hijo de Myrso, destronado por Gyges en el año 719, adquirió por mucho dinero un cuadro que representaba la *batalla de los magnesios*. Bien es verdad que en otro lugar observa que este cuadro representaba la destruccion de los magnesios *(exitium Magnetum)*. Pero esta aparente contradiccion no disminuye el valor de la noticia, ya que pudo acontecer á Magnesia lo que á Sardes, que fué tomada y destruida las dos veces que los trereos atravesaron su comarca con direccion á la costa (2). Tambien Estrabon observa que Calino presenta á los magnesios en estado floreciente al tiempo de estallar la guerra entre ellos y los efesios, al punto de salir victoriosos en esta contienda, lo cual solo da á entender que se refiere el poeta á un suceso anterior á la invasion de los trereos (3). De todos modos, es seguro que los magnesios sufrieron entonces una gran derrota y que á ella se refiere el *exitium* de Plinio, si no admitimos que este escritor confunde la destruccion de Magnesia por los trereos, acaecida en 633, con los sucesos del

---

(1) Arquil. Fragm. 19.
(2) Plinio, XXXV, 34. VII, 39.
(3) Estrab. p. 647. Clemens strom. p. 333.

750. Tambien Ateneo es de parecer que Calino y Arquiloco se refieren en sus respectivas poesías á la destruccion de Magnesia por los efesios, pero la opinion de Estrabon es para nosotros más aceptable (1).

La invasion de los trereos no alcanzó á Efeso, bien sea que sus moradores rechazasen al enemigo ó que este pasara de largo sin torcer su camino. Pero en el Norte los invasores tomaron á los eolios la ciudad de Antandros, despues de cuyo suceso retrocedieron á Oriente, apoderándose de Sinope, ciudad de los milesios, y se establecieron definitivamente en la península de este nombre y sus alrededores.

Al terminar la primera invasion de los trereos suscitóse á los colonos griegos un peligro más duradero, aunque no tan inminente, y un enemigo mucho más temible que los bárbaros en el rey Gyges que, habiéndose apoderado del trono de Lidia, fundó una dinastía á la cual trasmitió sus aficiones guerreras y una actividad que bien pronto se dió á conocer en la superioridad militar que adquirió aquel país antes abatido y débil, ahora trasformado en la primera potencia del Asia menor. Desde el advenimiento de Gyges tuvieron los jonios un poderoso enemigo á las mismas puertas de sus ciudades; y únicamente su valor y su habilidad en el arte de la guerra, podian hacer frente á la superioridad numérica de los lidios. Mileto y Smyrna lograron rechazar sin grandes pérdidas los ataques de Gyges, cuyos soldados penetraron en una ocasion dentro de los muros de la última, pero los colofonios vieron agotarse paulatinamente sus fuerzas en estos combates y los efesios perdieron

---

(1) Ateneo, XII, 525.

gran parte del territorio á costa de tantos sacrificios adquirido.

El año 633 los trereos, lanzados de su domicilio por los escitas que entonces penetraron en el corazon del Asia menor, cayeron de nuevo sobre Lidia y, aunque por algun tiempo atajaron la marcha avasalladora de Gyges, no dejaron por eso de causar considerables daños á los establecimientos helenos. Sardes cayó de nuevo en poder de los bárbaros que iban conducidos por Ligdamis, aunque esta vez tuvieron los lidios la fortuna de conservar la ciudadela. Pero Magnesia, sobre el Meander, fué aún mas desgraciada que en la anterior invasion, pues cayó en poder de los trereos, que la destruyeron por completo. Los efesios, por el contrario, salieron ilesos, y atribuian su salvacion á especial beneficio de su diosa Diana. No obstante, observa Herodoto que aquello, más que conquista de ciudades, era un paseo de bandolerismo y pillage. Algun tiempo despues salieron de Efeso ó de Mileto colonos que repoblaron la infortunada Magnesia, pero nunca volvió á recobrar su explendor y su poder primeros.

***

Hácia el año 800 ántes de Jesucristo, los milesios, no satisfechos con gozar de la pacífica posesion de sus conquistas, como los eolios de Lesbos y Cumas, habian ya extendido sus expediciones marítimas por la Propontide hasta el mar Negro. Recordaban en estos viajes las peripecias de la expedicion argonauta, y creian seguir la misma ruta y tocar en los mismos sitios que los famosos aventureros del vellocino. La travesía del Helesponto trajo á su memoria aquella

linda fábula de Helea enlazada con la leyenda de la expedicion del Argos, y en la peligrosa salida del Bósforo al mar Negro veian las célebres rocas movibles. En la fértil comarca regada por el rio Fasis, cerca de su embocadura, á la sazon cubierta de bosques y de una vegetacion tan variada como lujuriosa, rica además en lechos de oro, vieron los milesios la region del númen solar; y al llegar á las comarcas donde desembocan el Halys, el Iris y el Thermodon, creyeron hallarse en la pátria de las amazonas, representadas entonces por las innumerables hierodulas, que, con danzas guerreras, honraban á la diosa Ma ó Astarte de los sirios.

En alguna de sus expediciones tuvieron ocasion de observar la crudeza del invierno en la costa septentrional del mar Negro, donde no pocas veces se hiela el agua de las playas y densa niebla cubre la superficie del mar y de la tierra. En la península de Taman, donde llamas subterráneas arrojaban á la superficie barro caliente, creyeron los milesios que estaba el fin del mundo, próximo al país de los cimmerios, «hombres desgraciados que siempre viven envueltos en la niebla y en la oscuridad de la noche, porque nunca sale el sol en aquellos parages,» iguales por consiguiente á los que Homero colocaba en la region extrema del Oeste, por donde el sol se pone.

Grande fué tambien su sorpresa al encontrar un nuevo mar, el de Azoff, detrás del Negro, y desde luego reconocieron en él el famoso Océano que rodea la tierra, ya que los griegos no tenian entonces la menor idea de la inmensa region que se extiende detrás del Meotis; y, aun despues que llegó á su noticia la existencia de aquellas tierras, costóles no poco

trabajo abandonar sus tradiciones cosmográficas. El estrecho que pone en comunicacion el mar Negro con el Meotis recibió el nombre de Bósforo de los cimmerios.

En la costa de Crimea habitaban los taurios, pueblo salvage, que sacrificaba en honor de una diosa feroz, aunque vírgen, á cuantos extranjeros, vencidos ó náufragos, caian en sus manos. Los griegos creyeron que este númen, como la diosa guerrera de Anatolia, era un fiel trasunto de su vengativa y cruel Diana. En Tauris tenia la casi antropófaga diosa de los salvajes un santuario servido por «vírgenes para quienes nunca lucia la antorcha de las bodas (1),» y allí trasladó Diana á Ifigenia para que despues Orestes la recogiese juntamente con la imágen de la diosa, que fué á depositar en su templo de Orthia, no lejos de los pantanos de Esparta, ó como quieren otros, á Brauron, ciudad bien conocida de la costa oriental de Atica.

En el trascurso de sus viajes llegaron á las playas occidentales del Ponto, donde, á corta distancia de las bocas del Danubio, vieron una isla que bautizaron con el nombre de Blanca, por los escollos de piedra caliza que presentan sus costas: á esta isla se creia que las nayadas ó ninfas del mar habian trasladado á Aquiles, para que su madre pudiese gozar aun mas tiempo el placer de ver á tan ilustre guerrero. En la llanura que se extiende á lo largo de la costa, dejando al S. E. la isla de Leuce, creyeron reconocer el dromo del hijo de Peleo, en el cual mataba sus interminables ocios ejecutando juegos caballerescos: esta

(1) Ovid. epist. III, 2. v. 55-58.

llanura no es otra que la larga sábana arenosa que, en forma de lengua penetra en el mar Negro al Sur de la península de Kinburn (1). Los marinos griegos que con posterioridad á esta fecha visitaron aquellos parages, manifestaron, en inscripciones, su agradecimiento al vencedor de Hector, que, en su sentir, les habia librado de los peligros que á la sazon ofrecia la navegacion del mar Negro.

El primero que en sus composiciones se ocupó de la traslacion de Aquiles á estos parages, fué Arctino el milesio, quien suponia que las Amazonas salieron del Thermodon para ir al socorro de los troyanos. De la traslacion de Ifigenia á Tauride, se habla por vez primera en las Eoes, poema atribuido á Hesiodo; pero en las Ciprias se hace más detallada narracion de este suceso, de suerte que los líricos del siglo VI no hicieron más que revestir con galas nuevas los datos de esta leyenda, trasmitidos por sus antepasados.

***

Los milesios no se contentaron con recorrer platónicamente las costas del Euxino y llevar á la madre pátria el recuerdo de numerosas leyendas relativas á sucesos y hechos en que tomaron parte antiguos navegantes griegos; su presencia en aquellas, diose á conocer muy pronto en las numerosas colonias que allí fundaron. En la costa septentrional del Asia menor, al Oeste de la desembocadura del Halys, destacábase una larga lengua terrestre, sobre la cual, en los primeros decenios del siglo VIII, echó el milesio

(1) Herod. IV, 55. Eurip. Iphig. v. 406-422. Schol. Apoll. Rhodii II, 658. Neumann, *Los helenos en la Escitia*, p. 367.

Ambron los cimientos de Sinope, ciudad tan bien situada, que á cada lado de la península tenia un excelente puerto. Vínola su nombre, al decir de Scymno, de una famosa Amazona, lo cual nada tendria de extraño, pues los sirios de aquella comarca tributaban rendido culto á la diosa Más, llamada tambien *Mene* (1), y Sirias fué el nombre que dieron á la punta en que termina la península. La anchura del istmo que unia á ésta con el continente, no pasaba de dos estadios, y esta entrada se hallaba casi completamente cerrada y bien defendida por el lienzo meridional de la muralla que circundaba la ciudad (2).

El crecimiento y desarrollo de Sinope, fué tan rápido, que hácia el 756 hallábase ya en estado de poder fundar un establecimiento colonial, mucho más á Oriente de la ciudad, en el territorio de los macrones, á corta distancia de las minas de plata que beneficiaban los jalibes; de esta nueva colonia se originó más tarde Trebisonda (3). Por este mismo tiempo, y sin duda con objeto de crear una estacion cómoda y segura para que hiciesen escala sus naves, antes de penetrar en el mar Negro, apoderáronse los milesios de una península casi circular y de bastante extension que forma el continente asiático en la Propontide, al cual está unido tambien por un estrecho istmo, que fué taladrado más tarde. Sobre esta península, que los griegos distinguieron posteriormente con el nombre de *isla de los osos,* fundaron la ciudad de Cicico, en el punto más próximo al continente. En poco tiempo todos los habitantes de la isla

(1) Scymn. Ch. 940 seqq.
(2) Polib. IV, 56. Estrab. p. 545.
(3) Jenof. Anab. IV, 8, 22. Clinton. *Fastos hel.* a. 756.

que eran misios ó frigios y se conocian con el nombre de bebryces, tuvieron que reconocer la soberanía de los colonos milesios y pagarles tributo; pero en lo demás conservaron su libertad. Por tanto, quedaron allí como perioicos de la colonia, estando divididos en dos grupos ó tríbus, cuyos nombres representaban las dos principales ocupaciones de todos los perioicos de Cicico: la de los plantadores ó *Boreis* y de los viñadores ó *Oenopes*. Los colonos milesios pertenecian á cuatro distintos grupos de la raza jonica (1).

Como unos 50 años despues de la fundacion de Cicico, ó sea hácia el 700, conquistaron los milesios la isla de Proconeso, situada á corta distancia de aquella ciudad, y levantaron en el Helesponto dos puertos, el de Abidos y el de Parion, que les hacian dueños absolutos de la entrada á la Propontide. Estrabon supone que estas fundaciones tuvieron lugar durante el reinado de Gyges, entre 719 y 683; la de Parion se efectuó entre el 710 y 708, habiendo tomado parte en ella, segun testimonios autorizados, parios y erythreos (2).

Los milesios no perdian ocasion de robustecer sus colonias. Cincuenta años despues de los sucesos que ligeramente hemos reseñado, hácia el 650, edificaron en la desembocadura del Helesponto, en la Propontide, ó sea entre Abidos y Parion, una tercera ciudad que, por los bosques de pinos que cubrian aquella costa, recibió el nombre de Pityusa, cambiado más tarde en Lampsaco. Algunos son de parecer que esta

(1) Boeckh, Corp. inscr. II, p. 928 seqq. Esta interesante inscripcion destruye la hipótesis de los que sostienen que Cicico era una colonia de Megara. Joh. Lyd. de magist. III, 70.

(2) Estrab. 587, 590.

fué obra de los focenses, pero el nombre *Pityusa* revela orígen milesio (1).

Por mucho tiempo fué Cicico la principal estacion comercial de los milesios en el mar Negro y una de las más ricas y florecientes ciudades de aquellos parages. Todas estas ciudades conservaban, como precioso recuerdo de su pasado, un giron de las leyendas de los argonautas y de las amazonas. En las cercanías de Trebisonda se mostraba el sepulcró de Absaro; los de Sinope no cedian á nadie la honra de haber albergado en su playa la nave Argos y sostenian que un argonauta, Autolico, echó los cimientos de su ciudad. Los de Cicico pretendian que Jason erigió á la gran Madre el santuario en que ellos honraban esta diosa, cuyo culto subsistia desde tiempo inmemorial entre los indígenas que despues continuaron viviendo á su lado como perioicos.

Sin duda alguna las colonias de los milesios en el Halys y Thermodon dieron pretexto para que se idease la leyenda de la expedicion hecha por Hércules al pais de las amazonas, con objeto de quitar el ceñidor á su reina; ya que esta fábula es posterior á la fundacion de aquellas y posterior tambien á la teoria que fundió en una sola persona al famoso héroe y al dios solar de los indígenas del Asia menor, cuyos galanteos no supo resistir la diosa guerrera y vírgen, la Minerva de aquellos pueblos. Los milesios quisieron ilustrar con una hazaña semejante la vida del héroe más noble de su raza, para lo cual adicionaron la tradicion de los combates de Teseo contra las ama-

(1) Clinton, fastos, a 654. Esteb. de Biz, *Lámpsakos*. Herod. VI, 37, 38.

zonas, es decir, contra los ritos religiosos que de Siria habian llevado al Atica los fenicios, con la fábula del robo de una amazona del Thermodon, en la cual vemos una sencilla esplicacion de la guerra de las amazonas contra Atenas.

***

Segun dijimos antes, los trereos destruyeron la colonia de Sinope, poco despues de su fundacion. Cuando los bárbaros abandonaron su territorio, para efectuar en el Asia menor la segunda invasion en que hallaron su ruina, los milesios, al mando de Coes y de Cretines, tomaron de nuevo posesion del territorio y reedificaron la ciudad.

Por este tiempo, hácia 630 (1), recorria otra expedicion de milesios la costa occidental del mar Negro, y haciendo alto en la region de los tracios, fundó la colonia de Tomoe (Tomisvar); de aquí se corrieron luego mas al Norte para fundar, no lejos de las bocas del Danubio, entonces Ister, la villa de Istropolis. Lo extraño es que estas importantes fundaciones se realizaron en el momento en que los escitas se preparaban á invadir las comarcas inmediatas (2).

Poco despues resuelven fundar establecimientos coloniales en las costas del Norte, habitadas por los escitas, con quienes hacia tiempo sostenian relaciones comerciales. La primera ciudad que fundaron en aquellos parages fué Panticapeon, que quiere decir la

---

(1) Scymn. Ch. v. 908 seqq. Euseb. Chron. Olymp. XXXVII, 4; ó sea el 629 antes de nuestra era.

(2) Scymn. Ch. v. 769.

ciudad madre, como que fué la mas antigua de todas las que edificaron en la costa septentrional del Euxino; estaba situada en la orilla occidental del Bósforo cimmerio que une el Meotis con el Euxino, y adquirió un desarrollo tan rápido, que en el siglo VI figura entre los puertos mas prósperos de aquellos mares. Durante la primera mitad de este siglo continúan con igual actividad la obra de la colonizacion de las comarcas bañadas por el mar Negro. Sobre la márgen derecha del Bug, en su misma confluencia con el Dnieper, levantaron á Olbia, entre los años 606 á 560; en la desembocadura del Axiaces (Teligul) á Ordesso, cuya fundacion coincide con el reinado de Astiages; en el valle del Dniester, á la sazon notable por sus hermosas praderas de inagotables pastos, se establece la colonia de Tyra (Akkerman); y por último, Dioscurias (Sujum Kale), erigida al pié de las montañas del Cáucaso, cierra el círculo de establecimientos con que los milesios monopolizaron por algun tiempo el tráfico del Euxino, de la Propontide y del Meotis. Inútil es advertir que fueron ellos tambien los que mas contribuyeron entonces á ensanchar entre los griegos el campo de los conocimientos relativos á la geografía de los paises del N. E. y de los pueblos que les habitaban (1). En época muy antigua se contaban ya de setenta y cinco á ochenta establecimientos coloniales fundados por milesios en muy diversos paises, en todos los cuales se respetaban las tradiciones de la raza jonica y se tributaba culto á sus dioses (2).

---

(1) Scymn. Ch. v. 809 y 748.

(2) Neumann, *Los helenos en la Escitia*, p. 485. Plinio, hist. nat. V, 29. Seneca ad Hel. c. 6.

El tráfico que sostenian las colonias milesias con los escitas, dejaba grandes utilidades á los griegos que cambiaban los tejidos, juguetes y demás artículos de su industria por los productos de aquél país que era entonces, sin duda, tan fértil como ahora. Consistia la principal riqueza de los escitas en rebaños, caza abundante, pieles de todas clases, mieles, pescados de agua dulce y de mar y granos, que se cogian en mucha mayor cantidad de la necesaria para su consumo. En muchos puntos de la costa obtenian tambien sal y esclavos. Acrecentábase este comercio con el que los escitas hacian con las tribus del Nordeste, por cuyo intermedio llegaban á las costas del Euxino los productos del Ural, las pieles de castor y de nutria que eran entonces abundantísimas en las regiones de Siberia, hasta donde llegaban sin duda alguna los negociantes escitas, ya que, segun hace notar Herodoto, negociaban con los pueblos que habitaban entre su país y el de los argipeos, valiéndose de siete intérpretes de otros tantos idiomas, por cuyo modo llegaban á la Colchide los productos del extremo Oriente, los frutos de la India y de la Bactriana, siguiendo la ruta del Oxus hasta el Caspio y atravesando, despues de cruzar este mar, la cuenca comprendida entre el Kur y el Rhion (1).

Las exportaciones de Mileto consistian principalmente en tejidos de lana, cuya materia prima sacaban de sus numerosos y magníficos rebaños. Los vestidos milesios eran sumamente apreciados por su finura, tanto en las comarcas del mar Negro, como en las costas de Sicilia y de Italia. Sin duda por eso

(1) Herod. IV, 24.

se consideraban como un artículo de lujo y así lo dió á entender Zaleuco, que entre las prescripciones con que trató de conservar en Locroe la antigua sencillez de las costumbres helenas, figura una por la cual se prohibia á los locrenses el uso de vestidos milesios. Sin embargo, estas y otras delicadezas que producia la industria de los milesios, no habian hecho mella alguna en sus costumbres, durante la primera mitad del siglo VII, en que floreció Zaleuco. Evidente muestra de la severidad de sus costumbres, de su sobriedad y de su gran perseverancia, es la osadía con que extendieron su dominacion por toda la costa del mar Negro, hasta entonces completamente desconocida á los griegos y por tanto cerrada á su comercio. Su valor era proverbial y entre otros testimonios que lo acreditan, puede citarse el de Ateneo, quien asegura que «los milesios vencieron á los escitas,» siquiera le perdiesen mas tarde bajo la influencia de las colosales riquezas que en sus ciudades amontonaron (1).

***

Abrióse nuevo campo á la navegacion y al comercio de las ciudades jonicas, cuando el año 670 antes de Jesucristo, el rey Psammetico, que habia entrado en relaciones con algunos marinos jonios que ejercian la piratería en las costas de Egipto, logró de ellos que se quedaran á su servicio, con cuyo socorro y el de los egipcios de su bando, salió vencedor de los reyes que le disputaban la corona. Desde entonces Psammetico mantuvo á su lado tropas mercena-

(1) Aristoph. Plut. 1003. Athen. XII, 26.

rias de jonios y fenicios; encomendó á los primeros la defensa de la frontera egipcio-tiria, señalándoles para su residencia los campos inmediatos á la boca Pelusia del Nilo; ellos le acompañaron tambien en su expedicion á Nubia, cuyo recuerdo conservaron escribiendo sus nombres en el pedestal de las estátuas de Ramses, en Ibn Simbel; y en su larga lucha contra los filisteos á las tropas jonias debió principalmente la victoria (1).

Para obligar más á los extranjeros y asegurar su apoyo, declaró abiertos los puertos egipcios á las naves jonicas y fenicias. Los milesios fueron, á lo que parece, los primeros en aprovecharse de esta libertad, pues inmediatamente despacharon treinta naves á la boca Canopea del Nilo, con objeto de fundar allí una factoría y erigir un fuerte en las inmediaciones de Naucratis. Estos milesios, con las tropas mercenarias jonicas, á las que el mismo Psammetico regaló propiedades para que permaneciesen en el país, fueron los primeros colonos de extranjero idioma que en Egipto se establecieron (2).

Pero estos navegantes jonios encontraron muy luego un poderoso rival en sus compatriotas de Samos y de Focea, que al cabo de algun tiempo se sobrepusieron á los milesios. La práctica de la navegacion y del comercio, fué, sin duda, tan antigua en Samos como en Mileto. Alimentaban este, principalmente, el aceite que se daba muy abundante en dicha isla; el vino que tambien era abundante, aunque de calidad

---

(1) Ross, en los *Anales de Filología* (Jahrb. *für Philologie*), año 69, p. 528.

(2) Herod. II, 154, 178. Estrab. p. 801.

mediana, y sobre todo, las vasijas de barro, en cuya fabricacion sobresalian los samios y de la cual procedia una parte considerable de su bienestar y de su riqueza (1).

El poeta Asio de Samos, hijo de Amfiptolemo, que floreció en la segunda mitad del siglo VIII, describe el trage de sus compatriotas de la siguiente manera: «marcharon en procesion al templo de Juno, diosa tutelar de Samos, despues de haber peinado sus cabellos, llevando preciosos vestidos. Sus camisas, de la blancura de la nieve, caian hasta el suelo; el cabello, sujeto por una cinta dorada, se movia ligeramente al soplo del viento, dejando ver las agujas de oro prendidas sobre la cabeza, semejantes á las Cicadas, y en el brazo resplandecian brazaletes artísticamente labrados (2).»

De ordinario se cita este poeta, juntamente con Eumelo y Cynethon, y es digno de atencion que Ateneo le da el calificativo de antiguo *(ho palaiós exeinos)*. Pero la circunstancia de haber empleado el verso elegiaco nos da á entender que fué posterior á Calino y que por consecuencia, debió florecer entre los años 750 á 700, siendo contemporáneo de Eumelo y anterior á Arquiloco.

En la navegacion, hicieron los samios notables adelantos. No solo encargaron al corintio Ameinocles la construccion de naves de tres bancos, hácia el año 704, sino que poco despues introdujeron ellos mismos una modificacion importante en la forma de los buques mercantes, en virtud de la cual podia au-

---

(1) Panofka de reb. Sam. p. 16, 17.

(2) Ateneo, XII, p. 525.

mentarse la carga sin disminuir la rapidez de la marcha. Tenian estas naves vientre muy abultado, pero la proa terminaba en un apéndice encorvado que semejaba la trompa de un elefante y la popa era parecida á la cola de un pez, disposicion, que, segun parece, facilitaba los movimientos (1).

Despues de la apertura de los puertos egipcios al comercio heleno, emprendieron los samios un tráfico activo con aquel país, en el cual eran muy apreciados sus vinos y aceites. Poco despues un suceso inesperado les abrió en las costas occidentales del Mediterráneo un mercado no ménos lucrativo, hasta entonces únicamente explotado por los fenicios que habian sacado de él inmensas riquezas, durante un período de casi cinco siglos. Hé aquí cómo llegaron á conocer los griegos samios tan preciosa mina.

Al tiempo en que Batto arribó por vez primera con su colonia terea á la isla de Platea, un buque samio, cuyo propietario y capitan era Coleo, fletado para Egipto, fué arrojado por los temporales á la costa de dicha isla. Deseosos los tripulantes de llegar á Egipto, partieron de la isla sin esperar á que amainase el viento, el cual les obligó por fin á pasar más allá de las columnas de Hércules, y arribar por su buena suerte á Tarteso. Hácia el año 630 desembarcaron los comerciantes samios en esta ciudad, donde negociaron tan á maravilla sus géneros, que ninguno les igualó jamás en la ganancia. Los samios, poniendo aparte el diezmo del lucro, que subió á seis talentos ó cerca de 1.800.000 reales, hicieron con él un caldero de bronce á manera de pila argólica; alrede-

(1) Hesiquio, *Samiakós trópos.*

dor del mismo habia unos grifos mirándose unos á otros, y estaba sostenido por tres colosos puestos de rodillas, cada uno de los cuales medía siete codos de alto. Este voto fué dedicado en el templo de Juno (1). El éxito obtenido por Coleo despertó la ambicion de los samios, y fué principio de un tráfico activo entre Grecia y las costas occidentales del Mediterráneo.

***

Una ciudad de la costa de Anatolia, la eólica Cumas, fué la que, antes de la era olimpiada, abrió el camino á la navegacion de Occidente, y fundó en esta region la más antigua colonia griega, á la que dió su nombre; otra ciudad helena de la misma costa, la jonica Focea de las márgenes del Hermos, adelantándose á los colonos corintios y chalcidios de Sicilia, que por su ventajosa posicion debieran haberles dado ejemplo, llevó el comercio griego á la region más occidental del Mediterráneo, donde hicieron una terrible competencia á fenicios y cartagineses. Los focenses creyeron desde luego fácil empresa la de seguir las huellas de Coleo, y lograron su intento. De la osadía de estos marinos dá testimonio Herodoto con las siguientes palabras: «los primeros griegos que hicieron largos viajes por mar, fueron los focenses, los cuales descubrieron el mar Adriático, la Tyrsenia, la Iberia y Tarteso, no valiéndose de naves redondas sino sólo de sus *penteconteros* ó naves de cincuenta remos. Habiendo arribado á Tarteso, supieron ganarse toda la confianza y amistad de su rey Arganthonio, y era tanto lo que este príncipe les amaba, que cuando

(1) Herod. IV, 152.

la primera vez desampararon la Jonia, les convidó con sus dominios, instándoles para que escogiesen en ellos la morada que más les acomodase. Pero viendo que no les podia persuadir, y sabiendo de su boca el aumento que cada dia tomaba el poder de los medos, tuvo la generosidad de darles dinero para que fortificaran su ciudad, y lo hizo con tal abundancia, que siendo el circuito de las murallas de no pocos estadios, bastó para fabricarlas todas de grandes piedras (1).»

Era natural que para emprender tan largos viajes á países desconocidos, empleasen los focenses naves que sirviesen á la vez de buques mercantes y de guerra, doble carácter que reunian los penteconteros. Al decir Herodoto que los focenses descubrieron á los griegos el mar Adriático, dá á entender solamente que sus naves pasaron más allá de Corcyra ó de los límites del mar Jonico, y enseñaron á los demás griegos el camino para llegar á las plazas comerciales que tenian los etruscos en la desembocadura del Po, del Spina y del Adria, el último de cuyos rios habia dado nombre al mar en cuestion.

Hácese notar con este motivo, que Arimnesto ó Arimno, rey de los tyrrenos, fué el primer monarca *bárbaro* que envió ofrendas á Júpiter olímpico, la primera de las cuales fué su mismo trono. Este príncipe no es otro, quizás, que el rey de *Ariminum,* villa marítima de los umbrios (2). Casi un siglo más tarde, enviaron tambien regalos al númen delfico los re-

(1) Herod. I, 163.

(2) Pausan. V, 12. 5. Mommsen, Historia de Roma (*römische Geschichte*), I, p. 97.

yes Midas de Frigia y Gyges de Lidia; (entre 750 y 720).

Hasta entonces no se habian atrevido los griegos á pasar de Cumas, en la costa occidental de la península italiana, por temor á los piratas etruscos, por otro nombre tyrrenos, que infestaban aquellos mares. Pero los focenses no se acobardaron por tan poca cosa, y en el año 600 llevaron sus naves más allá del país dominado por los etruscos, á la costa de los salios, tríbu de los ligurios, donde á Oriente de la embocadura del Rhono, fundaron la colonia de Masalia, en una península unida al continente por un istmo de mil quinientos pasos de anchura solamente, la cual, como observa Aristóteles, no tenia más objeto que el del comercio (1).

En un principio mantuvieron los colonos las más amistosas relaciones con los indígenas. Su trato era tan cordial, que en una ocasion, la hija de Nanno, caudillo de la comarca, sirvió á Euxeno, jefe de los focenses, la copa de vino en casa y en presencia de su padre, con lo cual, segun costumbre del país, dió á entender que le escogia por esposo. Las bodas se celebraron efectivamente, pero esta misma alianza hubo de avivar la envidia de los cartagineses, que no veian con buenos ojos la creacion de colonias griegas á Occidente de Sicilia. Sin embargo, sus esfuerzos para impedir el progreso de la colonizacion, fueron vanos y tan desgraciados sus ataques á la colonia, que los focenses lograron poner en precipitada fuga las naves cartaginesas.

Por el lado opuesto á la playa, una fuerte ciuda-

---

(1) Clinton, *Fastos helenicos*, a. 600. Estrab. p. 181 y sigtes.

dela ponia la ciudad á cubierto de las embestidas procedentes del continente. Dentro de sus murallas estaban los templos de Minerva, del Apolo delfico, de Diana la efesia, adorada con particular devocion por los masaliotas; la costa meridional de la península formaba una bahía perfectamente segura, defendida de los vientos por una gran muralla natural de rocas y peñascos (1).

Crecia y prosperaba la ciudad bajo el régimen aristocrático, no obstante la gran distancia que la separaba de todos los países habitados por griegos, sin que fuesen parte á impedir su desarrollo los frecuentes y vigorosos ataques que contra ella dirigieron los ligurios, á quienes la próspera situacion de sus vecinos llenaba de envidia y de encono. Los masaliotas comerciaban principalmente con los pueblos de Liguria y de Iberia. Pero entre tanto las naves focenses continuaban visitando las costas de la Betica, el país de la plata, donde arrancaron á los fenicios el monopolio del comercio con tan ricos países, que segun todas las apariencias ejercian no muy á gusto de los naturales, pues no tiene otra explicacion el empeño con que Arganthonio trató de mantener á su lado á los marinos focenses, en quienes, sin duda, quiso buscar un apoyo contra el gravoso predominio que sobre el país ejercian los fenicios.

Para asegurar contra cualquier eventualidad su tráfico en las regiones occidentales del Mediterráneo, y procurar á sus naves un refugio en el que pudieran guarecerse contra los ataques de los piratas etruscos, determinaron buscar en Córcega un lugar cómodo

(1) Ateneo, 13, p. 576. Justin. 43, 3-5. Tucid. I, 13. Pausan. X, 8, 6.

para fundar una factoría, y habiéndole encontrado en la costa oriental que daba vista á Liguria, fundaron la ciudad de Alalia, despues llamada Aleria, hácia el año 568. La proximidad de la isla de Ethalia, hoy Elba, á la sazon notable por sus ricas minas de hierro, hacia doblemente favorable la situacion de la nueva colonia.

La fecha de la fundacion de Alalia no puede ser otra que la de 568, por varios motivos; el uno, porque tuvo lugar 20 años antes de la toma de Focea por Harpago, que ocurrió entre 548 y 546; y el otro, porque se hizo cuando habia ya muerto Arganthonio, bienhechor de los focenses. El poder marítimo que Eusebio atribuye á este pueblo, por el año 575, durante un período de 44 años, comprende sin duda desde el mencionado 575 hasta la fundacion de Elea (1).

***

En todas partes veíanse amenazados fenicios y cartagineses por la preponderancia de las colonias griegas; en todas partes les empujaba y oprimia el torrente de sus emigraciones, les hacia sombra el desarrollo casi maravilloso de sus ciudades y factorías, y les arruinaba la competencia cada dia más pujante de sus mercaderes. En Egipto crecia más y más el comercio heleno, con grave daño del fenicio, gracias á la posicion que allí ocupaban sus mercenarios y á la influencia política que ejercian sobre Psammetico, los que le ayudaron á reconquistar el trono, influencia que se trasmitió á sus sucesores.

La fundacion de Barca, verificada el 630, fué una

(1) Appian. de reb. hisp. c. 2.

importante conquista arrancada á los cartagineses y una efectiva amenaza al comercio que antes ellos solos monopolizaban en toda la costa de Libia. Los griegos establecidos en la isla de Chipre, tuvieron la osadía de fundar una factoría al lado mismo de los establecimientos fenicios, dueños antiguos de aquel territorio, y á pocas millas de la costa de Fenicia: el año 600 tenian allí ya varios establecimientos contiguos á las colonias de Sidon.

Habíanse trocado las cosas de una manera completa. Antes eran los fenicios quienes establecian colonias en la costa de la península griega y daban la ley en todo el archipiélago; ahora los griegos, despues de arrojar á sus rivales del territorio heleno y de una gran parte de las islas, establecian colonias á pocas millas de la costa fenicia. Las colonias y factorías de Sicilia, de la costa italiana y libica y la proteccion que les dispensó el monarca ibérico Arganthonio, acabaron de poner en sus manos el comercio del Mediterráneo. La fundacion de Alalia en Córcega fué un paso más en este camino, que sin duda se proponian recorrer hasta donde les permitieran llegar sus fuerzas, pues no faltó quien exhortase á los jonios, apurados por las conquistas de Harpago, á que, formando todos una sola escuadra, se fuesen á Cerdeña y fundaran allí un solo estado, compuesto de todas las ciudades jonicas (1). El escritor Hecateo hace ya mencion de la pequeña isla de Elba, circunstancia que demuestra el conocimiento que en tan remoto período tenian de todo el Mediterráneo (2).

(1) Herod. I, 170.
(2) Esteb. de Biz. v. *Aizálê*.

Cuando los fenicios vieron perdidas sus florecientes colonias del Egeo, de Creta y de Rodas; cuando vieron en igual peligro sus establecimientos del Adriático y de Sicilia y amenazado su comercio en las regiones occidentales del Mediterráneo, comprendieron que debian hacer un supremo esfuerzo para contener aquel torrente que amenazaba desbordarse sobre la costa de Libia, en la cual interesaba sobre manera á su comercio conservar, á lo ménos, la porcion situada á Occidente de la Gran Syrte.

Cartago era la ciudad más importante y más comercial que tenian los fenicios en la costa africana. Los cartagineses fueron, por eso, los que iniciaron la lucha contra los colonos griegos para impedir la fundacion de Masalia. La base del sistema colonial de los fenicios consistia en ocupar los mejores puertos de las costas en que sostenian comercio, para convertirlos en estaciones mercantiles y á la vez en plazas fuertes. Los griegos, por el contrario, se posesionaban del país inmediato, sometian á los naturales y les enseñaban sus principios civilizadores, creando así verdaderas colonias independientes. Comparando estos dos sistemas y sus resultados, no pudo ocultarse á los cartagineses que tarde ó temprano tendrian que sucumbir al vigoroso empuje de los colonistas griegos y que, para contrarestar el influjo de su sabia y bien dirigida colonizacion, no habia otro medio que posesionarse de las islas y costas antes que se presentasen allí los emigrados helenos.

Hácia la mitad del siglo sexto, empiezan los cartagineses á poner en práctica este sistema, cuya inmediata consecuencia fué tomar posesion de la costa septentrional africana hasta más allá de Leptis, no

sin detener con las armas en la mano los progresos de los colonos de Barca y de Cirene. Despues de luchar algun tiempo, convinieron en establecer como límite de sus respectivos territorios, áun para las operaciones puramente mercantiles, el altar de Fileno, situado en el punto más interior de la Gran Syrte. Por esta época, ó sea poco despues del arribo de los focenses á Cyrnos (Córcega), realizaron los cartagineses la conquista definitiva de Cerdeña (1). Cuando se vieron dueños de tan valiosa conquista creyeron llegado el momento de arrojar á los focenses de la inmediata isla; pero conociendo por experiencia la superioridad de la marina griega, en igualdad de circunstancias, aliáronse con los etruscos, á quienes la presencia de los helenos en aquellos parages era tan perjudicial y molesta como á los cartagineses.

El año 542 pusiéronse en marcha contra Alalia las dos escuadras unidas, que componian un total de ciento veinte naves, sesenta de cada aliado. Para los focenses, que solo podian oponerles la mitad, era esta una escuadra formidable. No obstante, aprestaron sus bajeles, hasta el número de sesenta, aceptaron el combate que fué tenaz y largo y se declaró en su favor la victoria, pero fué una victoria en extremo costosa por haber perdido cuarenta naves, y quedado inútiles las otras veinte, cuyos espolones se torcieron con el choque. Los prisioneros focenses que los aliados hicieron en las naves destruidas, fueron conducidos al país etrusco y muertos á pedradas.

Despues de tan enormes pérdidas comprendieron

(1) Sallust. Jugurtha, c. 79. Justin. XVIII, 7. XIX, 1.

los focenses que no podian permanecer en la colonia, y tomando á sus hijos y mujeres, con todos los bienes que las naves podian llevar, dejaron la isla y navegaron hácia Rhegion. Poco despues salieron de esta ciudad para fundar en la costa de Tarento ó Magna Grecia una colonia que bautizaron con el nombre de Elea, cambiado despues en Velia, la cual está situada entre Rhegion y la antigua Cumas.

***

Este rápido y progresivo desarrollo del poder colonial de los griegos, suministró á sus leyendas y tradiciones no pocos elementos, relacionados con los pueblos y paises conocidos como consecuencia de sus nuevas conquistas. Su exaltada fantasía les hacia ver en los usos, costumbres, leyendas y divinidades de aquellos pueblos alguna relacion ó parentesco con los dioses y los héroes helenos. A semejanza de lo que hicieron los colonizadores del Ponto con la leyenda de la expedicion argonauta, los colonos de la baja Italia y de Sicilia sirviéronse de las leyendas relativas al regreso de los expedicionarios de Ilion para dar lustre y fama á sus respectivas ciudades: así Ulises hubo de pisar el suelo de Cumas, Ayax el de Locroe y Diomedes el de Tarento.

Un griego natural de Himera fué, segun nuestras noticias, el que divulgó, á principios del VI siglo, la leyenda de la fuga de Eneas á los países de Occidente, guiándose para determinar la ruta de las emigraciones del famoso favorecido de Afrodite, por los santuarios que tenia la diosa Ashera en las colonias fenicias de Sicilia, en Soloeis, Panormos y en las

márgenes del Erix, no léjos de la mencionada Himera.

Despues que los colonistas griegos, establecidos en el delta del Nilo, tuvieron noticia de la leyenda de Isis, idearon la fabula de las emigraciones del númen lunar de Argos á Siria y Egipto, en una de cuyas escursiones suponen los bizantinos y calcedonios que se detuvo á pastar en las praderas inmediatas á Bizancio, ya que iba trasformada en vaca, pasando despues el Bósforo, á nado, para trasladarse al Asia y á Egipto, donde dió á luz á Danao y Egipto.

Los cireneos, como descendientes del argonauta Eufemo, hicieron pasar una leyenda segun la cual los conquistadores del áureo vellocino, atravesaron la Libia llevando en hombros la nave, para emprender el regreso á Yolcos, desde su puerto de Cirene. Asímismo suponian los colonos de Barca y Cirene que Minerva vió la luz del mundo en las orillas de la laguna Tritonida, idea que sin duda les hizo concebir el calificativo de Tritogenia que se da á Athene y el culto que las tribus libias tributaban á una divinidad femenina. Al decir de Herodoto «el nombre mismo de *Egida*, da á entender que de Libia se tomó el trage de los Paladios ó estátuas de Minerva, pues las libias acostumbraban á ponerse encima de su vestido, en vez de mantilla, unas egeas ó marroquíes adobadas, es decir, pieles de cabra teñidas de colorado, de suerte que los griegos, del nombre de estas egeas, formaron el de egidas (1).»

De aquí vino tambien el suponer que las amazonas habitaron algun tiempo en las orillas de dicha

---

(1) Herod. IV, 187. 189. Schol. Apoll. Rhod. I, 109.

laguna y dominaron la comarca; y en sus cercanías se supone que tuvieron lugar los combates librados por Athene y Perseo contra los espíritus de las tinieblas, ó sea las gorgonas, cuyo reino estaba en Occidente, en la region de las tinieblas.

Pero entre todas las leyendas helenas ninguna se enriqueció con tantos episodios como la fábula de Hércules. Los milesios que moraban en la region del Ponto, suponian que habiendo arribado el célebre caudillo á Hilea, hoy pequeña Tartaria, conoció á la reina de aquel país en la que hubo tres hijos, el menor de los cuales, llamado Escita, fué progenitor de los caudillos escitas, hábiles, como Hércules, en el manejo del arco; idea que les fué sugerida, no solo por esta circunstancia, sino tambien por haber observado que aquellos ofrecian sacrificios á un dios armado de arco y flechas (1). En Egipto encontraron los colonos griegos una divinidad representante de Hércules, tenido allí por uno de los doce dioses de segunda clase, al cual atribuyen la muerte de Busiris, númen monstruoso que mandaba degollar á todos los extranjeros que entraban en su reino.

Los cireneos, sin duda, imitaron tambien alguna leyenda libia al decir que Hércules venció, en su comarca de Irasa, al gigante Anteo, hijo de la tierra. En el encumbrado cerro de Atlante, que se levanta en las inmediaciones del estrecho de Gibraltar, sobre la costa africana, creyeron ver los marinos focenses, con la tradicion libia, la columna que sostiene la bóveda celeste, cargo que en las poesías homericas des-

---

(1) Herod. IV, 8-10, 59.

empeña el gigante Atlas, que por eso se llamó el que sostiene (1).

Supone la leyenda fenicia que el incansable y victorioso númen solar adorado en Tiro bajo el nombre de Melkarth, siguió en sus emigraciones el curso del sol, y bajó á descansar más allá de los dos cerros á él consagrados, es decir, en los mares del Poniente, en el seno de las ondas que con sus aguas calentaba. Más allá de estos cerros ponian los fenicios las islas afortunadas, en las que el dios solar celebra sus bodas, tras larga persecucion, con Astarte, y en cuyos jardines se crian las manzanas de la vida. En una leyenda semejante hicieron los griegos intervenir á Hércules. El famoso caudillo vióse precisado á cruzar el Oceano en la copa del sol y atravesar desde Egipto la Libia, para llevar á Euristeo las manzanas de las Hesperides ó de Ashera, que estaban guardadas por las hijas de la tarde, y eran prenda de prosperidad y de vida eterna. Como el jardin de las Hesperides estaba próximo al Atlas, el hijo de Alcmena tuvo el capricho de echar algun tiempo sobre sus robustos hombros la carga que sobre los de aquel pesaba y erigir las columnas que luego llevaron su nombre, y no eran otras que los dos cerros consagrados al númen solar de Tiro, como señal del término de su viaje.

En los mares más occidentales estaba igualmente situada la isla de Erythea, desde la cual se llevó Hércules á Micena los toros del dios solar, atravesando con ellos la Iberia, el país de los celtas y la península itálica. Entre las peripecias que en tan largo viaje le ocurrieron, cuéntase un combate con los feroces

(1) Herod. IV, 158, 184. Aeschyl. Prometh. 347. Pind. Pyth., 1, 40.

ligures de las bocas del Ródano, del que hubiera salido malparado, si Júpiter, viendo el apuro del héroe, al que se le acabaron las flechas, no hubiera hecho caer una lluvia de piedras, con las cuales destrozó al enemìgo. Sin duda esta fábula es un invento de los masaliotas que no supieron explicar de otro modo el orígen de los innumerables guijarros que cubren la llanura situada entre el Ródano y Masalia, tal vez lecho en algun tiempo de un lago (1).

Los marinos focenses dieron á conocer en Grecia la mitad superior de la costa occidental de Italia. Caudillos de todas las tribus tyrrenas ó etruscas, segun la Teogonia, eran Agrio y Latino, en sentir de la tradicion helena, hijos de Ulises, es decir, del primero entre todos los griegos que navegó en los mares de Occidente, quien por algun tiempo se detuvo al lado de Circe en las cercanías del promontorio de Circeo. En esta famosa hechicera hubo á los dos patriarcas de los pueblos itálicos.

Los feroces etruscos, gente dada á la piratería y al pillage, tuvieron por padre á Agrio, que quiere decir el salvaje; el pueblo latino, de carácter pacífico y sociable, que permitia visitar sus costas á las naves extranjeras, adoptó el nombre de su patriarca, aunque no pocas veces se designa con el de etruscos á los dos pueblos hermanos.

Hércules atravesó con sus robados toros el país de los tyrrenos y latinos para llegar á Cumas, antigua colonia griega de la region de los opices, desde donde se trasladó á Sicilia por el estrecho de su nombre. El tiempo que pasó en esta isla, fué bien aprove-

---

(1) **Pausan. V, 18, 1. Esquilo citado por Estrabon, p. 183.**

chado, puesto que fundó todas ciudades fenicias en que se tributaba culto al númen Melkarth, desde Eryx, situada en los cerros que coronan la costa Occidental, hasta Minoa en la del Sur, cuyo orígen pone de manifiesto el nombre Heraclea-Minoa, con que la designaban los griegos. Para llegar á Micena siguió Hércules á lo largo de la costa oriental de Italia y dió vuelta al Adriático hasta internarse en el Epiro, pasando por Apolonia.

Vemos, pues, que la tradicion helena hizo recorrer al primero y más famoso de sus héroes todos los países y costas de que tenian noticia los griegos al terminar el VII siglo. Atravesando la Tracia y la Escitia penetró en la montañosa region del Cáucaso con objeto de preguntar al encadenado Prometeo, dónde hallaría las manzanas de las Hesperides y cómo podria apoderarse de ellas (1). En la desembocadura del Thermodon escamoteó á la reina de las amazonas el ceñidor que llevaba puesto; en Lidia se puso al servicio doméstico de Omfale; en Fenicia daban testimonio de su gloria los antiquísimos y ricos santuarios en que se le veneraba, y por último, cerró la série de sus peregrinaciones con una colosal excursion á lo largo de la costa del Mediterráneo y del Adriático, desde Egipto hasta el Epiro.

(1) **Aeschyl. Argg. vincti et lib. Prometh.**

VIII.

LA ARISTOCRACIA ATENIENSE.

En tiempos muy remotos aparecen unidas en un solo estado, bajo el cetro comun de los guerreros príncipes de Atenas, la provincia de este nombre y la de Eleusis, cuyos moradores vivian de la agricultura, los distritos montañosos del interior, habitados por pastores, y los cuatro lugares de Maraton pertenecientes á la costa de Levante. Todos habian adoptado por númen tutelar á la diosa de Cecropia cuyo antiguo nombre, Pallas, fué en todas partes sustituido por el de Athene que le dan ya los poemas homericos y cuya principal solemnidad, antes llamada *atheneas*, recibió el nombre de *panatheneas* ó fiesta universal de Athene. Los descendientes de Teseo reunian en su régia morada del burgo ateniense á los representantes de las familias más nobles del pais, tanto para celebrar consejo, como para hacerles partícipes de los placeres de su mesa. A esta union debió Atica el singular beneficio de poder resistir el torrente de las emigraciones, que arrolló á los otros cantones de la costa de Levante, y la gloria de dar albergue á los

pelasgiotas, minyos, cadmeos, egialeos y pilienses arrojados de sus respectivos cantones.

Pero los sucesores de Teseo no demostraron la prudencia y el arrojo necesarios para seguir al frente del gobierno de Atica en tan calamitosos tiempos, visto lo cual por la nobleza, puso el cetro en manos de un ilustre emigrado, descendiente de Neleo, que reinó en Pilos; pariente de aquellos animosos caudillos que condujeron á las Cicladas y á la costa de Lidia las masas de fugitivos que no pudieron permanecer en Atica. En todas las ciudades jonicas reinaban á la sazon indivíduos de la régia familia de Neleo, que por eleccion de la nobleza vino á ceñir la corona ateniense.

A pesar de las mejoras introducidas por los refugiados en los campos del Himeto y de la gran fortaleza llamada Pelasgikon que levantaron al Oeste de Cecropia, Atica no ganó gran cosa con estas inmigraciones, ya que los extranjeros, que despues salieron con direccion á las Cicladas y á las playas de Lidia, arrastraron en pos de sí un gran número de indígenas que dejaron en la poblacion huecos irreparables.

A Medon, hijo de Codro, sucedieron en el trono ateniense Acasto, Argippo, Forbas, Megacles, Diogneto, Ferecles, Arifron, Thespio y Agamestor de los cuales no ha trasmitido la tradicion mas que el nombre. Pero ni áun este se halla perfectamente garantizado, pues segun hicimos notar antes (VI, 24 sigs.) háse aumentado caprichosamente la lista de soberanos átenienses con el sólo objeto, á lo que parece, de igualar el número de reyes que precedieron y siguieron á Melanto. Así vemos que Eusebio da quince

antes y otros tantos despues de este caudillo; los *excerpta barb.* catorce, mientras que la tradicion atica dá unicamente diez nombres de soberanos, á saber: Cecrops, Erejtheo, Pandion, Egeo, Teseo, Menesteo, Demofon, Oxynthas y Thymetes.

Al tiempo de celebrarse el convenio de Ifito y Licurgo, sancionado por el sacrificio de Olimpia, ocupaba el trono ateniense Esquilo, despues del cual, segun la verdadera tradicion atica, reinaron nueve soberanos hasta las emigraciones.

A pesar de que en Atica no habia la division de raza conquistadora y conquistada, se desarrollaron aquí los sucesos por procedimientos análogos á los que hemos examinado en la reseña histórica de los cantones sometidos al yugo dorico, y se realizaron iguales cambios en su gobierno. La nobleza que formaba la inmediata córte de los sucesores de Codro, á la vez que su consejo supremo, componíase tambien de indivíduos distinguidos por su riqueza y por su habilidad en el arte guerrero, pertenecientes á todas las comarcas del reino que se hacian descender, como la misma régia familia, de los héroes antiguos, y por éstos, pretendian remontar su orígen hasta los inmortales. Habia además otras familias que fundaban su nobleza en ciertas prerogativas y privilegios que gozaban desde la más remota antigüedad, como la celebracion de las sagradas ceremonias y de los sacrificios, ó el cargo de conservar los antiguos himnos y de recitarlos en las grandes solemnidades y en los sacrificios. Para los griegos nunca fueron incompatibles las funciones sacerdotales y el manejo de las armas; hé aquí por qué estas familias figuraban sin distincion alguna entre la nobleza atica, cuyo número,

en general, fué creciendo á medida que los peligros de una invasion exterior hicieron más y más necesario el aumento de las fuerzas encargadas de la defensa de los cantones fronterizos, y por tanto de los señores á quienes especialmente incumbia el deber de proteger á la poblacion labradora, sobre la cual amenazaban caer los beocios y los dorios de Corintio y Megara. Los emigrados dieron tambien un contingente considerable á la clase aristocrática, porque los descendientes de linages ilustres no abandonaron más el país.

Una de estas familias, oriunda de Pilos, ocupaba el trono, y la misma procedencia reconocian otras tres pertenecientes á la más linajuda nobleza ateniense. Los codridas ó descendientes de Codro, reconocian por patriarca á Periclimeno, hermano de Nestor, figurando entre los más antiguos representantes de la familia Pentilo, Boro y Andropompo. Los paonidas reconocian por patriarca á Paon, hijo de Antiloco, y por consecuencia nieto de Nestor; los pisistratidas remontaban el orígen de su raza á Pisistrato, hijo segundo del mismo caudillo, y los alcmeonidas hacian figurar á la cabeza de su árbol genealógico á Alcmeon, nieto de Trasimedes, que fué el tercer hijo del mencionado caudillo piliense.

En la nobleza atica figuraban representantes de otras muchas comarcas helenas. De Trecena se refugiaron en Atica varias familias aristocráticas que fijaron su residencia en las montañas de Gargeto y de Sfeto; de Gyrton y Elatea, ciudades pertenecientes al valle del bajo Peneo, procedian los descendientes de Peirithoo y de Corono, aristócratas de orígen lapita; y por lo que hace á los gerifeos, que decian

tener de Eritrea su orígen y alcurnia, y á quienes Herodoto atribuye sangre fenicia, fueron arrojados de Tebas por los beocios, con cuyo motivo se refugiaron en el territorio de los atenienses, que les concedieron naturalizacion entre sus ciudadanos (1).

Entre la más antigua aristocracia indígena, figuraba la familia de los thymetadas, descendientes, á lo que parece, de Thymetes, postrer rey de la rama de Teseo, siendo éste, por consecuencia, el verdadero patriarca de la familia; despues de estos se mencionan los eumolpidas, rama ilustre que venia de la antigua casa real de Eleusis; los eurysacidas y filaidas que procedian de Eurysaces y Filaeo, hijos del famoso Ayax de Salamina; y por último, merecen particular mencion los ceryces, que en ciertas solemnidades religiosas desempeñaban el cargo de heraldos, por lo cual pretendian descender nada ménos que de Hermes, mensajero de los dioses que tuvo á su progenitor en Pandroso, hija de Cecrops (2).

Entre las familias atenienses que cifraban su más preciada nobleza en el desempeño de alguna funcion religiosa, ocupaban el primer puesto los butadas ó descendientes de Butes, personage que floreció en tiempo de Erejtheo, y de cuya familia era elegida la sacerdotisa que servia á Minerva en el Erejtheo ateniense. Seguia á esta la raza de los buzyges á quienes estaba encomendada la custodia de la antigua estátua de Pallas, que se guardaba en la ribera del Iliso, al Sur de la ciudadela, y del arado de la patrona de Atenas; despues venian los praxiergidas que tenian el cargo de lavar la estátua que de la misma

(1) Herod. V, 57.
(2) Meier de gentil. attica, p. 45.

diosa habia en el Erejtheo y de limpiar el templo; los pamfidas ó descendientes de Pamfo, uno de los más antiguos bardos del país; los lycomidas, cuya mision consistia en cantar los antiguos himnos atribuidos á Museo, durante cierta solemnidad de Céres; los fytalidas que desempeñaban el cargo de maestros de ceremonias en la fiesta de la vendimia; los hesyjidas que cuidaban de todo lo relativo al culto de las venerables Eryneas en el Areopago y otras muchas que seria prolijo enumerar (1).

Al subir al trono de Atenas Alcmeon, hijo de Esquilo, en 754, toda la numerosa aristocracia ateniense se coligó para imponer al nuevo rey sus facciosas pretensiones. El éxito más completo coronó sus designios, puesto que al segundo año lograron destronarlo y poner en su lugar á Jarops, hijo menor de Esquilo, al que pusieron la condicion de resignar sus poderes á los diez años y la obligacion de responder de su gestion administrativa ante el consejo de la aristocracia. Esta se arrogó, pues, el derecho de elegir cada diez años, el jefe del estado, sin más restriccion que la de hacerlo entre la familia de los codridas; desde este momento la soberanía régia fué sustituida por la soberanía de la nobleza, y á la monarquía hereditaria sucedió una monarquía electiva con poderes y privilegios muy limitados (2).

---

(1) Boeckh corp. inscrip. N.° 491. Meier de gentil. attica, p. 49 y 45.

(2) Pausanias sostiene que los sucesores de Medon desempeñaron ya el cargo de presidentes responsables y llevaban el nombre de Arcontes, pero sin duda adelanta algunos años los sucesos. Al crearse los nueve arcontes se reservó al segundo el título de *Basiléùs*, de lo cual se deduce que hasta entonces subsistia esa dignidad en el Estado. Eusebio supone que Alcmeon, hijo y sucesor de Esquilo, reinó dos años, al cabo de los cuales su hermano Jarops fué nombrado arconte

***

Con esta esencial modificacion introducida en el organismo del Estado, tuvieron lugar otros cambios en la constitucion ateniense. Hasta entonces la eleccion de los indivíduos de la nobleza que debian formar el gran consejo de la nacion, dependia únicamente de la voluntad del monarca. En realidad este no pedia ni escuchaba el parecer del consejo aristocrático sino cuando se hallaba convencido de que únicamente siguiendo ese trámite, mediante la aprobacion de tal ó cuál grupo de la nobleza, de tales ó cuáles personas influyentes en el país, podia llevar á ejecucion sus planes.

El primer cuidado de la aristocracia, cuando vió en sus manos las riendas del gobierno, fué organizar sus fuerzas, pues únicamente el prestigio y poder de toda la privilegiada clase, eran capaces de sostener los derechos de esta nueva soberanía enfrente de la soberanía destronada. Para no crear descontentos que se pasaran á las filas de la familia derribada; para no dar lugar á la creacion de un partido faccioso que conspirase para restablecer los derechos de la monarquía, era preciso interesar de igual manera á todos los indivíduos de la nobleza en la conservacion del nuevo estado de cosas y dar á todas las familias, por medio de sus representantes, idéntica participacion en el gobierno del país. Para lograr este resultado cre-

---

por diez años, el cual era sin duda un hijo menor del mismo Esquilo. Idéntica exposicion hace Dionisio halicarnasiense, debiendo por tanto desecharse la hipótesis de los *Excerpt. barb.* que hacen figurar á Alcmeon como primer arconte decenal, desde 763 á 753. Pausan. IV 5, 10. Justino II,7. Dionys. Hálic. I, 71.

yóse conveniente dar un carácter más definido y práctico á la division de la aristocracia en cuatro grupos ó tribus, que existia desde tiempos muy remotos, igualando sus atribuciones de tal suerte, que ninguna tuviese mayor influencia ni mayor participacion que otra en el manejo de los negocios públicos ó en la administracion de justicia, y que todas estuviesen igualmente representadas en el supremo consejo que era y debia ser, desde la abolicion de la monarquía, la suprema autoridad del Estado.

Desde que los príncipes de Cecropia agregaron á la provincia de Atenas el distrito de Eleusis, las cuatro aldeas de Maraton y la comarca montañosa del interior, que fué su postrer conquista, componíase el estado ateniense de cuatro nacionalidades, cada una de las cuales tenia su cuerpo aristocrático que representaba al país en el gran consejo de gobierno y en todas las fiestas y solemnidades públicas, declaradas nacionales entre las particulares que antes de su union celebraban los distritos. Pero como la fusion de los respectivos elementos, no era tan completa como de ordinario lo es en las confederaciones modernas, bien puede asegurarse que habia á la sazon en el estado ateniense cuatro diferentes corporaciones aristocráticas. Además de que cada grupo reconocia distinto patriarca, y por tanto, diverso orígen, existian en el carácter y aspiraciones de cada uno razones y causas suficientes á mantener esa separacion dentro de la unidad del estado; así vemos, que al verificarse la emigracion á las Cicladas y á la costa de Lidia, se distinguia ya cada cuerpo con su nombre particular que recordaba, ó bien el género de vida que seguia en su respectiva comarca, ó la posicion

que en el nuevo estado ocupaba con relacion á los demás.

La existencia de los cuatro grupos aristocráticos antes de las emigraciones, está perfectamente demostrada. Los emigrados establecieron en su nueva patria análogas instituciones, pues no son otra cosa las cuatro *files* de la colonia jonica de Teos que subsistian igualmente en Cicico, y por consecuencia en Mileto su metrópoli. Despréndese de esto, ó que acompañaron á los emigrados familias de las cuatro tribus que componian la nobleza ateniense, ó que los colonos de Teos y Mileto establecieron un régimen en todo semejante al de Atenas.

Entre las cuatro tribus ocupaba el primer lugar la del país que habia sometido á los otros tres, formada por las familias de la antigua nobleza atica, la de los butadas, pamfidas, lycomidas, etc., cuya corporacion se distinguia con el pomposo nombre de *gueleontes* ó de los brillantes (1). La segunda tribu, llamada de los *oplitas* ó guerreros, comprendia la nobleza de las cuatro aldeas de Maraton, cuyas aficiones militares y ocupaciones caballerescas se descubren hasta en las divinidades á que daban culto, pues mientras en Eleusis se adoraba á Demeter y en Atenas á Erejtheo y á Pallas, el distrito de Maraton daba culto á Hércules y á los dioscuros el inmediato de Decelea. En la colina que coronaba la villa de Maraton, se guardaba un bosquecillo consagrado al destructor de mónstruos y dragones, y en él un altar sobre el que se le quemaba incienso. En el mismo distrito ha-

---

(1) Boeckh, corp. inscript. II, p. 670. 928. *Gueleón* ó el brillante era uno de los títulos bajo los que se adoraba á Júpiter. Véase Ross, Los demos de Atica (*Demen von* Atica), pág. 7 y siguientes.

llaron albergue los hijos del invencible caudillo, cuando se refugiaron en Atica huyendo de la persecucion de su enemigo; aunque esta leyenda de los hijos parece haberse originado del culto que allí se tributaba al padre. El mismo dió lugar á que se dijese que al invadir los heraclidas el Peloponeso, se les agregaron guerreros auxiliares de la tetrapolis atica (1).

Estaba formada la tercera tribu por la clase trabajadora, como lo indica su nombre de *argadeis* ó trabajadores, aunque, segun parece, solo comprendia los agricultores; es decir, las familias descendientes de Triptolemo y Celeo, fundadores de los trabajos agrícolas en el distrito rural de Eleusis.

En la cuarta tribu, la de los *egicoreis* ó pastores de cabras, estaban comprendidas las familias nobles de la montaña, cuya exclusiva riqueza consistia en rebaños de cabras, único producto de la accidentada comarca comprendida entre el Parnes y el promontorio de Sunion. El número de familias que formaban cada corporacion era diferente. Sin duda alguna, las dos primeras eran las más numerosas, ya que en los países montañosos abundan ménos las familias acomodadas y la riqueza era elemento indispensable al antiguo noble griego que pasaba toda su vida en la ociosidad ó en la guerra. De consiguiente, puede suponerse que el órden de las tribus, segun el número de familias que comprendian, y de su respectiva riqueza, era el siguiente: gueleontes, oplitas, argadeis y egicoreis.

***

Con el trascurso del tiempo se introdujeron diversas modificaciones en la constitucion orgánica de

(1) Herod. VI, 102. Pausan. 1, 32, 4. Estrab. p. 374.

estas tribus. Por un lado las familias nobles que sin cesar inmigraban en el país y fijaban su residencia en diferentes comarcas, hacian variar á cada paso la entidad numérica de las tribus, y por consiguiente su importancia relativa; por otro aumentaban estas modificaciones las familias que trasladaban su residencia de un distrito á otro, siquiera estos traslados de domicilio no implicaran siempre un cambio de tribu. Debe tambien advertirse que la riqueza y lo que podemos llamar alta posicion social, no daban siempre derecho á ingresar en las tribus aristocráticas (1).

Para determinar la parte que cada tribu debia tener en el gobierno, era preciso organizarlas de manera que todas tuviesen igual número de familias nobles, y que la aristocracia sin distincion estuviese afiliada á una de la cuatro corporaciones.

La situacion de Atica despues de abolida la monarquía, era muy semejante á la de Esparta cuando Licurgo, 50 años antes, repartió la autoridad y el gobierno entre la nobleza y los reyes; el legislador espartano vióse tambien precisado á empezar su obra reorganizando las tribus y afiliando á todas igual número de familias. Hecha esta primera reforma, sin la cual no podia haber equidad en el reparto de los derechos gubernamentales, se dividió cada tribu en tres *fratrias* ó hermandades, teniendo en cuenta las relaciones de parentesco que unian á sus individuos, que-

---

(1) Es cosa averiguada que el núcleo principal de las tribus, aún despues de Solon, tenia su residencia en distritos adyacentes, por lo cual Cleistenes, á fin de contrarestar el influjo de la clase noble, formó sus diez tribus de familias y pueblos distantes, entre los cuales no podian existir las relaciones de intimidad que se originan del contacto local.

dando así dividida la nobleza en doce fratrias. Este era un número sagrado para los jonios, porque correspondia á los doce meses del año, durante los cuales recorria su órbita la luz de Apolo, á quien los aticos adoraban como númen protector de las familias. Cada fratria se componia de cierto número de familias que hacian en junto treinta linajes; para obtener cuyo número, se reunian en un linaje diversas familias de la misma descendencia, ó las que sin estar emparentadas no habian tenido cabida en otros linajes. Resultaban en conjunto trescientos sesenta linajes, ó sea noventa en cada tribu, los cuales, como era natural, reconocian un padre comun, que lo era de toda la fratria (1). El jefe de la familia más antigua de cada linaje, era el presidente del mismo; *árjôn tu guénus*. El cuerpo de los treinta presidentes de los linajes de cada fratria elegia el presidente de esta, el *arjonte* de la fratria, cuyo cargo, en un principio, era vitalicio unas veces y decenal otras, hasta que se hizo de eleccion anual. Los noventa presidentes de las tres fratrias que componian cada tribu, reunidos en asamblea, elegian el rey de la tribu ó *fülobasiléüs*, cuyo cargo

---

(1) Algunos van más adelante en sus cálculos y suponen que cada linaje estaba formado por la reunion de treinta hogares, fijando en 10.800 el número de familias que habia en todas las fratrias; pero desde luego se echa de ver la falacia de semejante cómputo, ya que si cabe suponer que una masa considerable de familias pueda repartirse en cierto número de hermandades ó grupos, no es tan fácil determinar el número de familias que componen cada grupo para deducir el de la masa total. Demasiado alto nos parece el número 360 para los linajes, pero no es imposible su existencia, y además le citan acreditados cronistas, siquiera no haya llegado á nosotros más que el nombre de ochenta á noventa linajes y el de la fratria *Ajniadae*. Poll. III, 52. VIII, 111, *triakás*. Hesych. *atriákastoi*.

era tambien decenal, como el del monarca de las cuatro tribus.

Al lado de esta clase privilegiada, llamada de los eupatridas ó bien nacidos, vivia la clase más numerosa del pueblo, que se componía de pequeños propietarios, labradores ó *gueomores*, y obreros que se distinguian con los nombres de *thetes* y *demiurgos*, los cuales laboraban las tierras de los nobles y labradores, guardaban sus rebaños y desempeñaban otras funciones análogas. Los labradores y thetes de Atica no eran esclavos ó siervos como en otras comarcas; antes por el contrario, tomaban parte en los sacrificios que el rey y la aristocracia ofrecian en la Cecropia por todo el pueblo ateniense, así como en los sacrificios y actos religiosos que desempeñaban los nobles en las cuatro provincias del estado.

Conservóse también la costumbre de convocar al pueblo en asamblea para darle á conocer los designios y proyectos del soberano. En tales casos disponíase el pueblo en círculo al rededor de los nobles y ancianos que, por delegacion del monarca, eran los encargados de administrar justicia, tanto en Atenas como en las otras provincias. A lo menos es seguro que los litigios sobre la propiedad se resolvian en los distritos respectivos, siquiera aseguren algunos que la administracion de justicia en todas sus partes se hallase centralizada en Atenas.

La presencia de las familias nobles en sus respectivos distritos se habia hecho para el pueblo una necesidad emanada de la costumbre; sin la aristocracia no habia sacrificios, ni solemnidades religiosas, ni administracion de justicia, ya que únicamente se acudia al rey en los litigios contra la misma nobleza,

en causas por asesinato ó en cuestiones de herencia, de matrimonio y de parentesco en general.

Al hacerse la reorganizacion de las tribus de la nobleza atica, se agregaron tambien á ellas las diversas clases que componian el pueblo llano. Sin duda alguna la division de las masas populares en pequeñas comunidades respectivamente subordinadas á los linajes aristocráticos, facilitaba de una manera notable la marcha de la administracion en sus diversas ramas. Señalóse á cada linaje aristocrático cierto número de *clientes* que vivian bajo su proteccion inmediata, de tal suerte, que los obreros ocupados en las tierras señoriales, vivian afiliados al linaje del amo, y los labradores lo estaban al linaje cuyos bienes confinaban con sus propiedades. Por eso vemos que Cleistenes dió á los demos nombres tomados de las familias aristócratas que tenian en ellos propiedades, como demos Butadas, Thymetadas, Perithoidas, Semajidas. De ordinario á cada tres ó cuatro familias de los 360 linajes correspondia un número diez veces mayor de familias labradoras y obreras (1). Cada linaje tenia una divinidad ó un héroe al que veneraba como patron ó tutelar, en un santuario erigido al efecto: el pueblo asistia á los sacrificios que ofrecian los nobles, cuyos derechos y privilegios compartian en el dominio de la religion sin participar de los derechos de raza: eran *orgueones* pero no *guennetes* (2).

(1) La flota equipada el año 682 llevaba de 1.000 á 1.500 oplitas, ó sea un total de 10.000 hombres de todas armas. Mas tarde tenian los linajes sus sacerdotes y tesoreros. Véase Ross, Demos de Atica, p. 26.

(2) Cleistenes, al abolir el gobierno aristocrático, echó por tierra esta separacion. La division de Butadas y Eteobutadas nos da alguna luz acerca de la antigua division de linajes eupatridas y demoticos. Poll. III, 52 y Filocoro citado por Suidas, II, p. 708.

Despues de la reorganizacion componíase cada linaje de dos clases de familias: aristocráticas y plebeyas. Las primeras hacian el papel de patronas de las familias plebeyas puestas bajo su proteccion, las cuales, á su vez, quedaban excluidas de los cargos, dignidades y privilegios que constituian el más preciado patrimonio de los nobles: estos eran sus señores por derecho propio y ejercian como tales una soberanía que más tarde se declaró hereditaria.

El pueblo estaba obligado á acatar las decisiones jurídicas del presidente de su linaje y de sus coasesores, los demás nobles pertenecientes al mismo, en los litigios relativos á la propiedad y vivia sometido á su autoridad en todos los asuntos de gobierno comunal; pero en cambio toda la corporacion aristocrática asumia el deber de amparar y proteger á sus clientes, fuesen labradores ú obreros; á todos debia proteccion el respectivo linaje, y en caso necesario la fratria (1). Los *guennetes* en primer lugar y despues los *fratores*, eran los encargados de perseguir y castigar al asesino de sus respectivos plebeyos; y si el crímen admitia expiacion, ellos debian imponerla. Los derechos todos de la familia estaban encomendados á la salvaguardia de los jefes de cada fratria y linaje y á sus respectivos coasesores.

Las doce fratrias rendian particular culto á Júpiter Herceo ó protector del hogar y al Apolo Patroos. En el mes de Pyanepsion se reunian todas las fratrias para celebrar, durante tres dias consecutivos,

(1) Prueban la existencia de este sistema de administrar justicia el cargo de demarjos creado por Solon para administrarla en los demos y los *dikastaí katá dêmus*. Schol. Aristoph. nub., v. 37. Schömann, antigüedades griegas, p. 476.

la fiesta de las apaturias ó linages, conque honraban al paternal Apolo, tutelar de las tribus, y de la cual formaban parte sacrificios de víctimas, libaciones y un banquete al que concurria todo el pueblo. El santuario de Apolo Patroos estaba situado en el ángulo occidental del mercado de Atenas (1).

El acto más importante de esta solemnidad era tal vez aquel por el que se recibia en el linage y en la fratria á los niños nacidos durante el año, hecho que no se consideraba consumado sino despues que los presidentes examinaban los documentos que acreditaban ser frutos de legítimo matrimonio y de haberles hecho dar algunas vueltas al rededor del sagrado fuego del hogar, entonando los presentes himnos en honor de Vulcano, dador del benéfico elemento que más contribuyó, en los primitivos tiempos, á la reunion de las familias. En época más moderna, los padres inscribian en los registros del linage y de la fratria el nombre de sus hijos, despues de atestiguar con juramento la legitimidad de su nacimiento. La adopcion de hijos, usada en Atica para evitar la extincion de las familias, no podia efectuarse sino dentro de la tribu á que pertenecia el adoptante y por consecuencia, en su misma clase, debiendo presidir el acto el jefe de la fratria; el adoptado quedaba desde entonces afiliado al linage y fratria de su padre adoptivo.

El patrimonio de los que fallecian sin dejar herederos forzosos, se repartía entre los indivíduos del mismo linage. Los jóvenes que habian cumplido diez y ocho años eran declarados mayores de edad por la

(1) Poll. Onomast. VIII, 85.

asamblea de la fratria, acto que autorizaba el mismo presidente despues de examinar las pruebas de su nacimiento. Tampoco podia celebrar matrimonio legítimo sin presentar antes la novia á la fratria, con su presidente á la cabeza; formalidad que pocas veces dejaria de cumplirse ya que la validez jurídica del matrimonio era condicion precisa para que los hijos entrasen en el goce de sus derechos hereditarios. El recien casado tenia obligacion de celebrar un sacrificio y de dar un banquete de boda á los fratores. (1).

De todo esto se desprende que en Atica las fratrias y los linajes se componian de señores y subordinados, ó lo que es lo mismo, de las dos grandes clases en que la sociedad naturalmente se divide: la aristocrática y la plebeya, unidas principalmente por los lazos que engendra la identidad de prácticas y creencias, que las llevaba juntas al pié de los altares, por la imperiosa necesidad del mútuo auxilio á que por especiales prescripciones estaban obligadas en caso de ataque ó de penuria ocasionada por extraña fuerza y tambien por cierta comunidad en el derecho hereditario. En el estado atico era el linaje la última division social reconocida: las familias que le formaban obedecian á un presidente que á la vez desempeñaba las funciones de juez y sacerdote de la comunidad.

Lo que no podemos decir es qué disposiciones se adoptaron para que esta reforma de la constitucion antigua de las tribus, en virtud de la cual se modificaba radicalmente la organizacion de los poderes públicos, resultase beneficiosa para el gobierno del esta-

---

(1) Plut. Solon. c. 21. Schömann, antig. griegas, I, p. 359, 366, y 517.

do y facilitase el ejercicio de la autoridad soberana, que desde entonces fué privilegio de toda la aristocracia. Sabemos únicamente que al frente de toda la máquina gubernamental figuraba un monarca supremo al que auxiliaban y rodeaban constantemente los cuatro caudillos de las tribus. Entre los privilegios del monarca electivo debe contarse como principal el derecho de presidir las sesiones del supremo tribunal de justicia, en el que figuraban como jueces asesores los cuatro caudillos, y cuya principal mision era entender en las causas criminales, motivadas por derramamiento de sangre, que debian resolverse en la capital (1).

Resulta, pues, que en la antigua constitucion ateniense eran una misma cosa el tribunal supremo de justicia y el gran consejo que representaba el gobierno del país. Por tanto, debe suponerse que si los jefes de las tribus eran jueces natos de dicho tribunal, ocupaban tambien los primeros asientos en el consejo del rey, y aún tenemos poderosas razones para creer que en este consejo de gobierno tenian representacion los noventa linajes de cada tribu. Es casi seguro que, á lo ménos en las cuestiones de mayor importancia, tenian entrada y voto en este consejo los 360 jefes de todos los linajes que componian la poblacion del país. No se explica si no el objeto que podia tener la creacion de los linajes, ni es tampoco admisible que Solon hubiese establecido un consejo compuesto de 100 representantes de cada tribu, si no hubiera encontrado ya una institucion semejante. Los codridas, designados por la nobleza para desempeñar el cargo de reyes

(1) Pollux. VIII, 111, 120.

electivos, no eran otra cosa que presidentes de este consejo supremo de la nobleza, al que debian presentar sus proyectos y rendir estrecha cuenta de sus actos al terminar su mandato. La verdadera autoridad soberana estaba en manos de la nobleza; el rey no era más que el primer empleado del gobierno por ella constituido.

El tribunal que entendia en causas de asesinato, le componian los jefes de cada tribu y cierto número de representantes nobles de las cuatro tribus, bajo la presidencia del rey; y sus sesiones tenian lugar en la colina de Ares, próxima á la ciudadela, ó al lado del templo del Apolo delfico, llamado Delfinio, ó del santuario de Pallas, próximo al Iliso y á veces delante del Pritaneo, situado al pié de la ciudadela. En Atica, como en los otros cantones de Grecia, los parientes de la víctima tenian obligacion de vengar la muerte de su allegado, con la particular circunstancia de que aún en época relativamente moderna, los atenienses consideraban cómo impiedad hasta la negligencia en el cumplimiento de este deber, por lo cual, si un asesinato quedaba impune, el pariente más próximo de la víctima podia ser llevado ante el tribunal de justicia. El Estado no intervenia en este particular más que para facilitar á la familia ofendida los medios de cumplir su ineludible deber sin derramamiento de sangre: de esta manera se establecia un procedimiento legal para llevar á cabo la captura del asesino y la expiacion del crímen.

La comunidad tenia tambien en esto deberes sagrados que cumplir. La sangre derramada, no solamente manchaba al asesino, sino tambien á los que tenian trato con él ó vivian á su lado; de modo que,

segun las enseñanzas que en el siglo VIII predicaba el oráculo delfico, un asesinato manchaba todo el país y le dejaba expuesto á la implacable cólera de los dioses. Para evitar estos males, tan pronto como se tenia noticia de un asesinato, el pariente más próximo de la víctima declaraba solemnemente sobre la tumba del difunto que el asesino debia permanecer alejado de los templos y de los altares, del mercado y de toda clase de asambleas ó reuniones públicas. En seguida repetia esta proclama *(prórrêsis)* en el mercado y á presencia del rey, el cual, en virtud de su autoridad, hacia comunicar la órden al reo y le mandaba comparecer ante el tribunal de justicia.

El vengador salia, armado de lanza, en persecucion del asesino, con objeto de apoderarse de su persona y llevarle ante el monarca. Si aquel oponia resistencia y quedaba muerto en la refriega, el vengador habia cumplido su deber. Pero si no lograba darle alcance, estaba autorizado para coger rehenes de la familia del reo y llevarlos ante el tribunal. Si de las averiguaciones resultaba que el asesinato habia sido premeditado, la vista se celebraba en la colina de Ares, al lado del templo del númen de la guerra, porque el criminal habia sembrado la discordia entre el pueblo pacífico.

Las causas por asesinato se celebraban al aire libre, por creerse que ni aun los jueces podian estar bajo el mismo techo que el asesino sin contraer impurezas. Al pié de la colina del dios de la guerra estaba el altar de las Erinyas ó espíritus vengadores que nacen de la sangre misma de la víctima; de los venerandos númenes que no dejan impune delito alguno y cuyo culto estaba á cargo de los Hesyjidas.

En este lugar se falló la causa de Orestes, que si bien asesinó con premeditacion á su madre, fué absuelto por el tribunal, porque obró como vengador obligado de su padre. «Aquí el santo temor del pueblo y su hermano el miedo, ponian obstáculos al crímen, lo mismo durante el dia que durante la noche (1).»

Para dar comienzo al acto, el rey se quitaba la corona que simbolizaba su augusto cargo; sentábase el vengador en una piedra sin labrar, llamada piedra de la irreconciliabilidad *(anáideia)* y el asesino en otra semejante que se distinguia con el nombre de piedra de la maldad (2). Acto contínuo se ofrecia, con gran solemnidad, un verraco ó un carnero, y terminado el sacrificio, el demandante juraba, poniendo la mano sobre los trozos de la víctima, que el muerto pertenecia á su linaje y á su familia, y que en todo decia verdad. De la misma manera hacian los testigos sus declaraciones. A continuacion hacian uso de la palabra el vengador y el acusado; el uno para apoyar su demanda; el otro para hacer su defensa, tomando como base sus propias declaraciones y la de sus testigos. La causa duraba tres dias, en el segundo de los cuales se concedia nuevamente el uso de la palabra á las dos partes, y en el tercero se dictaba la sentencia. En el tribunal del Areopago no podian actuar abogados.

El acusado era libre para abandonar el país en cuanto terminaba la vista del primer dia, en cuyo caso el tribunal le condenaba solo á destierro perpétuo, siendo confiscados sus bienes en beneficio de la comunidad. Si en la votacion del tercer dia resultaba

(1) Esquilo, Eumenides, 660.
(2) Poll. Onom. VIII, 90. Schömann, antig. griegas, 1, pág. 471.

empate, el reo quedaba ipso facto absuelto. Pero si el tribunal del Areopago declaraba á un reo autor de asesinato premeditado, se le aplicaba inmediatamente la pena de muerte, para lo cual, en un principio, era entregado en manos del vengador: más tarde se redujo la mision de este á presenciar la ejecucion. En este último caso el estado se apropiaba los bienes del reo.

Cuando el acusado sostenia que, al cometer el asesinato, habia obrado en uso de su derecho, se reunia el tribunal delante del Delfinio, ó sea del templo erigido al númen encargado de presidir las ceremonias de la purificacion del criminal y de la expiacion de su delito. Desde luego se declaraba inculpable el asesinato cometido en defensa propia; era tambien permitido dar muerte al ladron cogido infraganti, y el esposo, el padre, el hijo ó el hermano podian quitar la vida al adúltero cogido en fragante delito con la esposa, con la hija, con la madre ó con la hermana respectivamente. En tales casos la mision del tribunal se reducia á dejar sentada la cuestion y á ejecutar las ceremonias religiosas con que el asesino se purificaba de la sangre derramada.

Si el asesinato habia sido impremeditado é involuntario por haberse cometido en un momento de arrebato ó de extravío de ánimo; asímismo cuando se trataba de causas por homicidio frustrado, por instigacion al asesinato *(Búleüsis)* y, en época más moderna, por muerte dada á extranjeros ó personas que no gozaban del derecho de ciudadanía, se reunia el tribunal delante del Palladion, á orillas del Iliso. Tratándose de homicidio voluntario, los parientes de la víctima, segun costumbre antigua de los helenos, se

contentaban con imponer al asesino una multa que éste pagaba á los primeros, á modo de indemnizacion por la pérdida de aquel indivíduo de su familia. Dábales además un carnero negro que ofrecian en sacrificio á las Erinyas del muerto y á los dioses del mundo subterráneo.

A falta de parientes inmediatos, se entregaba la multa expiatoria á los indivíduos del mismo linaje ó á los fratores. Aquellos á quienes se imponia el deber de perseguir al asesino, eran los primeros que tenian derecho á la indemnizacion del homicida. Este, una vez satisfecha la multa expiatoria, abandonaba el país, del cual permanecia alejado durante cierto número de años. El homicidio frustrado se castigaba igualmente con destierro y confiscacion de bienes, la primera de cuyas penas se aplicaba tambien al matador de personas privadas de los derechos de ciudadanía.

Si el criminal no se presentaba á declarar su delito, ni los encargados de su persecucion le habian dado alcance, se reunian los jueces en el Pritaneo, bajo la presidencia del monarca, como en los casos anteriores. En tales casos la mision del tribunal se reducia á publicar la sentencia y declarar el castigo á que se habia hecho acreedor el asesino. Si los parientes de la víctima presentaban ante el tribunal los instrumentos con que se habia perpetrado el crímen, aquel encomendaba á los jefes de las cuatro tribus la mision de llevarlos fuera del país á fin de que éste no fuese contaminado por su contacto. En general, todo cuanto de algun modo ocasionaba la muerte de un ateniense, fuese cosa animada ó inanimada, era llevado del otro lado de la frontera atica, aplicándose antes á los animales la pena del Talion.

El anfitrion podia emprender por su cuenta la persecucion del extranjero asesinado en su casa y el señor estaba autorizado, aunque no obligado, para vengar la muerte de su esclavo. En general el dueño de la casa tenia el deber de enterrar el cadáver de la persona extraña que, por cualquier accidente, pereciese en su casa de muerte violenta, anunciar el asesinato sobre su sepulcro y plantar en él una lanza para que el pariente más próximo de la víctima emprendiese con ella la persecucion del reo (1).

***

A Jarops, primer príncipe de la familia de Codro, que fué elegido rey de Atica por diez años, sucedieron, por voluntad de la nobleza, Esymedes, Cleidicos é Hippomenes, cuyo reinado abraza un período de 40 años, de 752 á 713. De Hippomenes cuenta la tradicion, que habiendo sido ultrajada su hija Leimone por un libertino ateniense, mandó atar á este á un carro para que lo arrastrasen los caballos y sufriese una muerte tan cruel como ignominiosa; pero no satisfecho con esto, mandó encerrar á su propia hija con un caballo, al que se privó de todo alimento para que devorase á la deshonrada princesa. Esta crueldad produjo tal disgusto en los atenienses, que se levantaron en masa contra el desnaturalizado padre, arrasaron por completo su casa y resolvieron hacer extensivo á todas las familias aristocráticas el derecho á

---

(1) Schömann, Antig. gr. I, 471. Hermann, Antigüedades del Estado *(Staatsalterthümer)*, Pár. 104. 105. Müller, Eumeni. de Esquilo, p. 151 y sigtes.

ocupar el trono que hasta entonces habia estado vinculado á la de los codridas (1).

Al mismo tiempo que los espartanos daban cima á la primera guerra de Mesenia era arrojada del trono ateniense la familia de sus antiguos reyes, con la cual desaparecia el último resto de soberanía régia. Seguramente la nobleza atica introdujo este cambio radical en la constitucion del Estado, movida por más poderosos motivos que los que podia hallar en las crueldades de Hippomenes.

Sea de esto lo que quiera, la aristocracia ateniense no creyó completa su libertad de accion con la caida de los codridas, antes por el contrario, sintió despertarse más y más su codicia de mando y de autoridad, despues que los aristócratas Leocrates, Apsandro y Eryxias ejercieron el honroso cargo de presidentes del gran Consejo y del supremo tribunal de justicia. Bien sea que muchos aspirasen á ocupar el primer puesto en el gobierno de la nacion, ó que una presidencia de 10 años les pareciese plazo demasiado largo y suficiente para que el agraciado pudiese buscar medio de robustecer su posicion, y, mediante un concurso de circunstancias favorables, aspirase á sostenerse en el poder, ó que les pareciesen muchos los privilegios otorgados al presidente y excesivas sus atribuciones; ó, por último, que el desarrollo de la riqueza pública y el aumento de la poblacion diesen algun fundamento al deseo de repartir los derechos y atribuciones que hasta entonces asumia el monarca,

---

(1) Heracl. pont. I, 3, ed. Müller. Nicol. Damasc. Fragm. 51. Paus. 1, 3, 1. Syncell. p. 169. Tal vez deba buscarse el orígen de esta leyenda en el significado de los vocablos Hippomenes y Leimone.

es lo cierto que la nobleza, 70 años despues de la institucion de la monarquía electiva, introdujo nuevos cambios en la constitucion del Estado.

En vez de uno se crearon nueve cargos de eleccion anual, entre los cuales se repartieron todos los privilegios y obligaciones del monarca. Sustituyóse el nombre de rey por el de *Arjonte*, y entre los nueve habia uno más distinguido que ocupaba la presidencia del consejo, y como presidente de la república, llevaba la voz en la direccion de los negocios públicos, sin ejercer, en modo alguno, autoridad sobre sus colegas.

No obstante, se reservó al primer arconte cierta jurisdiccion para fallar en los litigios relativos á la familia y al derecho hereditario en Atica, por lo cual se le consideraba, lo mismo que á los antiguos reyes, como protector especial de los huérfanos y viudas del país (1). Pronunciaba sus fallos y decisiones, tocante á estos puntos, en la «sala del rey,» situada en el ángulo meridional del mercado, en el mismo sitio donde los reyes hereditarios y electivos administraban justicia.

Creonte, elegido el año 682 antes de Jesucristo, fué el primer presidente del arcontado.

Siguiendo antigua costumbre de todos los países helenos, no se cambiaron los ritos que establecian la manera de mantener comunicacion constante entre la nacion y los inmortales. Por eso al encargar las funciones religiosas y sacerdotales, que antes ejercian á nombre del pueblo los reyes, tanto hereditarios como electivos, á un empleado de inferior categoría que el

---

(1) Pollux. Onom. VIII, 89-91.

Arconte, dejáronle el título de rey, con su antiguo traje característico, y todos los atributos de la dignidad régia, como la corona y los zapatos reales llamados *basilídes*.

Como consecuencia de su cargo, conservaba el rey gran número de privilegios que en aquel tiempo eran de mucha estima. No solamente era de su incumbencia ofrecer los sacrificios en casi todas las solemnidades religiosas, por suntuosas que fuesen, sino que le estaba reservada la presidencia en todos los torneos, justas y juegos que seguian á los grandes sacrificios, así como en los pleitos ó causas relativas á asuntos religiosos, como los motivados por impiedad, por abandono de los actos sagrados y en todas las causas que se fundaban en delitos con derramamiento de sangre, las cuales no podian fallarse sino mediante la práctica de ciertas ceremonias religiosas, y cuya expiacion iba siempre acompañada de sacrificios, ofrendas ó purificaciones. Tambien la mujer del nuevo rey desempeñaba los mismos oficios que la esposa del antiguo monarca. El tercer dia de la fiesta primaveral, Anthesterias, se trasladaba, acompañada de catorce señoras de la nobleza atica, al Leneo, templo erigido á Baco en la hondonada que se extendia al pié de la ciudadela, y allí celebraba sus esponsales con el mencionado númen, para moverle á dispensar su fructífera bendicion al suelo atico, durante el año comenzado.

El mando del ejército en la guerra, que antes era desempeñado por el monarca, se encomendó á un tercer funcionario que llevaba el título de *polemarjos* ó señor de la guerra, al que tambien correspondia degollar las víctimas que se ofrecian á Marte y á la

Artemis Agrotera y cuidar de todo lo relativo á su culto.

La verdadera administracion de justicia, en la más lata acepcion de la palabra, se encomendó á un colegio de seis funcionarios que se distinguian con el título de *Thesmothetes* ó restablecedores del derecho. Estos presidian las causas criminales, resolvian las querellas entabladas contra los eupatridas y todos los litigios sobre la propiedad en que los interesados apelasen del veredicto pronunciado por el presidente del respectivo linaje, y fijaban las penas. Ellos presidian, además, el gran Consejo, siempre que se reunia para tratar asuntos ajenos á la gobernacion del Estado, como eran la aplicacion del derecho penal, el mantenimiento de la paz en la nacion y la decision en última instancia de todas las querellas civiles. Los thesmothetes comian en un edificio especial llamado Thesmothesion (1).

***

En conformidad con este cambio introducido en la direccion superior del gobierno, dióse nueva organizacion al consejo de la nobleza, cuya presidencia ejercia el arconte en la parte administrativa, y los thesmothetes en las cuestiones jurídicas. El brillante y rápido desarrollo que tuvieron las ciudades vecinas de Chalcis y Eretria por un lado, y de Megara y Corinto por otro, sus extensas relaciones marítimo-comerciales y la flota relativamente considerable de que cada una disponia, eran síntomas demasiado graves

(1) Schömann, antig. griegas, I, p. 412. Hermann, antig. del Estado, pár. 138.

para la seguridad del estado ateniense, cuyos gobernantes no podian ver con indiferencia el engrandecimiento de sus vecinos. Para contrarestar, pues, su influencia, pensaron antes que todo en procurarse una marina de guerra y levantar un ejército que guardase relacion con las nuevas necesidades del Estado. Para que el repartimiento de las fuerzas militares fuese más equitativo, dividióse el país atico en cuarenta y ocho distritos locales llamados Naucrarias, de igual extension y próximamente con el mismo número de habitantes, habiéndose dispuesto que perteneciesen á cada Naucraria las familias nobles que tuviesen allí sus bienes y su residencia, sin consideracion al linaje á que estuviesen afiliadas (1). Bajo esta nueva organizacion, sin embargo, quedaban subsistentes los antiguos linajes, fratrias y tribus.

Cada uno de los cuarenta y ocho distritos tenia obligacion de construir, de sostener, y, en caso de guerra, armar ó equipar convenientemente un trireme. En cada distrito debia haber, para eso, un *colacretes*, ó cobrador de impuestos, encargado de hacer efectivos los fondos necesarios para el cumplimiento de esa obligacion.

En tiempo de guerra, la tripulacion del buque se componia de los nobles de la Naucraria que hacian las veces de soldados ó guerreros; los pescadores de la costa que desempeñaban el oficio de marineros y los labradores y pastores que empuñaban los remos. Para el ejército de tierra, cada distrito tenia que pre-

---

(1) Naucraria de *náüklêros;* por ejemplo la Naucraria kolias, así llamada del promontorio de este nombre. Pollux., VIII, 108. Al decir de Hesiquio cada Naucraria elegia un pritanis.

sentar dos caballeros de la nobleza del país con sus respectivos siervos, y cierto número de infantes provistos de armadura pesada. Cada distrito sostenia y equipaba su respectivo contingente.

Claro está que estos distritos, encargados de cubrir las cargas del Estado, obtuvieron tambien su representacion en el gran Consejo de la nacion y el tribunal supremo, para lo cual, los nobles establecidos en el distrito, elegian de su seno un representante ó *pritanis*. Por tanto, en virtud de esta nueva reforma, dichos cuarenta y ocho representantes de la nobleza atica formaban el gran Consejo que, bajo la presidencia del Arconte, dirigia los destinos del país, y que bajo la direccion de los thesmothetes tenia á la vez la mision de administrar la justicia y de aplicar las penas.

Todos los consejeros comian con el Arconte en el Pritaneo, al lado del antiguo hogar régio y del altar erigido á Hestia, númen tutelar de la casa. Aquí se celebraban igualmente las sesiones, siempre bajo la presidencia del Arconte; pero las causas contra los asesinos que no habian sido habidos, ó las discusiones relativas al destino que debia darse á los instrumentos del crímen, tenian lugar delante de la puerta del mismo Pritaneo, bajo la presidencia del rey tutelar.

Los pritanidas, cuando obraban como tribunal de justicia ordinario, celebraban sus sesiones en el Thesmothesion, pero cuando se trataba de causas criminales con homicidio, se reunian bajo la presidencia del rey arconte en el Areopago, delante del Delfinion, en las márgenes del Iliso. Con los 48 pritanidas tomaban asiento en el Consejo y en el tribunal supremo los cuatro príncipes de las tribus, y, segun todas las apa-

riencias, para resolver cuestiones de importancia extraordinaria, el Arconte reunia el gran consejo compuesto de los trescientos sesenta jefes de los linajes.

Aunque sobre estos detalles reina alguna confusion, varios interesantes pasages de antiguos escritores ponen en claro los puntos de mayor importancia. Por la ley octava de la tabla décimatercera de Solon, se prescribe que los *reyes* ejerzan las funciones de jueces en el Pritaneo en causas sobre asesinato, homicidio y tiranía. Sin duda por eso los cuatro *filobasileis* ejercian sus funciones en las causas sobre homicidio, todavia en época relativamente moderna (1). Herodoto supone que hácia el año 624 se reunieron en consejo los pritanes de los Naucraros, que á la sazon mandaban en Atenas, para juzgar á ciertos criminales que se habian refugiado cerca de la estátua de Minerva, de donde les sacaron bajo la fé pública de que no se les daria muerte; por tanto, dicha institucion era anterior á la citada fecha (2). Por otra parte, al decir Aristóteles que Dracon no introdujo cambio alguno en la Constitucion del Estado, supone que la institucion de los pritanes y de los naucraros data de la época en que se llevó á cabo la gran reforma del arcontado, en la cual se descubre á primera vista el deseo de establecer una organizacion más adecuada y racional de los servicios públicos, ya que por este tiempo existian las razones y causas que obligaron á los atenienses á procurarse una marina de guerra (3).

---

(1) Pollux, VIII, 111, 120.
(2) Herodoto, V, 71.
(3) Arist. Polit. II, 9, 9.

Dracon no hizo más que cambiar el nombre de pritanes por el de *efetes*, cuyo número hacen subir algunos á 51, aunque eran seguramente 48 con el *Basileüs* á la cabeza (1).

La nobleza atica habia destruido uno tras otro todos los privilegios y prerogativas de la monarquía, para repartirlos entre las diversas agrupaciones de su clase. Todas las atribuciones y los poderes relativos á la administracion de justicia y al gobierno general del Estado, pasaron á manos de los nobles, quienes, desde entonces, eran los únicos autorizados para resolver las cuestiones de derecho, lo mismo en asuntos sagrados que profanos; sólo ellos podian ofrecer sacrificios á los dioses por el linaje, por la fratria ó por el pueblo en general. Las partes litigantes tenian obligacion de remunerar con regalos las sentencias que dictaban, y el pueblo tenia que contribuir con ofrendas al sostenimiento del culto y de los sacrificios, de donde les vino á los cobradores de impuestos el nombre de colacretes ó colectores de los jamones, es decir, de las piezas destinadas al sacrificio.

Cuando hubo asegurado su dominacion la nobleza, exigió al pueblo nuevos subsidios para la construccion de naves y para el sostenimiento de la marina de guerra, no sin establecer un servicio de mar obligatorio. De esta manera entregaba á la clase labradora ó plebeya las armas de que se habia servido para conquistar el poder y con las cuales antes se habia constituido en defensor voluntario del pueblo.

---

(1) Clistenes elevó á diez el número de las tribus y á cincuenta el de los naucraros.

Las comarcas montañosas de Atica eran, en general, áridas y aun en los distritos llanos habia pocas tierras verdaderamente feraces. De suerte que, siendo la agricultura, y en menor cuantía la pesca, los únicos medios de subsistencia que en Atica se conocian, el aumento de las cargas públicas, unido al crecimiento de la poblacion, tenia que producir un rápido empobrecimiento del pueblo.

Entre tanto la corrupcion y la arbitrariedad, empezaron á enseñorearse de la administracion de justicia; la nobleza no perdonaba medio alguno, por reprobado que fuese, para enriquecerse; ya imponia fuertes multas á los labradores; ya saqueaba á los clientes que buscaban su apoyo, de tal suerte, que hacia la mitad del siglo VII el poeta Tirteo de Afidnas, no creyó que podia hacer cosa mejor que reprobar en sus cantos las crueldades de la nobleza atica y afear sus vicios. Como no podia ménos de suceder, gran número de propiedades rurales cayeron en poder de los nobles, y los labradores libres pasaron á ser siervos de sus nuevos dueños, los cuales llevaron su tiranía al extremo de elevar las rentas á cinco sextos del total rendimiento de las tierras, es decir, á un tipo más alto del que pagaban los hilotas espartanos (1). Era tanto más odiosa esta tiranía, cuanto que los magnates que la ejercian no eran conquistadores que hubiesen vencido al pueblo con las armas sino los mismos nobles del país á quienes más tarde faltó valor y energía para defender las fronteras de la pátria, contra enemigos más débiles, y para mantener el honor de las armas atenienses.

---

(1) Böckh, Administracion, I, p. 643.

IX.

EL ORÁCULO DELFICO.

El pueblo griego se distingue en todo tiempo por su celo religioso que de ordinario raya en timidez supersticiosa. En medio de los más radicales trastornos políticos, jamás dejaron los helenos de tributar á los dioses los honores que les correspondian ni de ofrecerles los sacrificios y homenages con que sus mayores les habian dado culto. Era entre las tribus helenas general la creencia de que los inmortales manifestaban su voluntad á los hombres por medio del trueno y del relámpago, por el vuelo de las aves, por la forma y disposicion que presentaban las entrañas de las víctimas. Ningun otro pueblo observaba con tanta rigidez la práctica de no emprender cosa alguna sin haber recibido signos favorables; ninguno era tan severo en la costumbre de ofrecer sacrificio tras sacrificio, hasta tanto que los dioses enviasen buenos augurios.

Daban extraordinaria importancia á los oráculos de los dioses y veneraban sobremanera á los adivinos y profetas, particularmente á ciertas familias que

creian dotadas de una virtud especial para interpretar la voluntad de los dioses, conocer el significado de los augurios y deducir el porvenir del exámen de la ceniza del altar y de las entrañas de las víctimas ofrecidas. Trasmitíase en ciertas familias el derecho hereditario de ofrecer ó dirigir determinados sacrificios cuyos ritos ellas solas conocian; otras tenian el privilegio de conservar el depósito de las canciones sagradas y de invocar con ellas la proteccion de los inmortales en sus respectivas fiestas; y otras habia, por último, cuyas funciones sacerdotales consistian en la custodia de un santuario y que tenian la obligacion de nombrar de su seno el sacerdote ó sacerdotisa que por toda la vida desempeñaba aquel cargo.

En otros pueblos de la antigüedad, estas familias de adivinos, cantores sagrados, sacrificadores y custodios de los santuarios, formaron, con el tiempo, un estado social perfectamente organizado, que gozaba de especiales privilegios y tenia intereses particulares. Por los esfuerzos de esta clase sacerdotal, la primitiva y sencilla adivinacion se trasformó en un sistema de profetismo que se perpetuó en la clase; ella fijó sucesivamente el ritual observado en las sagradas ceremonias; hizo un monopolio exclusivo de las doctrinas relativas á la divinidad, y, atribuyéndose la exclusiva posesion de los medios por los cuales se gana la simpatía de los inmortales, se elevó por encima del sencillo pueblo y de la guerrera nobleza, dominando á unos y á otros con las armas de la religion, de la ciencia y de la sabiduría, de cuyos santuarios estaba excluido todo el que no fuera sacerdote. Si el pueblo heleno hubiera seguido esta corriente, su cultura, en general, presentaria un carácter

muy diferente. Pero entre los griegos, los himnos religiosos, la poesía sacerdotal, se vieron muy luego suplantados por los cantos heróicos; en suma, la poesía profana se sobrepuso desde los primeros tiempos á la poesía religiosa, y marcó distintos derroteros á la civilizacion helena.

El canto heróico heleno, cuyo más perfecto modelo nos presentan los poemas homericos, fué el que trasformó por completo las antiguas nebulosas teorías sobre la divinidad; describió á los inmortales bajo más definidas formas y con caractéres puramente humanos, y, por consecuencia, les atribuyó participacion en el gobierno del mundo y de los hombres. De esta manera, la poesía hizo aquí las funciones del sacerdocio y ejerció sobre las doctrinas religiosas el monopolio que, con más justicia, correspondia al primero: así vemos que entre los griegos la revelacion del dogma y de los séres divinos se manifiesta por libre inspiracion poética, sin participacion alguna de la clase sacerdotal ó profética. Despues que el poema homerico describió, con tan gráficos caractéres y bajo formas tan intuitivas y plásticas, la esencia de los númenes celestes y sus propiedades, ¿qué influencia podia ejercer en el pueblo la inspiracion del sacerdote ni sus enseñanzas teogonicas? En realidad de verdad, la epopeya hizo imposible toda revelacion sacerdotal acerca de la naturaleza de los dioses, y cerró todos los caminos para manifestar por ese modo la voluntad de los inmortales; ya que una y otra habian dejado de ser un secreto desde la aparicion del poema homerico que se encargó de llevarlas al dominio público. De esta manera se despojó á las tradiciones religiosas del sello de la revelacion divina que las

realza y ennoblece, y se destruyó el principal fundamento sobre que descansa la institucion de la gerarquía sacerdotal, única que podia conservar en toda su primitiva pureza las doctrinas religiosas, reunir en un sólo cuerpo los antiguos cantos sagrados, y orderan el ritual de los sacrificios; redactar, en suma, el código religioso.

La epopeya homerica introdujo una verdadera esencial revolucion en el sistema religioso de los griegos. Puesto que el pueblo podia directamente llegar al conocimiento de las cosas divinas, no se pudo formar en Grecia un estado sacerdotal que ejerciese predominio sobre las clases noble y plebeya, como sucedió en otros pueblos en que dicho conocimiento era exclusivo privilegio de ciertas familias, que le trasmitian por tradicion á sus descendientes y le perfeccionaban por el estudio de los libros sagrados que nadie más que esa privilegiada clase comprendia. En Grecia no eran menester estudios ni preparacion alguna especial para iniciarse en los misterios religiosos.

Segun la doctrina epica, no hay verdadera distincion entre la naturaleza divina y la humana; por tanto el hombre no tiene motivos para sentir temor de los dioses, y no habiendo la menor divergencia en la manera de sentir y de obrar del uno y de los otros, no era menester sujetar á determinadas reglas la vida y las acciones humanas, ni mucho ménos reprimir total ó parcialmente las inclinaciones y los instintos naturales del hombre para hacerlos agradables y conformes á la voluntad de los inmortales. Segun este concepto de la esencia divina y del ser humano es de todo punto innecesaria la negacion de

la voluntad propia, como lo es la mediacion de otros seres para volver propicios á los poderes celestes, para reconciliar al hombre con el cielo y conducirle despues de su muerte al seno de los inmortales. Nada de esto es necesario en la religion epica de los griegos, en cuyo sentir los dioses no eran otra cosa que hombres más poderosos, pero sujetos á las mismas debilidades y obedientes á los mismos vicios que degradan la naturaleza humana. Por eso en las grandes solemnidades religiosas, despues que terminaban los sacrificios, los rapsodas se encargaban de anunciar á la multitud no solamente las hazañas de los héroes, sino tambien las manifestaciones de la cólera de Apolo; en el mismo canto en que ponderaban la eficaz proteccion de Minerva, anunciaban el temible poder de Neptuno, autor de los terremotos y las astucias de la iracunda Juno; despues de alabar el buen consejo de Jove y los trabajos artísticos de Vulcano, describian á la multitud ignorante los dolores y los placeres que experimentan los dioses del Olimpo.

Desde luego se comprende que para agradar á semejante cónclave celeste no era necesario revestirse de una pureza sobrenatural, ni someterse á las prescripciones del ascetismo dictadas por los sacerdotes; no era menester tampoco destrozar la carne para amortiguar sus desordenados apetitos ni entregarse á locos desvaríos, como lo hacian los ascetas indios para volver propicios á los dioses. La religion epica de los griegos no impone á los hombres otra obligacion que la de moderar sus pasiones y regular sus instintos morales; para agradar á los dioses basta honrar su nombre con sacrificios y ofrendas; y por

lo que hace á la vida futura, apenas hacen de ella mencion los poetas epicos, sin duda por parecerles bastante buena y deliciosa la presente. Preocupados los vates epicos con la narracion de las hazañas de los grandes héroes y los hechos maravillosos de los dioses, no habian hecho más que incluir en el número de sus tradiciones lo que se refiere á la vida inconsciente que llevan las almas de los muertos en el Ades tenebroso, sin añadir ni quitar nada, como si se diesen por satisfechos con saber que allí recibian merecido castigo ciertos delitos contra los inmortales.

***

La antigua religion popular se habia trasformado en una religion puramente poética sin sacerdocio, al ménos en el sentido en que todos los pueblos han entendido esta institucion augusta. Por extraño que esto parezca, es lo cierto que el cánon sacerdotal fué sustituido, sin lucha, por el cánon poético-religioso de la epopeya, y las funciones sacerdotales, como expresamente se hace notar en el poema homerico, quedaron reducidas á la guarda y custodia de los santuarios. No debe, pues, maravillarnos que en Grecia, la clase sacerdotal nunca hiciese el menor esfuerzo para apropiarse el exclusivo privilegio de ofrecer los sacrificios y dirigir las ceremonias del culto, excluyendo de estas funciones á los reyes, á los nobles y áun al pueblo que, sin distincion de categorías podia ejercerlas; el sacerdote no llegó á ser en la religion helena intermediario entre la divinidad y el pueblo, porque esa mediacion era innecesaria para acercarse á los númenes griegos y obtener sus

favores. El sacerdocio no constituia entre los griegos una clase especial; era más bien una funcion abierta á todo el mundo, ya que cualquiera podia ofrecer sacrificios y presentar ofrendas á los dioses. Por otra parte, segun costumbre universalmente admitida, las familias sacerdotales, lo mismo que las familias de cantores y adivinos, no podian ejercer sus limitadas y modestas funciones fuera del canton en que vivian.

Esta circunstancia fué seguramente uno de los factores que más contribuyeron á debilitar el prestigio sacerdotal en Grecia. Porque circunscrita su actividad á tan pequeño círculo, cada familia tenia que obrar por sí sola ó poco ménos; y su esfuerzo aislado no era capaz de contrarestar la poderosa influencia que los cantos epicos ejercian sobre el pueblo, para lo cual hubiérase necesitado la accion enérgica de toda la clase, aplicada en circunstancias favorables. Pero los sacerdotes helenos, si tal nombre merecen guardianes de santuarios, cantores, sacrificadores y adivinos, no traspasaban los límites de su feligresía, ni su vida se diferenciaba de la vida de las gentes con quiénes vivian en contacto; trabajaban como los otros ciudadanos, desempeñaban cargos oficiales como los demás, y en tiempo de guerra salian al campo confundidos entre los soldados.

En casos especiales únicamente, utilizaban el rey y el municipio los servicios de éstas familias, y les hacian ejercer las funciones sacerdotales que constituian, por voluntad del monarca y del pueblo, su particular privilegio. Por consecuencia, el desenvolvimiento religioso entre los griegos siguió la marcha trazada por la epopeya, cuyas inspiraciones y enseñanzas se perpetuaron con igualdad extraordinaria

á través de los siglos, conservando en el ánimo del pueblo la influencia de que habian despojado al sacerdocio. Los bardos y poetas aparecen, desde la época homerica, á la cabeza del desenvolvimiento religioso de los griegos; ellos desempeñan las funciones de los verdaderos sacerdotes y hacen el oficio de profetas de los dioses.

Los inconvenientes de tan anómalo sistema no se hallan en modo alguno compensados por las ventajas que pudiera llevar consigo la mayor suma de libertad que gozaba la conciencia, que no llegó á sentir nunca entre los griegos el freno que impone la clase sacerdotal al desarrollo de la vida en otros pueblos. En tal situacion, el pueblo heleno corria el peligro de caer en el escollo contrario. Si la poesía hubiese continuado la obra empezada por la epopeya, y, adoptando sus extrañas ideas tocante á la esencia y carácter de los dioses, hubiese elaborado más y más tan extraño sistema teogonico, por necesidad hubiera producido una secularizacion completa de la religion, trasformando en jocoso juego de fábulas la seriedad de la idea religiosa, cuya sublimidad debe estar muy por encima de los mudables caprichos de la poesía. Los poetas hubieran seguramente caido en este escollo si no hubiesen encontrado una insuperable barrera en la natural disposicion y sentimiento religioso del pueblo heleno que conservaba con ahinco las antiguas ideas acerca de los dioses, encarnadas en el culto conque les honraban los respectivos cantones; los mismos deberes que se había impuesto la nobleza, al tomar en sus manos las riendas del gobierno, fueron causa de que los poetas cultivasen el género religioso en lugar del

epico, porque buscando los nobles en el culto y en la idea religiosa un apoyo para su causa, hicieron renacer los antiguos himnos y las canciones corales con que, en otro tiempo, se daba esplendor á los sacrificios y en las cuales ensalzaban á los poderes celestes.

Entre tanto, la fundacion de un centro religioso que llegó á ser el alma y la vida de la iglesia helena, que conservó sobre sólida base el concepto místico y sobrenatural de la religion, puso freno á la fantasía de los poetas, arrojó alguna luz sobre el oscuro concepto que á la sazon se tenía de la divinidad y conjuró el peligro de que la religion llegara á secularizarse.

***

En un lugar consagrado desde la más remota antigüedad á Apolo, al pié de la cima del Parnaso, se estableció un oráculo en la primera mitad del noveno siglo. En su fundacion tomaron parte muy principal los dorios de las colonias cretenses. El oráculo de Delfos fué ganando prestigio é importancia desde el dia en que la Pitia saludó á Licurgo á las puertas del santuario y Apolo le dió instrucciones sobre la manera de redactar la constitucion espartana. Creció sin cesar la fama del santuario y del oráculo, porque todos los estados griegos tenian interés en atribuir un orígen sobrenatural á sus pretensiones; todos trataban de poner en manos de los dioses la decision de sus asuntos y deseaban conocer de antemano el éxito de sus empresas; en Delfos hallaron ese lugar sagrado al que los dioses descendian para manifestar su voluntad á los hombres. Los griegos recibian llenos de fé y sumision los mandatos divinos que allí se les comunicaban y ninguno dudaba que en aquel abismo

se manifestaba la voluntad de los poderes celestes.

Los griegos vieron satisfecha una de sus más imperiosas necesidades, como lo son todas las que se fundan en el sentimiento religioso, y esta circunstancia fué la que más contribuyó á aumentar el prestigio del oráculo delfico que, durante el siglo octavo y los dos siguientes, llegó á ser el centro de la actividad helena en todas sus manifestaciones, pues no solò se ventilaban allí asuntos religiosos sino tambien políticos. De todos los oráculos y escuelas de profetismo que han funcionado entre los pueblos de la antigüedad, ninguno ha ejercido tan decisiva influencia en los negocios públicos como el de Delfos en los mencionados siglos.

Todos los asuntos relativos al santuario dependian del Municipio de Delfos; en general el Estado ejercía autoridad sobre la iglesia en todos los cantones griegos. Al frente de dicho municipio figuran las familias aristocráticas de los thracidas, lafriadas y otras, algunas de las cuales torcieron en muchas ocasiones la voluntad de la misma Promantida (1). La aristocracia de Delfos nombraba, de indivíduos de su seno, un colegio de cinco miembros al cual estaba encomendada la custodia y la direccion del santuario. Designábaseles con el título de santos y, al ser investidos con su cargo, que era vitalicio, se les consagraba con particulares ceremonias y sacrificios. El colegio de los cinco nombraba los sacerdotes del templo, los profetas y elegía la Promantida ó Pitia (2).

Tenemos, pues, en este colegio, un cuerpo per-

(1) Diodoro, XVI, 24. Hesiquio, *Lafriadai*. Herod. VI, 66.

(2) Plut. quæst. græc. 9.

manente de carácter religioso con atribuciones propias, y una comunidad de sacerdotes y adivinos que representaban una tradicion eclesiástica no interrumpida, y se veian obligados á ejercer constantemente sus funciones en virtud de las numerosas consultas que de todos los puntos de Grecia se les dirigian, ya sobre la manera de aplacar la cólera de cierta divinidad que habia enviado alguna calamidad sobre el país, ya pidiendo instrucciones para ofrecer un sacrificio á tal ó cual númen ó tambien inquiriendo el modo de expiar algun delito grave.

Los antiguos helenos no eran ménos escrupulosos que los arios del Iran y de la India en la limpieza de su cuerpo y evitaban con igual cuidado el contacto de las cosas que llamaban impuras. En esta cuestion unos y otros partian del principio de que la oscuridad y toda clase de impurezas eran elementos propios de los malignos espíritus que de ellos se servian para hacer daño á los mortales. Entre las teorías que sobre este particular sustentaban arios y griegos, hay la diferencia de que, en sentir de estos, la lucha entre buenos y malos espíritus, dioses y demonios, ha cesado con la completa derrota de los últimos. Esto no obstante, el temor de los maléficos genios no se habia extinguido, ya que ni aún los despreocupados héroes de la epopeya ofrecen jamás un sacrificio, una oracion ó una ofrenda cualquiera sin haberse purificado antes y puesto vestido limpio. Considerábase como un acto criminal el ofrecer vino á los dioses con las manos sucias, y cuando en un mismo vaso se ofrecia vino á diferentes divinidades, debia limpiarse con sumo cuidado la vasija antes de cada libacion (1).

(1) Iliada, VI, 266. Odisea, IV, 750.

El que salia de una enfermedad debia purificarse, una vez terminada la convalecencia, arrojando los vestidos al mar y lavándose con agua del salado elemento; y Hesiodo nos da á conocer otros muchos usos de esta naturaleza que se conservaban en su tiempo entre la clase labradora, de los cuales se habia emancipado la aristocracia (1).

De todas estas prácticas hicieron los sacerdotes del santuario delfico un ritual de purificaciones y de expiaciones, que en realidad formaban parte integrante de las prácticas conque allí se honraba á Apolo, númen de la luz, y por tanto, especial patrono de la pureza. Por eso estas prácticas de purificacion se conservaron con tanto cuidado como las ceremonias del culto; y la autoridad del oráculo que las habia aceptado y sancionado, hizo que muy luego se propagasen por los demás cantones de Grecia. De esta manera se difundieron por la península, á partir del siglo VIII, no pocas ideas y usos nuevos patrocinados por los sacerdotes ó adivinos del santuario en cuestion, reformáronse otros ó se restauraron algunos que habian caido en olvido.

El alumbramiento, la union de los dos sexos, el contacto de un cadáver, la entrada en la casa mortuoria, la participacion ó simple asistencia á un entierro, eran otros tantos actos considerados como impuros, lo mismo entre los griegos que entre los antiguos arios (2). El quinto dia despues del alumbramiento, debia tener lugar la purificacion de la parida y de todos los individuos que la habian asistido; asímismo debian someterse á una purificacion,

(1) Iliada, I, 314. Odisea, XXII, 480.
(2) Hermann, Antigüedades del culto, pár. 23.

todas las personas que habian asistido á un entierro ó acompañado á un difunto, por lo cual, aún en tiempos relativamente modernos, se ponian á la puerta de la casa mortuoria vasijas con agua para que se lavasen los indivíduos que saliesen de la misma (1).

La purificacion era más perfecta cuando se hacía con agua salada que con agua dulce, pero todavía era más eficaz la que se efectuaba por medio del fuego y del azufre, es decir, haciendo con éste fumigaciones, de cuya propiedad vino á dicha sustancia el nombre de *divina*; despues de hacer las fumigaciones, se rociaba el objeto impuro con agua clara tomada de una corriente ó bien con agua de mar, valiéndose de ramas, generalmente de olivo, que se habian remojado en el agua de purificacion (2). No obstante esta era más eficaz si se empleaban ramas de laurel, especialmente del que se criaba en la pequeña foresta que habia en los alrededores del santuario, al cual se atribuia una especialísima virtud expiatoria.

A la puerta de los santuarios y lugares consagrados á los dioses, habia siempre vasijas llenas de agua en las cuales se lavaban los devotos antes de penetrar en el sagrado recinto; el agua se purificaba préviamente introduciendo en ella un áscua del fuego que ardia en el altar.

Por las causas más diversas se contraian impurezas que debian limpiarse antes de conversar con los poderes celestes; era una falta más ó ménos grave hacer aguas en los rios, en las fuentes y en todo lugar consagrado á los dioses; así como escupir ó

(1) Suidas, *Amfidrómia*. Schol. Aristoph. Nub. 838. Platon. Minos, p. 315. Poll. Onomast. VIII, 65.

(2) Eurip. Electr. 799. Theocrit. XXIV, 94.

sonarse con ruido en estos mismos sitios. No era permitido comparecer ante los inmortales sino con vestido limpio, nuevo en lo posible, el cuerpo bien lavado, ó segun expresion helena, con la piel brillante, enteramente santificada; en suma, con el cuerpo limpio y el ánimo sin mancilla (1).

En el nuevo órden de ideas predicado por los sacerdotes de Delfos, la mayor de estas impurezas era la que se contraia por el homicidio ó asesinato. Segun la doctrina sustentada en los poemas homericos, el homicida no tenia que temer otra cosa que la venganza de los parientes de la víctima á la que podia sustraerse por la fuga ó por medio de regalos; en concepto de los sacerdotes del númen delfico, que sin duda fundaron sus nuevas teorías en antiguas tradiciones, el homicida no sólo contraia la más perniciosa de todas las impurezas, manchando con su delito su persona, la ciudad y el país en que le habia cometido, sino que en virtud de esa mancha adquirian los dioses infernales poder sobre su pueblo, y éste se hacia indigno de la proteccion de los poderes celestes; él mismo quedaba supeditado á los espíritus de las tinieblas, á las Erinnyas, las cuales, por efecto de la sangre conque se hallaba salpicado, tenian potestad para arrastrarle á la subterránea region del terror y de las tinieblas.

Como natural consecuencia de este concepto, el que se manchaba con la sangre de uno de sus semejantes era arrojado del seno de su familia y de su pueblo, sin consideracion á la manera conque llevó á cabo el crímen, ni á si fué un acto conforme ó no á

(1) Hermann, Antig. del culto, pár. 23. Pollux Onomast. I, 25.

justicia, ejecutado con premeditacion ó por accidente fortuito; lo esencial era la mancha contraida que se trasmitia á todo lo que el reo tocaba. Por eso se le imponia la obligacion de mantenerse lejos de las vasijas que contenian el agua bendita ó las libaciones, de no tocar los vasos sagrados, de vivir apartado de los santuarios y del mercado público y de abstenerse de toda accion religiosa (1). Nadie podia recibir en su casa al asesino si antes no purificaba sus manos de la sangre derramada. Para sustraerse á la venganza de los espíritus malignos y al poder de la muerte, debia someterse voluntariamente á la penitencia y á la expiacion y practicar las ceremonias y sacrificios de la purificacion. Vertíase al efecto sobre sus manos la sangre de un lechoncillo ofrecido á los dioses, arrojábanse al mar las ropas manchadas y los instrumentos del crímen, ó si esto no era posible, se enterraban y al propio tiempo quemábanse sobre el altar tortas y otras ofrendas. Esta purificacion podia tambien efectuarse, sacrificando un carnero en honor de Júpiter, durante cuyo acto el reo debia sujetar la víctima con el pié izquierdo.

En cualquiera de los dos métodos, practicadas estas primeras ceremonias, se sacrificaban animales negros á los poderes infernales para rescatar el alma del homicida y se ofrecian libaciones, que se arrojaban en fosas ó simas naturales, por el alma de la víctima. En estos actos espiatorios era tambien costumbre sacrificar perros. A la purificacion del asesino seguia la de los altares y sucesivamente la del

---

(1) Demosth. adv. Lept. p. 505; ed. de Reiske.

lugar y la del país que habia manchado con su presencia (1).

***

El principal sacrificio con que se honraba á Apolo era el de primavera, y se conmemoraba en él la aparicion de la nueva luz primaveral despues de la oscuridad producida por las nubes y tempestades del invierno. En Delos se celebraba el nacimiento del númen, «cuando aparecía la dulce primavera y la golondrina dejaba oir sus alegres gorgeos en los collados»; en Delfos se adoraba al dios como guerrero, matador del dragon y vencedor del mónstruo tenebroso, por lo cual se conmemoraba su victoria sobre la Piton; en Delos se celebraba dicha fiesta el dia seis del Targelion ó Mayo; en Delfos se sentaba la Pitia sobre el trípode el siete del mes primaveral, único dia en que despegaba sus labios para hablar en público (2).

La generalidad de los griegos suponia que el númen de la luz pasaba el invierno en Licia, país de más trasparente y apacible cielo que Grecia; pero en Delfos era más corriente la tradicion que le hacia pasar dicha época entre los hiperbóreos, pueblo que habitaba del otro lado de las montañas más allá de la region del viento Norte, en cuyo país reinaba una primavera eterna y brillaba un sol siempre risueño.

---

(1) Apol. de Rod. IV, 693. Plut. quæst. Rom. 68. O. Müller, Eumenides, p. 114.

(2) Dionis. perieg. v. 525-529. Diog. Laert. II, 44. En los *Trabajos y dias*, v. 771, se supone que Apolo nació el dia 7, y así se creia en Delfos.

Pero al comenzar la primavera se llamaba al númen con solemnes canciones, para que volviese á su ordinaria morada con sus cisnes cantores, llevando consigo la luz y el calor vivificante y las brillantes nubes estivales que preceden su carrera. Entonces se conmemoraba su victoria sobre el mónstruo de las tinieblas, solemnidad que cada ocho años se celebraba con pompa extraordinaria (1).

La analogía que tenian con esta solemnidad y la de Delos, nos hace suponer que los griegos celebraban tambien las pitias en primavera, ya que en otoño se conmemoraba la huida del númen, la *apodêmia*, que nada tenía que ver con la hazaña del dragon. En un documento epigráfico se dá á entender que los juegos pyticos tenian lugar en el mes de Bucatios, que era sin duda el primero del año delfico, como entre los beocios, y correspondia al hecatombeo de los aticos, aunque de esto no pueda deducirse que el Bucatios de los delfios corresponda á nuestro Enero, ya que pudieron muy bien empezar el año el dia de primavera en que se igualan los dias y las noches. Si por el contrario coincidia el Bucatios delfico con el de los beocios, seria esta circunstancia indicio de que los delfios habian tomado la vuelta del sol por punto de partida para fijar el comienzo de la primavera y celebraban en este regreso de Apolo los bienes que esperaban obtener en el año nuevo.

En el noveno siglo, subsistia ya la costumbre de celebrar cada ocho años esta solemnidad con pompa extraordinaria; con este ciclo se trató de hacer coin-

(1) Preller, Mitología, I, 159. Plut. quæst. graec. 9. Pind. carm. ed. de Boeckh, p. 298.

cidir el variable año lunar de los griegos con el curso del sol, por lo cual tiene cierta analogía con el ciclo que sirvió de fundamento para fijar la fecha de la solemnidad olimpica. Digno de notar es que desde el principio de las olimpiadas la oktaeteris pytica coincidia con el año tercero de la correspondiente olimpiada (1).

La oktaeteris pytica ó el *año grande* era un tiempo santo y de importancia extraordinaria, porque á su terminacion volvia el año á su curso natural. El pueblo heleno atribuia á Apolo, númen de la luz y regulador del curso solar, como lo era Diana del de la luna, la parte más principal en el acto por el que se hacía coincidir el curso de ambos planetas, y por eso conmemoraba éste hecho con una fiesta especial.

Como de ordinario, concurrian á la solemnidad gran número de citarodas y de coros; pero se atribuia una importancia particular á la danza que los jóvenes ejecutaban al rededor del altar, con la cual se simbolizaba el combate de Apolo con el dragon. Claro está que Delfos tuvo tambien sus poetas, dignos rivales de Orfeo y Tamyris; de Museo, Pamfos y Eumolpo, que desde la más remota antigüedad, habian dado explendor á la brillante fiesta del dios luminoso. El primer bardo que compuso himnos en honor de Apolo fué un vate cretense, en lo cual se ha querido sin duda buscar un nuevo punto de contacto entre Creta y Delfos; á dicho bardo siguió Filammon que compuso y ensayó el primer coro de mujeres que se cantó en la solemnidad pitica. Dis-

(1) Böckh, Los ciclos lunares (*Mondcyclen*), c. 7.

tinguíase este himno por un aire particular, y entre sus compositores descuella Terpandro á quien, segun hicimos notar antes, se adjudicó por sus himnos cuatro veces el premio de las fiestas píticas (1).

***

Los sacerdotes délficos llevaban la severidad de sus teorías sobre el efecto moral del derramamiento de sangre, hasta el extremo de suponer que el mismo Apolo quedó manchado con la sangre del dragon allí derramada. Por cuya razon el jóven que desempeñaba el papel del númen en la danza ejecutada alrededor del altar, veíase precisado á refugiarse, inmediatamente despues de cumplir su mision, en el valle del Tempe, á la sombra de un santuario del mismo Apolo que allí habia, cual si fuese un asesino. En este lugar servia en calidad de siervo hasta la próxima fiesta pítica, en que regresaba á su hogar, no sin someterse antes á la ceremonia de la purificacion, despues de cuyo acto solemne se le conducia en procesion al templo por la vía sagrada que une á Delfos con el mencionado valle, que era tambien la que seguian las diputaciones que representaban á las tribus tesalias en las fiestas de Apolo.

Fundábase este uso en una leyenda inventada en Delfos, segun la cual, Apolo, al verse manchado con la sangre del dragon, huyó á Tesalia, donde para expiar el extraño asesinato que habia cometido, se sometió á guardar los rebaños del Rey Admeto de Ferae y á servirle como siervo durante ocho años

---

(1) Pausan., X, 7. 2. Müller, historia de la literatura griega, I, 40. Estrab., 421. Plutarch. de music. c. 4.

consecutivos. Cumplida esta penitencia se presentó en la alameda de laureles del Tempe donde Carmanor, padre del bardo Chrisothemis, le purificó de aquella mancha, quedando de nuevo trasformado en el refulgente y verdadero Febo (1). Vemos por esta leyenda que el númen de la luz y de la pureza, para dar un ejemplo práctico de cómo deben los hombres purificarse, aún de la sangre justamente derramada, tomó la forma de siervo y se sometió al precepto de la purificacion impuesto á los asesinos. Hé aquí porqué sus adoradores no vacilaban en presentarle como verdadero númen de la pureza que en su propio ser habia vencido el pecado y destruido sus efectos; como salvador *(sótér)* que podia limpiar los delitos de los hombres y borrar la horrible mancha contraida por el asesinato.

Inspirada en esta doctrina, la tradicion posterior á los tiempos epicos supone que Orestes, para expiar el parricidio que sin reparo alguno habia alabado Homero, se refugió en Delfos al pié del altar de Apolo, y éste númen le mandó comparecer ante el Areopago de Atenas, tribunal supremo que entendia en toda clase de crímenes sangrientos. Con esta órden se quiso dar á entender que los príncipes aticos fueron de todos los griegos los primeros que pusieron en práctica las prescripciones de los sacerdotes delficos, tocante á los delitos de asesinato ú homicidio. Despues que Orestes fué declarado absuelto por el Areopago, vuelve á presentarse ante el altar de Apolo,

---

(1) Hesiodo en los Escol. á la Alcest. de Euripides 1. La circunstancia de mencionarse esta leyenda en un canto atribuido á Hesiodo, demuestra que su orígen es anterior al sétimo siglo, en el cual era ya corriente Plut. de delf. oracul. 14, 21.

donde este le purifica derramando en sus manos la sangre del lechoncillo de la expiacion, y rociando su cuerpo con la rama de laurel empapada en agua.

La servidumbre de Hércules al lado de Euristeo y de Omfale, no fué otra cosa que una expiacion de los asesinatos cometidos por el héroe: por la muerte dada á sus hijos y á Ifito, vióse precisado á vivir como siervo durante dos años grandes. A este propósito conviene recordar que la práctica de la expiacion estaba ya en uso al comenzar las olimpiadas, segun se desprende de los cantos de Arctino, en cuya época se observaban ya en Atica las disposiciones de los sacerdotes delficos sobre este particular. Si el homicida sostenia que al cometer el asesinato no habia faltado á la justicia, el rey convocaba á los jueces que entendian en estas causas para celebrar sesion á las puertas del Delfinio ó templo del Apolo delfico. Si el tribunal encontraba justificada la pretension del homicida se le sometia allí mismo á la ceremonia de la purificacion.

Hácia la mitad del octavo siglo, la fama del oráculo delfico habia traspasado las fronteras helenas y se estendia más allá de las colonias greco-asiáticas. Pruébanlo bien las ofrendas que por el año 750 dedicó en el templo de Delfos el rey Midas de Frigia, quien ofreció al númen su trono real, pieza verdaderamente bella y digna de ser vista, donde juzgaba las causas de sus vasallos (1).

***

Por lo expuesto en el párrafo que antecede, se

(1) Herod. I, 14.

vé que los sacerdotes del santuario delfico difundieron por toda Grecia, en la primera mitad del siglo octavo, una ordenanza de carácter religioso que contribuyó eficazmente á aumentar el horror al crímen, particularmente al asesinato y abrió en el país una era de moralidad y de órden. Segun todas las apariencias, de allí partieron tambien las nuevas enseñanzas relativas á los seres celestes que empiezan á surgir entre los griegos en dicha época y cuyo principal objeto era sustituir las antiguas livianas teorías por otras más ideales y de más profundo significado; á lo ménos es seguro que las nuevas ideas encontraron en Delfos un apoyo decisivo. El espíritu asimilador y enérgico del pueblo heleno, que con tanta facilidad inventaba nuevas teorías como se asimilaba las extrañas, había dado por este tiempo una forma completamente nueva á los elementos sirio-cretenses que en un principio constituian la tradicion delfica. La piedra que antes representaba la imágen de Apolo se convirtió en altar sobre el que corria la sangre de las víctimas propiciatorias.

El númen de la claridad y de la pureza era, sin duda, de todos los dioses helenos el que más se prestaba al desenvolvimiento de ideales éticos más ó ménos trascendentales, ya que ningun crímen, ninguna impureza podia ocultarse á la mirada penetrante del dios tutelar de la luz, á quien por natural consecuencia de su carácter correspondia el castigo de los crímenes, segun aparece ya en los poemas homericos. Por eso cuando de nuevo se pusieron en vigor las antiguas prescripciones para la conservacion de la pureza del cuerpo y del alma, dadas al olvido por los príncipes y nobles durante los tumultuosos tiempos

de las emigraciones, volvió á adquirir Apolo el puesto más preeminente en la conciencia del pueblo, toda vez que á él solo se atribuía el poder de conocer hasta los crímenes que se cometian en el secreto de la conciencia, y por tanto á él solo correspondia ese puesto desde el momento en que la purificacion era, más que un acto externo limitado á la limpieza del cuerpo, una ceremonia simbólica que representaba la pureza del corazon y del alma.

Desde entonces particularmente empieza á destacarse la figura de Apolo como la de un dios impecable, número de la rectitud moral y de la pureza del corazon, que siendo la más perfecta representacion de la virtud y de la moralidad de las acciones, aborrecia toda impureza que manchase el cuerpo ó el alma y por la misma impecabilidad de su ser veíase como impulsado á castigar los crímenes y á pedir espiacion de las faltas, como un dia castigó á los atrevidos flegyes que profanaron su santuario, y como en otra ocasion lo hizo con Tityo.

Apolo era el guardian de la moralidad en la vida humana; el númen que con infatigable actividad perseguia el pecado y con sus castigos mantenia en vigor los preceptos morales. Era la norma que debia imitar el hombre, quien, como Apolo tuvo que luchar con el dragon, tiene que sostener incesante lucha con los poderes de las tinieblas, con las pasiones y con los ciegos apetitos de los sentidos. A semejanza del númen que hallándose exento de pasiones y de apetitos desordenados; libre de toda culpa y sin la más leve mancha que empañara la trasparencia de su ser, se sometió á la ley de la purificacion y espió la mancha contraida en justa lucha, debia el

hombre limpiar la mancha contraida por sus culpas y pecados y espiar con penitencias su delito. Ayudábale en este acto el mismo Febo que primero le prestaba la rama de laurel conque se terminaba la ceremonia expiatoria y despues expulsaba de su interior las Erinnyas, espíritus incansables que se levantan contra el criminal de los vapores de su mismo delito (1); le libraba de los agudos tormentos de su culpable conciencia, le otorgaba el rescate de su culpa, le reconciliaba con los poderes celestes, y, por último, devolvia á su corazon la tranquilidad y la paz del hombre justo. A la manera que el apacible rayo de Febo apacigua las furiosas olas del mar proceloso, derramaba el númen el bálsamo de la paz en el agitado corazon del hombre y los dulcísimos tonos de su cítara apaciguaban los furiosos embates de las pasiones. Sus certeras flechas sólo herian á los pecadores impenitentes.

Apolo no solo mantenia, con su luz, el órden más perfecto en la marcha de los tiempos y en el curso de los años y de los meses; era tambien el guardian del órden moral, defensor de la justicia y de la ley; símbolo del hombre justo que vence el pecado; baluarte inexpugnable de la moralidad, destructor del mal producido por el pecado; númen de la venganza á la vez que de la expiacion salvadora, reconciliador, por consiguiente, del hombre con los poderes celestes.

No obstante, Júpiter mantuvo siempre en la conciencia del pueblo heleno su rango de dios del cielo, representante y señor del derecho eterno, juez su-

(1) *Erinys* corresponde al sanskrit *Saranyu*, derivado de *Sarana*, veloz, ligero, y como sustantivo, viento. Véase Kuhn's Zeitschrift, I, 439.

premo que ejercè la justicia lo mismo sobre los dioses que sobre los hombres; y en Minerva se adoraba, ahora como antes, el ideal de la virginidad sin mancilla, el prototipo de la sabiduría y del buen consejo; el símbolo del vigor y de la fuerza inquebrantable en todos los combates de la vida.

Estas son las tres figuras más importantes del Olimpo heleno. Pero entre todo el celeste cónclave ninguna se destaca tanto cómo la de Apolo, porque este númen es el que más se mezclaba entre los hombres y hace en todo tiempo el papel de mediador entre la tierra y el cielo. Por eso era tambien el encargado de anunciar á los mortales la voluntad de los dioses, de comunicarles sus decretos y darles á conocer las órdenes inmutables *(zémistes)* de Jove.

***

El oráculo delfico, aún en el tiempo de su mayor prestigio, no pretendió descubrir á los consultantes los sucesos venideros; sino más bien asumió la mision de comunicarles las órdenes del númen y exponerles lo que, atendidas las circuntancias, debia suceder. Como observa Heraclito de Efeso, «el rey que dá oráculos en Delfos, no dice ni oculta las cosas; únicamente las anuncia (1).» Estos oráculos eran por consiguiente, más bien que profecías de sucesos futuros, órdenes que el númen trasmitia á los hombres por medio de sus agentes.

No cabe dudar que los sacerdotes de Delfos, libres como por regla general se hallaban de todo compromiso y ajenos á los intereses que agitaban á los di-

(1) **Plut. de Pythiæ oracul. c. 21.**

versos cantones; ocupando una posicion independiente que les permitia juzgar con imparcialidad la situacion de Grecia, podian trasmitir á los consultantes útiles consejos, ya como apreciacion propia ó como precepto del oráculo. Si, tomando como norma de sus actos el concepto moral del númen á quien servian, hubiesen acomodado á ese modelo sus respuestas sin dejarse extraviar por extrañas influencias, los sacerdotes delficos hubieran prestado excelentes servicios á la causa nacional de los griegos, quienes les hubieran en todo tiempo respetado como vasos de eleccion y como intérpretes de la voluntad de los dioses, cuyas palabras se hubiesen aceptado como la expresion de la más alta sabiduría; pero andando el tiempo torcieron su camino y perdieron una gran parte de su prestigio.

La autoridad del oráculo delfico no limitó su accion al establecimiento de un nuevo sistema de purificacion y de expiacion; antes por el contrario influyó de muy diversa manera en el desenvolvimiento de las ideas religiosas y de los conceptos morales de todas las comarcas helenas, para lo cual le ofrecian ocasion y sobrados motivos las innumerables consultas que de todas partes se le hacian.

Pero Delfos no fué solamente el centro del movimiento religioso y de los asuntos que podemos llamar eclesiásticos en Grecia; en los siglos VIII y VII llegó á ser la capital política de todo el imperio heleno. En esta época los sacerdotes del Santuario delfico no se limitaban á mostrar los medios por los cuales podia aplacarse la cólera de los poderes celestes, manifestada en alguna desgracia ó calamidad pública; no solamente indicaban á éste ó el otro partido los actos reli-

giosos, sacrificios, etc., por medio de los cuales obtendria victoria sobre su enemigo; antes bien, en muchas ocasiones, resolvian como árbitros las discordias interiores de los cantones; mandaban á los pueblos redactar leyes para su propio gobierno y, más de una vez, fijaron las bases para la constitucion de los estados. Esparta debió la suya al oráculo y Atenas recibió de los sacerdotes su ordenanza criminal.

Esto no obstante, y á pesar de las frecuentes fratricidas luchas que desgarraron los diversos cantones griegos, jamás hizo el oráculo el más leve esfuerzo para poner paz entre los contendientes ó para imponer un arreglo de su querella en nombre del númen. Donde más decisiva se manifiesta la influencia de los sacerdotes de Apolo, es en la fundacion y propagacion de colonias griegas. Era este un terreno franco en el que podian obrar libremente; tratábase de abrir nuevos horizontes á la dominacion helena, y en tan importante cuestion podian dictar órdenes y tomar la iniciativa sin temor de comprometerse con este ó el otro partido, ya que ni se atacaba la estabilidad de antiguas instituciones, ni se ponia cortapisa á la ambicion de los partidos ni se aspiraba siquiera á extinguir ódios inveterados. Con verdadera autoridad soberana dirigieron los sacerdotes delficos la colosal empresa de la emigracion helena, y es fuerza convenir en que desempeñaron su mision con energía y acierto, mostrándose en este concepto dignos de figurar á la cabeza del pueblo griego.

Los colonos mostráronse tambien agradecidos á los favores del oráculo. Así vemos á Theocles perpetuar el recuerdo de los sábios consejos que le dieron los sacerdotes antes de partir para Sicilia en 738, en

un altar erigido en honor del gran caudillo Apolo, sobre la cumbre del Tauros. Si Arquias de Corinto, que salió tres años más tarde para Ortygia, fué ménos solicito en parecer agradecido, en cambio vemos á Gyges en 719 buscar en Delfos la confirmacion de sus pretendidos derechos á la usurpada corona de Lidia, que seguramente no hubiera ceñido sin la declaracion que en su favor hizo la Pitia. Y en verdad que no fué de poca monta el error que cometió el oráculo al proteger de tan eficaz manera la consolidacion de una dinastía en Lidia, á la cual desde luego podian achacarse planes poco favorables al desarrollo de la colonizacion griega en Anatolia. Pero en compensacion de los males que más tarde causaria al imperio grecoasiático, mostróse el nuevo soberano generoso en los regalos que envió á Delfos, pues fueron muchísimas las ofrendas de plata que consagró en aquel templo con varias de oro, entre las cuales merecen particular atencion y memoria seis pilas ó tazas grandes de oro macizo del peso de treinta talentos (1).

Durante la primera guerra de Mesenia, el oráculo invistió á los reyes Polidoro y Teopompo con un poder dictatorial; á los espartanos descontentos les ordena la Pitia que vayan á colonizar á Tarento y, por indicacion suya, se dirigen á Crotona los emigrados aqueos. Los mismos sacerdotes ordenan á Telesicles que vaya á colonizar la isla tenebrosa, mandan á los megarenses establecer una ciudad enfrente de los ciegos que se habian fijado en la costa asiática del Bósforo y comunican á los locrenses de Italia la órden de redactar leyes para su gobierno. Por indi-

---

(1) Herod. I, XIII.

cacion precisa del oráculo delfico se dejó oir en Esparta la famosa lira de Terpandro, y entonó allí sus bélicos himnos el bardo de Atenas; los thereos recibieron del mismo repetidas órdenes de ir á establecerse en Libia, país rico en ganados, y hácia el año 600 no vacilaron los sacerdotes de Apolo en recomendar á los focenses que marchasen á colonizar los remotos y desconocidos países de Occidente, con cuyo motivo se fundó Masalia (1).

(1) Estrabon, p. 199. 601.

X.

LAS TRIBUS HELENAS.

El extraordinario ascendiente que desde los tiempos de Licurgo adquirió el oráculo delfico en todos los estados helenos, movió á un gran número de tribus á entablar con él íntimas y duraderas relaciones y á captarse las simpatías del númen, ya tomando parte en la principal solemnidad conque allí se le honraba, ya declarándose protectores de su templo.

Mucho tiempo antes de llevarse á efecto esta idea, habíanse unido los tesalios con las tribus indígenas de los países por ellos sometidos: los perrhebes, magnetes, pthiotas, oeteos y malios; con las tribus libres que habitaban al Sur del Oeta, con los dorios del Pindo, los focenses, locrenses, los beocios y los jonios de Eubea para celebrar en comun un sacrificio en honor de Ceres, acto que tenia lugar todos los años despues de efectuada la recoleccion, en Anthela, lugar inmediato á las Termópilas. Merece particular atencion que á la cabeza de esta asociacion religiosa, llamada de los Anficciones, no figura, como era costumbre en Grecia, la tribu en cuyo territorio

se hallaba el santuario. Presidíanla los tesalios que, á pesar del respeto con que habian conservado los antiguos usos religiosos de la comarca, no pudieron resignarse á obedecer, ni aún en un asunto de esta naturaleza, á los malios, que vivian sujetos á su dominio. Por lo demás, todas las tribus tenian voz y voto en los asuntos relativos á la solemnidad y todas aunaban sus fuerzas para velar por la seguridad de los comisionados y peregrinos y para mantener el órden durante la fiesta. En las discusiones á que daban lugar las diversas cuestiones con aquella relacionadas, se hallaba representada cada tribu por su respectivo Hieromnemon y Pilagoras.

En vista, pues, de la preponderancia cada dia creciente del oráculo delfico, determinaron los anficciones reunidos en Anthela estender la accion de la sociedad al gran sacrificio que se celebraba en Delfos, cuyo santuario como es notorio, se hallaba situado en el territorio de los focenses, tribu que tambien formaba parte de la confederacion de Anthela. Segun todas las apariencias el convenio, en virtud del cual los anficciones tomaron parte en el gran sacrificio primaveral de Delfos, se ajustó en los primeros años de la era olimpiada, desde cuya época se celebraban los juegos piticos con la seguridad que siempre da la proteccion de un aliado poderoso.

No tiene fundamento alguno la opinion de los que sostienen que la primera reunion anficcionica en Delfos, coincide con la conclusion del templo, la cual, sin duda alguna tuvo lugar mucho antes (1). Lo que no cabe dudar es que, en un principio, la confedera-

(1) Esquines, de falsa leg. p. 43.

cion anficcionica no tuvo otro objeto que el de celebrar á Ceres el sacrificio de Anthela, ya que en otro caso no se hubiera designado con el calificativo *püilaia* tanto la solemnidad de Anthela como la sesion anficcionica de Delfos; hecho que tambien se deduce de los escolios al Orestes de Euripides (1087) y del título *pylagoras*, que nada tiene que ver con el santuario de Apolo. Es tambien cosa averiguada que la reunion anficcionica en Delfos tenia lugar en primavera, época en que se celebró siempre el gran sacrificio pitico, por ser el dia sétimo del mes primaveral, el único en que, desde la más remota angüedad, vaticinaba la Pitia en persona (1).

Al sacrificio de Delfos concurrian los hieromnemones y pylagoras con las mismas atribuciones y deberes que lo hacian al de Anthela. Allí celebraban tambien sus asambleas en público, pues á todos igualmente se daban á conocer sus decisiones, á los peregrinos que concurrian á la fiesta de todos los cantones griegos y al pueblo de Delfos, y no pocas veces los anficciones hicieron una invitacion general para que todos los presentes sin excepcion, asistiesen á sus sesiones.

Al antiguo juramento que hacian los asociados en Anthela, en virtud del cual se obligaban á «no destruir jamás una ciudad de los anficciones, á no cortarla el agua, ni en la paz ni en la guerra, y á combatir en comun contra cualquiera aliado que faltase á este juramento, hasta destruir sus pueblos y viviendas,» añadieron el siguiente párrafo: «y si alguien muestra deseos de apropiarse lo que hay en el

(1) Aeschin. adv. Ctesiph. p. 69-71.

santuario del númen delfico ó saquea el templo, los anficciones castigarán este desacato valiéndose de las manos, de los piés, de la voz y de todas sus fuerzas» (1).

Este juramento se mandó grabar en una plancha de bronce y se colocó en el sitio destinado á las asambleas de los anficciones de modo que todos pudiesen verla. Los asociados se impusieron la obligacion de acudir á la defensa del númen siempre que se le amenazase, no sin declarar criminales á cuantos se mostrasen remisos en defender á todas las divinidades que se adoraban en Delfos, es decir; Apolo, Diana, Latona y Minerva Pronaia, y pedir que fueran ineficaces sus ofrendas (2).

Entre tanto la guarda del santuario y la direccion del oráculo, siguieron encomendadas á la nobleza delfica. La liga anficcionica se contentó con tomar á su cargo la proteccion del templo y de la solemnidad pitica, aunque más tarde asumió tambien la direccion de la fiesta y se encargó de repartir los premios de los certámenes musicales y caballerescos que hacian parte de la misma. La importancia y la riqueza del santuario despertaron tambien la ambicion de los focenses, los cuales quisieron hacer valer sus pretendidos derechos á la custodia y direccion del templo, alegando que los delfios se habian separado injustamente de su tribu (3).

***

Apolo es una de las más antiguas al par que más

(1) Aeschin. de falsa legat. p. 43.
(2) Diod. XIV, 28. Aeschin. adv. Ctesiph. p. 70.
(3) Tucid., V, 18. Estrab. p. 423.

importantes figuras del Olimpo heleno. Así vemos que en todos los cantones se tributaban á este númen especiales homenages. Los jonios le honraban en Delos; los milesios y colofonios veneraban sus oráculos en el santuario de los branquidas y en el soto de Claros; á las villas doricas de Anatolia servia de estrecho lazo la solemnidad que dedicaban al hijo de Latona en el cabo de Triopion; la liga argiva le honraba con sacrificios ofrecidos, de comun acuerdo, en Larissa; los dorios peloponesios le dedicaban la fiesta especial de las Carneas; y desde que el oráculo empezó á favorecer la colonizacion griega, no vacilaron en atribuir á tan eficaz agente el éxito de su expedicion al Peloponeso. Esparta y Atenas estaban, por causas de que hemos hecho memoria, en íntima relacion con el oráculo delfico; los beocios recibian oráculos del númen en sus santuarios de Tebas y Ptoon, á orillas del Ismeno, y los tesalios le adoraban en un templo levantado en el valle del Tempe, al pié de la montaña de los dioses y en otro que tenia en Pagasas.

La singular nombradía que adquirió el oráculo delfico y el empeño con que los magnates de todos los cantones acudian á buscar allí consejo y á llevar al templo sus dones y regalos, despertaron en todas las tribus el deseo de rendir homenage al Dios en este lugar privilegiado; al punto de no haber una sola que no pretendiese el derecho de enviar comisiones á la solemnidad pitica, y que no aspirase á tener parte en el honroso deber de proteger el más famoso de los santuarios helenos. Los estados más poderosos no hallaron dificultad alguna para entrar en la liga anficcionica, de la cual ya formaban parte

grupos pertenecientes á los mismos; entre otros los dorios del Oeta y algunas poblaciones jonicas de Eubea, y siendo la sangre y el parentesco los factores de más valía en las relaciones sociales de las tribus helenas, no debe causar maravilla que los dorios y jonios obtuviesen desde luego el derecho de enviar comisiones oficiales á la solemnidad delfica. Mayores dificultades ofreció la cuestion relativa á la participacion, que cada uno de los nuevos asociados debia tener en el consejo de las anficciones.

Los antiguos asociados conservaron su representacion por dos votos: el del hieromnemon y el del pylagoras. Respecto á las ciudades de una misma tribu que ingresaron en la anficcionia en el trascurso del octavo siglo, se dispuso que ellas mismas designasen las dos personas que debian representar á todas. De ordinario adoptaron la costumbre de nombrar cada año los representantes de distinta ciudad, siguiendo riguroso turno, á no haber entre ellas alguna que, por su especial importancia, mereciese la distincion de representar á todas las demás por tiempo ilimitado (1). A lo ménos en la tribu jonica se convino más tarde que Atenas nombraria siempre un delegado y las demás ciudades de la tribu, por turno, el otro. El año 346 antes de J. C. se privó á los espartanos del privilegio que hasta entonces habian gozado de nombrar los dos comisionados de la tribu dorica (2).

---

(1) Parece cosa segura que las ciudades doricas y jonicas entraron en la liga antes de terminar el siglo VII, por lo ménos; no se explicaria de otro modo la participacion de Atenas y Sicyon en la guerra crisea. Por lo que hace á Esparta y Atenas ya formaban parte de la liga en el siglo VIII.

(2) Aeschin. de falsa legat. p. 43. Pausan. X. 8. 2.

La liga anficcionica, que en un principio estuvo tormada por pequeñas tribus y cantones aislados, se componia de numerosas agrupaciones de estados hermanos, los unos más poderosos que los otros. Dichas agrupaciones constituian las curias que, mediante un convenio especial, repartian entre sí los votos en el consejo de los anficciones. En un principio se formaron once ó doce curias, segun las circunstancias; posteriormente se fijó en doce su número con veinticuatro votos. Cada Estado podia enviar á la fiesta un número ilimitado de representantes; en el siglo IV enviaba Atenas un hieromnemon, tres pylagoras y varios theores. Todos estos diputados asistian á las sesiones, pero únicamente el hieromnemon y el primer pylagoras tenian voz y voto.

Por tan sencillo modo logró reunir el oráculo delfico, en una sola aspiracion, á la inmensa mayoría del pueblo heleno y le movió á formar una liga religiosa para honrar al númen y proteger su templo y el culto que en él se le rendia. Con entera verdad podia decirse entonces que era Delfos el centro de los cantones griegos, pues era centro efectivo de su actividad religiosa y en cierto modo capital política de todo el imperio heleno. Hé aquí por qué los sencillos griegos, que apenas conocian del globo más que sus cantones y colonias, situadas alrededor de aquel lugar en que parecia tocarse la tierra con el cielo, consideraban el santuario delfico como el punto céntrico de toda la tierra. Cuenta la tradicion poética, que habiendo soltado Jove dos águilas, una de Oriente y de Poniente la otra, fueron á encontrarse en Delfos, despues de recorrer la misma distancia. En tiempo de Pindaro, habia, efectivamente, dos águilas de oro á

los lados de la piedra que representaba el centro, el ombligo, de la tierra (1).

Ya no eran únicamente los lazos de la sangre y del lenguaje los que mantenian la union entre las tribus helenas. Lazo mucho más fuerte y duradero fué la religion, el culto conque todas de igual manera honraban á sus dioses; y el acto por el cual resolvieron tomar parte en el mismo sacrificio y sostener el mismo culto, la obligacion que todas contrajeron de proteger aquel santuario, convertido en templo nacional por unánime acuerdo del pueblo, avivaron y robustecieron el sentimiento de la unidad nacional que les habia inspirado.

Pero no se crea por eso que la liga anficcionica llevó á cabo la union política de todas las tribus helenas y creó verdadera uniformidad en el régimen social de todos sus cantones, en las manifestaciones que constituyen la vida de un pueblo. Esta confederacion no hizo más que dar los primeros pasos para llegar á la unidad nacional, pasos que en este sentido quedaron sin resultado por haber limitado su accion á los asuntos religiosos, dirigiendo casi exclusivamente su poderoso influjo á la defensa del santuario délfico y de los devotos que al mismo acudian y al mantenimiento del órden en la solemnidad pitica. Como se vé, la liga ejerció su accion dentro de límites demasiado estrechos, y si alguna vez, á consecuencia de cuestiones religiosas trató asuntos políticos ó tomó resoluciones de esta índole, lo hizo con escaso tino y con éxito en extremo desgraciado.

Bien considerado, la asamblea de los anficciones

(1) Aeschyl. Choephor. 1034. Estrab. p. 423. Pind. Pyth. IV, 6.

no tenia otras atribuciones que las que ejercian los jefes y presidentes de las asociaciones religiosas ordinarias, con la única diferencia de que estas obraban por derecho propio, y los anficciones no podian obrar sino conforme á las decisiones de la sociedad, manifestadas por mayoría de votos. Por lo demás, los anficciones, imitando el ejemplo de los argivos en la presidencia de las fiestas piticas que se celebraban en Argos y el de los eleos en la direccion del sacrificio olímpico, daban excesiva latitud á su autoridad, ya arrogándose el derecho de imponer castigos, en interés de la confederacion, á los que quebrantaban las ordenanzas religiosas ó perjudicaban los derechos del oráculo, los cuales, de ordinario, consistian en penas pecuniarias, ya adoptando otras disposiciones de índole diversa.

Por virtud de su institucion, la asamblea tenia el deber de adoptar cuantas medidas fuesen necesarias para aumentar el esplendor del templo; por lo cual honraba y recompensaba á los que, de algun modo, contribuian á ese objeto á la vez que castigaba á los que se hacian reos del delito contrario. Por eso tambien todas las tribus y estados que tenian representacion en la liga, estaban autorizados para presentar en la asamblea cualquier querella contra los que lastimasen los derechos del oráculo, y aquella las admitia ó desestimaba, segun su criterio, imponia multas á los reos ó proclamaba la guerra santa contra los enemigos del santuario. Pero careciendo del prestigio que dá la unidad, no siempre eran acatadas desde luego sus decisiones, y cuando los reos se negaban á cumplimentar sus mandatos, entregando en el santuario las multas que les habian sido impuestas, no

siempre se encontraban entre los ligados, devotos que voluntariamente se encargasen de hacer ejecutiva la sentencia.

Eran estas rebeliones inevitable consecuencia de la organizacion de la liga anficcionica y de su falta de actividad política. No se tiene noticia de un solo caso en que los anficciones evitasen la guerra entre los mismos estados de la liga, como no evitaron las irrupciones de los tesalios contra los focenses y beocios; tampoco se sabe que en ningun caso hiciesen el papel de árbitros ó intermediarios para ajustar la paz entre pueblos contendientes. En general, se observa una falta completa de tendencias verdaderamente nacionales en todos los actos de la liga anficcionica, que no supo siquiera oponer sus fuerzas unidas al comun enemigo de la pátria. Cuando en el siglo IV los tebanos quisieron explotar la cuestion religiosa para obtener de los anficciones ciertas ventajas puramente políticas, produjo esta pretension de los tebanos las más funestas consecuencias. Y puede con verdad asegurarse que en la historia de Grecia no aparece indivíduo ni corporacion que más culpa tenga en la ruina de la libertad helena que la asamblea de los anficciones.

El carácter esencialmente religioso de esta liga, aparece demostrado hasta la saciedad en todos sus actos, hasta en aquellos en que se ha creido vislumbrar alguna tendencia política. Así, por ejemplo, si puso premio á la cabeza de Efialtes, fué porque este traidor facilitó á los persas el ataque contra Delfos; y al levantar un monumento á la memoria de los héroes que sucumbieron en las Termópilas, se propuso únicamente cumplir un deber religioso, ya que aquellos

valientes habian perecido por defender la subida que daba acceso al santuario delfico del Oeta (1).

***

La entrada de la mayoría de las tribus helenas en la liga anficcionica, contribuyó algo á despertar entre ellas el sentimiento de la unidad nacional, aunque mucho ménos de lo que debia esperarse de su importancia por haber limitado sus funciones á los asuntos puramente religiosos. Con más eficacia despertó y mantuvo este sentimiento entre los helenos de todas las tribus una leyenda que, difundida en el octavo siglo, por los sacerdotes del santuario delfico, halló muy pronto eco hasta en los más apartados rincones de Hellas. En los tiempos que precedieron á la emigracion, se comprendian bajo el nombre de *aqueos*, que segun parece significa *nobles* (2), á todos los habitantes de los cantones griegos y el autor de la Iliada, se sirve de ese vocablo para designar á todos los guerreros del ejército sitiador de Troya. Despues de la emigracion dióse á este nombre una significacion sumamente limitada, pues sirvió tan sólo para designar á los emigrados de la comarca de Argos y á los antiguos moradores de la Pthiotide, para lo cual, sin duda, se tuvo en cuenta el lugar preeminente que esas dos provincias ocupaban antes de la emigracion entre todos los cantones de la Península, aunque tal vez se quiso significar el carácter heterogéneo de la po-

---

(1) El mismo carácter se descubre en el caso de que hace mencion Plutarco; Cimon c. 8. Véase Meier, Los árbitros (*Schiedsrichter*), p. 35.

(2) Pott, Indogermanische Sprachstamm (*Rama linguistica indog*); in der Encyclopedie von Ersch, p. 65.

blacion de dichas provincias, ya que la de Pthiotide se componia principalmente de fugitivos que se habian refugiado allí de diferentes distritos situados al Norte del Oeta, para evitar la opresíon de los invasores tesalios y los argivos, no eran sino emigrados de diversas comarcas de la parte oriental del Peloponeso, que se desparramaron por la costa del Noroeste. Era preciso inventar un nombre con que designar estas heterogéneas masas, y nada más natural que bautizarlas con el vocablo genérico del pueblo que habitaba antes de la emigracion aquellos lugares, que era más antiguo y más ilustre que los nombres de cualquiera de los pueblos emigrados.

Los aqueos eran, efectivamente, los genuinos representantes del tiempo antiguo, y los que mejor guardaban las primitivas instituciones helenas, en medio de los trastornos producidos por las emigraciones. A partir del 800 se observa un movimiento de concentracion en las tribus griegas que, en su gran mayoría, se reunian en épocas determinadas, ya en el santuario delfico, ya en las fiestas de Olimpia. Casi todos los cantones y ciudades de Hellas habian ido creciendo, unas veces por el natural desarrollo de la poblacion, otras por causas particulares que, con frecuencia, ocurren en el desenvolvimiento histórico de los pueblos, llegando algunos á contener masas numerosas y compactas. Los dorios que en un principio ocupaban tan solo un estrecho valle de la vertiente meridional del Olimpo, estendiéronse luego por la falda del Pindo y de aquí se desparramaron por una considerable parte de la Península, llegando á dominar, como señores, en Megara, Sicyon, Fliunte, Corinto, Trecena, Epidauro, Argos y Esparta, y

á fundar poderosas colonias en Creta, Rodas, Caria, en el Bosforo, en Sicilia y en la baja Italia. Los naturales de todos estos cantones, ciudades y colonias, tenian clara conciencia de los lazos de parentesco que les unian, y de su comun orígen, y el mismo dialecto que hablaban era testimonio evidente de esta comunidad de orígen, al par que signo que distinguia á los dorios de todas las demás tribus helenas. En los dorios tenemos, por tanto, el ejemplo de un canton trasformado en tribu en virtud de su progresivo desarrollo.

De los otros pueblos helenos, hallábanse tambien unidos por estrechos lazos de parentesco, los que habitaban los distritos de Eubea y Atica, desparramados antes de las emigraciones por el istmo y por toda la costa septentrional del Peloponeso, los cuales usaban igualmente un dialecto comun que les caracterizaba. Cuando los dorios por un lado y los aqueos argivos por otro se posesionaron de la costa septentrional del Peloponeso, los dos mencionados pueblos, con los egialeos se lanzaron sobre Atica, y confundidos en uno, ocuparon este país, las Cicladas y la costa de Lidia. Desde entonces no formaron más que un solo pueblo y todos aceptaron el nombre comun de jonios, dando al olvido el que antes distinguia á cada uno.

Pero no eran estas las únicas tribus que componian el pueblo heleno. En casi todas las comarcas habitadas por dorios y jonios, en la Península y fuera de ella, vivia un tercer grupo, aún más heterogéneo que los anteriores, pues se componia de tesalios, beocios, etolios, focenses, locrios y otras familias ménos numerosas, unidos todos por los lazos de la

sangre y por la comunidad del lenguaje. Estos tres grupos se marcaban especialmente en la costa de Anatolia, donde lo reducido del terreno ponia más de relieve sus diferencias y sus caractéres distintivos. Aquí se veian al Sur las colonias de los dorios, contiguas á éstas las de los jonios, y, por último, aparecian más al Norte, en la costa misio-troyana, las colonias fundadas por heterogéneas masas de emigrados procedentes de las comarcas del Ossa y del Pelion, de Focide y Locride, á las cuales se agregaron numerosos grupos de la antigua poblacion argiva. A esta masa de gentes que en realidad formaban una sola tribu con su dialecto propio, con instituciones y usos comunes, debia darse tambien un nombre comun. Así se hizo en efecto, y en atencion á hallarse formada por elementos de diversa procedencia, se le designó con la denominacion de *eolios*, que quiere decir los mezclados ó de diversos matices, nombre con que se designó primeramente la poblacion mixta de las colonias asiáticas, pero que muy pronto se aplicó tambien á los habitantes de la Península que no eran ni jonios ni dorios.

En el trascurso del siglo VIII surgió en Delfos la idea de que todas las tribus helenas, á la sazon ya refundidas en los tres numerosos grupos de eolios, dorios y jonios, reconocian el mismo orígen, descendian del mismo patriarca; idea que tal vez concibieron los sacerdotes en vista de la preponderancia que iba adquiriendo el espíritu de la unidad nacional y de la armonía que reinaba en las tribus reunidas con un mismo objeto al rededor del santuario delfico.

***

Las familias más nobles de Delfos reconocian por patriarca á Deucalion, que, como sabemos, es uno de los más antiguos personages, quizá el más antiguo de las tradiciones griegas, y tuvo por padre á Prometeo Pyrforo. Nada más natural suponer que el primer hombre nació de aquel númen que, habiendo dado á los mortales el fuego, hizo que pudiesen vivir sobre la tierra; que les enseñó tambien á honrar con sacrificios á los dioses y á quemar en honor suyo los muslos de las víctimas; y que, por último, les reunió alrededor del fuego del hogar echando así los cimientos de la casa y de la familia. De esta primitiva tradicion nació despues otra, segun la cual, Prometeo formó al hombre de agua y tierra (1). Deucalion fundó en Dodona el más antiguo santuario de los griegos, donde los helles, en medio del ruido producido por las hojas de la encina, anunciaban la voluntad de los dioses, y fué el primer soberano de aquella comarca llamada Hellas; pero la emigracion de los tesalios fué causa de que los nombres Deucalion y Hellas y la tradicion que representan, pasara á Tesalia, con cuyo motivo Hellas vino á designar la parte septentrional de la Pthiotide á la sazon en poder de los tesalios, y en ella se supone que reinó Deucalion, aunque más tarde se extendió su soberanía á toda la Tesalia.

No obstante, en los poemas homericos Hellas y Pthia designan dos países distintos. Al decir de Estrabon, se estendia Hellas á lo largo del Enipeo y estaba comprendida entre la Farsalia por el Norte y Melitea y Tebas de Pthia, que pertenecian á los aqueos. Los farsalios y meliteos enseñaban unas rui-

(1) Hesiodo, Fragm. de las Eoes, 30. Apolod. I, 7.

nas, en las márgenes del Enipeo los últimos, que se decian pertenecer á la ciudad de Hellas. A la vez sostenian los meliteos que los habitantes de Hellas se refugiaron en su ciudad, que llevaba el nombre de Pirra, en confirmacion de lo cual mostraban en la plaza pública de la misma el sepulcro que guardaba los restos de Helen (1).

Con la leyenda de Deucalion pasó tambien á Tesalia la fábula del diluvio dodoneo, cuyas aguas, al decir de más modernas tradiciones, cubrieron tambien las comarcas del centro de Grecia. Por eso en la tradicion antigua pisó tierra Deucalion en la cima del Othrys ú Othyrs, más arriba de Pthiotide, mientras que las leyendas modernas le hacen detenerse en la empinada y sagrada cumbre del Parnaso.

En vista de este doble aspecto de la tradicion, no debe causar maravilla que las familias aristócratas de Delfos, sin duda por no ser ménos que los locrenses de Opus, reconociesen por patriarca y progenitor al caudillo por maravilloso modo salvado del diluvio; así los guardianes del oráculo delfico se hacian descender del fundador del antiguo santuario dodoneo que fué tan solo como sombra y figura del de Apolo. De esto á declarar á Deucalion padre de todo el pueblo heleno, patriarca de los tres grandes grupos en que á la sazon se hallaba dividida la nacion, no habia más que un paso y este no tardó en darse. La imaginacion popular reconocia en el antiguo caudillo, tan visiblemente favorecido de los dioses, méritos más que suficientes para ser padre de un pueblo, y el he-

---

(1) Estrab. 431. Iliada IX, 395.478. Odisea, XI, 495. Catálogo de las naves, 681. Véase tomo V, pág. 29 y siguientes.

cho de hacer á las tres grandes tribus que le componian originarias de un mismo patriarca halagaba sobremanera el sentimiento de la unidad nacional que empezaba á despertarse en todos los cantones (1). Ningun obstáculo podia oponer al desarrollo de las nuevas ideas la fábula segun la cual Deucalion y Pirra formaron la nueva generacion humana de las piedras de la tierra, ya que el pueblo más que de tradiciones antiguas se dejaba impresionar por las ideas que en el momento daban pasto nuevo á su imaginacion, sobre todo, si por ellas se trataba de reconciliar el pasado con las necesidades del presente.

El nombre Hellas aparece por más de un concepto relacionado con la historia de Deucalion. Este gobernó la comarca de Hellas y Helles se llamaban los sacerdotes de su santuario, por alusion, sin duda, al númen á quien el caudillo rendia culto. Al hijo de Deucalion se dió el nombre de Helen, cuyo hijo primogénito fué Eolo, uno de los tres patriarcas del pueblo heleno, puesto que se le suponia padre de los eolios y á quien se aplica en las Eoes el calificativo de «amigo de los caballos,» aludiendo, segun parece, á los ginetes de Tesalia y Beocia.

De igual manera se explicó el orígen de los dorios y jonios que se habian como destacado de la masa general del pueblo. Los primeros descendian de Doro, segundo hijo de Helen, pero en la tradicion relativa al patriarca de los jonios hallamos una extraña anomalía. Sin duda cuando se formó esta leyenda se mantenia todavía demasiado fresco el recuerdo de que los dorios habian expulsado á los jonios de la costa Sep-

---

(1) Estrab. 322. Pind. Olimp. IX, 66.

tentrional del Peloponeso y arrojado á los aqueos argivos á la costa Noroeste de la misma Península. A estas dos tribus expulsadas de su antigua morada se atribuyó un orígen comun que se buscó en Xuthos, el expulsado, cuyos dos hijos Jon y Aqueo, nietos por tanto de Helen, fueron los patriarcas de los jonios y aqueos que poblaron la costa Noroeste del citado Peloponeso.

Si la tradicion se hubiese atenido á la division extrictamente genealógica de las tribus, habria incorporado los aqueos peloponesios á la tribu eolica, como se hizo con los de Pthiotide, pero en esta circunstancia pudo más el recuerdo de ciertos sucesos históricos que la apreciacion racional de los acontecimientos. Por otra parte se comprende que los helenos, tan celosos siempre de sus antiguas tradiciones, tuviesen cuidado de conservar el nombre aqueo, al que iban unidas sus más antiguas y preclaras glorias. Es tambien posible que el lenguaje de los aqueos de la costa Noroeste del Peloponeso, se apartase del dialecto usado por los demás eolios, debido á la influencia de los jonios que vivian confundidos con los aqueos de dicha comarca.

De este nuevo arreglo de las tribus helenas habíase excluido un grupo no muy numeroso aunque de pura raza griega: el de los emigrados que, originarios del valle del Peneo y de Beocia, salieron de Atica para establecerse en la punta del Athos, en Lemnos y en Imbros, donde se guarecian en torres, no sin fundar varias colonias en diversos puntos de la costa asiática que, por esta época, habian ya caido en poder de las ciudades eolicas, jonicas y doricas. Sin duda alguna se habrian incorporado los tyrrenos

á la tribu eolica, como se hizo con los tesalios, los beocios y áun con los minyos establecidos en el Peloponeso, á no haberse declarado enemigos de los otros griegos, en cuyas costas ejercian la piratería. Era, pues, muy natural que se excluyese de la comunidad de los helenos á esta raza que, sobre ser enemiga, se abstenia de tomar parte en las fiestas nacionales de Olimpia y de Delfos, motivos suficientes para que ninguna de las tres tribus se prestase á admitirla en su seno.

Segun todas las probalidades, este grupo, gracias á su completo aislamiento de las otras tribus, conservó el antiguo lenguaje del país en su primitiva pureza y tal vez mantuvo tambien los antiguos usos con tanta severidad, que llegaron á parecer gente extraña y desconocida á sus mismos compatriotas, aunque no es ménos admisible la suposicion de que adoptaran ese carácter de extranjerismo por efecto de los elementos fenicios que en su civilizacion y lenguaje tomaron los habitantes de Lemnos é Imbros y de la influencia que en los del Athos ejerció la cultura de los tracios. Como quiera que sea, conservóse á estos griegos el nombre especial de pelasgos, para distinguirlos del resto de las tribus helenas, y con ese vocablo, que quiere decir antiguos, se quiso significar que nada tenian de comun con las reformas introducidas en la constitucion del pueblo heleno; por analogía se llamó Pelasgiotis á la comarca inmediata á los lagos de Tesalia, de donde procedian casi todos los pelasgos, porque allí se practicaban los antiguos usos y se mantenia en su primitivo estado la cultura.

***

A tenor de la ingeniosa leyenda que hemos sumariamente expuesto, las tribus helenas descendian de un padre comun, y siendo sus tres patriarcas hijos de Hellen, helenos ó panhelenos fué el nombre con que en lo sucesivo se designó á los indivíduos de su ya numerosísimo pueblo. Es cosa averiguada que esta leyenda genealógica se desarrolló en el trascurso del siglo VIII, como, entre otros hechos lo demuestra la órden trasmitida, hácia el año 800, por los sacerdotes delficos á Licurgo de erigir santuarios á Júpiter Hellanio y á Athenea Hellania; y así lo dá tambien á entender Arquiloco, cuando, por los años 700 antes de J. C., dice: «en Thasos corren unidos los lamentos de los panhelenos.» En las grandes Eoes, cuya redaccion se terminó en la segunda mitad del sétimo siglo, aparece la leyenda perfectamente desarrollada. Tambien en las Obras y dias se usa el sagrado nombre Hellas para designar toda la Península (1).

Para acrecentar la importancia de la liga anficcionica, se dió á Deucalion un segundo hijo por nombre Anficcion, y en Protogenia, hija del mismo patriarca, hubo Jóve á Ethlio, que significa el luchador, el atleta. Con esto se quiso dar á entender que no solamente procedian de Deucalion las tribus, sino todas las instituciones que representaban ó servian de base á la unidad del pueblo heleno, particularmente la liga de los anficciones y la solemnidad de Olimpia.

Como natural consecuencia se atribuyó el mismo

(1) Archil. Fragm. 54. Obras y dias, v. 528 y 651 y Hesiodi Fragm. 32, ed. de Göttling.

orígen al antiguo vocablo *graecos*, particularmente relacionado con las tradiciones del Epiro y de Dodona, del que luego se sirvieron los pueblos latinos para designar al griego. A este propósito se cuenta en las Eoes que Júpiter conoció tambien á Pandora, hija segunda de Deucalion, en la cual tuvo á Graecos (1). Vemos, pues, que los dos vocablos con que se designa el pueblo griego, heleno y graeco, procedian de Deucalion, uno, por línea recta, de su hijo, y de su hija menor el otro.

Cada tribu desarrolló á su manera y con entera libertad la leyenda de los hijos de Deucalion, quienes, por esa razon, desempeñan papel diferente en las diversas tradiciones de los cantones. Pero en todas se echa de ver á la simple vista el orígen relativamente moderno de tales personajes, á quienes, por eso, falta la aureola veneranda y llena de poesía que dá la antigüedad; ninguna leyenda les presenta con los caractéres que tan particular animacion prestan á los héroes de las épocas primitivas. La fábula de Eolo es la más pobre de todas, siquiera la veamos difundida por casi todos los cantones griegos, como si hubiese perdido en fuerza lo que ganó en extension. En unas partes sólo dice de él la tradicion que sucedió á su padre en el gobierno de la Pthiotide; en otras se le confunde con el númen de los vientos, con Eolo, progenitor de los monarcas de Yolcos y Corinto, padre de Athamas, de Creteo y Sisifo, hipótesis que se sostiene ya en las poesías atribuidas á Hesiodo. De Doro tampoco se sabe otra cosa sino que bajo su gobierno ocupaba la raza dorica la region Istieoti-

---

(1) Apolod. I, 7 y 3. Hesiod. Fragm. 29.

da, que está al pié de los montes Ossa y Olimpo, desde donde los condujo el mismo caudillo al Pindo, que escogieron entonces por morada (1).

La tradicion atica dió más colorido á la leyenda de Xutho y de Ion. Supónese que el primero fué expulsado de Tesalia por sus dos hermanos, en cuya ocasion, al decir de Herodoto, se refugió en el Peloponeso; pero segun la tradicion ateniense, buscó asilo en Atica, donde Erejtheo, sucesor de Cecrops, le recibió amistosamente; y el fugitivo príncipe le pagó su hospitalidad prestándole auxilio en la guerra que á la sazon sostenia con los sucesores de Jalkodon el chalcidio, con tan buena fortuna, que Erejtheo recompensó este servicio dándole la mano de su hija menor Creusa y varias comarcas de la costa oriental de Atica. Por esta razon se atribuye á Xuthos la fundacion de las cuatro villas de Marathon, que juntas componian uno de los distritos en que estaba dividida el Atica.

Entre tanto el hijo menor de Xuthos, por nombre Aqueo, comete un homicidio que, si bien fué involuntario, no por eso le exime del destierro; huye entonces al Peloponeso, donde tuvo por descendientes á los aqueos de Argos y Laconia, dejando en Atica á su hermano mayor Ion, á quien Herodoto llama general de los atenienses (2). Cuádrale bien este nom-

(1) Estrab. p. 383. Hesiod. Fragm. 32. Pind. Pyth. IV, 108. Herod. I, 56.

(2) Euripid. Jon v. 59 seqq. Estrab. p. 383. Pausanias supone que Aqueo regresa del Peloponeso á Tesalia donde vuelve á entrar en posesion de la herencia paterna; pero sin duda no tuvo otro objeto que el de hacer figurar en la leyenda á los aqueos de la Pthiotide. Herod. VIII, 44.

bre, pues se cuenta que llevó á cabo tales proezas en la guerra sostenida por su abuelo contra Eumolpo, rey de Eleusis, que, al morir Erejtheo, le eligieron por rey los atenienses. Las cuatro *filas* ó tribus atenienses, tomadas de los hijos de Ion al decir de Herodoto, eran en un principio la de los geleontas, de los egicoreis, de los argadas y de los hopletes, nombres que, como antes apuntamos, significan: nobles, cabreros, labradores y soldados, y que, por tanto, pudieron muy bien tomarse de los oficios que las tribus ejercian. Algunos escritores suponen que el mismo Ion hizo ya esta division de las tribus jonicas á las que habia dado su propio nombre. Otros aseguran que Anficcion fué algun tiempo soberano de Atica, y Pausanias opina que Ion vivió entre los egialeos del Peloponeso y fundó á Helice, sin más fundamento que el de llamarse tambien jonios los egialeos (1).

Las estrechas relaciones que desde la introduccion del derecho criminal delfico se establecieron entre Atica y el famoso santuario por un lado y el íntimo parentesco que se supone haber existido entre Ion y las cuatro tribus por otro, fueron sin duda las circunstancias en que se fundó Euripides para introducir una modificacion esencial en la leyenda relativa al orígen de las tribus jonicas, diciendo: que el patriarca Ion fué en realidad hijo de Apolo y de Creusa que cayó en las redes del númen en un lugar apartado de la Acrópolis; que el niño nacido de estos amores fué trasportado por Mercurio á Delfos, donde creció y se educó prestando servicio en el santuario; que algun tiempo despues se presentó Xuthos en Atica y lleván-

(1) Herod. V, 66. Pausan. VII, 1.

dose consigo á Creusa la inspiró el pensamiento de reconocer como hijo á Ion.

Puesto que los atenienses honraban á Apolo en la fiesta de las boedromiàs, bajo el calificativo de dispensador de la victoria y protector de los combatientes, no anduvieron descaminados al atribuirle la paternidad de Ion, quien, juntamente con Xuthos, les habia prestado auxilio y ambos fueron eficaces aliados que los sacaron triunfantes de la lucha. Hé aquí porqué tambien las fratrias atenienses y sus tribus daban culto al Apolo patroos ó paternal y acudian á él en sus apuros, como que de este númen descendìa su patriarca Ion.

Por la modificacion de Eurípides se creó un estrecho lazo entre la leyenda ateniense y el númen delfico y entre sus respectivas tradiciones religiosas; y de la misma surgió sin duda la idea de ennoblecer la raza ateniense haciéndola originaria del más popular de los dioses helenos. Por eso figura Ion en la lista de los soberanos aticos entre Erejtheo y Pandion, aunque no todos los historiadores y críticos han reconocido su derecho á figurar en ella.

El hecho positivamente histórico de haberse dado asilo en Atica á los fugitivos que huyeron ante la invasion de los tesalios y el eficaz apoyo que los nestoridas de Pilos, refugiados tambien en Atica, prestaron á los indígenas en su contienda con los arneos; son sin duda los acontecimientos que se recuerdan en la mencionada leyenda de Xuthos y de Ion, á tenor de la cual estos caudillos figuran en la tradicion atica, en la favorable acogida que tuvieron en aquel país y en el auxilio que prestaron á los atenienses. Como quiera que sea, algunos escritores hacen notar que las

boedromias se instituyeron en memoria de la batalla en que Ion peleó al lado de los atenienses contra los de Eleusis (1), aunque otros opinan que en ellas se conmemoraba la victoria de Teseo sobre las amazonas (2). Pero los atenienses dedicaban expresamente la solemnidad al Apolo Boedromio, nombre con que designaban además el mes en que caia correspondiente á parte de nuestro Setiembre y de Octubre.

***

Entre todas las tribus helenas la que se conoce con el nombre de *eolica*, es la que presenta más diversidad de caractéres y tipos en los diferentes elementos que la componen. Tenía que suceder esto por precision en una tribu cuyos diversos cantones y ciudades no tenian de comun otra cosa que los caractéres más esenciales del pueblo griego y el dialecto, que habia conservado precisamente entre ellos las más antiguas formas del lenguaje heleno. Así vemos que entre las vocales predomina la *a* y entre las consonantes la *r*. En principio y medio de vocablo ocurre la aspiracion con mucha frecuencia y el dual es completamente desconocido. Al conservar el dialecto eolico estos caractéres primitivos de la lengua griega, nos ofrece un notable punto de contacto con los idiomas de la antigua Italia, que carecen igualmente de formas duales.

Más aún que la eolica, llama nuestra atencion la tribu dorica por sus caractéres distintivos y peculia-

(1) Suidas, v. *Boëdromia*. Etymolog. magn. p. 202.
(2) Plut. Thes. c. 27. El vocablo *Apóllōn patrōos* le traducen algunos por padre de Ion. Véase Müller, dorios, I, 244.

res cualidades. Todos sus elementos reconocian el mismo orígen; sus familias habitaron en un principio el mismo valle, del que salieron unidas formando un solo pueblo, y sus cualidades características habian adquirido un sello de uniformidad perfectamente marcada, bajo la influencia de hechos y acontecimientos que á todos afectaron de igual manera. En general poseian los dorios gran habilidad en el arte de la guerra, hallábanse dominados por la sed de mando y por el amor á la más absoluta independencia, y sin embargo, mostraban un gran sentimiento de órden, de disciplina y de sumision á las leyes; al lado de un consumado artificio poseian una gran dósis de esa astucia natural que caracteriza á los pueblos primitivos; el ingénio propio de su raza estaba mezclado con cierta rudeza, y bajo un exterior franco y noble ocultaban no pocas veces una refinada hipocresía.

En el trascurso del sétimo siglo empezaron á marcarse las diferencias de carácter que más tarde separan por completo á las diferentes secciones en que se dividió el pueblo dorico al comenzar la era de las invasiones; y aunque no perdieron las cualidades esenciales de su raza, hiciéronse muy luego notar por sus peculiares usos distintivos: los caballeros propietarios de Esparta, fieles á la disciplina que levantó su poderio; los nobles de Corinto, dedicados al tráfico y al comercio; los gamores de Siracusa y los dorios rodenses que daban adoracion sobre el Tabor á Júpiter bajo la forma de toro.

Como era natural, marcáronse más estas diferencias con el trascurso del tiempo, hasta que no quedaron á las diversas tribus que componian el pueblo

dorico más elementos comunes de la herencia paterna que el recuerdo de su comun orígen y el dialecto que lleva su nombre.

El lenguage dorico presenta más analogías con el eolico que con ningun otro dialecto heleno. Como este dá una marcada preferencia á la *r*, letra que en muchos casos sustituye á la *s*; y emplea la $\bar{a}$ larga aún con más frecuencia que dicho dialecto eolico, por cuyo medio comunica á sus períodos una expresion de gravedad solemne y un tono de pesadez que le caracteriza.

No cabe duda que la tribu jonica es la mejor dotada de todas las que forman el pueblo heleno. Descuella en primer lugar sobre todas por la viveza y la susceptibilidad de su inteligencia y por una extraordinaria predisposicion á la poesía; por otra parte la movilidad suma de su espíritu contrasta con el carácter moderado y estable de la raza dorica. El goce de los bienes conquistados no les sujeta, antes por el contrario les arrastra con irresistible fuerza el deseo de nuevas adquisiciones. En la raza jonica el espíritu de disciplina y de subordinacion á las leyes que promueven el bien comun, se halla dominado por el impulso de la actividad individual y por la fuerza incontrastable del desarrollo de las facultades individuales; en todas sus manifestaciones predomina el sentimiento del derecho y de la libertad individuales.

Si paramos mientes en esto, veremos que los jonios, desde el momento en que, saliendo de sus antiguas ciudades del Atica y de Eubea, aparecen cruzando el Egeo para enseñorearse de sus más floridas islas y de los mejores puntos de la costa asiática,

descuellan sobre todos los griegos por la plenitud y el vigor de sus facultades individuales, carácter que se destaca en la organizacion dada á sus diversos cantones, en su cultura y en todas las manifestaciones de su vida como pueblo independiente.

Los jonios despreciaban los peligros de la guerra y temian los contratiempos de la navegacion aún ménos que los dorios; pero no buscaban la recompensa de sus trabajos y privaciones en la posesion de extensos territorios, sino más bien en el libre ejercicio de sus facultades, en el alegre y activo trato con otros pueblos, en el goce de los placeres que la sociedad ofrece, cuyos actos se manifestaban particularmente en el mercado público. Entre los jonios la moral conserva por mucho tiempo el carácter instintivo é inconsciente de los pueblos primitivos; y en realidad nunca se desarrolló entre ellos, el concepto del deber moral con tanta perfeccion y claridad como entre los dorios; siquiera en aquellos tomase más parte el corazon en la práctica de las acciones morales.

El dialecto jonico presenta igualmente más dulzura y flexibilidad que el eolico, y la combinacion de los sonidos vocales ofrece en dicho dialecto una variedad que contrasta con el vocalismo uniforme del lenguaje dorico. En el dialecto jonico han desaparecido los sonidos aspirados, y en lugar de la *a* característica del eolico y dorico se usa la *ê* larga.

No son las variedades de lenguaje, los usos y caractéres sociales los únicos elementos que distinguen á unas tribus de otras; distínguense tambien y muy particularmente por la manera de dividir y contar el tiempo, ya que el calendario no solo ofrece

notables diferencias en las tribus principales, particularmente entre la eolica con relacion á las otras, pero muchos cantones introdujeron en él importantes modificaciones.

Los jonios empezaban el año con el solsticio del estío, y designaban los meses con nombres tomados respectivamente de las fiestas religiosas que en cada uno se celebraban. Como era natural, en todas partes figuran en lugar preeminente Apolo y Artemis, númenes del sol y de la luna respectivamente, y por consecuencia agentes supremos que producen el cambio de los tiempos y de las estaciones. Hé aquí los nombres de los meses en el calendario jonico y su equivalencia con los nuestros:

Bufonion ó el degüello de los toros era el mes inmediato al mencionado solsticio, correspondiente á Julio, y recibió ese nombre en memoria del gran sacrificio que en el mismo ofrecian á Apolo.

Metageitnion (Agosto), se llamó así en recuerdo de la solemnidad con que en él se honraba al Apolo Metageitnios.

Boedromio (Setiembre), era el mes en que se conmemoraba la proteccion que el hijo de Latona dispensaba á sus adoradores en la guerra, y en toda clase de aflicciones.

Pyanepsion (Octubre), ó mes de los guisantes, así llamado porque en él se recogian los frutos principales de la tierra, y se colgaba con gran solemnidad la corona de la recoleccion á la puerta del santuario de Apolo (1).

---

(1) Bergk, Beiträge zur Monatskunde, (Ensayos sobre los meses), p. 65.

Apaturion (Noviembre), cuyo nombre da bien claramente á entender, que en él se celebraba la fiesta de los sexos en honor del paternal Apolo.

Poseideon (Diciembre), recuerda desde luego la fiesta con que se trataba de apaciguar el enojo del tempestuoso Neptuno, manifestado particularmente en los primeros meses de invierno.

Leneon (Enero), era el sétimo mes, así llamado de la fiesta con que se conmemoraba el trasvase de los vinos despues de la fermentacion, consagrado, como era natural, á Dioniso, númen de las viñas y de sus frutos.

Anthesterion (Febrero), recuerda igualmente el nombre de una solemnidad dedicada á Dioniso, las Anthesterias, en que se honraba al regocijado númen por haber hecho brotar los gérmenes de los frutos venideros.

El noveno mes *Artemision* (Marzo), estaba consagrado á Diana, en cuya fiesta se la honraba particularmente con el sacrificio de una cierva; y el décimo *Kalamaion*, estaba tambien bajo la proteccion de la misma diosa, siquiera los jonios del Asia le consagrasen á Afrodita (1).

Thargelion (Mayo), estaba dedicado al Apolo Thargelio, es decir, al númen que hace madurar las semillas y los frutos.

Taureon (Junio), era el segundo de los meses consagrados á Neptuno y deriva su nombre de los solemnes sacrificios de toros que en él celebraban los jonios en honor del dios de las aguas (2).

---

(1) Bergk, Beiträge zur Monatskunde, pág. 39 y 40; *en kalámois*.

(2) Bergk, l. c. págs. 42 y 43.

Vemos, pues, que de los doce meses del año, seis estaban consagrados á Apolo; dos, en los cuales ocurrian los dias más largo y más corto respectivamente, lo estaban al terrible Neptuno, Enero y Febrero eran los meses de Baco y Marzo y Abril pertenecian á Diana.

En Atica se introdujeron algunas modificaciones en este calendario, variándose el nombre de algunos meses para darles otros tomados de sus particulares fiestas religiosas.

El Bufonion de los jonios correspondía al Hekatombeon atico, variacion introducida con el único objeto de recordar la gran solemnidad ó Hecatombe con que en dicho mes honraban los atenienses á Apolo.

Celebrándose las Apaturias en Atica en el cuarto mes del año, designóse el quinto con el nombre de *Maimakterion*, en recuerdo de la fiesta de la expiacion que en él celebraban al objeto de apaciguar la cólera de Júpiter Maimaktes, ó sea el enojado, el tempestuoso, y alejar las tormentas de la estacion cruda.

Gamelion fué el nombre conque designaron el Leneon jonico, que consagraron á Hera, por lo que algunos, con escaso criterio, suponen que en él se conmemoraban las bodas de Juno con Júpiter, sin parar mientes en que las ceremonias de esta solemnidad solo podian practicarse en primavera (1). Tambien cambiaron el nombre Artemision del noveno mes por Elafebolion ó el degüello de los ciervos, aunque tanto en este como en el siguiente honraban muy

(1) Bergk, l. c. p. 36.

especialmente á Diana. Dieron al décimo (Abril) el nombre de *Munyjion*, de la fiesta que en memoria de Diana se celebraba el dia 16 de este mes (2). El de Junio, consagrado por los jonios á Neptuno, le dedicaron los aticos á Athene, diosa tutelar de la ciudad y del país, y en él celebraban la fiesta de las Sciroforias, solemnidad peculiar de aquél canton, en la que pedian á Minerva que apartase del país la sequía. Por tanto en el calendario atico solo se consagran á Apolo cinco meses, dos á Júpiter y á su esposa Juno, dos á Diana y uno respectivamente á Neptuno, Dioniso y Minerva.

Sábese que la tribu dorica empezaba el año en Octubre, con el dia en que se igualan los dias y las noches, pero no conocemos los nombres de todos sus meses.

Apellaios se llamaba el segundo (Noviembre) en memoria de Apolo y Artemisios el de Abril, que consagraron, como los jonios, á Diana. Parece igualmente seguro que designaron á Mayo con el vocablo Delfinios en memoria del Apolo de igual nombre, y al hijo de Latona estaba tambien consagrado en Esparta el mes de Julio, en unos puntos llamado Hecatombeo, en otros Jacinto, en recuerdo de las Jacintias, fiesta de que en otro lugar hemos hablado.

Agosto se llamó Carneios en memoria de las Carneas y del Apolo de este apellido, mientras que Setiembre le designaron dorios y jonios con el nombre de mes de los guisantes, panamos y pyanepsion respectivamente (1).

---

(1) Hermann, Antig. del culto, pár. 60.
(2) Böck, Los ciclos de la luna, p. 85. Bergk, l. c. p. 66.

El primer dia del año eolico coincidia con el solsticio de invierno, pero los nombres de los meses no eran idénticos en todos los cantones.

Los beocios, en conmemoracion del sacrificio de toros con que honraban á Poseidon, llamaron el primer mes, Bukatios (Enero), el segundo Hermaios (Febrero) en honor de Mercurio, el tercero Prostaterios para honrar la memoria de Apolo Prostates (1), el octavo (Agosto) Hippodromios en recuerdo del caballeresco Neptuno; Panamos era nombre comun á dorios, jonios y eolios; Noviembre estaba consagrado á Demeter, como lo indica su nombre Damatrios y Diciembre se llamó Alalkomenios por honrarse en él la memoria de Athene Alalkomene.

Desde luego se comprende que habian de ofrecerse no pocas dificultades á los diversos cantones siempre que trataran de ponerse de acuerdo para determinar la fecha de ciertos sucesos, siendo diferente el principio del año en cada comarca y tan diversos los métodos puestos en práctica para hacer coincidir el año lunar con el curso del sol, ó sea el tiempo civil con el año natural. Las mismas diferencias se observan en los sistemas y cómputos cronológicos seguidos en los diversos Estados helenos. Así vemos, que en Argos se contaban las fechas por los años que habian estado de servicio las sacerdotisas de Juno, diosa tutelar del país, y en Delfos servia de punto de partida el ciclo de ocho años que mediaba entre cada solemnidad pitica. En Esparta servia de base el tiempo que reinaba cada uno de sus reyes, y en las ciu-

---

(1) Böck, corp. inscrip. I, p. 733. Hermann, Noticias sobre los meses, p. 77.

dades que se regian por principios aristocráticos, en las cuales por consecuencia se verificaba todos los años un cambio más ó ménos completo de empleados públicos, como sucedia en Corinto desde la Pritania de los Baquiadas y en Atenas desde la creacion del arcontado anual, se designaban los años con los nombres de estos jefes del Estado.

Algun tiempo despues, cuando al finar el siglo octavo empezaron todas las tribus y ciudades helenas á tomar parte en la solemnidad olimpica, surgió la idea de adoptar, de comun acuerdo, la época de cada fiesta como punto de partida para el cómputo del tiempo y para los cálculos cronológicos. Este ya fué un adelanto que merece tenerse en cuenta.

XI.

LA EPOPEYA Y LA TEOGONÍA.

En lo que toca al desenvolvimiento de la vida propia, nacional, siguieron dorios y jonios casi idénticos caminos. Si aquellos habian demostrado su valor y la perfecta unidad de sus fuerzas en sus expediciones guerreras coronadas por los más alhagüeños resultados; si en Creta y Rodas supieron apropiarse elementos civilizadores que modificaron de notable manera el carácter de la cultura helena, las colonias jonicas de Anatolia no tenian que envidiar nada á los establecimientos doricos del Peloponeso, y respecto á cultura, despues de entablar relaciones con los lidios, no era en nada inferior la jonica á la de sus rivales, como lo demuestran las colonias de Eubea, Mileto y Fosea, superiores por todos conceptos á las colonias más florecientes de los dorios.

En la esfera de la cultura intelectual, cuya única genuina manifestacion por entónces, era la poesía, marchaban los jonios á la cabeza, dado que á ellos en realidad corresponde la gloria de haber llevado el canto epico á la perfeccion inimitable que nos pre-

senta en los poemas homericos; y por tanto á ellos, en último término, se deben los ensayos que, ya en el octavo siglo, se hicieron en muchos puntos, con más entusiasmo que éxito para presentar en igual forma poética los ricos materiales que ofrecian las tradiciones de todas las tribus helenas. Pero desgraciadamente faltaba á los imitadores y sucesores del gran bardo de Chios, no solamente su vigoroso génio sino todas las condiciones, datos é hipótesis en que éste fundó su grandiosa leyenda, cuyo desarrollo precisamente es uno de los principales méritos de su maravilloso ingénio.

Salta desde luego á la vista que en el siglo VIII habian perdido las tradiciones y leyendas heróicas aquel vivo colorido que tenian á raiz del troyano suceso, y de los portentosos hechos que le siguieron que tan á maravilla supo dibujar el cantor de la Iliada; habíase no poco amortiguado el interés de los príncipes y nobles caudillos, sucesores de aquellos guerreros que sometieron á la orgullosa Ilion y lucharon en los mismos campos que ellos á la sazon podian llamar suyos ó por cuya posesion todavia peleaban; la realidad habia sucedido á las fantásticas creaciones de la tradicion que Homero supo presentar bajo tan maravillosa forma y á que dió tan vivo colorido. Por tanto, en esta época faltaba á los poetas epicos la práctica que suministraban antes los cantos heróicos, el interés con que el pueblo, los príncipes y nobles contemporáneos de Homero escuchaban las relaciones de los poetas; faltábales la inspiracion que nace de la inmediata contemplacion de los lugares que fueron teatro de los sucesos y el encanto y la animacion que presta esa poesía sencilla

pero expontánea de que sacó Homero sus mas profundas inspiraciones, para crear un género de poesía mas elevada.

Homero compuso su poema valiéndose tan solo de una parte de la leyenda greco-troyana, que ilustró con numerosos y bellos episodios, en lo cual demostró el vigor de su vastísimo ingenio; en la Odisea expuso únicamente algunas de las principales aventuras del héroe, sin destruir la unidad de la accion. Los poetas homeristas por el contrario, incluyen en la accion general un sinnúmero de hechos. Por eso mientras que de la Iliada y de la Odisea solo puede sacarse una ó á lo sumo dos tragedias, de las *Ciprias* pueden componerse varias y ocho ó mas de la pequeña Iliada, la lucha por las armas, Filoctetes, Neoptolemo, Euripilo, la excursion mendicante, las Lacaenas, la destruccion de Ilion, la partida, Sinon, las Troerinas (1).

Como quiera que sea, la epopeya tuvo muchos y no vulgares representantes en los siglos posteriores á Homero. No obstante, en sus composiciones se descubre á primera vista que son copias ó imitaciones de un original á cuya perfeccion no pudieron llegar, siquiera estuviesen redactadas en el lenguaje homerico, aun las de autores que pertenecian á distinta tribu.

Por el año 800 el eolio Hesiodo, natural de Ascra, empleó la forma epica, no para cantar las magnificencias de los dioses y las glorias de los héroes, sino simplemente para mejor inculcar en el ánimo de su hermano ciertos principios morales y reglas que debian servirle de norma en la vida, mientras que el jonio Arctino compuso en el principio de la era olim-

(1) Aristot. Poet. 23.

piada dos poemas en los que continuó la leyenda de la guerra troyana desde el punto en que termina la Iliada.

En estos dos poemas, el de *Los Etiopes* que consta de cinco libros y el de *La Destruccion de Troya*, de dos, cantó las luchas de los aqueos con las Amazonas y con el etiope Memnon; la lucha de Aquiles y Pentesilea que acabó con la muerte de esta; los insultos que dirigió Tersiles al mismo Aquiles y que le valieron la muerte y la traslacion del invulnerable caudillo á la isla de Leuce despues de su muerte, ocasionada por una flecha de Páris, y por último, la toma de Ilion por los héroes escondidos en el caballo de madera. La destruccion de la ciudad, la muerte de Priamo y el sacrificio de Polixena sobre la tumba de Aquiles, son los asuntos que sirvieron de tema al segundo poema de Arctino (1).

En la primera mitad del octavo siglo apareció *La Tebaida*, poema dividido en siete libros con 9.000 versos, en el cual se da á conocer la leyenda relativa á la expedicion de los caudillos argivos, Adrasto y Amfiarao contra Tebas (2). Aunque en este poema se hace memoria de Edipo, redactóse mas tarde otro, con el nombre de Edipodia, en el que se hace una re-

(1) Este poeta, llamado por Dionisio halicarnasiense, el más antiguo de los poetas conocidos, fué, segun algunos, discípulo de Homero. Artemon de Clazomenas le hace figurar en la novena Olimpiada, ó sea hácia el año 744 antes de J. C., mientras que Eusebio y Jerónimo le hacen florecer en la primera, aunque parece seguro que no floreció antes de la mitad del octavo siglo Dion. Hal., Antig. I, 68, 69. Euseb. Chron. Olymp. p. 78, 79.

(2) Hemos fijado la fecha de la Tebaida, ateniéndonos al dicho de Pausanias, quien asegura que Calino de Efeso, citó versos de dicho poema. Paus. IX, 9, 3.

lacion de la extraña leyenda de este príncipe. Consta de más de 5.000 versos y se cita como autor del mismo á Lacone Cinaethon, que, al decir de los más autorizados cronólogos, floreció en la primera mitad del octavo siglo (1). Como continuacion de este poema aparecen poco despues los *Epigones* y la *Alcmeonia* que cierran el círculo de las leyendas tebanas y dan á conocer detalladamente los sucesos de la segunda expedicion argiva y la desgraciada suerte de Alcmeon, hijo de Amfiarao. En la segunda mitad del mencionado siglo reunió Eumelo, poeta dorico que ayudó á Arquias á fundar la colonia y ciudad de Siracusa, en un gran poema epico, todas las leyendas de los héroes de Corinto, sin excluir las aventuras de Jason y de Medea.

En la primera mitad del sétimo siglo, la leyenda troyana, sirvió de nuevo al poeta Lesches de Lesbos como argumento de sus composiciones. Este vate eolico dió en su *Pequeña Iliada* una relacion de la caida de Ilion más detallada y extensa que todas las conocidas, enlazando con el argumento principal un gran número de hechos y episodios acaecidos despues de la muerte de Aquiles, y enriqueciendo con nuevos detalles el que se refiere á la toma de la ciudad enemiga. Este poema se dividió más tarde en cuatro libros.

En la segunda parte del mismo siglo apareció el poema *Ciprias* que, en once libros, expone la leyenda troyana con más extension y mayor copia de datos que todos los anteriores. En este poema se trata de

---

(1) Inscrip. Borg. I, 11. Clinton fast. helen. c. 765. Pausan., IX, 5, 5, da á entender que no sabe á ciencia cierta quién sea el autor de la Edipodia.

investigar la causa verdadera, que motivó la tremenda lucha entre griegos y troyanos. Despues de presentar á la diosa Afrodita como centro del que parte la chispa que enciende el fuego de la pelea, expone la fábula relativa á la contienda de las tres diosas rivales, la sentencia del voluptuoso Páris y habla por último del sacrificio y de la traslacion de Ifigenia (1).

Con la aparicion de esta obra coincide, segun todas las probabilidades, la del poema los *Nostos*, de Agias de Trecena, que en cinco libros reunió las numerosas leyendas relativas al regreso de los héroes que tomaron parte en el sitio de Troya.

***

Las leyendas de Hércules sirvieron tambien de tema para diversas composiciones epicas de este período. El autor de la «Toma de Ejalia» cantó las últimas hazañas del héroe, su campaña contra Euryto y sus amores con la rubia Iole, hija del primero. Atribúyese la redaccion de este poema al bardo Creofilo de Samos, y á lo ménos, parece cosa averiguada que su autor fué uno de los poetas de la escuela de Samos fundada por el mencionado bardo, que floreció en la segunda mitad del octavo siglo. Esta hipótesis conviene mejor con los hechos expuestos en los escasos fragmentos que nos quedan de la Toma de Ejalia, que dan una relacion de la leyenda de

---

(1) En la caja de Cypselo está representado el juicio de Páris, de cuya circunstancia se deduce que las Ciprias aparecieron antes del año 600. Más como por otra parte los fragmentos del poema, no presentan caracteres de mayor antigüedad, debe fijarse la fecha de su redaccion entre los años 650 y 600.

Euryto y Hércules completamente distinta del texto de la Iliada. La ciudad de Ejalia se ha trasladado á Eubea mientras que en el poema homerico aparece en Arcadia y otros la colocaron en Mesenia. De esto se deduce que el orígen del poema en cuestion no se remonta más allá de Eumelo.

Euryto prometió la mano de su hija al que más destreza mostrase en el manejo del arco. Hércules vence á todos sus rivales, pero Euryto le niega el prometido premio. Entonces el héroe se apodera de Ejalia, da muerte á Euryto y á sus dos hijos y se lleva consigo á Iole.

Hacia el año 630, ó sea á la conclusion del período, apareció la Heracleia de Pisandro el rodense, poema enciclopédico que contiene una relacion circunstanciada y completa de todas las aventuras, trabajos y hazañas del hijo del Alcmena. Pisandro fundió en este poema, la fábula del antiguo númen de la luz, de los primitivos caudillos de Micena y Tiryns, con la fábula del dios solar del Asia menor y del Melkarth de los fenicios. Antes hemos dado á conocer otros muchos puntos de contacto entre el Hércules griego y el Melkarth fenicío; en el escamoteo del ceñidor á Mene, reina de las Amazonas, y en las aventuras amorosas de Omfale, la Cibeles libia. Los milesios le hicieron patriarca de los escitas que habitaban en las márgenes septentrionales del mar Negro y en el extremo opuesto del Mediterráneo los samios y focenses hallaron las dos montañas de Melkarth, que desde entonces se confundieron con las columnas de Hércules.

Esta fusion de las dos leyendas era por extremo fácil en una época en que los griegos frecuentaban las

costas fenicias y sostenian activo comercio con los adoradores de Melkarth en varias islas, particularmente en Rodas, y no debe maravillarnos que Pisandro refiriese á Hércules todos los mitos del númen solar de Tiro.

Efectivamente, este bardo atribuye á Hércules doce trabajos, porque Melkarth tuvo que someter los doce signos celestes que se oponen á la marcha del sol por su órbita; le hace vencer al leon fiero, símbolo del ardor estival, de que tambien salió triunfante el númen fenicio, y le viste con la piel del animal vencido; le da por arma principal la maza y le consagra las aguas termales de que tambien era tutelar Melkarth (1); siguiendo las huellas de este númen, le hace recorrer en toda su longitud las costas del Mediterráneo y del mar Negro; dar muerte á Anteo y á otros mil mónstruos y alimañas y cruzar en la copa del sol el anchuroso Oceano; y por último, supone que se quemó á sí mismo en una gran pira, al modo que Melkarth se quemó para resucitar purificado y rejuvenecido (2).

Hesiodo, apartándose del trillado camino, empleó el verso epico, no para cantar las glorias de los héroes y las alabanzas de los dioses, sino para dar á los hombres reglas morales y consejos prácticos para la vida: su estilo es mesurado y sereno cual conviene á este género de poesía. Muy luego imitaron otros poetas el ejemplo del célebre moralista. Derribada en unos puntos la monarquía y perdido casi todo su prestigio en otros, fué decreciendo más y más el in-

(1) Estrab., p. 688. Pisandri Fragm. I, ed. de Dübner.
(2) Pis. Fragm. 7. 10, etc.

terés que antes mostraba el pueblo por conocer y recitar las aventuras y hazañas de las antiguas familias reales, cuya importancia se desvanecia ante los altísimos deberes que el nuevo régimen político imponia á la nobleza. La poesía tomó tambien parte activa en este movimiento de la reconstitucion del Estado; desde entonces los vates griegos fijan más su atencion en el presente, en la vida real, que en las leyendas y fábulas del pasado, y sus cánticos tienen por principal objeto impulsar el desarrollo de la cultura y despertar la idea de la moralidad y de la conciencia en el pueblo. Dotados de un conocimiento claro y profundo de la esencia de los dioses; comprendiendo mejor que sus conciudadanos el ideal de una sociedad civil armónica y ordenadamente constituida, con más clara idea de lo que debe ser el hombre honrado, noble y virtuoso, colócanse á la cabeza del movimiento religioso y dirigen el desarrollo de las instituciones civiles. Ellos son los que mueven á sus compatriotas á realizar actos heróicos, á practicar la virtud y ajustar, en general, sus acciones á las enseñanzas de los inmortales.

Desde luego se comprende que los vates helenos desechasen el verso epico, que no se presta para la viveza y animacion que requieren las composiciones didácticas y morales, y particularmente los himnos guerreros. Siguiendo el ejemplo del jonio Calino de Efeso, empleóse una medida nueva más en armonía con los fines que en aquella época se asignaban á la poesía, el dístico, ó sea el pentámetro alternando con el hexámetro. En este verso que se llamó elegiaco, redactaban los vates helenos sus excitaciones y sus consejos al pueblo; en él componian sus alocucio-

nes y sus arengas semiguerreras, con que no pocas veces le infundieron el valor y entusiasmo de que ellos se hallaban animados. Arquiloco se valió de este verso hácia el año 700, para consolar á Pericles por las desgracias de la guerra y las pérdidas navales. En la misma medida compuso, 50 años más tarde, su Eunomia el jonio Tirteo, aquellos cantos guerreros, llenos de fuego con que excitaba á los dorios á pelear como convenia á los sucesores del gran Hércules. Tirteo y Terpandro, el uno con sus elegias, sus canciones guerreras en versos anapestos, el otro con sus arengas y sus coros, lograron efectivamente restablecer en Esparta el órden y la concordia y levantar el ánimo abatido de los caballeros conquistadores del valle del Eurotas. Dícese que el efecto producido por los coros de Terpandro, fué tal, que al oirlos se echaron á llorar los contendientes, y sus querellas terminaron con un general abrazo (1). No pudo ser más completo el éxito obtenido por los dos mencionados vates.

Pero Arquiloco no halló suficiente el verso elegiaco, demasiado severo y monotono, para expresar la viveza y la violencia de sus apasionados sentimientos, los fogosos ataques, las breves y mordaces inventivas con que desahogaba su cólera y su sátira, cuando quiso emplear la poesía para tratar asuntos familiares y corregir abusos y vicios de la vida privada. Este defecto le sugirió la idea de emplear el yambo alternando con el dístico. Más tarde, hácia el año 600, imitó su ejemplo Simonides de Samos, con el propósito de corregir las flaquezas y los vicios de

(1) Diodor. Fragm. 0.

cierta clase de mujeres y de elogiar á las damas diligentes, que, á semejanza de las abejas, se ocupan exclusivamente en el cuidado de su casa y de su familia (1).

A los cantos epicos precedió entre los griegos el himno que se recitaba durante los sacrificios, aún despues que llegó á su apogeo la poesía epica. Claro está que esto no se hubiera logrado sin la intervencion de ciertas familias que, como los Eumolpidas, Pamfidas y Lycomidas en Atica, tomaron á su cargo la conservacion de esos preciosos tesoros de la antigua poesía nacional. Con el trascurso del tiempo, merced sin duda al influjo de la poesía epica, se adoptó en estos himnos el verso y la entonacion característica de la Epopeya; cantábase en ellos, como complemento de los sacrificios, las hazañas y los hechos de los dioses, como el canto epico narraba las aventuras de los héroes (2). De esta clase son los himnos homericos que han llegado hasta nosotros, en su mayoría de los siglos VIII y VII antes de la Era cristiana, el más antiguo de los cuales, se cree compuesto por un cantor de Chios, oriundo de la familia homerica. Este himno á lo ménos data de la segunda mitad del octavo siglo, como entre otras razones lo demuestra el calificativo de «hábil en la navegacion» que su autor aplica á Eubea, toda vez que las primeras colonias chalcidias se fundaron en Sicilia en 738, y en la costa de Grecia, hácia el 720. Por otra parte no cabe hacer remontar su orígen más allá del año 750 en que apénas se habia dado á cono-

---

(1) Suidas *Simōnidēs Krinéō*, Syncell. p. 401.
(2) Hymn. in Apollin. 155-161.

cer el sistema monetario de Eubea. Además, al tiempo de su redaccion, habíase ya extendido la fama del oráculo delfico hasta el punto de hacerle decir el autor de la poesía, que su mision es «anunciar á los hombres los infalibles decretos de Jove» (1). Por el contrario, el himno que acompaña al anterior, dedicado al Apolo delfico, data de la segunda mitad del sétimo siglo, como lo dará á entender el uso frecuente del vocablo Peloponeso, los numerosos detalles que se dán de la fábula de Tyfon, á quién dió á luz Juno para saldar con su esposo Júpiter la deuda que éste contrajo al producir á Pallas, y como tambien lo demuestra el juego etimológico que se hace con los vocablos *Python* y *püzeszai*. Tampoco puede atribuírsele orígen posterior al año 600, ya que expresamente se dice en él que el ruido de los carruajes y de los corceles no turban el reposo de la Pitonisa, y los juegos piticos se introdujeron ya en el año 586 (2).

Desde luego se comprende que estos recitados en honor de los dioses eran insuficientes para satisfacer el ánimo de los concurrentes á las ceremonias del culto y de los sacrificios. El recogimiento que esos actos requieren, pide una expresion más exacta del sentimiento religioso, una exposicion mística del concepto ideal y elevado que ya tenia el pueblo de la divinidad, más concentrada y más sublime que la que cabia en los antiguos himnos. Para elevar el corazon á la divinidad y concentrar en su contemplacion el ánimo del hombre redactáronse breves invocaciones,

---

(1) Hymn. in Apollin. v. 131.
(2) Hymn. in A., v. 250. 290. 430 y 270.

himnos y oraciones que cantaba ya el coro, ya una voz sola, tomando parte en estos cánticos todo el pueblo, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, particularmente en las procesiones, miéntras se quemaba la víctima, para acompañar la danza alrededor del altar y en las libaciones.

El dorio Eumelo de Corinto compuso himnos corales para las procesiones, y Arquiloco compuso en versos yámbicos «el Pean lesbio» y varias plegarias á Vulcano. El mismo vate jonico compuso en varios metros ligeros himnos en loor de Dioniso, de Kore y del gran Hércules (1).

Viene despues el eolio Terpandro de Lesbos, que á mediados del sétimo siglo compuso nuevos himnos en versos espondeos y los cantó en las fiestas con que honraban los espartanos á Apolo, en los grandes sacrificios piticos. Gracias á las modificaciones que introdujo en la cítara, pudo Terpandro seguir en la entonacion musical las diversas modulaciones del verso y variar más las estrofas cantadas por los coros, de suerte que con razon puede decirse que Terpandro fué el verdadero fundador de la música eclesiástica ó religiosa entre los griegos. En virtud de esta variacion introducida en las estrofas y en la música, pudieron los poetas helenos acomodarse más á las prescripciones de la liturgia y expresar con metros adecuados y tonos más propios las invocaciones, las alabanzas y las plegarias á los númenes celestes.

Asegúrase que Terpandro puso en música á Homero, es decir, sus versos hexametros, aunque esto solo debe entenderse de sus himnos epicos (2). Es

(1) Fragm., 77. 78. 118 y siguientes en Bergk.
(2) Plut, de Mus. c. 9.

tambien cosa averiguada que, desde el segundo viaje de Terpandro á Esparta durante la segunda guerra de Mesenia, los espartanos cultivaron la música coral con tan excelente resultado, que el mismo vate decia, hablando de la capital de Laconia: «Aquí brillan las lanzas de la juventud, y florece la Musa de voz melodiosa y el derecho cuyo poder abraza extensos horizontes y favorece la ejecucion de hermosos hechos (1).» En esta época se introdujo tambien el Castoreon, himno guerrero que se cantaba antes de empezar la batalla, con música de Terpandro y que se hacia resonar, como observa Pindaro, «en las cuerdas eolicas de la cítara de siete cuerdas (2).»

***

La fantasía de los griegos habia poblado el cielo y la tierra con un sinnúmero de dioses y espíritus. No habian contribuido poco á aumentar su número la poesía epica creando nuevas divinidades de títulos aplicados antiguamente á ciertos númenes, cuyo significado se fué borrando con el trascurso del tiempo y trasformando en dioses ciertos atributos de los que ya poblaban el Olimpo. Habia además otra série de divinidades, leyendas religiosas y mitos propios de distintas comarcas que les habian creado, difundido y multiplicado con entera independencia, sin atender á influjos extraños y á este ejército de númenes y séres celestes se agregó más tarde un contingente numeroso en los mitos y dioses de las islas y

(2) Fragm. 4, en Bergk.
(3) Pindar. Pyth, II, 127. Mármoles de Paros, 34.

costas del Mediterráneo que los colonos griegos introdujeron en su pátria para fundirlos con las tradiciones y mitos nacionales. Cuando en el siglo VII empezaron á estrecharse las relaciones entre los diversos cantones y ciudades de Grecia y se estableció en Delfos el santuario general ó panteon en que se reflejaba el eco de este numerosísimo cónclave de dioses y héroes divinizados, sintióse la necesídad de refundir y ordenar en un sistema mejor definido aquella confusa masa de mitos y personages olímpicos, obra empezada, en cierto modo, por Hesiodo de Ascra y continuada por vates eolios partidarios de sus doctrinas. Manifiéstase con perfecta claridad esta tendencia en la Teogonia y en las Grandes Eoes, obras escritas sin duda con el indicado objeto, la segunda de las cuales se ha perdido por completo.

Por esta tendencia importa mucho fijar la época en que se redactó la Teogonia. Desde luego puede asegurarse que no apareció completa hasta el año 630 antes de Jesucristo. Dando por supuesto que el Proemium sea extraño á la pluma que escribió el resto de la obra, tenemos un dato bastante seguro para fijar la fecha en que aparecieron los dos poemas en las citas geográficas que contienen. En uno y otro se hace mencion de Latinos y de los Tirrenos, pueblos desconocidos en Grecia hasta el año 630, en que los focenses arribaron á sus playas; nómbrase tambien el Eridano con sus profundos remolinos y los ligures (1). El autor de la Teogonia coloca el Atlas en las extremas regiones del Oeste, no lejos del país de las Hesperides, nombre que aparece por vez primera en este

(1) Teog, v. 1013-1016. 215,275, 338 y 518.

poema. Como habitantes del Norte se citan á los Hiperboreos y los ordeñadores de caballos de que habla Homero se designan con el nombre de Escitas. Léense en el mencionado poema los nombres del Istros y del Fasis; el de Anjialos en la costa de Cilicia, el de Byblos y el de Sidon (1). En las Eoes ocurren tambien los nombres de Belos, Baal y Arabos. Por otra parte las leyendas del regreso de los Argonautas á lo largo del Fasis, á través de la Libia, y la leyenda de Cirene, de que muestra tener exacto conocimiento el autor de los dos poemas, son por necesidad de orígen posterior á la fundacion de Cirene. Tampoco era posible nombrar los desgraciados pretendientes de Hipodomia, antes de la segunda mitad del sétimo siglo, época en que tambien empieza á figurar Adonis como hijo de Fenix (2). Por último, la mencion que se hace de *Graekos* y la importancia que se atribuye al valle de Dodona, que no la tuvo sino despues que los corintios fundaron colonias en esta comarca, hácia el 650, son tambien pruebas de que los poemas en cuestion son posteriores al año 630.

Con una capacidad poética extraordinaria poseian los griegos una fecundísima imaginacion, que, degenerando á veces en fantasía, les hacia perseguir la marcha y el desarrollo de las cosas hasta su nacimiento. Desde los tiempos más remotos empezaron á formarse y desenvolverse entre ellos las ideas acerca del orígen de los dioses y del mundo. Habia, pues, divinidades antiguas y modernas, como habia unos

---

(2) Herod. IV, 32. Estrab. p. 42.60 y 300. Teog. v. 339, 340.

(3) Escol. á Apol. de Rodas, IV, 259.284. Hes. Fragm. 79 81, ed. de Göttling. Pausan. VI, 21,7. Apollod. III, 14,4.

héroes que florecieron antes que otros, circunstancia que fué preciso tener muy presente al ordenar el sistema teogonico heleno. Los primeros escritores que trataron de llevar á cabo tan difícil empresa, viéronse como necesariamente impulsados á escudriñar el orígen de todas las cosas.

En el poema homerico todos los séres, sin excluir los dioses, nacen del agua fructificadora. Origínanse primeramente los espíritus de las tinieblas, contra los cuales, segun las más antiguas tradiciones, los dioses de la luz sostienen rudo combate; pero esos séres tenebrosos no nacen directamente del agua, sino del cielo y de la tierra, que son los primeros engendros del líquido elemento. De los malignos espíritus nacen los númenes de la luz, los dioses buenos, que muy luego se alzan en armas contra sus progenitores para lanzarlos al lugar que les corresponde tener por morada, á la tenebrosa region del infierno, donde reina perpétua y oscurísima noche.

Estas mismas ideas informan el sistema desarrollado en la Teogonia que, de esta manera, fué causa de que el pueblo heleno se apartase cada vez más de las creencias religiosas de la numerosa familia aria. La Teogonia sostiene tambien que los espíritus de la luz nacen de las tinieblas, pero no admite que el agua sea el orígen de los dioses y de los hombres, antes bien los hace proceder directamente de las mismas tinieblas, de la oscuridad, del caos. Antes que todo existia el caos, del cual se originaron la tierra de seno anchuroso y el Tártaro, representacion del profundo abismo de las tinieblas.

Despues del Tártaro aparece Eros, aunque este personaje no debió entrar aquí en el plan primitivo

de la Teogonia, toda vez que la tierra produce enseguida sin su concurso. Por tanto, y teniendo en cuenta que en todo el poema no figura este personaje sino mucho más tarde, como acompañante de Afrodita, debemos considerar como apócrifos los pasajes en que se le cita despues del Tártaro (1).

Entonces la tierra, *Gea*, por virtud propia, produce el cielo de bronce, Urano, que la rodea por completo, y da tambien á luz las espaciosas montañas y el infecundo salado elemento. A seguida Urano fecunda á su madre la tierra y de este ayuntamiento nacen los Titanes. En la epopeya homerica se nombran solo tres Titanes: Yapeto, Crono y Rea; mientras que en el sistema teogonico de Hesiodo figuran seis Titanes varones con otros tantos hembras. Aparece en primer término Oceano, espíritu de las aguas, orígen de los dioses al decir de Homero, con su compañera Tetis. Síguenles cuatro espíritus luminosos: Hyperion y Thea, Coio y Febe ó la brillante. A estos titanes de la luz siguen en la Teogonia, Creo y Eurybia, personificaciones de la fuerza, Yapeto y Clymene, Crono y Rea. Vemos, pues, que en el sistema hesiodico, no se observa la antigua separacion de númenes de la luz y de las tinieblas, ya que indistintamente se nombran los de una clase mezclados con los de la otra.

Despues de estas seis parejas de Titanes, tuvo Gea, siempre con el concurso de Urano, otros seis hijos: los tres ciclopes, Brontes ó el trueno, Steropes ó el rayo y Argos ó el relámpago, en los cuales están personificadas las tormentas, y los tres gigantes

---

(1) Teog. 120-23. Véase v. 201.

de cincuenta cabezas y cien brazos llamados Cotto, Briareo y Gyes. En el poema de Homero figuran los ciclopes como pastores salvajes, de talla gigantesca y con un solo ojo, aunque de estos séres de cien brazos solo se nombra en dicho poema á Briareo, haciéndole hijo de Neptuno.

Gea se asustó al ver los hijos que habia dado á luz y temió exponerse de nuevo á la virtud fecundadora de Urano. Para destruir la causa de su miedo hizo crecer el hierro, fabricó con él una gran guadaña y la presentó á los seis Titanes, hijos suyos, para que con ella castrasen á su padre. Embargados por el miedo, solo uno se atrevió á ejecutar operacion tan arriesgada, y este fué Crono, el más jóven de todos.

El desnaturalizado hijo aguardó á que llegara la noche, y cuando vió que Urano se disponia á abrazar á su madre, cumplió los deseos de Gea. Sin embargo, las gotas de sangre que brotaron de la herida cayeron sobre aquella, y en virtud de esta fecundacion, dió á luz nuevos mónstruos; el espíritu de la implacable venganza que se llama Erinnys y los poderosos gigantes, armados de largas y relucientes lanzas. Entre tanto Crono habia arrojado al mar el trofeo arrancado á su padre, el cual se cubrió enseguida de espuma; de esta nació á su vez una diosa que fué primero arrastrada por las olas en direccion á Citerea y llevada despues á las playas de Chipre. Aquí saltó á tierra y á medida que marchaba brotaban bajo sus blandos piés yerbas y plantas.

Vemos, pues, que los Titanes aparecen en la Teogonia como los primeros engendros groseros que no alcanzaron su natural desarrollo; como figuras pri-

mitivas enteramente subordinadas á otros séres. Por lo demás los mitos relativos á la sobrenatural virtud fecundadora de Urano, el cielo, y de los monstruosos alumbramientos de la tierra, son de todo punto extraños á la manera de pensar de los griegos; es verdad que tampoco entre los iranios ni entre los indios encontramos tradiciones de esta clase. La creacion explicada bajo la forma de engendros, el eunuquismo, el nacimiento de Afrodita de entre la espuma producida al rededor del miembro de Urano, son fábulas groseras que tuvieron su orígen entre los semitas de Oriente. Segun todas las probabilidades los asirios y babilonios fueron los primeros autores del eunuquismo y á sus córtes acudieron los indios é iranios en busca de eunucos para los palacios de sus príncipes. Por el contrario, los griegos mostraron siempre gran aversion hacia esta cruel barbárie que trataron de evitar en cuantas ocasiones se les presentaron (1).

Por lo que hace á la diosa Afrodita, es notorio que los griegos tomaron su culto de los orientales. Así figura en los poemas homericos únicamente como diosa de Citerea y de Chipre, y al decir de Herodoto en Ascalon estaba el templo más antiguo de cuantos tenia el voluptuoso númen, pues los mismos chipriotas confesaban haber sido hecho á su imitacion el que ellos tenian y el de Citerea fué obra de los fenicios; de donde se deduce que de Asiria pasó el culto de la diosa á Citerea y á Pafos (2). A este propósito conviene recordar, que segun hemos expuesto en otro

---

(1) Herod. III, 48. VIII, 105.
(2) Pausan, I, 14. Herod. I, 105.

lugar, en Ascalon se daba culto á Derceto bajo la figura de una mujer, que desde los muslos, tenia forma de pescado; que á este númen, lo mismo que á Mylitta, á Ashera y á la diosa de la generacion venerada por lidios y carios, le estaban consagrados los peces y el agua y que esta diosa se veneraba tambien en las costas de Chipre (1).

De esta divinidad venerada en las costas y en las islas, que ejercia su virtud prolífica por medio de la humedad, del agua, creó la pura y elevada poesía helena el mito de Afrodita, la diosa rociada por la espuma del mar. En uno de los himnos homericos se describe con incomparable delicadeza, de qué manera fué llevada Afrodita por las olas y por el viento Oeste desde Citerea hasta la costa de Chipre; cómo despues de subir á tierra la adornan las Horas primaverales, y, llevando en la cabeza una corona de violetas, la presentan en la morada de los inmortales (2).

Debe considerarse como un retroceso á las groseras ideas de los pueblos orientales, el hecho de que la Teogonica haga nacer del miembro de Urano á esta diosa quien en los poemas homericos aparece como hija de Júpiter y de Diana (3). En esto se echa de ver claramente el influjo que las creencias de las tribus cario-semiticas de Creta y de Anatolia ejercian

---

(1) Que la Mylitta de los babilonios y la Blatta de los lidios es una misma divinidad, está demostrado por la analogía de los vocablos, que significan una misma cosa «la que pare.» Juan de Lidia, de mensib., 24.

(2) Hymn. V. in Venerem.

(3) La Teogonia hace figurar á Dione, la primera esposa de Jove, entre las hijas del Oceano; v. 353

entre los griegos al finar el sétimo siglo, particularmente en los círculos eclesiásticos de Delfos y en los vates beocios de Thespia, que mantenian con aquéllas estrechas relaciones.

Del Oceano y de Tetis, que son los más antiguos entre todos los Titanes, y á la vez espíritus de las aguas dulces fertilizadoras, se originaron los rios que bañan la tierra; de Hyperion y Thea, Titanes de la luz, proceden el sol, la luna y la aurora; de Coio y Febe nació Asteria, númen de las estrellas y Latona, madre de Apolo y de Diana. De Creos y Eurybia descienden Perses y Astreo; este, á su vez, engendra los vientos; de Yapeto y Clymene se originan Atlas y Prometeo. Crono ó Saturno hubo de Rea á Hestia, Ceres, Juno, al poderoso Hades y á Neptuno. Pero el esposo de Rea, Cibeles por otro nombre, se comió á todos sus hijos porque Gea y Urano le habian anunciado que seria vencido por uno de ellos. Cuando Cibeles dió á luz á Júpiter propúsose salvar al nuevo númen, y al efecto, dió á devorar á su bárbaro esposo una piedra envuelta en pañales, en vez del niño. En seguida colocó á éste en la isla de Creta bajo la custodia de ciertos sacerdotes que le guardaron y criaron en una gruta situada en las cercanías de Lyktos, segun unos y en el interior del monte Ida segun otros (1). Cuando Júpiter hubo adquirido la

(1) Cerca de Cnosos, residencia de Minos, habia otra gruta de Júpiter. Odis. XIX, 178. Platon. legg. init. Otros suponen que este númen nació en la gruta del monte Dikte ó en la misma montaña de este nombre. Apoll. I, 6. Diod. V, 70. Agathocl. Cyzic. Fragm. 2. 3. ed. Müller. El templo de Júpiter dicteo estaba en la parte oriental de la isla, cerca de Präsos, en el territorio de los eteocretenses. Estrab. p. 476. Pero en la region N. O. de la isla habia una montaña y promontorio con el nombre de Diktynäon y Dikte se llamaba tambien un monte que se alzaba en las cercanías de Lyktos. Estrab. p. 478.

edad y fuerza de un robusto mancebo obligó con astucias á su padre, mediante el auxilio de Cibeles, á que arrojara todos los hijos que se habia tragado, empezando por la piedra que á él le sustituyera en el estómago paterno. A seguida colocó Jove este peñasco en la sima del Parnaso, en el lugar sagrado de Piton, para que sirviera de señal á los mortales.

Homero no admite, ó á lo ménos pasa en absoluto silencio, la fábula que atribuye á Saturno el dictado de antropófago y supone además que Júpiter fué el hijo mayor de Saturno. El lugar á que la Teogonia supone que fué trasladado Júpiter, para sustraerle á la voracidad de su padre, nos dá bien claramente á entender de dónde proceden los extraños mitos que allí se mencionan y las ideas con ellos relacionadas. Confirman este orígen cretense todos los detalles de la leyenda relativos á la crianza de Jove, de quien se dice que fué puesto en la gruta del Ida, bajo la custodia de ciertos sacerdotes guerreros llamados Cureteos y de otros conocidos con el nombre de Coribantes, quienes, para evitar que Saturno oyera los llantos del niño, danzaban contínuamente en torno de él, dando alaridos y chocando unos con otros los escudos de bronce de que iban armados. En Creta se mostraba efectivamente la supuesta gruta de Jove y se celebraban en honor suyo misterios (1).

Sábese tambien que los carios y sirios que habitaban en la isla honraban al dios del sol y del cielo con danzas guerreras, que los colonos dorios adoptaron y dieron á conocer en Esparta: en esta costum-

(1) Diodoro, V, 77.

bre de los cretenses tuvo orígen la danza guerrera de los griegos, llamada *Pyrrije.*

El curso diurno del sol dió á los fenicios motivo para celebrar la muerte y resurreccion de su númen solar, y la Teogonia forjó de este mito la fábula de la huida de Júpiter á Creta A su vez los misios y carianos suponian que este númen solar mataba todos los años, en medio del verano ó en el otoño, á sus hijos, es decir, las flores del campo y de los árboles, valiéndose de sus flechas, ó sea de sus ardientes rayos; por eso conmemoraban este suceso con cantos lúgubres y fiestas fúnebres; en tanto que al apuntar la primavera, cuando reverdecian las plantas, celebraban con alegres solemnidades la resurreccion de los hijos del dios luminoso. Tales son las tradiciones en que el autor de la Teogonia fundó la fábula de Saturno devorando á sus hijos. En la piedra que le propina Cibeles para salvar á Júpiter, vemos una parodia de las piedras que fenicios y carianos adoraban como símbolo dc sus divinidades: Saturno tragó en lugar del númen su imágen. En el noveno siglo se llevó una de estas piedras de Creta á Delfos, en la cual veneraban los griegos al Apolo delfico; dos siglos más tarde se suponia que aquella piedra era la misma tragada y devuelta por el antropófago númen.

Asegurado del apoyo de sus resucitados hermanos, resolvió Júpiter despojar del imperio á su padre y á los Titanes, con cuyo motivo la Teogonia nos lleva á las antiguas tradiciones helenas relativas á la lucha entre los espíritus de la luz y de las tinieblas. Nada más fácil que desarrollar este asunto en una época en que varios poetas le habian tratado, con más ó ménos acierto, en sus composicioues. Cien años an-

tos, Eumelo de Corinto habia escrito la *Titanomajia*, imitando las relaciones que ya se tenian de los combates heróicos.

Supone la Teogonia que la guerra entre dioses y Titanes comprende diez años, durante los cuales la naturaleza estuvo agitada por los más horribles cataclismos. Los descendientes de Saturno luchaban desde el Olimpo y desde el Othyrs los Titanidas. En lo más recio de la pelea fortalece Júpiter á sus hermanos é hijos con el néctar y la ambrosia, la *amr'ta* ó inmortal de los indios; saca de su prision á los ciclopes y centimanos, hijos de Urano y Gea, arrojados por su padre al Tártaro, quienes en agradecimiento le ayudan en la guerra contra los Titanidas sobre los que lanzaban rayos y montañas con prodigioso ímpetu y velocidad increible. Por fin los rayos que sin interrupcion arrojan los ciclopes deciden la tremenda lucha en favor de los buenos espíritus, y el rayo es tambien el arma con que Indra derrota á los espíritus de las tinieblas en las tradiciones brahmanicas.

Otros muchos detalles de la Titanomajia nos traen á la memoria los combates de Indra con los danavas ó hijos de Danu, espíritus de las tinieblas y de la sequía. Los Titanes fueron para siempre sepultados en el Tártaro, la custodia de cuyas puertas se encomendó á los centimanos. Despues produce Tifoe una serpiente de cien cabezas, símbolo del viento solano que todo lo abrasa; mónstruo horrible nacido de la union del Tártaro y de Gea, que representa el último esfuerzo hecho para derrotar á los Saturnidas; pero Júpiter le dispara sus rayos y le arroja al Tártaro con los Titanidas. Aun antes de sufrir esta nueva

derrota ya ha engendrado Tifoe en Ejidna nuevos mónstruos, Orthro, el perro de Gerion, el Cerbero, el can de los infiernos y la Hidra de Lerna. De esta última alimaña descienden la Quimera, sometida por Belerofonte, el mónstruo que moraba en el monte Ficio de Tebas y el leon de Nemea. Las Greas, las Gorgonas ó espíritus tenebrosos del Oeste y el dragon que guarda las manzanas de las Hespérides son engendros de Forcys y de Ceto ó del gran pescado marino que, á su vez, fueron productos de las caricias del mar y de Gea.

De estos datos se desprende que la Teogonia divide en dos grandes ramas todos los mónstruos de que hace mencion la mitología y las tradiciones helenas, en las cuales comprende sin distincion á los que descienden de los dioses y de los grandes héroes.

El catálogo de las naves describe á Tifoe como un mónstruo que mora en las entrañas de la tierra, contra el cual Júpiter lanza á menudo sus rayos. Los poetas posteriores, cuentan que sobre su cuerpo pesan enormes masas de montañas, y suponen que las llamas del Etna y de otros volcanes, no son otra cosa que el abrasado aliento que despide el mónstruo (1).

En cambio la Teogonia no hace mencion de la guerra que sostuvieron los espíritus luminosos contra los gigantes, ó sea contra los malignos tenebrosos espíritus del Oeste que precedieron en su desgracia á los Titanidas. De esta lucha solo tenemos algunas noticias que nos ha trasmitido Pindaro, y una relacion más detallada, pero completamente desfigurada

---

(1) Iliada II, v. 780. Aeschyl. Prometh. 253 seqq. Pindar. Olymp. IV, 6. Pyth. I, 15. Estrab. p. 626.

en los fragmentos de Apolodoro. De una y otra se desprende, que los gigantes eran séres poderosísimos que tuvieron en jaque al mismísimo soberano del Olimpo (1).

***

En la gigantesca lucha entre buenos y malos espíritus, los más jóvenes vencieron á los más antignos en orígen. Unico entre todos los Titanidas, que se salvó de caer en el Tártaro fué Oceano con su esposa Tethis, sin duda porque la Teogonia siguiendo antiguas tradiciones, no creyó que podia privar á la naturaleza de los beneficios de estos séres, considerados como orígen y principio de todos los rios.

Atlas y Prometeo aparecen en la Teogonia como hijos de Yapeto. Despues de la derrota de los Titanidas, Júpiter impuso al gigante Atlas, que como tal figura ya en las tradiciones antiguas de Hellas, la obligacion penosa de sostener con cabeza y manos el anchuroso cielo, desde un lugar situado en el extremo de la tierra, no lejos de las Hesperides.

Digna de especial mencion es la leyenda de Prometeo, que la Teogonia, por particulares razones, hace figurar entre los Titanes destronados. El antiguo númen del fuego, que enseñó á los hombres el uso de este precioso elemento, y con su auxilio, les mostró las incomparables ventajas del hogar doméstico; que se valió de su llama para subir hasta los inmortales el olor del sacrificio, fué con el tiempo sustituido en el culto heleno, en unos puntos por Hestia, en otros por Hefaistos, dios de los herreros

(1) Pindar. Nem. IV, 25 y los escolios á este pasage.

que fabricaba sus armas en los humeantes volcanes, á quien las tradiciones epicas llamaron por eso «portador del fuego,» en perjuicio del infortunado Prometeo, cuyo culto solo se conservó en algunas localidades.

En otro lugar hemos indicado las causas que motivaron la discordia entre Júpiter y Prometeo y el castigo de este númen. Esta rivalidad se fué aumentando más á medida que se modificaban los antiguos ritos del sacrificio y que el culto de los dioses ganaba en importancia. Por esta época los griegos no se contentaban ya con quemar en honor de los inmortales los huesos, la grasa y á lo sumo los muslos de la víctima destinando el resto para sus banquetes; esto les parecia mezquino y casi injurioso á la majestad de los dioses. Prometeo dió á los hombres las primeras nociones de este género de sacrificios con los cuales trató de engañar á los inmortales. No se ocultaban á Júpiter estos ardides, y el vencedor de los Titanes, que veia su poder amenazado por temibles mónstruos y que, al decir de la Teogonia, era como nadie celoso de su autoridad, vió un motivo de querella en los actos por los cuales Prometeo favoreció á los hombres, siquiera este númen peleara al lado de los dioses olimpicos en la guerra contra sus propios hermanos, los Titanes (1). Júpiter acudió á la fuerza de su

(1) La historia de Prometeo y Pandora que aparece en los Trabajos y los dias (v. 47-105) fué sin duda intercalada posteriormente. En el poema antigno se cuenta que los dioses ocultaron en el seno de la tierra el alimento destinado á los hombres, quienes sólo por medio del trabajo podian sacarle á la superficie. En el mencionado episodio se dan á conocer los motivos que tuvo Júpiter para esconder el alimento humano. Por el contrario, la leyenda de las cuatro edades, expuesta igualmente en los Trabajos y dias, concuerda en los puntos

potente brazo y atando al Titanida con durísimas cadenas por los cuatro extremos á la cima de una inmensa columna despachó su propia águila para que sin cesar le devorase las entrañas. En la Teogonia no figura el Caucaso como teatro del suplicio de Prometeo; en cambio se supone que al fin se apaciguó la cólera de Jove y consintió que Hércules le restituyera su libertad no sin dar muerte al águila que le devoraba. Era muy natural que la tradicion pusiera término á los sufrimientos y castigos de un ser que por mucho tiempo recibió adoracion en Atica y otros cantones de Grecia (1).

Terminada la guerra contra los Titanidas los descendientes de Crono eligieron por soberano á Júpiter y éste repartió entre sus hermanos los cargos de sus vastos dominios: sin duda este cambio de soberano en el celeste imperio era más conforme á las ideas que predominaban en el país heleno (2). Júpiter reserva para sí el gobierno del cielo, del éter y de las nubes; cede á Neptuno el de las aguas del mar y de los rios y Hades reina en las entrañas de la tierra, en el imperio de los muertos.

Júpiter pensó luego en dejar descendencia y hubo en Ceres á Proserpina, cuya hermosura cautivó á Pluton ó Hades en términos que se la robó á su ma-

---

esenciales con la exposicion del poema antiguo, por más que algunos pasages presenten señales de apócrifos, como aquel en que se dice que Jove trasladó á las islas de los bienaventurados á los héroes que sucumbieron ante los muros de Troya, donde Crono ejerce soberanía sobre ellos: v. 165-170.

(1) Segun todas las probabilidades, la leyenda del suplicio de Prometeo, atado por las cuatro extremidades á una roca, tiene alguna analogía con el vocablo Titan, de *titainō*, extender.

(2) Teogonia, v. 881. Iliada, XV, 186 y sigs.

dre (1); de Latona tuvo á Apolo y Diana, de Maya á Mercurio y la venerable tierra, por otro nombre Semele, segun la Teogonia hija de Cadmo y de Harmonia, le dió á Dioniso. Por último se casó con su propia hermana, Juno, de la que tuvo á Hebe y Ares.

En la Teogonia figura tambien por primera vez la leyenda segun la cual Minerva nació de la cabeza de Júpiter. Suponian las antiguas tradiciones que la más bella y casta de las diosas habia nacido de las nubes del cielo, pero los autores de la Teogonia creyeron más razonable suponer que habia salido de la cabeza del mismísimo Júpiter Tonante. Desarrollando más esta teoría se dijo que las nubes eran hijas del Oceano, ya que del mar que rodea la península griega subian las negras nubes hasta tocar la bóveda celeste. Por eso en la Teogonia se da por madre á Minerva una hija del Oceano, cuyo nombre es Metis, es decir, sabiduría, como que era la personificion de la prudencia y del saber; la más sabia entre todos los séres olímpicos. Pues bien; cuando estaba próximo á dar á luz á Minerva devoró Júpiter á su esposa y así quedó trasformado en el más sabio de los dioses, en verdadero padre del númen que personificaba el saber y el buen consejo. Para contrarestar el mérito de esta obra de Jove, y satisfacer á la vez sus celos, supone la Teogonia que Juno produjo á Vulcano sin más auxilio que el de su propia virtud, aunque otros suponen que la esposa de Júpiter, enojada por el nacimiento de Minerva, produjo á Tifoe, mónstruo de que antes hicimos mencion (2).

---

(1) Teog. v. 913.
(2) Teog. v. 927. Himno á Apolo, v. 304 y siguientes.

Esa larguísima lista de dioses y diosas no fué suficiente á satisfacer los caprichos de la imaginacion helena, como se da claramente á entender en la Teogonia cuando se eleva á la categoría de séres divinos los diversos estados del alma, las pasiones, las virtudes y hasta los conceptos morales; á todo se atribuye personificacion, aunque de una manera vaga y abstracta y á cada uno de esos innumerables séres señalase su lugar respectivo y su genealogía. Veamos tan solo un ejemplo de estos delirios poéticos, si tal nombre puede dárseles.

La noche, hija del Caos, dió á luz, por virtud propia, á las Hesperides ó espíritus de la Tarde, á la muerte, al sueño y á la pesadilla; al dolor y á las quejas; á la recompensa, á la vejez, al engaño y á la disputa que se llamó Eris. Esta Eris produjo á su vez los padecimientos y el hambre; la guerra y el asesinato, la ilegalidad, la ceguedad y otros séres de esta índole. Desde luego salta á la vista que en todo esto no hay un átomo de la antigua religion helena ni de su poesía: delirios de imaginaciones exaltadas.

***

A la genealogía de los dioses era natural siguiesen las genealogías de los héroes que descendian de padres olimpicos. Para perpetuar la memoria de las mujeres mortales que tuvieron la fortuna de recibir favores de los dioses, redactaron los vates beocios un catálogo, especie de Diccionario biográfico de las mujeres que mediante aquellos favores habian sido madres de los grandes héroes. Dióse á este poema el nombre de «grandes Eoes» por la forma aforística

jen que se hallaba redactado, que le daba gran semeanza con la Teogonia.

Despues de una breve introduccion en que se hacia notar que ya no habia mujeres como las de los pasados siglos, venian los nombres ó árboles genealógicos, que siempre empezaban con estas palabras: «ó semejante á aquella intachable vírgen que moraba, no léjos de las márgenes del Amyro, en la sagrada colina didymica que se levanta en el campo dotico y lavó sus piés en el lago Bobeis;» «ó como la que alimentaba la Hyria beocia;» «ó como Antiope que fué madre de Zetho y de Amfion;» «ó como Cyrene que por virtud de Apolo dió á luz á Aristeo;» «ó como aquella que dejando su casa y su pátria, vino á Tebas con el guerrero Anfitrion, la hija del príncipe Electryon. Esta aventajó en excelencia y belleza á todas las mujeres; sus hermosas cejas negras tenian un poder mágico semejante al de las cejas doradas de Afrodita y nunca mujer alguna honró como ella á su esposo. Pero éste salió á campaña contra los teleboes, etc. (1).

(1) Fragm. 50. 53. 54. Scutum Herc. init.

XII.

LA FIESTA DE OLIMPIA.

Desde los tiempos de las emigraciones caminaron los griegos de progreso en progreso, y durante luengos años no se detuvieron un momento en sus conquistas intelectuales y materiales. El extraordinario aumento de la poblacion en todos los cantones de la Península, y en las islas del Egeo; la aficion á las aventuras y el espíritu comercial, que en todas partes se habia desarrollado juntamente con los cambios introducidos en el régimen interior de los estados helenos, fueron los principales elementos que contribuyeron á ensanchar el círculo de la actividad helena llevándola más allá de la cuenca del Egeo. Sin presion alguna de fuera, con una fuerza expansiva de que apénas hay otro ejemplo en la Historia, desparramáronse los griegos, desde el comienzo de la era olimpiada, por las costas de Tracia, del mar Negro y de Sicilia; por todo el golfo tarentino, en la península itálica y por la septentrional africana: las colonias griegas se hallaban desparramadas por el inmenso círculo de costas que bañan el mar Negro y

el Mediterráneo. El cetro de los mares escapábase de las manos fenicias para pasar á las griegas, ya que la marina helena se mostraba en todas partes superior á la fenicia y cartaginesa, sin que bastasen á evitar su derrota las vastas relaciones comerciales y los magníficos puertos que de antiguo poseian ambos pueblos en estos mares.

Poco despues de la era olimpiada vemos sustituida en todos los cantones la antigua monarquía por el gobierno aristocrático ó de los mejores: no solo en los estados sometidos á su yugo durante las emigraciones, sino en los que entonces se habian librado reinaba por esta época la nobleza; hasta en las colonias se habia ésta sobrepuesto al poder de los reyes. En todas partes habia tenido buen cuidado de no confundirse con la plebe, siquiera en algunos cantones fuese esta separacion más marcada que en otros, lo cual constituia, el único verdadero signo distintivo de sus respectivos gobiernos. Que los conquistadores, á la vez emigrantes, formaron en las colonias lo mismo que en la metrópoli el núcleo de la nueva nobleza, lo hemos dicho anteriormente, y sabemos tambien que ella se apropió la principal y más lucrativa parte del botin y del gobierno.

Hasta la caida de la monarquía, el soberano era la personificacion del Estado; despues pasó esta representacion á la aristocracia. Por primera vez se nos presenta en la historia un pueblo gobernado por una colectividad, por vez primera vemos encomendados al cuidado de muchos el órden y la direccion de los negocios públicos, y el progreso de un pueblo entero determinado por su comun esfuerzo. Es verdad que en las primeras etapas del desenvolvimiento

histórico de algunos pueblos, dotados de sentimientos individualistas, forman parte del consejo y del gobierno de la nacion los padres de familia, los ancianos de más probada sabiduría, y los jefes de las familias más poderosas y que algunos cantones helenos se rigieron en un principio por instituciones patriarcales semejantes á estas; pero en Oriente se levantaron muy luego las grandes monarquías en sustitucion de estas primitivas formas gubernamentales; y aún en Grecia la monarquía, nacida de las necesidades y peligros de la guerra, se impuso muy pronto al pueblo y con tal energía, que los monarcas griegos solo otorgaron á la nobleza el derecho de consejo. No obstante, la vida de la monarquía helena fué en extremo breve: el pueblo griego no pudo resignarse á vivir mucho tiempo sin participacion directa en la gestion de los negocios públicos y en esta lucha sucumbió definitivamente la monarquía al poder del pueblo. Es verdad que solo una pequeña parte privilegiada se aprovechó de la victoria tomando en sus manos el gobierno; pero este era ya dirigido por una colectividad que representaba á las masas, envolvia en sí el concepto de la comunidad de intereses con determinados derechos para los unos y deberes bien definidos para los otros. Con sus nuevos privilegios asumió tambien la aristocracia la obligacion de prestar importantes servicios al pueblo. En lugar de la antigua natural inclinacion que les hacia vivir apegados al suelo patrio y á los dioses lares, sentíanse impulsados por el patriotismo, por el sentimiento del más puro amor patrio, por el cariño hácia sus conciudadanos.

En igual grado de civilizacion y cultura ningun

pueblo de la antigüedad mostró tener tan clara conciencia de los deberes que á todo ciudadano impone el privilegio de pertenecer á una nacion bien constituida, como el griego al inaugurarse el gobierno aristocrático. Verdad es que esta ventaja debe atribuirse más que á sus propias facultades al espacio reducido de sus cantones y estados, que les obligaba á vivir en inmediato contacto, á mantener tan activas relaciones que más les hacian parecer una sola nacion que muchos estados independientes.

Animada tambien de estos sentimientos la nobleza helena, consideraba como un derecho propio de toda la clase la posesion del gobierno de que recientemente se habia incautado, por lo que todos sus indivíduos debian tener participacion igual en la direccion de la cosa pública. Hé aquí por qué en un principio les vemos encaminar especialmente sus esfuerzos á consolidar su personal influencia en el gobierno de sus respectivos cantones sin tratar para nada de extender su dominacion sobre los distritos vecinos.

La victoria de la aristocracia sobre la monarquía, dió orígen á las primeras constituciones políticas entre los griegos. La nobleza, compuesta de personas en su mayor parte ambiciosas, no podia gobernar sin organizarse para dar á todas sus tribus y familias una participacion igual ó análoga en el gobierno y en el poder legislativo. Sobre esta base redactó Licurgo su constitucion espartana y en un pensamiento análogo se inspiraron las disposiciones porque se regian Atica y Tebas al finar el siglo VIII y todas las colonias griegas fundadas á partir de esta época en Oriente y Occidente. En aquellos puntos en que la

poblacion se componia de indivíduos procedentes de diversas comarcas, como sucedia en algunas colonias, fué preciso dictar reglas de gobierno especiales, encaminadas á uniformar aquellos elementos heterogéneos, tanto en lo relativo al derecho como á las costumbres; á las penas y castigos; á dar leyes generales que sirviesen á los jueces de norma en sus decisiones y á fijar en general lás formas del procedimiento jurídico. Tal fué el orígen de las leyes de Licurgo, dé Zaleuco y de Jarondas, que fueron los primeros códigos porque se rigieron los griegos.

Noble alcurnia, riqueza y educacion; hé aquí, al decir de Aristóteles, los tres principios fundamentales de la aristocracia y las razones que abonaban sus pretendidos derechos á la soberanía; su sangre era más pura que la del pueblo; sus riquezas suficientes á procurarla una vida desahogada, y su educacion abrazaba no tan sólo la práctica en el manejo de las armas, sino tambien completo conocimiento de las ceremonias religiosas y de las prácticas jurídicas. En sentir de la aristocracia griega el orígen de padres nobles lleva consigo la posesion de un cuerpo más hermoso y de un alma mejor dotada que lo está la de los hijos del vulgo, cualidades y ventajas que se desarrollaban aún mucho más por la educacion y por la práctica, de que se veian privadas las clases ménos acomodadas. El jóven aristócrata heleno debia aventajar al plebeyo, cualquiera que fuese su profesion, no solamente por la destreza y vigor de su cuerpo, por su valor y arrojo, por su habilidad en el manejo de las armas y su sangre fria en los peligros sino tambien por la nobleza de sus sentimientos. Bajo este concepto era más noble aquél que se veia más

exento de impulsos bajos y mezquinos; más libre de ciertos apetitos, como la avaricia y el apego á las riquezas, y que al propio tiempo, manifestaba respeto á los dioses y á las costumbres de los mayores y una firme voluntad de mirar más por los intereses de la nacion que por los suyos propios.

***

Como lo indica su nombre, el gobierno aristocrático debia ser, en sentir del pueblo y de la misma nobleza, el gobierno de los mejores y de los más nobles. Por su valor y animosidad, la aristocracia debia estar siempre dispuesta á defender el Estado mejor que ninguna otra clase; su ilustracion, sus virtudes y su conocimiento de las antiguas prácticas jurídicas y religiosas, la daban especial autoridad en el consejo y la ponian en buenas condiciones para dirimir pleitos, apaciguar las contiendas que turbasen la paz del país y ofrecer los sacrificios por el pueblo.

Por lo demás, la nobleza griega estaba convencida de que sus derechos y privilegios la imponian deberes correspondientes para con el pueblo, y que la posesion del poder debia estar equilibrada ó contrarestada por las obligaciones y cargas que consigo lleva un buen gobierno. La nobleza debia consagrar su tiempo y sus fuerzas todas al pueblo. En virtud de este principio desempeñaba todos los cargos del gobierno y administraba justicia sin retribucion alguna y con igual desinterés defendia á la pátria con sus armas, buscando siempre el lugar de mayor peligro en la batalla. De todos estos servicios el más importante era sin duda el de la guerra, que hacia gratui-

tamente á pié ó á caballo, pero siempre con pesada armadura, yendo acompañado cada noble por sus respectivos siervos. Si el Estado habia menester de dinero la aristocracia lo suministraba, porque sobre ella pesaba la carga de los impuestos.

En esta época predominaba todavía entre los griegos la creencia de que la agricultura, y todos los trabajos manuales, eran incompatibles con todo sentimiento noble y elevado, opinion sustentada sin restriccion de ninguna clase por los grandes filósofos del siglo IV, Platon y Aristóteles. No tan solo se creia que á los labradores y artesanos les faltaba capacidad para gobernar, por hallarse privados de los dotes naturales y de los conocimientos adquiridos por la práctica ó recibidos de los mayores, y por faltarles tambien el tiempo y los medios indispensables para dar á sus hijos la educacion intelectual y la práctica en los ejercicios que constituyen un buen gobernante y un hábil guerrero; no sólo se les creia incapacitados para desempeñar todo cargo público, por el hecho mismo de tener que dedicar al trabajo el tiempo que absorbe el desempeño de un empleo oficial; en aquel tiempo era general la creencia de que el trabajo por el sustento deshonraba al indivíduo, porque se le consideraba como un trabajo servil. Por el contrario, el ejercicio de las armas y los trabajos ejecutados en beneficio de la comunidad enaltecen al hombre. El obrero, el mercader y el comerciante no pueden vivir exentos de ambicion, y ésta envilece inevitablemente el alma.

Únicamente el que puede vivir sin el enojoso cuidado de ganarse el cuotidiano sustento es ó puede llegar á ser noble, porque únicamente en la noble hol-

ganza, con los ejercicios atléticos ó de las armas, por medio de las prácticas del culto y las sabias sentencias de los poetas; en el cumplimiento no interrrumpido de los deberes políticos y religiosos puede formarse la verdadera nobleza. Con semejantes ideas no debe maravillarnos que los aristócratas helenos, los *mejores*, los *eupatridas* ó bien nacidos, los *caballeros*, los *propietarios*, los *hermosos* y los *buenos*, que con todos estos nombres se les llamaba, mirasen con soberano desprecio, desde el pináculo en que se habian colocado, al pueblo bajo que ganaba el sustento con el sudor de su frente, y le tratasen como á un rebaño de hombres cobardes, mezquinos y manchados por la avaricia, por cuyas venas no corria una sola gota de sangre noble. Cuando la aristocracia no se juzgaba con poder suficiente para contener las ambiciones de esta masa de hambrientos y descamisados ó no tenia medio de satisfacer las exigencias de los descontentos, favorecia la emigracion, y se deshacia de los más temibles enemigos enviándoles á conquistar en otros países un pedazo de tierra, fortuna y esclavos que, borrando el recuerdo de su pasada pobreza, les sirviesen de escudo y de título de nobleza. Por lo general el éxito más completo coronaba estas empresas.

La aristocracia griega nos presenta una organizacion y una fuerza de que solo hallamos ejemplo en la nobleza romana. No solamente sus riquezas, su habilidad en el manejo de las armas y en toda clase de ejercicios guerreros le daban una gran ventaja sobre las masas populares; tenia otra ventaja no ménos importante en la investidura sacerdotal de que se hallaba revestida, cuyos privilegios eran tan precia-

dos como los privilegios que gozaba por sus títulos caballerescos. La aristocracia helena era depositaria del derecho en sus dos fases de civil y canónico ó religioso; ofrecia los sacrificios á la vez que administraba justicia; era á un mismo tiempo salvaguardia de las prácticas religiosas y de los usos mundanos, cargos que en los estados orientales estaban al cuidado de las clases sacerdotales.

Entre los griegos nunca hubo verdadera separacion de las clases sacerdotal y aristocrática; la dignidad de noble y la de sacerdote estaban unidas en una misma persona. Ningun inconveniente ofrecia esta amalgama en una religion que no exigia práctica alguna que tendiese á despertar en el hombre ideas de otra vida distinta de la vida presente, que no enseñaba á sus afiliados á vivir para el cielo, para un mundo más perfecto que el que le rodeaba. Por tanto en este sistema el sacerdote tenia iguales deberes religiosos que el aristócrata; el cuerpo eclesiástico se confundia en una sola aspiracion con el cuerpo del Estado; el fin moral era idéntico para uno y otro; apenas podia decirse que fuesen dos entidades diferentes. El hombre no tenia que prepararse para entrar en otra vida despues de la muerte; solo tenia que trabajar para satisfacer las necesidades presentes para sí mismo, para su familia y para el Estado. Así es, que la fuerza moral del individuo, y por consecuencia de la nacion, estaba concentrada en este mundo, se dirigia exclusivamente á cumplir los fines de la vida presente, toda vez que el indivíduo solo aspiraba á ser un hombre noble y diestro en su profesion respectiva, á llenar las obligaciones que la sociedad y el Estado imponen á sus individuos.

La nobleza helena fué la que, bajo la direccion de los poetas epicos, dió al sistema religioso la forma relativamente sublime y significativa que presenta en los tiempos que siguieron al apogeo de la epopeya, y este fué, sin duda, uno de los más sagrados deberes que se impuso en cuanto aseguró su dominacion y fijó los principios generales de su aristocrático gobierno, siquiera en esta obra recibiese importantísimo apoyo del gran consejo sacerdotal que tenia su morada en Delfos. Claro está que el cambio operado en las ideas relativas á la divinidad, tuvo resonancia en otras esferas del conocimiento, en el concepto del Estado y de la relacion que con él guardan las diversas clases sociales, particularmente la nobleza, que tuvo muy buen cuidado de aplicar á todos sus miembros el ideal ético del «hombre hermoso y bueno» como si solo en ellos fuese realizable. Por eso la educacion del aristócrata heleno tenia por principal objeto sujetar á la más perfecta medida sus acciones y sus sentimientos, fijar en su mente ideas que le hiciesen superior á la avaricia y al bajo egoismo, enseñarle el más exacto cumplimiento de los deberes que la sociedad impone y moverle á vivir todo para su pátria; solo de esta suerte llegaria á ser un hombre agradable á los dioses y podria asegurarse su favor y su gracia. Por tan sencilla manera la aristocracia helena acrecentó su prestigio, añadiendo la influencia de las cualidades morales, á la ya poderosa influencia que le daban la riqueza, las armas, la religion y el derecho.

⁂

Dos armas principales empleó la aristocracia he-

lena para consolidar su dominio: la educacion y el culto religioso con todos sus accesorios.

En el culto de los griegos estaba perfectamente representada la union de la iglesia y del Estado, de la moral social y religiosa, de la dignidad sacerdotal y aristocrática. Inmolábanse sacrificios solemnes únicamente para implorar de los dioses el bien y la prosperidad de toda la nacion: todo el pueblo concurria á estos sacrificios, formando numerosas procesiones que seguian el órden siguiente: Precedian las víctimas adornadas con flores y otros objetos vistosos, detrás de las cuales iban los sacerdotes y diversos funcionarios que llevaban los vasos y útiles para el sacrificio; seguian á estos los empleados públicos con las insignias de su respectivo cargo, los indivíduos de la nobleza guerrera en activo servicio, unos á pié y otros á caballo, con armas ó vestidos de blanco y llevando ramos en las manos, segun la clase del sacrificio, y por último, cerraban la comitiva los ancianos. Durante la procesion cantaban las diversas secciones del cortejo, alternando, himnos corales, compuestos al efecto, con objeto de excitar la piedad de los concurrentes.

Una vez ordenada la comitiva alrededor del altar se inmolaba la víctima, y miéntras ésta se quemaba, entonábanse nuevas canciones en las que tomaba parte todo el numeroso coro de hombres, doncellas y niños al son de la cítara. Los solemnes cantos que Terpandro, fundador de la música religiosa helena, enseñó á sus compatriotas, eran efectivamente muy á propósito para excitar la devocion y realzar el concepto de la divinidad á que la fiesta estaba consagrada. El movimiento del ritmo perfectamente

imitado por la música, expresaba el carácter esencial de la fiesta que más claramente se describia en la letra de los coros.

Cuando con la solemnidad se conmemoraba algun hecho mitológico del númen, se representaba mímicamente por medio del baile; así vemos que en las fiestas piticas la danza de los jóvenes representaba la lucha de Apolo con el dragon. Despues del sacrificio tenian lugar los certámenes musicales de los citarodas, los discursos de los rapsodistas, los juegos y combates que desde los primeros tiempos de la monarquía formaban la parte recreativa de las solemnidades religiosas de los helenos, siendo su objeto no solo deleitar á los hombres sino tambien á los inmortales.

En la procesion al santuario se manifestaba la fuerza numérica de la poblacion y el estado de los guerreros que podian salir á campaña; en las carreras, en la lucha, en el salto, en el pujilato y en todos los combates que hacian parte de la fiesta, dábase á conocer el número de los hombres que sobresalian por su fuerza ó por una habilidad extraordinaria. No se podia servir mejor á los dioses ni ostentar méritos más acreedores á su beneplácito que el de presentar en sus fiestas un gran número de hombres que por su constancia y sus extraordinarios esfuerzos habian alcanzado el premio de los valientes y merecido el dictado de buenos.

La nobleza, que tenia un interés especialísimo en que este ideal se realizase en todos y cada uno de sus indivíduos, dió muy principal importancia en la educacion de la juventud á todos los ejercicios que tendian á obtener ese resultado, á formar una generacion

de hombres animosos y diestros, agradables por tanto á los dioses. Con este objeto se despertaba en los niños y jóvenes sentimientos de piedad, se les hacia comprender del mejor modo posible el carácter y la esencia de los dioses y se les habituaba á cumplir en todo su voluntad soberana. Dirigíase de esta manera su ánimo por el buen camino, se les impregnaba de nobles ideas y la fuerza, la destreza, la hermosura y el vigor de su cuerpo completaban el conjunto de cualidades que distinguian al noble del plebeyo.

De las indicaciones que anteceden, se desprende que la educacion de la nobleza helena era esencialmente religiosa, dado que hasta los medios materiales con que se desarrollaba, la poesía y la música, estaban impregnados de ese carácter. Así no debe maravillarnos que religion y Estado fuesen para los griegos una misma cosa ó que considerasen el Estado como la expresion práctica de la religion. Indudablemente aquellas formas de los dioses y de los héroes descritas en los poemas religiosos, en los himnos y coros, debian hacer una poderosa impresion en los jóvenes; su ordenada medida debia despertar en ellos el hábito del órden y de la moderacion; los hechos de los héroes les inspiraban sentimientos de caballerosidad y de valor; en los dioses presentábanseles virtudes y caracteres dignos de imitacion; la pureza de ánimo en Apolo; el valor caballeresco en los dioscuros; la constante obediencia y la animosidad en Hércules; mientras que las enseñanzas contenidas en las elegías y otras composiciones poéticas, debian servirles de norma en sus acciones.

Las enseñanzas teóricas y los ejercicios de memoria se perfeccionaban á seguida con la práctica, ya

cantando en las fiestas los himnos y coros con antelacion aprendidos, ya ejecutando bailes y danzas durante los sacrificios; por consecuencia, el culto era la escuela práctica de la juventud y el baile con que se honraba á los dioses, vino á ser como el tránsito ó la preparacion para los ejercicios gimnásticos, que tan importante papel desempeñan en la educacion helena. Tuvo orígen y fundamento la gimnasia entre los griegos, en su natural aficion á los ejercicios del cuerpo y en el placer que sentian al verse dotados de gran fuerza y de alguna especial destreza; esta aficion recreativa se convirtió en necesidad, cuando los azares de las guerras y luchas ocasionadas por la colonizacion y las emigraciones, trasformaron las condiciones de la vida en todos los cantones de Grecia y en sus colonias.

Segun hicimos notar anteriormente, el movimiento de emigracion y colonizacion, no se efectuó en Grecia por medio de grandes expediciones dirigidas por algun poderoso príncipe, ni tampoco fué motivado por la presion de enemigos extraños. Esa agitacion consistió casi exclusivamente en excursiones piráticas de aventureros, en razias y acometidas de unos cantones contra otros; limitóse por consecuencia á la conquista de un pequeño territorio por una tribu ambiciosa ó ménos afortunada; á pequeñas aunque repetidas escaramuzas de los colonizadores con los indígenas desposeidos de sus propiedades; pero esta lucha se efectuaba simultáneamente en una multitud de puntos diferentes, casi siempre inmediatos, y las reducidas dimensiones del teatro de la lucha, daban precisamente incomparable importancia á la destreza y valor del indivíduo. No es, pues, de extra-

ñar, que en todos los cantones griegos fuesen los ejercicios gimnásticos, una de las principales ocupaciones de la juventud.

Sin embargo, á partir del sétimo siglo no tenian estos por único objeto robustecer las fuerzas del cuerpo y realzar la educacion militar de los jóvenes aristócratas; antes bien, desde esta época se propuso la nobleza como fin principal de estos ejercicios, armonizar el porte exterior de la persona con la nobleza del espíritu, haciendo que el primero fuese como la expresion de la segunda. El aristócrata debia mostrar ademan noble y altanero, y marchar con el cuerpo recto conservando en perfecto equilibrio todos sus miembros, para distinguirse del plebeyo, cuya baja alcurnia se daba á conocer en su porte abatido y en su cuerpo encorvado por el trabajo. De esta tendencia á considerar el cuerpo como inseparable del alma y á ver en el primero el espejo de la segunda, vino el poner el ideal supremo del hombre en la posesion de la bondad y de la hermosura y el representar á los dioses, eternos prototipos de los hombres, bajo las formas más plásticas que podia concebir la imaginacion humana. Hé aquí por qué los ejercicios militares y gimnásticos vinieron á constituir un elemento esencial de la educacion helena; la gimnasia era un medio excelente para aumentar la belleza del cuerpo, haciendo que representara dignamente la bondad del indivíduo, que fuese adecuado espejo de su nobleza.

***

Entre los hechos que más contribuyeron á acrecentar la importancia de los ejercicios gimnásticos

entre los griegos, ocupan lugar preferente los juegos, luchas y combates con que terminaban sus grandes solemnidades, particularmente aquellas en que tomaban parte varios cantones. Principal entre todas era la fiesta de Olimpia, á cuya celebracion concurrian, desde la última década del siglo VIII, todas las tribus helenas.

En el canton de Elis, habitado por los etolios que invadieron el Peloponeso acompañando á los dorios y subyugaron á los epeos de las márgenes del Peneo, reinaban los descendientes de Oxylo, que segun parece conducia las huestes al tiempo de la conquista. No hay para qué advertir que los sucesores de los guerreros que conquistaron el país formaban la clase dominadora y aristocrática del Estado. Siguiendo el ejemplo de los tesalios, extendieron su territorio los eleos en direccion al Mediodía, no sin desposeer á los pisates, dueños de aquella comarca, arrojándolos por completo del país ó reduciéndolos á la condicion de perioicos, excepcion hecha de un corto número que conservaron su independencia retirándose al borde oriental de su territorio, á una comarca escabrosa, limítrofe con las montañas de Arcadia (1).

Sobre una parte del terreno ocupado por los eleos, no lejos de la embocadura del Cladeo en el Alfeo y al pié de una extensa colina que llevaba el pretencioso nombre de Olimpo, y descendia en direccion al valle del Alfeo, habia un lugar sagrado en el que los pisa-

(1) Por la lista de los vencedores de Olimpia se viene en conocimiento de que Dyspontion, que era uno de los ocho municipios de los pisates (Estrab. p. 356), se convirtió, antes del año 776, en municipio de perioicos. Olymp. 2.

tes ofrecian sacrificios á Júpiter y á Juno. Segun costumbre seguida por todos los conquistadores griegos, los príncipes eleos no quisieron disminuir en nada los honores tributados á los númenes de la comarca y continuaron celebrando el sacrificio que habian ofrecido en Olimpia los pisates.

Pocos años habian trascurrido desde que los eleos se hicieron dueños de esta comarca; sin duda antes que los minyos arrojados de las costas del golfo laconico á consecuencia de la toma de Helos, fundasen nuevos lugares al lado de los caucones y paroreates, y al Sur del curso inferior del mencionado Alfeo, fué cuando Ifito, rey de Elis, hijo de Ifito, al decir de antiguas tradiciones eleas, y de Hemon ó de Praxonides, segun otros testimonios, invitó á los pisates á tomar parte en su antiguo sacrificio, siendo á la sazon su rey Cleostenes, hijo de Cleonico (1). Con los pisates entraron en la cofradía del sacrificio olimpico los aqueos, vecinos de los eleos por el Norte, los caucones que lo eran por el Sur y los dorios de Mesenia, todos los cuales convinieron en que la solemnidad se celebrase cada cuatro años, al mediar el verano (2).

---

(1) Pausanias, 5, 4, 5.

(2) Que los aqueos formaron parte de la cofradía, desde los primeros años de la era olimpiada, se desprende de que el año 756 figura ya un aqueo entre los vencedores del Estadio. De la participacion de los caucones, da testimonio Pausanias cuando dice que los de Scillus levantaron el primer templo de Juno en Olimpia, que era de madera (Paus, 5, 16, 1); siendo digno de notar que los caucones conservaron el territorio de Scillus, ó sea el valle de Selinunte, despues de la invasion de los minyos. Es evidente que Scillus no podia levantar un templo en Olimpia, sin haber entrado á formar parte de la cofradía. En este punto los datos de Pausanias, parecen completamente seguros.

Como era natural, el rey de Elis, señor del país en que tenia lugar la fiesta, presidia el sacrificio y todos los actos públicos. Los asociados se obligaban á respetar la independencia de Elis durante la solemnidad y á no violar en modo alguno su territorio; á su vez el príncipe de Elis se comprometia á proteger á las comisiones y á los peregrinos que concurrian de otros cantones y á cuidar de que no se alterase el órden.

Lo primero que se desprende del hecho que dió lugar á la formacion de ésta cofradía, de la que formaban parte tribus conquistadoras y tribus vencidas, es que por esta época la situacion del Peloponeso habíase nuevamente normalizado. La parte septentrional se habia pacificado por completo cuando los tesalios ingresaron en la anficcionía de las tribus á su dominacion sometidas, beneficio de que sin duda gozaba toda la comarca meridional ántes de dicho suceso, ó sea poco despues del año 800 ántes de Jesucristo.

Corebo, eleo de nacimiento, fué el afortunado que obtuvo el premio de la carrera en la primera solemnidad de Olimpia celebrada con el concurso de todas las tribus helenas; á lo ménos ese es el más antiguo de todos los vencedores de Olimpia cuyo recuerdo se ha conservado en listas auténticas. La fiesta en que obtuvo el premio Corebo coincide con el año 776 ántes de nuestra era. Al decir de Pausanias, en el sepulcro de Corebo, erigido en los límites de la comarca de Elis, hácia el territorio de los pisates independientes, habia una inscripcion en la cual se manifestaba que Corebo alcanzó el primer premio de la carrera (1).

(1) Paus. 8, 26, 4.

En la segunda fiesta salió vencedor un pisate natural de los municipios reducidos á la clase de periocos; en la tercera y cuarta vencieron mesenios, y en la sexta un aqueo natural de Dyma (1).

Segun se hace notar en las poesías homericas, los premios de estos certámenes consistian en vasos preciosos y en armas, que ofrecian los reyes; en los certámenes que celebraban los colonos asiáticos con motivo del gran sacrificio que ofrecian á Apolo en el promontorio de Triopion, se daba por premio un trípode de bronce que de ordinario se ofrecia al mismo Apolo.

En el tiempo que medió entre la sexta olimpiada y la sétima, ó sea despues del año 756, el rey Ifito hubo de hacer un viaje á Delfos con objeto de preguntar al oráculo si era de su agrado que se coronase al vencedor en los juegos, á cuya consulta hubo de responder el númen lo siguiente: «No tomes, para recompensar al vencedor, del fruto del manzano; pero puedes coronarle con el fruto del olivo silvestre, que en este momento se halla cubierto con la delicada tela de la araña.» A su regreso encontró el príncipe, entre los numerosos olivos que habia en los alrededores del santuario, uno que estaba envuelto con la mencionada tela, y este olivo dió el material para la guirnalda que coronó las sienes del mesenio Daiclies, ven-

---

(1) En la lista se dá á este pisate el calificativo de *Heleios ek Duspontiu*. Tambien Hypenos, vencedor en la fiesta del 724 (Olymp. 14), fué pisate de nacimiento, segun Pausanias, (5, 8, 6), aunque Filostrato (Gymn. p. 20 Daremb.) le hace eleo, variacion que sin duda no tuvo otro objeto que el de halagar la vanidad de este pueblo, lo cual no es difícil de comprender en una época en que los pisates habian erdido por completo su independencia.

cedor en las carreras de la sétima fiesta olímpica, correspondiente al año 752 antes de Jesucristo. Al S. O. del templo erigido más tarde á Júpiter, se veia un antiquísimo olivo, del cual se cortaban las ramas para la guirnalda del vencedor.

Hasta poco despues de la mitad del octavo siglo no concurrieron á la fiesta olimpica más que las tribus que habitaban la zona occidental del Peloponeso. Este reducido concurso creció considerablemente á consecuencia de las pretensiones del rey argivo Fedon que, alegando por razon su parentesco con Hércules, por ser descendiente de Temenos, aspiraba á la presidencia y direccion de la fiesta, segun él aseguraba, fundada por el invencible caudillo. Pero las pretensiones del monarca argivo no tuvieron tal vez más fundamento que su capricho y las excitaciones de los pisates que pidieron su auxilio. Bajo el gobierno de Fedon habia llegado el reino argivo al apogeo de su poder y los pisates creyeron que con su auxilio podrian recuperar el territorio cedido á los eleos en el bajo Alfeo. Sucedió en efecto como lo habian pensado; Fedon arrojó del país á los invasores eleos, no sin que éstos opusieran tenaz resistencia, se unió con los pisates para ofrecer el sacrificio á Júpiter y Juno, y dirigió los juegos de la octava solemnidad olimpica en 748. Fedon midió la pista del dromion olimpico que se llamó Estadio y fué en adelante la unidad para las medidas longitudinales en toda Grecia. Algunos atribuyen á Hércules este hecho, aunque ningun motivo razonable abona semejante aserto.

Los pisates no gozaron mucho tiempo de su triunfo porque los eleos acudieron á Esparta, con cuyo auxilio volvieron á entrar en posesion del terreno

anteriormente conquistado, no sin arrojar de nuevo á los pisates á sus guaridas de la montaña; y aún-que, segun hicimos notar anteriormente, hasta el 580 no cayó toda la Pisatide y Trifilia en poder de eleos y espartanos, los primeros presiden ya la fiesta olimpica del 744. Esta fué tambien la primera vez que Esparta concurrió á la solemnidad de Olimpia y desde esta fecha aparecen estrechamente unidos los dos cantones vencedores de los pisates.

Pero en esta época no figura aún Esparta entre los asiduos concurrentes al sacrificio de Olimpia, del que se vieron poco despues completamente alejados á causa de la primera guerra contra los mesenios. Antes de esta desgraciada fratricida lucha, figuran los mesenios entre los más afortunados concurrentes á los juegos olimpicos en los que tomaron activa parte; habiendo salido vencedores en las once primeras olimpiadas nada ménos que siete indivíduos de dicha tribu. Para oscurecer en lo posible la gloria de los infortunados mesenios, enalteciendo la propia, imaginaron los espartanos la leyenda que hace á Licurgo y á Ifito fundadores del gran sacrificio de Olimpia.

***

El historiador Pausanias asegura que el rey Ifito por sí solo ofreció el sacrificio comun de Olimpia, y desempeñó los cargos de presidente y de juez en los certámenes y juegos; privilegio que se trasmitió á sus descendientes hasta el año 580 ántes de J. C. (1). Ningun hecho positivo contradice los asertos de Pausanias, dado que la monarquía elea subsistia mucho

---

(1) Paus. 5, 9, 4. 5, 4, 4. 5.

despues del año 744, aunque siempre en lucha con los pisates que nunca cedieron sus derechos á presidir la fiesta y ofrecer el sacrificio, derechos fundados en la propiedad del terreno en que estaba situado el santuario (1).

Estrabon hace notar efectivamente que los pisates habian recuperado el territorio de Olimpia hácia el año 672, época en que volvieron á ocupar la presidencia de la fiesta. Julio el africano asegura esto mismo de la solemnidad correspondiente al 668, aunque atribuye el hecho á la guerra que por entonces sostenian los eleos con los aqueos dymenses, por lo cual, en la inmediata olimpiada ocupan de nuevo los eleos la presidencia (2). En otro lugar sostiene este escritor que los pisates presidieron la fiesta desde el año 660 hasta el 572. Por el contrario, Pausanias hace notar que en las listas de los eleos solo faltaban las fiestas correspondientes á los años 748, 644 y 364 antes de J. C. que fueron presididas por los pisates (3).

De estos datos se desprende que los pisates, al recuperar su territorio ó á lo ménos el lugar donde se celebraba el sacrificio en 672, hicieron valer sus pretensiones á la direccion de la fiesta. A su vez los eleos determinaron, á partir del año 580, enviar á la

(1) Jenof, Helen. 7, 4, 28.

(2) Estrab. p. 355. Por diferentes hechos, sabemos que los eleos conservaron en su poder los distritos de la Pisatide inferior, en que estaban situadas las villas de Dyspontio, Heraclea y Salmone; en la lista de los vencedores de Olimpia figura como vencedor en la carrera de las carrozas del año 672 un eleo natural de Dyspontio; y en 580 tuvo lugar un levantamiento de perioicos de la propia villa. Véase en Est. de Biz. Düspóntion.

(3) Euseb. Chron. I, 198. Pausan. 6, 22, 3. 6, 4, 2. 6, 8, 3.

solemnidad dos helanodicos en vez de uno que antes les representaba. Entre las comisiones que figuraban en el sacrificio merecen particular mencion las de señoras nobles encargadas de presentar á la diosa algun don, como un peplo tejido por ellas, y de repartir los premios de las carreras de señoras que formaban parte de la fiesta especialmente consagrada á Juno. Hasta la fecha antes mencionada enviaba cada uno de los ocho municipios pisatidas una de sus más nobles damas para que asistiese al gran sacrificio de Juno, é igual número de representantes del bello sexo enviaban los eleos (1).

Los hechos que acabamos de exponer y la circunstancia de que la tradicion elea, absoluta dueña del campo despues de la destruccion del Estado pisatida, pone especialísimo empeño en rebajar el papel que desempeñaron los pisates en la fiesta nacional de Olimpia, nos dán derecho á suponer que la querella promovida entre eleos y pisates, por la presidencia de la fiesta, terminó con un contrato en virtud del cual ambos pueblos tendrian participacion igual en dicha presidencia. A tenor de este contrato, y á partir del año 668 ó del 660 antes de J. C. enviaba cada uno un juez para constituir la presidencia y el jurado y esta union duró unos ochenta años, sin más interrupcion que la que acaeció el año 644 en que los pisates dirigieron solos el sacrificio y los juegos (2). Dejando para despues el dar á conocer las causas que pusieron nuevamente en manos de los eleos el apetecido puesto, importa consignar aquí que la par-

(1) Pausan. 5, 9, 4. 5, 16.

(2) En este particular aceptamos por completo las explicaciones que da Busolt, Lacedemonios, pág. 164 y siguientes.

ticipacion de los pisates en la presidencia hasta el año 580 y las demás concesiones que les otorgaron sus rivales, solo se explican suponiendo que habian recuperado parte del territorio cedido á los eleos, á lo ménos el de Olimpia.

Durante el período en que los dos pueblos unidos ejercieron la direccion de esta solemnidad nacional, los pisates eran gobernados por príncipes. El mismo género de gobierno tenian los eleos en la primera mitad del sétimo siglo, como lo acredita, entre otros testimonios, una leyenda de este pueblo, cuyo orígen no se remonta más allá del año 580 antes de J. C., en la cual se dice que Oxylo se asoció con un descendiente de Pelops, antiguo soberano de Pisa, para fundar el Estado de Elis. Por otra parte, al decir expresamente Pausanias que los sucesores de Ifito ocuparon la presidencia del gran sacrificio nacional hasta el 580, da á entender que la familia de Oxylo conservó su explendor y su prestigio hasta esa fecha por lo ménos.

A la caida de la monarquía de Elis se apoderó del mando la aristocracia. Hallábase ésta dividida en nueve tribus, cada una de las cuales enviaba diez representantes á la Guerusia ó consejo ejecutivo. Los gerontes ejercian su cargo por toda la vida, y al frente del gobierno estaban los pritanidas. Aristóteles llama la atencion acerca del carácter oligarquico de la constitucion de Elis, cuya nobleza era dueña de grandes riquezas y ejercia dominio sobre un gran número de perioicos (1). No solo poseian muchos esclavos y extensos terrenos de cultivo, sino

(1) Arist. Polit. 5, 5, 8.

tambien dilatadas praderas en que se criaban los mejores caballos del Peloponeso.

Despues de la caida de los oxylidas, entre los años 660 y 580, conservó la Guerusia tal respeto hácia esta familia, que de su seno elegia siempre el presidente del sacrificio de Olimpia. Despues de esa fecha, cuando los eleos se apropiaron el privilegio de nombrar los dos jueces del certámen, y se despojó á los oxylidas de su antiguo derecho, aquel puesto se sorteaba, segun hace notar Pausanias. Por otra parte, las pretensiones de los jueces iban en aumento, como lo dá á entender el pomposo título de *jueces de los helenos*, que se les daba ya á mediados del sétimo siglo.

Ni las disputas entre eleos y pisates, ni las divergencias y peripecias sin cuento á que naturalmente debia dar lugar la comun direccion de la fiesta, fueron parte á impedir el aumento de los asociados para su celebracion, particularmente desde el ingreso de Esparta en la cofradía, hácia el 744, y la extraordinaria afluencia de gentes que de todos los cantones acudian á presenciar el sacrificio y los juegos. Verdad es que no tenemos otros elementos para seguir este desarrollo de la famosa fiesta que las listas de los vencedores en el Estadio, ó sea de los que oficialmente fueron declarados como tales. Por ellos sabemos que 20 años despues de la olimpiada presidida en comun por Fedon y los pisates, alcanzó la palma del Estadio el primer corinto; en 720 la obtuvo un megarense y antes de terminar el mismo siglo figuran en la lista de los vencedores sicionenses y epidaurios.

Al comenzar el sétimo siglo se ensancha el círculo de los asociados más allá del Peloponeso. En la

primera olimpiada de dicha centuria es coronado un ateniense; en 688 el vencedor es un natural de Smyrna y en 672 obtiene el premio del pujilato un individuo natural de Crotona (1). A partir del año 700 ingresaron en la asociacion olimpica los jonios del Asia menor y los aqueos de la baja Italia. Por esta época figuran ya tebanos en el número de los vencedores y en 648 venció en el Pancracion el siracusano Lygdamis y en la carrera de caballos el tesalo Crauxidas. Resulta, pues, que al mediar el siglo sétimo concurrian á la fiesta nacional de Olimpia, no sólo de todos los cantones de la Península, sino tambien de las colonias del Este y del Oeste (2).

Con el número de los asociados creció tambien el número y la diversidad de los juegos. En un principio no habia otra diversion que la carrera, por lo cual se dió siempre á este ejercicio más importancia que á ningun otro de los que tenian lugar en el Estadio. En la fiesta del año 724 se introdujo la doble carrera *(diáulos)*, que consistia en recorrer el Estadio dos veces en sentido opuesto, y en la cual alcanzó el primer premio el pisatida Hypeno. En la inmediata solemnidad de 720 se introdujo el *Dolijos* ó carrera torcida, en la cual debia recorrerse la pista siete ú ocho veces, prohibiéndose el uso del cinturon que hasta entonces llevaban los corredores (3).

A estas tres clases de carreras se añadió en 708 la lucha y el *Pentathlon* ó combate de los cinco, así llamado porque se componia del salto, de la carrera, del

(1) El cantor de Chios habla del pujilato de los jonios.

(2) Los que más tarde figuran en la lista de los vencedores son los arcadios: el primero alcanzó la palma en 572, y era natural de Herea.

(3) Pausan. 5, 8, 6.

disparo del disco, en el cual ganaba el que á mayor distancia arrojaba el instrumento, del disparo de la lanza á un blanco determinado y de la lucha.

El primer vencedor en el juego de la lucha, fué el espartano Eurybato y otro espartano, por nombre Lampis, alcanzó el primer premio del Pentathlon, siendo digno de particular atencion que para obtener este premio era preciso ganar los cinco ejercicios que componian el Pentathlon.

En 688 se aumentó el número de los juegos con el ejercicio del boxeado. Mas tarde se introdujeron las carreras de carrozas de doble tiro, las cuales empezaron á correr el año 680 antes de J. C. Treinta y dos años despues, bajo la comun presidencia de Elis y Pisa (648), tuvo lugar la primera carrera de caballos y se introdujo tambien el Pancracion, ejercicio mixto que se componia de la lucha y del boxeado. Por último, el año 632 se introdujo la carrera y la lucha de los niños, habiendo alcanzado el primer premio en la carrera un niño de Elis y un espartano el de la lucha.

***

Una fiesta de tanta importancia, compuesta de tan variados ejercicios gimnásticos y caballerescos, á la que concurrian comisiones y espectadores de toda Grecia, no pudo tener por fundador á un hombre ordinario, ni su orígen debia ser de ayer; en esto de atribuir antigüedad á sus prácticas nacionales nunca se quedaron cortos los griegos. Ya hemos hecho notar antes que la pretension, por la cual, Fedon se hacia descender de Hércules, no tuvo más fundamento

que el de hacer valer sus derechos al Peloponeso primero y á la presidencia de la solemnidad olimpica más tarde. Para fundar mejor esas pretensiones hizo sin duda que se diese el nombre de Heraclea á una villa erigida por los pisatidas sus protegidos á una milla del lugar donde se efectuaba el sacrificio de Olimpia, en direccion á Occidente, tal vez para guarecerse en ella si eran de nuevo atacados por los eleos. Tambien es posible que el mismo rey hiciese erigir el altar consagrado á Hércules en la parte norte del sagrado recinto de Olimpia, no léjos del Hereon, acerca del cual ignora Pausanias si estaba dedicado al Hércules extranjero, divinidad asiática de este nombre, ó al héroe heleno, que es lo más probable (1).

Por lo demás, son varios los hechos históricos en que pudo fundarse la oposicion que algunas tribus hicieron á la tradicion en virtud de la cual se atribuye la fundacion de la fiesta al más famoso de los héroes griegos, y el mismo Pausanias nos dá á conocer algunos. Los eleos miraban á Hércules como á su enemigo hasta que Ifito logró convencerlos de su error y hacer que le ofreciesen sacrificios (2). La enemiga de los eleos se explica fácilmente si se tiene en cuenta que, segun una leyenda de Argos, Hércules venció á Augeas, soberano de Elis, y los epeos, antiguos habitantes del país conquistado luego por los eleos, pelearon entonces contra Augeas al lado del hijo de Alcmena, el cual, para perpetuar la victoria, instituyó precisamente el sacrificio de Olimpia.

(1) Pausan. 5, 8, 7. 5, 14, 9.
(2) Paus. 5, 4, 6.

Aparece despues Fedon, quién renovó los laureles del gran héroe, su antepasado, venciendo de nuevo á los eleos el año 748 antes de J. C. (1).

Ni Argos ni los pisates supieron conservar mucho tiempo el premio de sus victorias; pero los últimos no dejaron por eso de tributar rendido culto á Hércules en Olimpia, aún despues que se vieron precisados á ceder su territorio á los eleos, culto que abrazaron tambien éstos, cuando al comenzar el segundo tercio del sétimo siglo, compartieron con sus rivales el honor de presidir las fiestas. Desde esta época empezó á ganar terreno en todos los cantones, la leyenda que atribuye á Hércules la fundacion del gran sacrificio y de los juegos de Olimpia, idea que ganó más terreno desde el momento en que la aristocracia, dueña ya del mando en varios cantones del Peloponeso, tomó á dicho caudillo no sólo por modelo del heroismo, sino por modelo y patron de toda clase de ejercicios gimnásticos. Antes de mediar el siglo VII el poeta Arquiloco de Paros celebró la victoria de Hércules y de Iolas, las dos primeras lanzas de la guerra, en un efymnio que más tarde se cantaba en honor de los vencedores de Olimpia, durante la procesion que seguia á su coronacion (2).

Algun tiempo despues, se erigió un nuevo altar en honor de Hércules, al S. O. del gran altar destinado á los sacrificios de Júpiter en la fiesta Olimpica, contiguo al lugar en que despues se levantó el templo de Júpiter *Parastates* ó compañero; hasta se cree que la capilla posterior de este santuario estaba con-

---

(1) Hecatæi Fragm. 91. 348 M.

(2) Archiloch. frag. 118. Pind. Olymp. 9 init.

sagrada al héroe, en cuya circunstancia pudieron apoyarse los que atribuyen el culto tributado á Hércules en Olimpia al Hércules tirio ó Melkarth. Tambien pudo dar orígen á esta confusion el mito, segun el cual Júpiter peleó en este sitio para arrebatar el poder á Crono, cuyo recuerdo se conservó en la colina que se alza al Norte del Alfeo, á cuyo pié estaba el lugar de los sacrificios (1).

No satisfechos los eleos con haber negado á Hércules por tanto tiempo los honores que otras tribus le daban, trataron de oscurecer la gloria del patriarca y héroe principal de los pisates. Como era natural, éstos atribuian la fundacion de la fiesta á su antepasado Peisos, propiamente á su rey Pelops, el cual tenia un Heroon en el mismo sagrado recinto de Olimpia, al Oeste del gran altar de Júpiter y al Sur del templo de madera que los naturales de Scillunte erigieron á Juno. En dicho Heroon se le ofrecian los sacrificios destinados á los héroes (2).

La propiedad de aquel terreno que desde antiguo les pertenecia, y la inmediata intervencion de su rey en la fundacion de la fiesta, eran los valiosos motivos en que los pisates basaban sus legítimas pretensiones á la presidencia de la misma. Pausanias reconoce este derecho, cuando aún siguiendo las tradiciones eleas por haberse oscurecido ya en su tiempo las pisatidas, cuenta que Oxylo, en consonancia con el mandato del oráculo delfico que le ordenó asociarse á los Pelopidas para fundar su nuevo Estado, hizo venir á su lado á Agorio, hijo de Damasio, nieto de

(1) Paus. 5, 14, 7. 5, 7, 4.
(2) Pfleg. fragm. 1. Pausan, 5, 8, 2.

Penthilo y viznieto de Orestes, el cual residia á la sazon en Dyma, ciudad de los aqueos (1), union por la cual se quiso hacer á Elis partícipe en los derechos de Pelops. El mismo historiador cuenta que el oráculo mandó á los eleos guardar los huesos de Orestes. No sabian donde encontrar aquellas reliquias, cuando un pescador de Eretría les presentó un gran hueso espaldar que habia sacado del mar entre sus redes, y consultado el oráculo delfico, declaró que era efectivamente el hueso de Pelops llevado al campamento de los griegos que sitiaban á Ilion, para que favoreciese su empresa y perdido en el mar á su regreso. Los eleos depositaron la reliquia en un sepulcro y pusieron por guardian al pescador, á quien señalaron una pension que trasmitió con el cargo á sus descendientes. Asegura tambien Pausanias que los eleos daban á Pelops, entre todos los héroes, la misma preferencia que se dá á Júpiter entre los dioses. Todo lo cual demuestra bien claramente el empeño que pusieron los de esta tribu para hacer figurar á Pelops en el número de sus héroes.

Con motivo de la introduccion de las carreras de carrozas en la solemnidad del año 680, volvió á resucitar la tradicion de Pelops, cuyo nombre se hizo famoso aún entre aquellas tribus que antes no le conocian, porque á fin de acrecentar la importancia de este nuevo ejercicio se atribuyó su fundacion al patriarca pelopida, como antes se habia dado á Hércules el patronato de todos los juegos atleticos. Y como á partir de esta fecha empezó á ganar terreno la pretension de los pisates á la presidencia y á obtener

(1) Pausan. 5, 4, 3.

crédito su leyenda relativa á la fundacion del sacrificio, los eleos no perdonaron medio para apropiarse una parte de la gloria que para sí pretendian sus rivales, y desde este momento datan sus esfuerzos y sus ardides para demostrar que Pelops era el patriarca y héroe de su tribu, y entonces idearon las fábulas de que hace relacion Pausanias.

Conviene recordar que en los cantos homericos no se hace siquiera mencion de este nombre, que por vez primera suena, al mediar el sétimo siglo, en la isla de Pelops. Posterior á la introduccion de las mencionadas carreras en 680, es tambien la leyenda en que se hace relacion de la subida de Pelops al trono de Pisa, honor que alcanzó, con la mano de Hippodamia, por haber vencido en el certámen de las carrozas á Oinomao, padre de dicha princesa, ya que la primera noticia que tenemos de semejante suceso es la que se dá en el catálogo de las naves de la Iliada, donde se aplica á Pelops el calificativo de *conductor de caballos*. Tambien se le llama en la Iliada patriarca de los Atridas, concepto ideado por los eolios de Lesbos y Cumas, que le hicieron descendiente de Tantalo para hacer valer sus derechos á la posesion de toda aquella costa, ni más ni ménos que Fedon y los dorios legitimaron sus conquistas en el Peloponeso, llamándose descendientes y herederos de Hércules.

Difundida ya por toda Grecia la fama de las hazañas de Pelops, elevado á la categoría de patriarca de los atridas y habiendo dado su nombre al Peloponeso, los eleos, que por entonces se habian hecho dueños absolutos de la presidencia del gran sacrificio, le tributaron nuevos honores, ofreciéndole anualmente, por medio de sus pritanidas, un carnero negro so-

bre un altar que se le erigió en el sagrado recinto de Olimpia, hecho que recuerda Pindaro con estas palabras: «en las márgenes del Alfeo, no lejos del altar visitado por la muchedumbre, recibe Pelops la fúnebre ofrenda de la cruenta víctima.» Al decir de Herodoto, fué Pelops oriundo de Frigia, y de tal suerte hizo sentir su dominacion en Grecia, que de él tomaron nombre el país y el pueblo. Isócrates supone que Pelops realizó la conquista de todo el Peloponeso, como Danao llevó á cabo la de Argos y Cadmo la de Tebas (1).

***

El gran sacrificio de Olimpia se celebraba en la luna llena inmediata al solsticio de verano y tenia lugar una vez cada cuatro años, de suerte, que entre cada fiesta mediaban una vez 49 y otra 50 meses del año griego. En otro lugar hemos hablado del ciclo de 8 años, á la conclusion del cual los griegos intercalaban tres meses de 30 dias cada uno, con objeto de restablecer el curso del año solar con el suyo, que sólo constaba de 354 dias, ó seis meses de 29 y seis de 30 dias. Esta circunstancia se habia tenido tambien en cuenta al fijar la fecha de la fiesta Olimpica, de tal manera, que una vez se intercalaba un mes en el trascurso de los 4 años intermedios y otra dos meses (2).

En el convenio primitivo aceptado por todos los asociados para la fiesta se estipuló que durante la solemnidad nadie podria atacar el territorio de Elis ni

(1) Herod. VII, 8,11. Isócr. Panath. 80.
(2) Böckh, ciclos lunares, pág. 15.

áun cruzarle en son de guerra. Despues que todos los cantones del Peloponeso ingresaron en la cofradía de Olimpia, se dió más amplitud á la *Ekéjeiria* ó tregua de paz, estipulándose que durante el mes sagrado *(hieromênía)* hubiera completa suspension de hostilidades en todo el Peloponeso. Pindaro llama á los mensageros de la presidencia de las fiestas que anunciaban esta tregua de paz «los heraldos de los tiempos; los mensageros de paz del cronida Júpiter (1).» A partir del año 660 se encomendó el cuidado de mantener el órden durante la solemnidad y de proteger á las comisiones y peregrinos á los dos estados de Elis y Pisa. La comision de presidencia estaba autorizada para excluir de la fiesta y aún imponer multas á todo el que no observase el programa tradicional de la misma ó quebrantase la tregua de paz, de tal manera, que si la falta procedia de alguna comision oficial, la pena de exclusion alcanzaba á todos los indivíduos del estado respectivo, ninguno de los cuales podia permanecer en Olimpia. El que cometia una falta contra el númen, quedaba ipso facto trasformado en su prisionero, y debia rescatarse pagando el mismo rescate que los prisioneros de guerra; es decir, dos minas que en el sistema monetario de Fedon corresponden á unos 1.087 rs. En los convenios celebrados más tarde entre eleos y arcadios, se hace subir la pena por las faltas anteriormente indicadas á un talento de plata, ó sea unos 32.635 reales que ingresaban en el tesoro del santuario.

El servicio del altar consagrado á Júpiter olimpico estaba á cargo de los sacerdotes yamidas quienes

(1) Pind. Isthm. 2,23.

profetizaban el porvenir observando la ceniza del hogar sagrado ó la manera con que ardian los muslos de la víctima. Estos sacerdotes descendian del mismo Apolo, padre de todos los profetas segun el espíritu, y que lo fué natural de Yamos, patriarca de la familia en cuestion. Cuando Hércules fundó el sacrificio de Olimpia, fué Yamos el primero que allí dió á conocer su profético númen, por lo cual, sin duda, se erigió un altar á su memoria en las inmediaciones del sagrado recinto.

Las excavaciones últimamente realizadas en estos parajes han sacado á la superficie este altar, en el ángulo occidental del circuito. Hoy parece cosa averiguada que los sacerdotes de esta familia empezaron á ejercer su ministerio en Olimpia, antes del año 750, ó lo que es lo mismo, desde que el sacrificio empezó á tomar carácter nacional (1). Los sacerdotes y todos los funcionarios empleados en el inmediato servicio del santuario, con sus respectivos servidores, tenian residencia fija en Olimpia, en las inmediaciones del recinto sagrado. A la cabeza de todos estaba el sumo sacerdote ó *zeokólos* y seguian luego los demás sacerdotes, el guardabosque *(xüléüs),* los leñadores, mozos encargados de trasportar al santuario la leña de álamo blanco que se gastaba en el sacrificio, los matachines y los cocineros encargados de preparar la comida con que la presidencia obsequiaba á las comisiones de los estados asociados para el sacrificio (2).

No se crea que la mision de los sacerdotes yamidas se reducia á ofrecer el gran sacrificio de Olim-

(1) Böckh á la Olimp. de Pindaro, 6. Explic. p. 152.

(2) Pausan. 5, 15, 6. 6, 20, 7.

pia. Era deber suyo dirigir todos los sacrificios que se ofrecian en cualquier época del año á los númenes y héroes que tenian altares y santuarios en el recinto sagrado (1).

Formaba este recinto, el Altis, un cuadrado casi regular, de un estadio próximamente de lado, al que daban belleza y sombra, plátanos y olivos. La muralla que completamente le rodeaba, tocaba por un lado con la confluencia de los rios Cladeo y Alfeo, miéntras que por el Norte lamia la falda de la colina de Crono (2). En la costa marítima arrancaba un camino, cerca de la desembocadura del Alfeo, cuya orilla derecha costeaba hasta confundirse, no léjos de Heraclea, con la vía procedente de Elis. Juntos los dos caminos atravesaban el Cladeo para desembocar por el Sur en el Altis. A la izquierda de la puerta que daba entrada al Estadio, veíase el olivo del que se cortaban las ramas para tejer las coronas de los vencedores; y en la misma direccion, pero más al N. O., se alzaba el santuario de Pelops, cerrado por un muro especial. Enfrente de este santuario, al N. O., se levantaba el magnífico altar de Júpiter olimpico.

El basamento del altar era de forma elíptica, medía sesenta pasos de circunferencia y más de veinte piés de altura. Sobre la meseta, á la que se subia por gradas, alzábase el verdadero altar; cerca del cual, en la misma meseta, se degollaban las víctimas, y allí estaban los adivinos yamidas observando la combustion de los muslos para escudriñar la voluntad de Júpiter.

(1) Pausan. 5, 14, 5.
(2) Pind. Olymp. 8, 11.

En frente del gran altar, junto al costado oriental del muro que circundaba el Altis, se alzaba una extensa plataforma, desde la cual presenciaban el sacrificio las comisiones de los cantones y todos los que gozaban del derecho de *proedria*.

Tanto las cenizas del fuego que ardia en el sacrificio, como las de las piezas de la víctima que en él se consumian, se desparramaban sobre el altar, cuya altura aumentaba de esta suerte de una fiesta á otra.

Al pié de la colina de Crono, que se alzaba en el extremo N. O. del Altis, y al Norte del santuario de Pelops, estaba el templo de madera que erigieron á Juno los de Scillunte. Era un edificio sencillo cuyo techo descansaba sobre columnas de madera. Fuera de la muralla de circunvalacion se extendian las explanadas en que tenian lugar los juegos y carreras. Del extremo Nordeste de dicha muralla arrancaba la pista ó Estadio de los corredores, luchadores, boxeadores y de los que tomaban parte en el pentathlon, la cual se extendia á lo largo de la colina de Crono. El espacio que se extendia al Sur y Este del Estadio se destinó más tarde á hipódromo. En él tenian lugar las carreras de carrozas, por lo cual, era cuatro veces más ancho y cuatro más largo que el Estadio. Las carrozas arrancaban en el extremo occidental y debian dar doce vueltas al hipódromo antes de pararse en la meta que se hallaba situada al Este, en la cual se erigió una estátua á Hipodamia, hija de Oinomao.

Antes de dar principio á la solemnidad anunciábase la tregua de paz por los mensajeros que despachaba el comité presidencial compuesto de eleos y pisates. A seguida los cantones nombraban las comi-

siones que debian representarles. Estas acudian á la cita por las vías principales que confluian en Olimpia: las del Norte seguian por lo general, el camino del Istmo; las de Anatolia y de las islas desembarcaban en la bahía de Cencrea, y las de Italia y Sicilia se dirigian á la embocadura del Alfeo.

Todos los cantones y ciudades rivalizaban en presentar con lujo y esplendor sus comisiones, suministrándolas vistosas tiendas, preciosos utensilios y animales sin tacha para el gran sacrificio, ya que no solo debian tomar parte en la ceremonia religiosa en nombre de su respectivo estado, sino que llevaban el encargo de ofrecer en Olimpia sacrificios especiales por su pátria. Nombrábanse para estas comisiones á los hombres más ricos del país, á fin de que supliesen de su propio peculio lo que el Estado no pudiera darles para presentarse con esplendor, toda vez que el brillo que ostentaban las comisiones era la medida con que se apreciaba el poder de un Estado (1).

Todos los que, bajo cualquier concepto, acudian á las fiestas, acampaban en tiendas ó al aire libre en la vertiente de la colina de Crono, en las alturas derivadas de la misma ó al Sur del Estadio en las márgenes del Alfeo. Claro está que las fiestas y sacrificios, atendida la variedad de ceremonias, juegos y ejercicios que, desde las primeras Olimpiadas, se fueron creando, no podian terminarse en un solo dia; parece ser que antes de finar el siglo VII se habia fijado ya su duracion en cinco dias (2). Los atletas, los corredores y los dueños de las carrozas que

---

(1) Tucid. 6, 16. 17. Xenoph. Hellen. 6, 4. 27.
(2) Pind. Olymp. 5, 6.

entraban en certámen tenian que anunciarse ante el jurado antes de comenzar los juegos. No podian tomar parte en estos sino indivíduos de orígen griego y de condicion libre, que estuviesen en el pleno goce de sus derechos de ciudadanía y sobre los cuales no pesara algun delito contra los dioses ó contra los hombres, ya personal ya heredado de sus antepasados, siempre que estos no le hubiesen expiado (1). Sometíaseles al efecto á un reconocimiento y los que obtenian la venia de los jueces eran conducidos al Estadio, donde un heraldo, hecha la proclamacion del nombre y país de cada uno, invitaba á la numerosa concurrencia que coronaba las inmediatas alturas á declarar los impedimentos que pudiesen afectar á alguno de los pretendientes. Los jueces resolvian en el acto las dudas que con este motivo se suscitaban.

Cumplido este requisito se hacia el recuento definitivo de los atletas y corredores que, á seguida, eran conducidos por los mismos jueces al altar de Júpiter Horcios, númen tutelar de los juramentos, donde, en presencia de sus parientes respectivos, si se hallaban presentes, juraban no emplear en el certámen ningun artificio innoble, ni seducir á su adversario (2). Enseguida se pasaba á verificar el sorteo de las parejas que habian de luchar juntas, ó de los grupos si se trataba de las carreras y del Pentathlon. Los mismos interesados sacaban las suertes de la «urna del dios,» y formaban pareja ó grupo los que sacaban letras iguales.

(1) Herod. V, 22. Aeschin. c. Timarch. 138.

(2) Platon. legg. p. 833. Pausan. 5, 21, 2-6. El altar de Júpiter Horcios se hallaba en la parte Sur del Altis, junto al lugar donde despues se levantó la casa de los jueces.

En todos los ejercicios era condicion para obtener la palma, que el vencedor de una pareja luchase con los vencedores de las otras parejas ó grupos, repitiéndose esto sucesivamente en la lucha, el pujilato, el boxeado y el Pancracion, es decir, en todos los ejercicios que ofrecian semejanza; de la misma manera el vencedor de cada grupo de corredores y de los que tomaban parte en el Pentathlon tenia que luchar con los vencedores de los otros grupos, hasta que uno solo quedase victorioso, puesto que únicamente aquel que fuese capaz de vencer á todos los que habian alcanzado victoria en las luchas parciales, ceñia sus sienes con la corona de olivo.

Terminado el sorteo, el heraldo anunciaba el principio de los juegos con estas palabras: «la lucha empieza; colocaos en disposicion para decidir el combate; Júpiter resolverá el término de la victoria (1).» Inútil es advertir que en el sorteo entraban tambien las carrozas que se presentaban en el Hipódromo. Tanto en éste como en el Estadio, ocupaban los jueces un lugar elevado en el semicírculo superior, cerca de la meta; estaban armados de látigos, para dar á entender que podian castigar á los que infringiesen el reglamento tradicional de las fiestas y eran los encargados de anunciar al público el nombre del vencedor.

A pesar del calor propio del mes de Julio en países meridionales, la apiñada muchedumbre seguia con avidez los movimientos de los atletas y corredores y no perdia uno solo de los ejercicios que, como

(1) E. M. E. Meier, Olymp. Spiele; en la Enciclopedia de Ersch y Gruber, p. 313.

es natural, empezaban en las primeras horas de la mañana para terminar con la puesta del sol. El interés de los espectadores crecia en el combate de unos vencedores con otros y llegaba á su apogeo en el último decisivo ejercicio, ya de las carreras ó de la lucha. Si el vencedor mataba á su adversario en la lucha, en el boxeado ó en el Pancracion, perdia el premio. En las carreras de carrozas no se declaraba vencedor al conductor del vehículo, sino al dueño del tiro.

En cuanto los jueces daban su fallo, proclamaba el heraldo el nombre de los vencedores y su pátria. La coronacion se efectuaba enseguida, cuyo acto consistia únicamente en sujetar la cabeza del vecendor con una cinta, sobre la cual colocaban los jueces la corona, á presencia de todo el pueblo.

Segun dijimos antes, trenzábase la corona con ramas del olivo sagrado que un niño, designado al efecto, y cuyos padres debian vivir todavia, cortaba con un cuchillo de oro. A propósito de este olivo, son dignas de mencion estas palabras de Pindaro: «de Pisa resuenan cantos designados por los dioses para honrar al mortal á quien, en cumplimiento de las antiguas tradiciones, el hombre etolio, el intachable Hellanodices, pone por encima de las cejas el azulado adorno hecho de las ramas del olivo, que en otro tiempo trajo de las fuentes umbrosas del Istro, el hijo de Amfitrion, para que fuese el más bello monumento de los juegos de Olimpia (1).»

En todo tiempo el premio más codiciado fué el de la carrera, porque ésta fué siempre considerada como

(1) Pausan. 6, 13, 5. 6, 20, 5-7. Pind. Olymp. 3, 10 seqq.

el más antiguo y más noble de todos los juegos y ejercicios olimpicos, al punto de que las fiestas se designaban con el nombre del vencedor en las carreras del Estadio; esto no obstante para los nobles de todos los cantones de Grecia no habia honor más alto que el de obtener la palma en el certámen de las carrozas de Olimpia.

Los vencedores, acompañados de sus parientes y amigos, de los theores de su pueblo y de todos sus paisanos, celebraban un sacrificio en accion de gracias por la victoria obtenida, sobre la cima del Crono. Al subir á la colina se cantaba un himno compuesto en honor del vencedor, ó á lo ménos los versos que compuso Arquiloco para celebrar la victoria de Hércules sobre Augeas, al final de los cuales se añadia el nombre del vencedor con el estribillo: «la salud sea contigo, en el premio de la victoria.»

Por la noche todo el pueblo se entregaba al regocijo en las tiendas. «Cuando empieza á brillar la apacible luz de la hermosa Selene, resuenan en todo el sagrado recinto los cantos de alabanza, en los alegres festines (1).» Los jueces obsequiaban á los theores y los vencedores eran agasajados por sus conciudadanos con animados banquetes que se celebraban en las tiendas de sus respectivos theores.

A los juegos y carreras seguia el gran sacrificio en honor de Jove, que consistia en una hecatombe ofrecida en el gran altar arriba descrito. Esta solemnidad religiosa terminaba con un suntuoso banquete que se daba en honor de los theores y de los vencedores (2).

(1) Pind. Olymp. 9, 1 seqq. 11, 90-93.
(2) Plut. Alcib. 11. Krause, Olimpia, pág. 83-97.

Para los griegos no habia distincion más honrosa ni posesion más codiciada que la corona con que se ceñia las sienes de los vencedores de Olimpia. Los habitantes de cada canton estimaban como suya la honra adquirida por sus conciudadanos y todos los vencedores eran recibidos en su pueblo natal con las mayores muestras de distincion que entonces se conocian. Salia á recibirles todo el pueblo, entonando cantos de victoria compuestos para tales casos, por el estilo de los himnos triunfales que de Pindaro se conservan todavia, y en esta forma le llevaban al templo de la divinidad tutelar del pueblo, en cuyo honor se ofrecia un sacrificio por el vencedor, quien, de ordinario consagraba al númen la corona de olivo (1).

Concedíanse á los vencedores de Olimpia otros derechos y honores más duraderos que los que acabamos de indicar. En todas partes se les otorgaba el derecho de proería en las solemnidades públicas; vivian á expensas del Estado; estaban exentos de tributos y de toda clase de cargas públicas, y en Esparta se les señaló en las formaciones militares, lo mismo en tiempo de paz que en la guerra, un lugar honorífico inmediato al del rey. Con el tiempo llegó á considerarse á los vencedores de Olimpia como séres especialmente favorecidos por los dioses y el mismo Platon no sabe expresar mejor la altísima felicidad que gozarán los ciudadanos de su república ideal, que diciendo: «llevarán una vida más venturosa que la que tienen los vencedores olimpicos» (2).

---

(1) En Nem. 2, se reproduce uno de estos himnos en honor de Timodemo de Ayarnae.

(2) Plut. Lycurg. 22. Plat. Res publ. p. 465.

***

En el trascurso de poco más de un siglo, unos 120 años, el sencillo sacrificio celebrado en un principio por los pisates y eleos, á los que pronto se unieron aqueos, caucones y mesenios, se trasformó en una fiesta nacional, en la que tomaba parte activa todo el pueblo heleno. Su importancia fué creciendo á medida que se extendia la colonizacion griega, y que la cultura de Hellas iluminaba más vastos horizontes. En aquel famoso recinto se daban la mano todos los cantones y todas las ciudades de la Península con las ciudades y colonias levantadas en Oriente y Occidente, en la costa de Tracia, en Helesponto, en el Bosforo hasta más allá de Trebisonda; en las costas é islas del Egeo; en Creta y Rodas; en Crotona y Tarento; en Siracusa y en las márgenes del Himera; de todas partes concurrian los hijos de Hellas para ofrecer un gran sacrificio al más poderoso de los dioses olimpicos. Era esta solemnidad una cita de todos los estados helenos; una verdadera asamblea general del pueblo griego, que hizo de Olimpia la capital de Hellas, aunque una capital que solo tenia animacion y vida un corto número de dias cada cuatro años, y que desaparecia con el último peregrino que abandonaba el sagrado recinto.

En una fiesta de tan enorme concurrencia no podia faltar el tráfico y el comercio; el sacrificio de Júpiter dió orígen á una gran feria de todos los productos de la industria helena. Oíanse en un espacio relativamente pequeño todos los lenguajes y dialectos de Grecia, estrechábanse las relaciones de unas tribus con otras, de unas ciudades con otras; enta-

blábanse relaciones nuevas y se anudaban amistades y pactos entre los hombres más distinguidos de los cantones y de las colonias. En aquella magna reunion adquiria el pueblo griego conciencia de su inmenso poderío y del sinnúmero de ciudades que obecian sus leyes; veia con asombro y con orgullo la prosperidad creciente de sus colonias, los esclavos extranjeros que le servian y las riquezas de todo género que con su valor y su inteligencia habia conquistado en tierra extraña. Estas solemnidades nacidas al calor del sentimiento religioso no solo fortalecian este sentimiento, base de toda su grandeza, sino que despertaban más y más en el pueblo la conciencia de su nacionalidad; como en todas las grandes manifestaciones del pueblo heleno, los elementos religiosos y políticos se unieron aquí para producir un efecto que habia de ejercer notable influencia en su desenvolvimiento histórico. Nada contribuia á despertar el orgullo nacional de los helenos, como la presencia de aquellas comisiones que representaban los cantones de Hellas y sus innumerables colonias y el ejemplo de aquellos robustos hombres que habian acudido de todas sus ciudades, para disputarse el premio del valor, de la agilidad y de la destreza en presencia del más poderoso de sus dioses y en presencia tambien de todo el pueblo.

XIII.

DESARROLLO DE LA CULTURA HELENA.

«Los pueblos que viven en países frios son animosos y valientes, pero les falta habilidad é inteligencia. Por esta razon son libres, pero no llegan á formar un estado organizado ni se hallan en condiciones de someter á sus vecinos. Los pueblos asiáticos por el contrario están dotados de inteligencia y de artificio, pero carecen de valor y de fuerza, circunstancia que les hace vivir en la sumision y servidumbre. La raza helena, por vivir en medio de esas dos clases de gentes, reune las cualidades esenciales de ambos, ya que, sin faltarle valor y fuerza, está dotada de inteligencia. Hé aquí por qué el pueblo de los griegos vive independiente y posee los mejores estados» (1).

No cabe desconocer que en la fundacion y desarrollo de esos estados de que habla Aristóteles en el párrafo que acabamos de citar, tuvieron tan considerable parte las excelentes facultades naturales de

(1) Aristot. Pol. VII, 6.

esta raza como las condiciones bajo las cuales se habian desarrollado. Entre todas las ramas de la familia aria la helena era la más afortunada por las ventajas del país que habitaba: de extension no muy considerable, de clima diversificado por las montañas que le cortan, suelo fecundo y que por consecuencia no exigia del hombre un trabajo excesivo que avasallase sus facultades; con un aire en general apacible y suavizado por las brisas del mar que casi completamente le rodea, ofrecia el país heleno condiciones excelentes para impulsar el progreso intelectual y material de su pueblo.

De qué manera pasó este pueblo los primeros períodos de su existencia y cómo del estado puramente pastoril fué pasando por grados al de agricultor, hasta abrazar el comercio en todas sus formas, lo hemos visto en el curso de nuestras investigaciones. Estas nos han dado tambien á conocer de qué manera, despertado el sentimiento de conquistas y aventuras, en la mayoría de los cantones, dos poderosas tribus que vivian, una al Norte y al Oeste la otra, sintiéndose oprimidas en el estrecho recinto de sus valles y hallando insuficientes los pastos que suministraban sus praderas, lanzáronse sobre los cantones más civilizados ó ménos rudos del Este y les sometieron á su yugo. Las conquistas de tesalios y dorios pusieron en movimiento á otras tribus é hicieron cambiar por completo la faz de todos los cantones de la costa oriental y del Peloponeso.

En Oriente á las primitivas formas del gobierno patriarcal, bien sea por el levantamiento expontáneo de alguna tribu conducida por su caudillo, ó á consecuencia de la opresion ejercida por revoltosos veci-

nos, fundárònse grandes monarquías cuyos jetes explotaron en beneficio propio los frutos de la victoria y oprimieron con igual dureza á los pueblos vencidos que á los vencedores. En la península griega el corte natural del terreno oponia insuperables obstáculos á la formacion de tan poderosos estados. La invasion extranjera halló siempre una barrera insuperable en sus montañas y desfiladeros, bien defendidos siempre por valerosos guerreros; y las ambiciones interiores nunca pudieron extender sus conquistas más allá de una pequeña comarca, por lo cual lo mismo antes que despues del gigantesco movimiento iniciado por las tribus tesalo-doricas, conservó la península sus divisiones cantonales, sea que llevasen el nombre de reinos, de oligarquias ó de repúblicas. Còn el mismo carácter se presenta la emigracion helena: los expatriados salen á fundar colonias conducidos por sus respectivos caudillos, en pequeños grupos, que conquistan el terreno escogido para su residencia sin buscar auxilio ageno y crean un estado independiente con sus propios recursos, de tal suerte, que en las colonias aparece aún más visible que en la península el caracter individualista de làs tribus y ciudades, puesto que cada colonia tiene su historia, sus leyes y sus particulares usos.

En realidad esta actividad local, esta tendencia individualista manifestada en todos los actos y en todas las empresas de las tribus helenas, eran la condicion esencial de su independencia y base de su libertad. Porque atentas á vivir cada una segun sus tradiciones, sin admitir trabas de ninguna especie, buscaron en el terreno y en el arte los medios de rechazar extrañas imposiciones y así vemos que, desde

la antigüedad más remota, tanto en la metrópoli como en las colonias, las villas y ciudades helenas se desarrollan y crecen al amparo de una torre ó de una fortaleza.

En medio de la agitacion producida por el constante movimiento de las tribus, educóse una raza guerrera y animosa que llevó á los más remotos países la lengua y la cultura helena; las incesantes luchas de unos cantones con otros, ó de las colonias con los indígenas desposeidos, en las cuales cada pequeño canton veíase reducido á sus propias fuerzas, á sus recursos y á su inteligencia, formaron hombres aguerridos, que tenian conciencia de su valor y de sus méritos y sabian defender sus derechos: ellos fueron tambien el alma de aquellos estados libres.

Circunscrita la actividad de las tribus helenas, en sus manifestaciones pacíficas ó guerreras, á un campo muy reducido, por precision tenian que destacarse los elementos más sobresalientes de cada estado, y este individualismo tenia además la ventaja de librar de la inaccion primero y de la oscuridad despues á los hombres que, con su valor ó su inteligencia, habian contribuido de un modo especial á mejorar la situacion del Estado: el pueblo podia apreciar mejor los méritos de los grandes guerreros ó de sus esclarecidos poetas.

Por otra parte, esa pequeña extension de los cantones facilitaba el trato de unos habitantes con otros y estrechaba sus relaciones. A mantener estas cada dia más activas contribuian las asambleas nacionales que con frecuencia se reunian, áun bajo la tiranía de los reyes, siquiera en las asambleas reales no se otorgase al pueblo más libertad que la de acatar los

mandatos régios ó manifestar embozadamente su desagrado. Desde luego salta á la vista que en un Estado formado únicamente por un valle, una comarca, á veces una ciudad sola; que para mantener su independencia no cuenta con más fuerzas que las suyas ni espera más auxilio que el de sus ciudadanos se manifiesta más espontáneo el interés de cada indivíduo, y es más vigorosa la accion de todos que en los estados que abrazan una extension considerable y comprenden un gran número de indivíduos. En los pequeños estados helenos cada ciudadano se consideraba como un miembro vivo del cuerpo social; á todos afectaban inmediatamente las desgracias ó las venturas de la pátria y en el momento del peligro todos los hombres hábiles se armaban para defenderla.

De los más poderosos y aguerridos se formó una especie de ejército permanente compuesto, en los cantones de la Península, de los guerreros que por su valor ó su fortuna habian logrado dar la ley á sus hermanos y conquistar ricos patrimonios y en las colonias de los primeros emigrados: unos y otros constituyeron la aristocracia helena. Muy luego empezó á comprenderse en todos los cantones que, dada la reducida extension de los estados y la sencilla organizacion del gobierno, la monarquía era inútil, puesto que carecia de medios de defensa, le faltaba explendor y hasta la importancia nacional que tiene en los grandes estados; por eso cayó sin oponer resistencia á los ataques de la aristocracia. Como consecuencia de las luchas interiores de los cantones griegos, se formaron los estados libres bajo la direccion de gobiernos oligárquicos ó aristocráticos, que

sucedieron á la monarquía centralizadora y despótica.

La febril conmocion que produjeron las emigraciones en todas las comarcas de Hellas, ejerció una influencia decisiva en el desarrollo de la vida intelectual y política de los helenos, determinando especialmente la influencia de la primera sobre la segunda. En el período que precedió á las emigraciones y guerras cantonales, la tendencia del espíritu griego á las divagaciones fantásticas y trascendentales hallaba un débil contrapeso en las formas definidas de sus comarcas y en las condiciones limitadas de su vida; pero en el período agitado y turbulento de las emigraciones esa tendencia halló un vigoroso y excelente regulador en las nuevas y múltiples manifestaciones de una vida fundada en principios más positivos, en la cual la fuerza de la realidad, como dirian los partidarios de cierta escuela, el realismo puro, ponia freno al idealismo de la fantasía. Los prolongados combates que ocasionaba la conquista y la defensa de las colonias ó de las comarcas invadidas por los emigrados, los innumerables trabajos que originaba la colonizacion, ya en la construccion de viviendas, organizacion de los nuevos estados, etc., trabajos que cada canton realizaba con entera independencia y con sus propios recursos, imponian á los griegos deberes tan ineludibles, obligaciones tan múltiples y perentorias, que absorbian todas sus atenciones y ponian á contribucion todas sus fuerzas, en tales términos, que apenas les quedaba tiempo para elevar la mente al mundo de los espíritus; tan preocupada estaba con el mundo de la materia. Los sucesos se sucedieron en esta época de guerras y trastornos con rapidez tan asombrosa, que en realidad no podian

ménos de producir en los ánimos una impresion poderosísima, y aquella constante lucha de encontrados sentimientos, de opuestas pasiones, aquella interminable sucesion de prosperidades y peligros, encadenaba los ánimos de todos, y hacia que los hombres apartasen la mirada del cielo, para fijarla únicamente en las cosas de la tierra. Podria llamarse este período de la historia helena, el período de los ejercicios gimnásticos y caballerescos, como que todo el pueblo cifraba su mayor dicha en contemplar las pruebas de valor, de habilidad y de fuerza, de astucia y de agilidad con que la juventud se preparaba á soportar las penalidades de la guerra y á arrostrar los peligros de la navegacion. En semejantes condiciones no debe maravillarnos que la poesía profana, bajo la forma epica, suplantase á la poesía eclesiástica, es decir, á los antiguos himnos religiosos, atentos como estaban los vates de la época á idealizar las proezas de sus guerreros y conquistadores comparándolas con las hazañas de los antiguos héroes. Lo humano adquirió tan absoluto predominio en la manera de pensar de los griegos, que no supieron representar á sus divinidades sino tomando por modelos á sus héroes y á sus reyes. Los dioses helenos no eran otra cosa que hombres dotados de especiales y superiores atributos, como si dijéramos entidades elevadas á una potencia superior, cuya esencia se fué revistiendo de nuevo explendor y más puro idealismo, á medida que se perfeccionaba el concepto de la vida, y se despejaba la idea de los deberes del hombre.

Considerado el mundo celeste como el complemento moral, la glorificacion del mundo de los hombres, quedaba trasformado el mismo ser humano en

ideal de su propia vida, en norma y medida á que debia acomodar sus actos, término de sus aspiraciones y objeto á la vez de su propia existencia, puesto que, segun indicamos anteriormente, para el antiguo heleno todas las aspiraciones morales se encerraban en el precepto de vivir segun las inspiraciones de la conciencia, siguiendo únicamente los impulsos del corazon, para llegar á ser un hombre vigoroso, diestro y noble. En virtud de este concepto de la vida y de sus fines, quedaba destruida la mision del sacerdocio, cuyas funciones se apropió la aristocracia; quitábase toda importancia al profetismo, de cuya mision se apoderaron los poetas profanos, y si se consiente la existencia del oráculo delfico es porque se le juzga elemento indispensable para dar á la sociedad algun apoyo religioso, para no despojar á la vida de todo su tinte místico, de toda creencia sobrenatural. La religion de los antiguos helenos no imponia al hombre otros deberes para con los dioses, que los deberes que tenia para con sus semejantes, con alguna ligera variacion en la manera de aplicarlos; los preceptos del cielo y los de la tierra eran una misma cosa, como lo eran la moral de la religion y la moral del Estado. Su metafísica no traspasaba los límites del mundo presente; sus leyes morales no tenian otro objeto que el de regularizar la marcha del Estado, y el patriotismo era un deber religioso.

***

Con análogas disposiciones naturales llegaron indios y helenos á resultados de todo punto contrarios. Los primeros eran poco ménos que insensibles á los

placeres de la tierra; vivian en un mundo de ilusiones y fantasías filosófico-religiosas, únicamente para el cielo, para otro más allá; reputaban la vida presente como un destino sobre toda ponderacion triste y miserable para eludir el cual se entregaban á las más rudas pruebas de penitencia, sometíanse á toda clase de privaciones y en el seno de esta sociedad admirable vivieron un sinnúmero de *rishis* ó ascetas que, con una fuerza de voluntad apenas concebible, lograron concentrar su entendimiento, sus potencias y sentidos en un solo objeto, fuera de sí y fuera del mundo exterior, en la divinidad, en la otra vida, llegando á la más completa negacion de su propio yo. El ejemplo contrario, y único en la historia de los pueblos civilizados de la antigüedad, nos presentan los griegos, que vivian exclusivamente para este mundo, consagrando todas sus fuerzas al perfeccionamiento material y moral del individuo, del propio yo, con el objeto de cumplir mejor los deberes que les imponia el Estado.

El positivismo de la vida, con sus manifestaciones prácticas y políticas impresionó de tal manera á los antiguos helenos y ocupó su atencion con tal intensidad durante muchos siglos, que, gracias tambien á los especiales caracteres de su país y de su organizacion política, llegó á ejercer predominio completo en su ánimo, al punto de no admitir otros deberes ni otros fines que los que la vida presente impone, siquiera el idealismo conservara siempre en este pueblo fuerza suficiente para no entregarse del todo á los goces del momento, ni dejarse arrastrar por el torbellino de su agitada vida.

Sin duda alguna es un fenómeno digno de parti-

cular atencion que, no obstante este concepto materialista de la vida, supiesen mantener los griegos un perfecto equilibrio entre sentido y sentimiento, entre fantasía y realidad, entre poesía y prosa, entre lo sobrenatural y lo humano, entre la actividad y la pasion, entre lo espiritual y lo sensible. En todas las manifestaciones de la vida nacional de los griegos se observa este equilibrio. Sus poetas no ven nada sobrenatural, ni divino fuera de la contemplacion de la naturaleza, y del sér humano; sus teólogos no saben distinguir las manifestaciones de la divinidad de los fenómenos de la naturaleza y cortan los actos de los dioses por el patron de las acciones humanas, de suerte que la naturaleza entera no es para los griegos otra cosa que la encarnacion, el cuerpo del mundo de los espíritus; éstos la dan vida, la animan, la llenan por completo.

En los arroyos y en las fuentes, en las encinas y en las grutas ó hendiduras de las rocas, en las faldas de las montañas y en los abismos; en todas partes ven espíritus y númenes benéficos ó malignos; los dioses preséntanse á su imaginacion lo mismo en las tempestades del mar que en los fenómenos del firmamento. Júpiter está representado en la altura y majestad del cielo; el irresistible choque de las olas es una manifestacion del poder de Neptuno; en la agitacion producida por las tormentas se figuran ver á la invencible Athene, que mora tambien en el azul trasparente de la atmósfera y los inmaculados rayos de la luz son la imágen de Apolo, númen de las puras costumbres.

De la misma manera se figuran percibir la presencia de los dioses en los destinos y guerras de las

naciones, y en las aventuras y hechos de los hombres. En esta consideracion fundaron los poetas helenos los atributos de muchas divinidades cuyas cualidades están tomadas de la moral humana y de la simple naturaleza.

Un concepto análogo tenian los griegos del Estado, que, áun para los grandes filósofos del cuarto siglo, no era otra cosa que la comunidad de indivíduos que tomaban parte en las asambleas, en las transacciones del mercado y en las solemnidades religiosas. Sólo dentro de estos límites definidos comprenden los griegos el Estado, cuyo concepto es para ellos inseparable del mercado y de la asamblea.

Al decir de Platon «el Estado debe tener la extension suficiente para poder suplir á todas sus necesidades, de tal suerte que el país produzca todo cuanto los ciudadanos han menester para cubrir las atenciones de la vida. El Estado más fuerte es el mayor, siquiera su ejército no cuente más de mil guerreros» (1). Aristóteles abunda en las mismas ideas cuando hace notar «que un número demasiado considerable de gentes trastorna la marcha del Estado y es incompatible con el órden. En una magnitud moderada cabe únicamente la belleza y un Estado bien ordenado, hermoso. Una embarcacion de dos estadios de longitud deja de ser tal embarcacion; de la misma manera un Estado, si tiene muy pocos habitantes no se basta á sí mismo, pero si su número es excesivo puede llamarse pueblo, no Estado. Este no debe tener más extension territorial que la necesaria para producir los artículos que han menester sus mo-

(1) Plat. de rep. II, p. 369, IV, p. 423

radores, ni más habitantes que los precisos para obtener con su trabajo y su industria los objetos indispensables para la vida, de suerte que puedan fácilmente verse unos á otros. Es preciso que los ciudadanos se conozcan mútuamente, á fin de poder apreciar las cualidades de los que han de ser elegidos para los cargos públicos y de evitar que algun extranjero se apropie los derechos de ciudadanía. En un pueblo demasiado numeroso ¿quién aceptaria los cargos de Heraldo y de general del ejército?» (1).

***

El concepto primordial que informa la teoría de la religion y del Estado, resplandece tambien en la moral de los antiguos helenos, para quienes espíritu y naturaleza, cuerpo y alma eran casi una misma cosa, ya que no descubren en estos objetos antagonismo ni verdadera diferencia. Los griegos dábanse cuenta de los impulsos de la sensibilidad y aun, en la apariencia, predominaba esta en todos sus actos; pero en realidad no era así; obsérvase en ellos, por el contrario, un perfecto equilibrio entre los impulsos puramente sensuales y los instintos ideales y morales de moderacion, sobriedad y buen sentido. Lo mismo el sencillo humanismo de la Epopeya que la más severa moral del período aristocrático, no exigen del hombre, sino que siga las sugestiones de la razon, ni le imponen otros deberes que el de moderar y ennoblecer los impulsos naturales; contener las pasiones desordenadas y los arrebatos del ánimo y destruir hasta

(1) Aristot. pol. VII, 4. 5.

los gérmenes del egoismo. El indivíduo consideraba como una obligacion natural la de someter su propio yo al bien de la familia y de la sociedad, cuyos deberes hacia suyos.

Hallábase este concepto de la vida tan encarnado con la manera de ser del pueblo griego, que todos sus indivíduos consideraban esa abnegacion como un deber ineludible. Con esta noble predisposicion de la naturaleza humana, no les era difícil representar en la belleza y perfecto desarrollo de su cuerpo las excelentes cualidades de su espíritu; ya que todo griego consideraba como principal entre todos los deberes del hombre bueno someter los naturales impulsos del ser humano á las sugestiones de la virtud y de la nobleza de ánimo, que debe resplandecer en todos sus actos exteriores. Los griegos, por eso, no aprecian el valor del hombre sino cuando goza de la plenitud de sus facultades y del uso perfecto de sus sentidos; cuando es capaz de ejercer absoluto dominio sobre sus miembros y músculos, único modo de poder gozar de todos los beneficios de la vida y de su propia fuerza. Así se comprende que los ejercicios gimnásticos hiciesen tan importante papel en la educacion helena y llegasen á formar una disciplina perfectamente organizada y sistemática durante el régimen aristocrático.

No era tan sólo la nobleza la que acariciaba este concepto del hombre hermoso y bueno; la que unia inseparablemente la alteza de sentimientos con la hermosura y vigor del cuerpo; el pueblo todo aspiraba del mismo modo á realizar ese ideal en sus indivíduos. Sin embargo, no puede decirse que fuese nacional esa aspiracion del pueblo heleno, ya que cada Es-

tado la realizaba segun sus propias inclinaciones, segun sus creencias individuales, de suerte que el ideal del hombre hermoso y bueno aparece siempre realizado en ciudadanos de una comarca determinada, y para el antigno heleno no hay hombre hermoso que no lleve el título de espartano, ateniense ó de otro canton de Grecia.

Precisamente este concreto individualismo que los griegos alcanzaron, como consecuencia del carácter práctico y del particularismo que informa todas las manifestaciones de su vida en los siglos noveno, octavo y sétimo; esa compenetracion de los elementos naturales y espirituales, en virtud de la cual los segundos completan y realizan los primeros; esa tendencia á ennoblecer la naturaleza humana haciéndola espejo y forma del espíritu; esa armonía entre el hombre espiritual y carnal; ese perfecto equilibrio entre los elementos naturales é ideales, conmunican á la vida de los helenos la belleza plástica que la caracteriza.

Para el griego, la belleza consiste en la penetracion de la materia por el espíritu, de la forma por la esencia; no es, pues, otra cosa que la manifestacion sensual, aunque penetrada por lo espiritual, del verdadero interior de las cosas. Y así como no reconocia á los dioses fuera de los fenómenos naturales, ni sabia representarles más que bajo las formas imaginadas por los poetas; así como no tenia conciencia del Estado sino tal como se manifestaba en el canton, ni sabia considerar al hombre sino como miembro de la comunidad, ni el alma separada del cuerpo, tampoco sabia concebir la unidad de su nacion sin aquellas reuniones periódicas de todos los cantones alrededor del altar de Júpiter olimpico.

Más que con los sacrificios de preciosas víctimas, creian los helenos honrar al primero de sus dioses, en esta manifestacion nacional, por los ejercicios de habilidad, de agilidad y de fuerza que los hombres más vigorosos, más diestros y más hermosos de todos los cantones ejecutaban en su presencia, ofreciéndole así el fruto de largos y penosos esfuerzos. En realidad de verdad, este espectáculo de un pueblo, compuesto de un sinnúmero de tríbus y ramas que de puntos muy lejanos concurren á un lugar determinado para disputarse el premio de la belleza, de la agilidad y de la fuerza, no tiene semejante en la historia. Y este premio, de valor intrínseco insignificante, era la más preciada distincion á que podia aspirar un heleno.

⁂

El extraordinario desarrollo que en este período adquirió la cultura helena, se efectuó por procedimientos suaves y pacíficos, aunque no sin la mediacion de influencias extrañas. No es la originalidad el principal distintivo del espíritu heleno, sino la facilidad con que recibian las inspiraciones y las ideas de otros pueblos y las elaboraban hasta asimilarlas por completo y darlas una forma nueva, no pocas veces más bella que la que tenian.

Favorecidos por la ventajosa posicion de su pais y dotados de espíritu naturalmente emprendedor, pusiéronse muy luego en contacto con los antiguos pueblos del Asia menor, de Siria y Egipto, representantes de las antiguas civilizaciones, perfeccionaron con este trato su propia cultura y enriquecieron su tesoro intelectual con adquisiciones que, en poco tiempo,

hicieron del pueblo heleno el pueblo más civilizado del antiguo mundo.

Fueron sus primeros maestros en las artes técnicas los fenicios, establecidos en las costas de Grecia y en las inmediatas islas, de quienes tomaron además algunas tradiciones religiosas y ceremonias del culto. Pero algun tiempo despues aprenden el arte de la navegacion y van á completar en las mismas regiones de Oriente la enseñanza que los fenicios comenzaron. En Creta y Rodas aprenden de los mismos fenicios el arte de la escritura, el uso de las pesas, monedas y medidas y adoptan el culto de Júpiter cretense. Más tarde, los jonios y eolios, en su comercio con las tribus del Asia menor, aprenden un nuevo sistema de pesas y multiplican sus conocimientos técnicos y musicales, no sin enriquecer tambien con nuevos elementos sus tradiciones religiosas.

Sus relaciones con Egipto les abren nuevo y riquisimo arsenal donde acrecentar su tesoro de tradiciones y leyendas religiosas y de conocimientos relativos á las ciencias y á las artes, siquiera el efecto de semejantes relaciones no se dé á conocer hasta más tarde.

Por este tiempo ningun poder extraño habia ejercido aún verdadera presion en el desarrollo de la cultura helena, ni enemigo alguno extranjero habia contenido la marcha de su evolucion nacional. El poder aislado de los cantones habia sido suficiente á rechazar á los fenicios de las costas de la Península y una vez libres de aquella traba nada contuvo ya su asombroso movimiento de colonizacion y de conquista. En la época de las verdaderas emigraciones, posesionáronse de las islas y costas del Egeo: durante

el gobierno aristocrático se desparramaron por las márgenes del mar Negro y por las costas de la baja Italia y de Sicilia. Por este tiempo abrióseles tambien el comercio con las ciudades de la region occidental del Mediterráneo bajo un aspecto por demás halagüeño. Aunque algunos pueblos, como el de los lidios, se les manifestaron hostiles, no les amenazaba por este lado ningun peligro sério, ya que el poder de los medos aparecia en un fondo lejano para los griegos del siglo VIII y el de los cartagineses no era tan sólido que pudiera imponerles miedo.

No por aspirar á fines trascendentales y demasiado complejos llegan los pueblos á consolidar mejor sus instituciones, á echar las bases de una felicidad positiva y duradera: únicamente los que aspiran á fines bien determinados alcanzan resultados seguros y fecundos en bienes para la humanidad. Hemos visto que las creencias religiosas, morales y políticas de los antiguos griegos tenian límites demasiado estrechos, si se quiere mezquinos, para despertar en el ánimo fines más sublimes que los de esta vida, para dar á la sociedad esa segura base, sobre que descansan las sociedades que se inspiran en los altísimos principios de la moral divina y para formar con todos los valiosos elementos helenos un estado bien organizado, regido por leyes uniformes, con fines comunes á todos los cantones; á esto se oponia no solo el particularismo característico de las tribus helenas, sino el concepto ruin que todas tenian del Estado y por consecuencia la idea mezquina que tenian de las instituciones políticas que fundaron la grandeza de otros pueblos. El Estado no alcanzaba más allá de los límites de la comarca; el derecho y la seguridad

personal no se extendian más allá del canton; la libertad no tenia más influencia que la que podia ejercer un indivíduo sobre todo el pueblo, y su moral se movia en un círculo tan estrecho, que no supo considerar al hombre más que como indivíduo de esta ó la otra comunidad, como instrumento para conseguir los fines del Estado.

Pero aún dentro de límites tan reducidos se han elevado los griegos á una altura envidiable en la organizacion de sus diminutos estados. Es verdad que todas sus aspiraciones se encerraban en la tierra, en formar buenos ciudadanos que promoviesen los fines de su ciudad, de su canton ó de su tribu, concepto á todas luces extraviado; pero áun de este error supo sacar partido su privilegiada inteligencia para hacer de estos diminutos Estados, sociedades independientes que, para su desarrollo, ponen á contribucion fuerzas de cuya existencia no sospecharon siquiera otros pueblos de la antigüedad. De aquellas instituciones rudimentarias sacaron leyes que dieron no poco que aprender á los pueblos venideros y aquella ética humana, y al parecer estéril, sirvió de base á una poesía que apénas ha tenido semejante.

Y es que el pueblo heleno, al terminar el período que acabamos de reseñar, no habia dado más que los primeros pasos para llegar al perfeccionamiento relativo de sus instituciones. El ideal del hombre bueno, segun el concepto griego, solo se realizaba en una pequeña parte del pueblo, en la nobleza; la libertad era tambien un mito para la gente baja que se hallaba de todo punto excluida de toda intervencion en el gobierno. El Estado le constituia únicamente la nobleza; el resto del pueblo era un rebaño

de esclavos que obedecian sin apelacion las órdenes y los caprichos de la clase privilegiada, quien ejercia todas las funciones y todos los privilegios de la antigua monarquía. Este período de la historia de Grecia termina dejando pendientes de resolucion los más trascendentales problemas que pueden presentarse en el desenvolvimiento de las instituciones políticas de los pueblos.

FIN DEL TOMO III DE LA HISTORIA DE GRECIA.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

I.

FEDON DE ARGOS.

II.

PRIMERA GUERRA DE MESENIA.

III.

SEGUNDA GUERRA DE MESENIA.

IV.

GOBIERNO ARISTOCRÁTICO DE CORINTO Y MEGARA.

V.

LOS JONIOS EN EUBEA.

VI.

LAS CICLADAS.

VII.

LOS JONIOS EN ASIA.